

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004061449



CASA EDITORIAL CALLEJA
MADRID



P Á G I N A S E S C O G I D A S

HISTORIA ANTIGUA

EL ALMA CASTELLANA. (1600-1800.)

LA FUERZA DEL AMOR. (*Tragicomedia del siglo xvii.*)

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

LA VOLUNTAD. (*Primeras andanzas de Antonio Azorín.*)

ANTONIO AZORÍN. (*Pequeño libro en que se habla de la vida de este peregrino señor.*)

LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO. (*Infancia de Antonio Azorín.*)

LOS PUEBLOS. (*Ensayos sobre la vida provinciana.*)

LA RUTA DE DON QUIJOTE. (*Viaje por la Mancha.*)

ESPAÑA. (*Hombres y paisajes.*)

LECTURAS ESPAÑOLAS.

CASTILLA.

EL POLÍTICO.

CLÁSICOS Y MODERNOS.

LOS VALORES LITERARIOS.

UN DISCURSO DE LA CIERVA.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS.

EL LICENCIADO VIDRIERA.

RIVAS Y LARRA. (*Razón social del romanticismo en España.*)

UN PUEBLECITO. (*Riofrío de Ávila.*)

PARLAMENTARISMO ESPAÑOL. (1904-1916.)

EL PAISAJE DE ESPAÑA VISTO POR LOS ESPAÑOLES.

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA. (*Páginas de un francófilo.*)

PÁGINAS ESCOGIDAS.



Azoviu

41
1913
14-16
1917

A Z O R Í N

P Á G I N A S
E S C O G I D A S



MCMXVII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1917 BY
CASA EDITORIAL CALLEJA

Santander 1917

SI DANS TOUTE CIRCONSTANCE UN HOMME NE TOURNE PAS AUTOUR DES CHOSES OU DES IDÉES POUR LES EXAMINER SOUS LEURS DIFFÉRENTES FACES, CET HOMME EST INCOMPLET ET FAIBLE, PARTANT, EN DANGER DE PÉRIR.

MAXIMES ET PENSÉES DE H. DE BALZAC.
Paris, Plon frères, éditeurs, 1852.

PRÓLOGO

¿QUÉ voy a decir de mí en esta colección de PÁGINAS ESCOGIDAS? Poca cosa, nada. Cada vez huyo más de hablar de mi persona. Detesto, por otra parte, las anécdotas. No dicen nada las anécdotas. Hay una muy lejana relación —tal creemos— entre las condiciones personales del autor y su manera de escribir. Hombres pasionales, impetuosos, escriben de un modo discreto y ecuánime. Hombres serenos, placenteros, en la vida privada, son de un desquiciamiento ardoroso con la pluma en la mano... Comencé a escribir yo hace mucho tiempo; no quiero recordar el número de años. Leí mucho a los autores clásicos en mi infancia. ¡Cuántos días, cuántos meses, cuántos años de largas y silenciosas lecturas! Estaba yo entonces —al escribir— muy

cerca de la realidad y me sentía muy interesado en ella: me faltaba la visión sintética que da la experiencia y el despego del mundo. Tal vez a cambio de eso había en mi prosa más fuego y más energía.

Al cabo de los años, después de tanto tiempo pasado, ¿cómo veo el arte y cómo veo la realidad? «Quisiera arrancar del pecho pedazos del corazón», exclama Segismundo en *La vida es sueño*. Yo no quisiera arrancarme nada; pero siento cierta nostálgica tristeza al contemplar el presente y echar una mirada hacia lo pretérito. El tiempo ha ido haciendo su obra. He tratado de simplificar el estilo. He intentado no decir sino cosas sencillas y directas. Muchas que me parecían peregrinas novedades antaño, hoy me parecen invenciones superficiales y pasajeras. En cambio, sé que hay ideas, sentimientos, formas del pensar que son de hace mil años, que son de ahora y que no pasarán nunca. La experiencia hace que no me deje seducir por estéticas y filosofías fugitivas y brillantes.

Los primeros estudios de los clásicos hechos siendo niño, pusieron en mí el gusto por estas lecturas. Luego he vuelto perió-

dicamente a ellos y he tratado de relacionar su espíritu con el paisaje y el ambiente de España. No se podrá conocer la técnica literaria si no se estudia en los grandes maestros. Ha habido un momento, los pasados años, en que los escritores jóvenes exaltaron a los poetas y literatos de los siglos xv y xvi a costa de los de la décima séptima centuria. Se decía que en aquéllos estaba la espontaneidad del sentimiento y la claridad de la forma. No; la plenitud literaria hay que reconocerla en los escritores del siglo xvii. La lengua llega a su esplendor máximo en ese siglo. Nadie supera en elegancia, en vigor, en espiritualidad a Cervantes, Calderón, Quevedo, Gracián, Lope.

Basta ya con lo dicho. En este volumen se resume toda mi obra literaria. No he de decir yo lo que me parecen mis libros. No me atrevo tampoco a decir que las generaciones venideras juzgarán. Muchas otras cosas habrá de qué juzgar.

AZORÍN.

Madrid, Febrero 1917.

I

EL PAISAJE

¡Cuántos cuadernitos he llenado de notas antaño! De notas para la pintura de los paisajes, de los tipos. ¿Será esto un exceso? Un buen aprendizaje sí que es. Se acostumbra el escritor a observar la realidad, a ajustarse a la realidad. La Voluntad, Antonio Azorín, Los Pueblos están escritos según la notación minuciosa y exacta —creo que exacta— de mis cuadernitos. Cuando se ha escrito mucho, cuando se ha vivido algo, entonces desdenamos ya la multiplicidad de los detalles. Queremos que un solo detalle dé la sensación de la cosa. Pero es lo supremo en el arte: el descartar lo accesorio, lo inútil, lo profuso, para conservar y fijar sólo lo característico.

LEVANTE

A lo lejos una torrentera rojiza rasga los montes; la torrentera se ensancha y forma un barranco; el barranco se abre y forma una amena cañada. Refulge en la campiña el sol de Agosto. Resalta, al frente, en el azul intenso, el perfil hosco de las Lometas; los altozanos hinchán sus lomos; bajan las laderas en suave enarcadura hasta las viñas. Y apelotonados, dispersos, recogidos en los barrancos, resaltantes en las cumbres, los pinos asientan sobre la tierra negruzca la verdosa mancha de sus copas rotundas. La luz pone vivo claror en los resaltos; las hondonadas quedan en la penumbra; un haz de rayos que resbala por una cima hiende los aires en franja luminosa, corre en diagonal por un terrero, llega a esclarecer un bosquecillo. Una senda blanca serpentea entre las peñas, se pierde tras los pinos, surge, se esconde, desaparece en las alturas. Aparecen, acá y allá, solitarios, cenicientos, los olivos; las manchas amarillentas de los rastros contrastan con la verdura de los pámpanos. Y las viñas extienden su sedoso tapiz de verde claro en anchos cuadros,

en agudos cornijales, en estrechas bandas que presidian blancos ribazos por los que desborda la impetuosa verdura de los pámpanos.

La cañada se abre en amplio collado. Entre el follaje, allá en el fondo, surge la casa con sus paredes blancas y sus techos negruzcos. Comienzan las plantaciones de almendros; sus troncos se retuercen tormentosos; sus copas matizan con notas claras la tierra jalde. El collado se dilata en ancho valle. A los almendros suceden los viñedos, que cierran con orla de esmeralda el manchón azul de una laguna. Grandes juncuales rompen el cerco de los pámpanos; un grupo de álamos desmedrados se espejea en sus aguas inmóviles.

A la otra parte de la laguna recomienza la verde sábana. Entre los viñedos destacan las manchas amarillentas de las tierras paniegas y las manchas rojizas de las tierras protoxidadas con la labranza nueva. Ejércitos de olivos, puestos en liños cuidadosos, descienden por los declives; solapadas entre los olmos asoman las casas de la Umbría; un tenue telón zarco cierra el horizonte. A la izquierda se yergue el cabezo árido de Cabreras; a la derecha el monte de Castalla avanza decidido; se detiene de pronto en una mella enorme; en el centro, sobre el azul del fondo, resalta el ingente peñón de Sax, coronado de un torreón moruno.

El sol blanquea las quebradas de las montañas y hácelas resaltar en aristas luminosas; el cielo es diáfano; los pinos cantan con un manso rumor sonoro; los lentiscos refulgen en sus diminutas hojas charoladas; las abejas zumban; dos cuervos cruzan aleteando blandamente.

Cae la tarde; la sombra enorme de las Lometas se ensancha, cubre el collado, acaba en recia punta sobre los lejanos almendros; se entenebrece los pinos, resaltan las bermejas hazas labradas; el débil sol rasero ilumina el borde de los ribazos y guarnece con una cinta de verde claro el verde obscuro de los viñedos bañados en la sombra.

Cambia la coloración de las montañas. El pico de Cabreras se tinta en rosa; la cordillera del fondo toma una suave entonación violeta; el castillo de Sax refulge áureo; blanquea la laguna; las viñas, en la claror difusa, se tiñen de un morado tenue.

Lentamente la sombra gana el valle. Una a una las blancas casitas lejanas se van apagando. La tierra se recoge en un profundo silencio; murmuran los pinos; flota en el aire grato olor de resina. El cascabeleo de un verderol suena precipitado; calla, suena de nuevo. Y en la lejanía el dorado castillo refulge con un postrer destello y desaparece.

Anochece. Se oye el traqueteo persistente de un carro; tintinea a intervalos una esquila. El cielo está pálido; la negrura ha ascendido de los barrancos a las cumbres; los bancales, las viñas, los almendros se confunden en una mancha informe. Destacan indecisos los bosquecillos de pinos en las laderas. La laguna desaparece borrosa. Y vibra una canción lejana que sube, baja, ondula, planea, ríe, calla...

El campo está en silencio. Pasan grandes insec-

tos que zumban un instante; suena de cuando en cuando la flauta de un cuclillo; un murciélago gira calladamente entre los pinos. Y los grillos abren su coro rítmico; los comunes, en notas rápidas y afanosas; los reales, en una larga, amplia y sostenida nota sonora.

Ya el campo reposa en las tinieblas. De pronto pardea a lo lejos una fogata. Y de los confines remotos llega y retumba en todo el valle el formidable y sordo rumor de un tren que pasa...

LA MANCHA

YO creo que le debo contar al lector, punto por punto, sin omisiones, sin efectos, sin lirismos, todo cuanto hago y cuanto veo. A las seis, esta mañana, allá en Argamasilla, ha llegado a la puerta de mi posada Miguel con su carrillo. Era esta una hora en que la insigne ciudad manchega aun estaba medio dormida; pero yo amo esta hora, fuerte, clara, fresca, fecunda, en que el cielo está transparente, en que el aire es diáfano, en que parece que hay en la atmósfera una alegría, una voluptuosidad, una fortaleza que no existe en las restantes horas diurnas.

—Miguel —le he dicho yo—, ¿vamos a marchar?

—Vamos a marchar cuando usted quiera —me ha dicho Miguel.

Y yo he subido en el diminuto y destartelado carro; la jaca —una jaquita microscópica— ha comenzado a trotar vivaracha y nerviosa. Y, ya fuera del pueblo, la llanura ancha, la llanura inmensa, la llanura infinita, la llanura desesperante, se ha extendido ante nuestra vista. En el fondo, allá

en la línea remota del horizonte, aparecía una pincelada larga, azul, de un azul claro, tenue, suave; acá y allá, refulgiendo al sol, destacaban las paredes blancas, nítidas, de las casas diseminadas en la campiña; el camino, estrecho, amarillento, se perdía ante nosotros, y de una banda y de otra, a derecha e izquierda, partían centenares y centenares de surcos, rectos, interminables, simétricos.

—Miguel —he dicho yo—, ¿qué montes son esos que se ven en el fondo?

—Esos montes —me contesta Miguel— son los montes de Villarrubia.

La jaca corre desesperada, impetuosa; las anchurosas piezas se suceden iguales, monótonas; todo el campo es un llano uniforme, gris, sin un altozano, sin la más suave ondulación. Ya han quedado atrás, durante un momento, las hazas sembradas, en que el trigo temprano o el alcacel comienzan a verdear sobre los surcos; ahora todo el campo que abarca nuestra vista es una extensión gris, negruzca, desolada.

—Esto —me dice Miguel— es *liego*; un año se hace la barbechera y otro se siembra.

Liego vale tanto como eriazo; un año las tierras son sembradas; otro año se dejan sin labrar; otro año se labran —y es lo que lleva el nombre de barbecho—, otro año se vuelven a sembrar. Así una tercera parte de la tierra, en esta extensión inmensa de la Mancha, es sólo utilizada. Yo extendiendo la vista por esta llanura monótona; no hay ni un árbol en toda ella; no hay en toda ella ni una sombra; a trechos, cercanos unas veces, distantes otras, aparecen en medio de los anchurosos

bancales sembradizos diminutos pináculos de piedra; son los *majanos*; de lejos, cuando la vista los columbra allá en la línea remota del horizonte, el ánimo desesperanzado, hastiado, exasperado, cree divisar un pueblo. Mas el tiempo va pasando; unos bancales se suceden a otros; y lo que juzgábamos poblado se va cambiando, cambiando en estos pináculos de cantos grises, desde los cuales, inmóvil, misterioso, irónico, tal vez un cuclillo —uno de estos innumerables cuclillos de la Mancha—, nos mira con sus anchos y gualdos ojos...

Ya llevamos caminando cuatro horas; son las once; hemos salido a las siete de la mañana. Atrás, casi invisible, ha quedado el pueblo de Argamasilla; sólo nuestros ojos, al ras de la llanura, columbran el ramaje negro, fino, sutil, aéreo de la arboleda que exorna el río; delante destaca siempre, inevitable, en lo hondo, el azul, ya más intenso, ya más sombrío, de la cordillera lejana. Por este camino, a través de estos llanos, a estas horas precisamente, caminaba una mañana ardorosa de Julio el gran Caballero de la Triste Figura; sólo recorriendo estas llanuras, empapándose de este silencio, gozando de la austeridad de este paisaje, es como se acaba de amar del todo, íntimamente, profundamente, esta figura dolorosa. ¿En qué pensaba D. Alonso Quijano el Bueno cuando iba por estos campos a horcajadas en Rocinante, dejadas las riendas de la mano, caída la noble, la pensativa, la ensoñadora cabeza sobre el pecho? ¿Qué planes, qué ideales imaginaba? ¿Qué inmortales y generosas empresas iba fraguando?

Mas ya, mientras nuestra fantasía --como la

del hidalgo manchego — ha ido corriendo, el paisaje ha sufrido una mutación considerable. No os esperancéis; no hagáis que vuestro ánimo se regocije: la llanura es la misma; el horizonte es idéntico; el cielo es el propio cielo radiante; el horizonte es el horizonte de siempre, con su montaña zarca; pero en el llano han aparecido unas carrascas bajas, achaparradas, negruzcas, que ponen intensas manchas rotundas sobre la tierra hosca. Son las doce de la mañana; el campo es pedregoso; flota en el ambiente cálido de la primavera naciente un grato olor de romero, de tomillo y de salvia; un camino cruza hacia Manzanares. ¿No sería acaso en este paraje, junto a este camino, donde Don Quijote encontró a Juan Haldudo, el vecino de Quintanar? ¿No fué ésta una de las más altas empresas del caballero? ¿No fué atado Andresillo a una de estas carrascas y azotado bárbaramente por su amo? Ya Don Quijote había sido armado caballero; ya podía meter el brazo hasta el codo en las aventuras; estaba contento; estaba satisfecho; se sentía fuerte; se sentía animoso. Y entonces, de vuelta a Argamasilla, fué cuando deshizo este estupendo entuerto. «He hecho al fin —pensaba él— una gran obra». Y en tanto Juan Haldudo amarraba otra vez al mozuelo a la encina y proseguía en el despiadado vapuleo. Esta ironía honda y desconsoladora tienen todas las cosas de la vida...

Pero, lector, prosigamos nuestro viaje; no nos entristezcamos. Las quiebras de la montaña lejana ya se ven más distintas; el color de las faldas y de las cumbres, de azul claro ha pasado a azul gris.

Una avutarda cruza lentamente, pausadamente, sobre nosotros; una bandada de grajos, posada en un bancal, levanta el vuelo y se aleja graznando; la transparencia del aire, extraordinaria, maravillosa, nos deja ver las casitas blancas remotas; el llano continúa monótono, yermo. Y nosotros, tras horas y horas de caminata por este campo, nos sentimos abrumados, anonadados, por la llanura inmutable, por el cielo infinito, transparente, por la lejanía inaccesible. Y ahora es cuando comprendemos cómo Alonso Quijano había de nacer en estas tierras, y cómo su espíritu, sin trabas, libre, había de volar frenético por las regiones del ensueño y de la quimera. ¿De qué manera no sentirnos aquí desligados de todo? ¿De qué manera no sentir que un algo misterioso, que un anhelo que no podemos explicar, que un ansia indefinida, inefable, surge de nuestro espíritu? Esta ansiedad, este anhelo es la llanura gualda, bermeja, sin una altura, que se extiende bajo un cielo sin nubes hasta tocar, en la inmensidad remota, con el telón azul de la montaña. Y esta ansia y este anhelo es el silencio profundo, solemne, del campo desierto, solitario. Y es la avutarda que ha cruzado sobre nosotros con aleteos pausados. Y son los montecillos de piedra, perdidos en la estepa, y desde los cuales, irónicos, misteriosos, nos miran los cuculillos...

Pero el tiempo ha ido transcurriendo; son las dos de la tarde; ya hemos atravesado rápidamente el pueblecillo de Villarta; es un pueblo blanco, de un blanco intenso, de un blanco mate, con las puertas azules. El llano pierde su uniformidad

desesperante; comienza a levantarse el terreno en suaves ondulaciones; la tierra es de un rojo sombrío; la montaña aparece cercana; en sus laderas se asientan cenicientos olivos. Ya casi estamos en el famoso Puerto Lápiche. El puerto es un anchuroso paso que forma una depresión de la montaña; nuestro carro sube corriendo por el suave declive; muere la tarde; las casas blancas del lugar aparecen de pronto. Entramos en él; son las cinco de la tarde; mañana hemos de ir a la venta famosa donde Don Quijote fué armado caballero.

Ahora, aquí en la posada del buen Higinio Mascaraque, yo he entrado en un cuartito pequeño, sin ventanas, y me he puesto a escribir, a la luz de una bujía, estas cuartillas

CARROS

XENIUS ha dedicado, hace tiempo, uno de sus glosarios a los carros; los carros —para el glosador— componen una característica del ambiente de Cataluña; con el paisaje, el pueblo, las costumbres, se armonizan los carros. No sólo de la tierra catalana, sino de toda la tierra española, son parte integrante los carros. Existen varias clases de carros. La división fundamental es ésta: carritos ligeros; carros «gruesos». Los ligeros corren y saltan por los caminos; son alegres y frívolos; tienen pocos asientos; son para ir a una estación, para devanear por el campo, para hacer un viaje a una granja, para realizar una alegre jira. En Levante, en los crepúsculos vespertinos de primavera, cuando el aire tiene una tibieza voluptuosa, cuando los frutales blanquean de flor, los carritos tornan con ruidos de cascabeles, con chasquidos ligeros de látigos; de dentro parten risas, carcajadas y voces femeninas; parten canciones entonadas a coro. Esas levantinas, tan delicadas y sensitivas, tornan de una merienda en un prado, al pie de una fontana, y tienen los ojos brillantes, lucidores y las mejillas amapoladas.

Los carros gruesos son graves, solemnes. Con ellos se portea el vino, el aceite, los granos. Con ellos se hacen largos viajes por los caminos que cruzan las llanuras, bordean los ríos, reptan por las anfractuosidades de las montañas. Los varales de estos carros son recios; recio el toldo, de unidos y trabados cañizos; recias las escalas —pintadas de azul—; recia la honda «bolsa», que va cruzada por el eje y casi roza la tierra del camino.

Llevar estos carros una barjuleta a la derecha, donde se pone la botija con agua; a la izquierda, en otra barjuleta, van las provisiones del viático. El ruido que hacen estos carros es sonoro, estruendoso; al rechocar en los hondos y pedregosos relejes, su voz se extiende y repercute largamente. Una ringla de mulas arrastra al solemne vehículo. En el paisaje levantino, el carro es inseparable de las redondas y finas colinas, de las huertas que rodean las ciudades, de las ventas y paradores, puestos en lo alto de los puertos, de los caminos viejos —estrechos y amarillentos— y de las carreteras blancas y polvorientas.

Los carros evocan las andanzas de nuestra niñez y de nuestra adolescencia. Evocamos los días en que —de un pueblo a otro— nos llevaban al colegio, con los baúles, los colchones y la ropa blanca, y en que, ya mozos, hemos viajado por los llanos y por los altozanos suaves avizorando los paisajes. Al pensar en los carros vemos un panorama de verdes viñedos —en Julio—; un panorama por el que un camino angostó, torcido, con hondas carriladas, se aleja entre la verdura. Caminamos y caminamos. El día ha llegado a su plenitud; está

el cielo limpio; ya el sol reverberante ha cegado los colores del campo. No se percibe ni el más pequeño ruido; a intervalos, una bocanada tibia de viento nos trae olores de tomillo, romero, cantueso. Baja el olor desde una montaña vecina, que cierra, a mano izquierda, el horizonte. Por la derecha el panorama se extiende, se aleja, se dilata hasta perderse —esfumado, tenue— en el vaho caliginoso de la tierra. Como en los paisajes de algunos maestros holandeses de batallas, vemos en la extensión que la vista alcanza, caseríos blancos, acequias de agua que relucen, un macizo de árboles, un pueblecito con su campanario enhiesto. Callemos un momento; el carro ha parado. ¿No parece que oímos lejano, muy lejano, casi imperceptible, el son de una campana?

Caminamos y caminamos. Ya es mediodía. Hemos pasado por delante de una casa de labor y nos hemos detenido. La puerta es ancha; empedrado está el zaguán de menudos guijos, o solado con anchas baldosas; las sillas tienen el asiento de to-miza urdida con esparto crudo; las mesas son de pino blanco —con redondos nudos rojizos— y una de ellas es bajita, casi terrera, y en torno de ella, en sillas también bajas, se sientan nuestros labriegos a comer. Con estos muebles forman concierto los jarros, peroles, cazuelas, picheles en que se cocina o se bebe. Las formas de estos recipientes son armónicas y definitivas; de una vez para todas —revelación de la Idea— se han inventado estas rotundidades y estas angosturas del barro y del metal... Repica el almirez; unas palomas se entran por la puerta y marchan por el pavimento

picoteando entre las piedras. A lo lejos se divisa el verde de los viñedos, el azul tenue de las montañas.

Cuando no comemos en una alquería que encontramos al paso, nos detenemos junto a unos árboles; el olivo es el árbol de Levante; invierno y verano, el olivo es el mismo; hiele o haga calor, su ramaje es siempre idéntico. Su tronco se hiende y se retuerce; su fronda cenicienta, plateada, se destaca sobre el tapiz verde de las viñas. Al pie de un olivo, en el silencio del mediodía, hacemos nuestro yantar. Luego proseguimos el viaje, hasta que, cuando va declinando el día, comenzamos a penetrar por las huertas y herreñales que rodean el pueblo adonde nos dirigimos... Por los caminos de España marchan lentos, muy lentos, los gruesos carros.

Los carreteros, de bruces sobre la mercancía, reposan amodorrados. Las picazas de la Mancha conocen los carros; las bandadas de cuervos que cruzan sobre el azul son conocedoras también de los carros. Con los carros se cruzan —o siguen la misma ruta— los cosarios y arrieros que portean cargas de carbón, corambres de aceite, cacharros revueltos entre paja. Carros y almocrebes se perfilan sobre el cielo radiante y azul de España. En Castilla los carros atronadores y recios y los carreteros membrudos y coléricos nos traen a la memoria el manteamiento de Sancho, las palizas de los yangüeses, el apedreamiento de Don Quijote en la noche de su vela de armas. Los carros en Madrid, cargados enormemente, son destrozo de pavimentos, atascamientos en las cuestas, vocife-

raciones iracundas, blasfemias, chasquidos de trallas, bárbaro apaleamiento a las pobres mulas, corro de bausanes para presenciar la cruel y estulta escena. No son estos nuestros carros; no son los carritos de Levante, que armonizan con los granados, con los almendros, con el mar lejano y con las voluptuosas carcajadas femeninas.

LA PATRIA DE DON QUIJOTE

I

CUANDO en 1905 un joven escritor (romántico y con el pelo largo) hizo un viaje por la Mancha, siguiendo la ruta de Don Quijote, ignoraba que muchos años antes, en 1848, otro joven escritor (con el pelo largo, romántico) había realizado, en parte, el mismo viaje. Hasta hace poco no ha sabido de las andanzas del primer viandante el segundo deambulador. Quien viajó en 1848 fué J. Giménez Serrano. Colaboraba este escritor en el *Semanario Pintoresco*; en esta Revista publicó sus impresiones. Las publicó en los números correspondientes al 16 de Enero, 30 del mismo mes, 6 de Febrero, 2 de Abril y 23 de igual mes. Cinco son, por tanto, los artículos publicados. Llevan el título de *Un paseo a la patria de Don Quijote*. Extraçtaremos lo más interesante de ellos. Giménez Serrano —según él mismo nos dice— hizo el viaje a pie; llevaba como guía a un labriego de la propia tierra manchega. Era joven Giménez Serrano; también nos cuenta él mismo —incidentalmente— que usaba melenas. Se trata, pues, al parecer, de

un mozo romántico que, enamorado del inmortal caballero, llega hasta emprender una peregrinación a los principales lugares de su vida y andanzas.

El joven viajero amaba a Don Quijote y ansiaba la realidad. Deseando añadir un comentario al libro de Cervantes, este mozo, en vez de revolver crónicas, papelotes y libracos, emprendió sencillamente un viaje por la Mancha. Creemos que debieran imitar en esto a Giménez Serrano los eruditos que, teniendo a mano la cantera viva, ahí a las puertas de Madrid, se dan de calabazadas para encontrar en los libros lo que se puede hallar en la realidad. «Desprecié el antiguo método —dice nuestro autor—, y antes de todo me propuse visitar la patria de Don Quijote, recorrer las calles de su lugar, seguir el camino de sus primeras y más famosas aventuras, recoger las populares tradiciones y apurar cuanto allí se supiese de las desgracias del Manco de Lepanto y de lo que pudo dar origen a su riquísima historia.» El autor, además de sus impresiones literarias, nos ofrece algunos croquis que ha ido trazando a lo largo de su viajata. Curiosos son, en sus toscos grabados en madera, los dibujos de la venta en que se supone fué manteado Sancho, de la iglesia de Argamasilla, de la casa llamada de Medrano (en que la leyenda supuso prisionero a Cervantes; leyenda que todavía se da como hecho positivo en 1912 en el Diccionario Enciclopédico *Pal-las*), de la iglesia del Toboso. «Deseo —dice Giménez Serrano— dar una base a los ilustradores del *Quijote* para que no sigan urdiendo disparatadas fantasías. Bien

que con ello —añade el autor— no harían más que seguir a las Academias y a otros no menos sabios editores.» En efecto; nada más absurdo y disparatado que las ilustraciones puestas por la Academia a su edición monumental del *Quijote*. ¿Cómo teniendo estos señores la Mancha al alcance de la mano dieron en esas estampas una tan estrambótica representación de España?

El primer paraje quijotesco que visita nuestro autor es la venta de que queda hecha mención. Se halla situada a una media legua hacia el sudeste de Fuente del Fresno. Dista como veinticinco leguas de Madrid y cuatro y media de Consuegra. Antes este lugar era muy pasajero; dejó de ser frecuentado a causa de la desviación de un importante camino. Antiguamente llamábase esta venta del *Cuadrillero*; a últimos del siglo XVIII la tomó a su cargo de un *rumboso sevillano*: enjalbegó éste sus muros, y desde entonces llevó el nombre de *Casa blanca*. Traspuesto el portal, a la izquierda se veían las escaleras, «que daban al derribado camaranchón donde prepararon aquella famosa y maldita cama que sirvió de potro para que le bizmasen al hidalgo manchego los cardenales que en su cuerpo habían labrado las villanas estacas de los yangüeses». (Advertencia: cuando Giménez Serrano visita la venta, ésta se halla casi derruida; su techo lo componían unas fajinas de carrizo; habitaba en ella un labriego.) A la derecha, entrando, estaba el corral; unos poyos rodeaban el hogar de la cocina. «En los poyos que rodeaban el hogar —dice el autor— leyó el cura la novela de *El curioso impertinente*, tan dramáti-

ca como buena y bien razonada, y, para mayor ilusión mía, sobre un arcón, en aquel lado, vi un recio cuaderno que era nada menos que la *Historia de los doce pares*.» Preguntó el autor al viejo habitador del mesón la causa de llamarse éste del *Cuadrillero*. Contestóle el viejo con una larga historia de un episodio sangriento de la guerra civil, que, en verdad, no tenía conexión con el apelativo de la venta. Ahorramos el relato al lector. De aquel trágico lance resultó el incendio de la venta. Y este es uno de esos antiguos y hoy derruidos mesones —sin techos, con las paredes ahumadas— que ahora contemplamos en nuestras peregrinaciones por las quebradas andaluzas o por los llanos de Castilla; ruinas que nos hacen pensar un momento en un drama que desconocemos; ruinas inseparables del paisaje solitario y yermo de las campiñas castellanas.

El autor sigue su viaje. Es verano; el sol inunda el campo manchego. «La tierra, seca con los ardores del estío, comenzaba a *hervir*, según la enérgica expresión de los segadores.» Sudoroso, jadeante, llega Giménez Serrano a un ameno vallecillo. «Tres alcores sembrados de encinas, alfombrados de enebros, jara y oloroso romero, rodeaban aquel voluptuoso apartamiento de los montes, y al pie de la más gallarda de las colinas, al amor de los blancos pobos, murmuraba una fuentecilla que se derramaba en un reducido lecho de menudísimas guijas de colores, cercado por una corona de musgo y mastranzos. Tan cristalina y transparente era la superficie de aquel nacimiento, tan verdes sus márgenes, que compararse pudiera con

un espejo de acero por marco de esmeraldas guarnecido.» (De acero el espejo, porque de acero los había antaño.) En tan apacible lugar dice el autor que reposó Don Quijote después de haber sudado buscando inútilmente a la pastora Marcela; allí hidalgo y escudero, echada mano a las alforjas, tuvieron un sobrio yantar. Con tristeza abandona el autor este grato lugar. Eran las dos de la tarde. «Una ligera neblina del color del hierro candente velaba los últimos términos del horizonte, que cambiaba a cada paso como en todas las travesías de montaña. Al torcer de un recodo vi sobresalir allá en la hondura la copa de un ciprés.» Se encaminó el viajero hacia aquel lugar y vió que la tierra estaba cubierta de astillas. «Unos leñadores acababan de cortar otros cuatro cipreses que antes daban compañía al que ahora descollaba solitario.» Aquel paraje debía de ser el lugar en que se desarrolló la triste aventura del pastor Crisóstomo. Parecían indicarlo así «la quebrada que a la izquierda se veía, el tajo cortado, al pie del cual alzaba su copa el ciprés que allí me había traído». El viajero continúa su peregrinación en busca de las ventas de Puerto Lápiche.

Las ventas de Puerto Lápiche se hallan en el camino de Madrid a Andalucía. «Si no miente un editor famoso, distan quince leguas de Aranjuez y veintiséis de Bailén.» Situadas en el puerto que forman las cordilleras que ocupan el centro de la curva elíptica trazada por la unión del Giquela y el Valdespino, rodeadas de colinas con boscaje, son el teatro más a propósito, como decía Don Quijote, para *meter las manos hasta los codos en*

esto que llaman aventuras. Apenas se anda por estas tierras una vara sin oír trágicas escenas de la última guerra, robos, acometimientos, incendios. El viajero arriba al mesón, come y se tiende en una pétrea cama, dispuesto a dormir. Mas fué en vano su propósito; los viandantes reunidos en la posada armaron tal trapatiesta y baraúnda, que hizo imposible el sueño. He aquí la curiosa y archiespañola lista de los viajeros del mesón: «cuatro estudiantes de la tuna, tres de los cuales eran descabezados rapistas; un cedacero con gran provisión de sonajas; cuatro alegres napolitanos, calderero el uno y *santi boniti* los otros; dos pañeros de Fortuna; un abaniquero de viejo; dos gitanos cantadores de la viña de Cádiz y un respetable coro de mayores y mozos que así destripaban un zaque de vino y rascaban el vientre de una vihuela o de un tenor malagueño, como entonaban por el eco de los *panes calientes* y de la castiza seguidilla manchega». ¡Oh, abaniqueros de viejo y apañadores! ¡Oh, vosotros, pañeros de Fortuna, famosos pañeros de Fortuna, cuyos pregones largos he oído tantas veces en las silenciosas, limpias y blancas callejuelas de los pueblos levantinos!)

De Puerto Lápiche se traslada Giménez Serrano a Villalta. En la llanura de Villalta nos dice el autor que aconteció la temerosa aventura del vizcaíno. De Villalta pasamos a Montiel. Por estos campos hizo Don Quijote su primera salida. «Frente de mis ojos se alzaban las sombrías ruinas del castillo de Montiel.» Más a lo lejos se columbraban las casas de la Torre de Juan Abad, de la

que era señor Quevedo, y en donde el gran satírico enfermó para ir a morir a Villanueva de los Infantes. Prosigue el viajero su camino y llega a Argamasilla de Alba.

II

Nuestro buen Giménez Serrano —joven romántico y con melenas— llega a Argamasilla de Alba. Se llama también este pueblo *Lugar nuevo*; la denominación de Alba procede de haber reedificado esta villa el duque de este título. Argamasilla «se halla situada en una extensa llanura y rodeada de huertas, molinos harineros y quinterías y alamedas. Su cielo es limpio, despejado y sereno». (Un poco paradisíaca es tal sumaria descripción de los aledaños argamasillescos. Una huerta cerrada, un cortinal, hay a las puertas de la villa; macizos de álamos se yerguen aquí y allá, a lo largo del Guadiana. Y las uniformes llanas tierras paniegas se extienden hasta la remota lejanía del horizonte.) Cuando el duque de Alba elevó la nueva población, los moriscos la ocuparon en su mayor parte. «Como eran tan industriosos y frugales, la tierra de migajón y fácil regadío, se hizo opulenta la villa, y tanto, que en su lengua la llamaban ellos *Río de la Plata*.» El viajero penetra por sus calles mal arrecifadas; las casas están construídas con tierra apisonada; constan de un solo piso; ciento ochenta, poco más o menos, componen la villa; no llegarán a mil cuatrocientos los habitantes. «En la plaza no hay árboles ni fuentes, y las casas todas, exceptuando algunas que ostentan en sus por-

tadas escudos de armas, son de miserable aspecto.» «Lo mal blanqueado de sus paredes —añade el autor—, el polvo con que las cubre el viento solano de la llanura, sus desvencijadas puertas y la desigualdad de los tejados y techumbres, dan á este lugar, como a otros muchos de la Mancha, un aspecto monótono y salvaje que repugna y entristece.» (La melancolía de la Mancha procede de la llanura inmensa y gris. Hay en los pueblos unas paredes largas y blancas, nítidas, con una ventanita angosta en toda su extensión, y entre las dos paredes, en la calleja silenciosa y desierta, se otea allá a lo lejos la mancha verde de los trigales y la mancha azul del cielo. Una campanada sonora, muy de tarde en tarde, rasga el silencio.)

Nuestro viajero se apresura a visitar la casa de Medrano; durante mucho tiempo se ha creído que estuvo preso en ella Cervantes. La fachada es sencilla; las jambas y el dintel de la puerta son de piedra; sobre la puerta campea un escudo. Rejas saledizas destacan en el piso principal. De una de ellas pende un manojo de brezos: advertimiento a los transeúntes de que en aquel lugar se expende vino. Del techo sobresale un ancho alero morisco. «El portón está desvencijado y tiene por adornos gruesos clavos de hierro. Penetré por su achatado postigo, que da entrada a un portal medianamente largo y del ancho de la portada. Después está el patio, guarnecido a la usanza árabe de cenadores, de una galería descubierta en el piso principal, sostenida por seis columnas de piedra y dos pilares de madera con capiteles labrados.» (Tipo de la casa manchega; en una casa así, pero más mo-

desta, fué a morir Quevedo, año 1645, en Villanueva de los Infantes, desde su Torre de San Juan Abad, donde se puso enfermo. En la casa hay una galería con una barandilla de madera toscamente labrada. El zaguán es chiquito; mezquina la estancia donde expiró el gran satírico. Titubeante, exhausto de fuerzas, pálido, con la mirada triste, trágica, debió de entrar Quevedo —para no salir vivo— por este zaguán empedrado de menudos guijos.) En la casa de Medrano, puestos en el patio, lucían sus orondas barrigas las tobosescas tinajas llenas del espeso vinazo de la tierra. «En el lado de la izquierda estaba el *sótano inmundo* que me traía a aquella casa de aciago recuerdo.» Encendieron un candil, desembarazaron la puerta de unos canastos que la obstruían, y nuestro mozo bajó por una escalerilla de siete escalones. Se encontró Giménez Serrano en una bodeguilla lóbrega y húmeda. La llenaban esteras y trastos inútiles. «A los rojizos reflejos de la luz huyeron los ratones que habitaban descuidados entre los trastos, y bandadas inmensas de correderas se pusieron en agitado movimiento; un olor insalubre y fétido despedía tan sucio conjunto. Aquel subterráneo está nueve pies más bajo que el nivel del patio; tiene unas cuatro varas de ancho, seis y algunas pulgadas de largo, y una bóveda de yeso lo cubre.»

A la derecha de la entrada, en el muro, se conserva todavía un agujero donde se supone estuvo clavada la cadena que sujetaba a Cervantes. (Queda así transcrita circunstancialmente la descripción que hace nuestro autor. Si no estuvo Cervantes en ese sótano, la opinión lo ha supuesto durante mu-

cho tiempo. Ya este lugar es definitivamente famoso. Cuando en 1905 le visitamos nosotros, vimos que la puerta de la cueva estaba mellada y astillada. Nos dijeron que los viajeros extranjeros que allí aportaban se llevaban, como recuerdo, pedacitos de la madera de la puerta.)

De Argamasilla, Giménez Serrano se encamina al Toboso; de la patria de don Quijote, a la patria de Dulcinea. En el camino encuentra nuestro autor a un clérigo que marcha caballero en su mula; era natural del Toboso este cura: mas vivía en Argamasilla desde hacía cuarenta años. Los dos viandantes traban conversación. El joven escritor da cuenta al clérigo del motivo de su viaje.

—¡Ah, vamos!—exclama el cura—. Usted ¿es el joven de melenas que ha visitado esta mañana la iglesia, que ha dibujado en la plaza de Argamasilla y que ha permanecido un gran rato a solas con los ratones de la bodega de la preciosísima casa de Medrano?

El clérigo relata al literato dos leyendas ó consejas relativas a Cervantes. Se refieren las dos a una bárbara —y supuesta— venganza que en el Toboso se tomaron con un recaudador de contribuciones o alcabalero llamado Cervantes. Dicho Cervantes no era otro que el autor del *Quijote*. Habiendo llegado el alcabalero al pueblo, y hallándose durmiendo por la noche en el pajar de una casa, lo despertaron los mozos y, «medio arrastrando, con una soga a la cintura, le sacaron por las calles del pueblo». Afortunadamente, llegaron a tiempo los cuadrilleros y libertaron a Cervantes de manos de la chusma. No era otro el propósito de

los mozos tobosinos sino el de llevar a Cervantes a una laguna próxima y chapuzarlo en sus cenagosas aguas. En el Toboso son peritísimos en esta operación. Cuando arriba allí algún recaudador, lo somormugen en el dicho navazo. «¡Oh, en esto de atormentar a los ejecutores o comisionados son diestrísimos en el Toboso y con orgullo salvaje les oiréis referir mil atrocidades de las consumadas en la villa con estos pobres emisarios de la Hacienda!» (No olvide el lector que estamos en 1848. Hoy suponemos que tales prácticas habrán desaparecido.) «Muchos —añade el autor— han sido encerrados desnudos en una de las tinajas colosales que allí se fabrican; otros, después de haber bebido más de lo necesario, estimulados por los que se fingían sus camaradas, han despertado en el cementerio, vestidos de hábito y tendidos en un ataúd con sus blandones y su túmulo. Los más han sufrido palizas, y ninguno ha vuelto con sus dietas sin poderlo contar como milagro.» (¿Cómo, dado este ambiente, no había en el Toboso, en el año 1848, plaza de toros?)

Cerca del pueblo, a cosa de «dos millas» de él, vió nuestro viajero las ruinas de un parador. Por allí había también antaño un encinar; el bosque en que Don Quijote quedó esperando en tanto que Sancho iba al Toboso a celebrar una entrevista con Dulcinea. «El Toboso ha sido pueblo de consideración, y así lo indican sus aristocráticas casas, que, aunque de pobre aliño y en ruinas, ostentan portadas de mármol, columnas, brocales y fuentes talladas, escudos sobre las puertas y labrada rejería.» En su época de esplendor había en el Toboso

telares y alfarerías; de éstas salían las más admirables de todas las tinajas españolas.

«Desapareció todo esto, y un pueblo rico, industrial, que ha contado con más de 4.000 vecinos, se halla hoy reducido a poco menos de 800, y apenas puede fabricar algunas tinajas y gloriarse con sus rábanos, que son extraordinariamente gordos, blancos y tiernos, según me han dicho.» Ès mediodía; nuestro autor, después de recorrer el pueblo, se sienta en los escalones del rollo que se yergue en la plaza, y comienza a tomar un diseño de la iglesia. «Mas, en verdad sea dicho —escribe Giménez Serrano—, no se muestran en el Toboso más aficionados a los artistas que a los ejecutores, pues antes de que acabara de tantear la torre que tomó Don Quijote por palacio, vino sobre mí tal nube de piedras, que forzoso me fué dejar la obra para mejor ocasión, pues los tobosescos angelitos daban mayor impulso a los cantos de lo que a mis delicadas carnes convenía.» (¡Tate, tate con los paisanitos de Dulcinea! ¿Cómo no había plaza de toros en el Toboso?)

El colaborador del *Semanario Pintoresco* da por terminado su viaje. Con objeto de llevarse del Toboso un recuerdo, decide comprar un queso. No es esta operación baladí. En una nota Giménez Serrano nos dice lo siguiente: «Según nuevas por mí recogidas, han visitado muchos extranjeros estos lugares, que yo tengo el orgullo de haber descrito primero. Entre ellos, varios ingleses compraron quesos para dar con ellos un banquete a sus amigos de Londres.» Cerremos estos artículos loando a los ingeniosos sajones; esos hombres de-

mostraron delicadeza y buen gusto al llevarse a Londres unos quesos manchegos. Se llevaban con ellos un recuerdo de la patria de Don Quijote, y daban a la par prueba de ser unos excelentes lamizneros, puesto que si Don Quijote era el más excelso de los caballeros andantes, el queso manchego bueno es el más exquisito de todos los quesos.

II

LOS PUEBLOS

He viajado mucho por España. He pasado muchas horas en los casinos de los pueblos, conversando con hidalgos y oficiales de mano. Si amo los clásicos es porque amo los pueblos y el paisaje de España. Para mí todo esto es una misma cosa. ¡Cuántas páginas de los clásicos — de Quevedo, de Cervantes —, he visto vivas en los pueblos! Una de las impresiones dominantes en mi vida es la visita que hice a Villanueva de los Infantes y el momento que estuve en la casita en que allí murió Quevedo. Lo relato en Antonio Azorín. Al escribir esta nota, veo la cara melancólica de una bella muchacha que levanta los visillos de la ventana al escuchar pasos en la callejuela solitaria...

JARDINES DE CASTILLA

DISPÓNGASE el lector a dar un breve paseo —*ideal, fantástico*— por Castilla. No veremos los monumentos, ni las ciudades, ni los campos. Vamos a visitar los jardines. Cierre los ojos el lector; ya estamos en el primer jardín. Nos encontramos en una diminuta ciudad castellana; en el centro de ella hay una glorieta o jardín. Viejos olmos la rodean con sus troncos recios, rugosos, con su fronda áspera, oscura. Luego, en el medio, se alínean unas bandas de evónimos polvorientos; a trechos están pajizos, amarillos; las avenidas o pasos del jardín son estrechos, desiguales; atraviesa algunos de ellos una reguera o somera acequia; se ven guijarros puntiagudos que sobresalen del terreno; de trecho en trecho se yergue, puesto en un poste de madera tosca, algún farol. Tienen un aspecto peculiar estos faroles de los sórdidos y pequeños jardines municipales de las ciudades castellanas. Eran faroles, vetustos faroles de petróleo; se veía en ellos esos tubos gordos, abombados, que sólo podemos ver ahora en las viejas fotografías. La luz de petróleo ha sido reemplazada por la eléctrica.

Dentro del farol ha sido colocada una bombilla; está polvoriento, sucio, sin cristal, y los cristales del farol han desaparecido o alguno de ellos se muestra roto en pedazos. Alguno de los postes de estos faroles aparece ladeado, vacilante, bien a causa de los recios vendavales de invierno, o bien por los esfuerzos de los chicuelos o mozalbetes de la ciudad. Se respira un profundo abandono, una profunda tristeza, una irremediable y desconsoladora laxitud en estos reducidos y polvorientos jardines. Acaso en el centro se ve una fuente de piedra, una antigua y noble fuente de algún viejo palacio o caserón, traída aquí, sacada de su ambiente natural, y sobre la que se ha colocado, desfigurándola, mutilándola, *humillándola*, alguna absurda y tosca figura de hierro fundido, de hierro con sus ásperas junturas y sus granulaciones. El jardín está solitario; allá a lo lejos, por encima de la fronda de los olmos, se ve la torre de la iglesia; más cerca, aparecen los porches de la plaza y unos balcones panzudos, desnivelados. De tarde en tarde cruza por el jardín un mendigo, que se sienta en un banco, o uno de esos guardias municipales de las pequeñas ciudades castellanas, astrosos, grasientos, con los bigotes lacios y la barba sin afeitar. En la primavera algunos rosales dan sus rosas rojas, sus rosas blancas, entre las tristezas de los evónimos, en el profundo silencio de la ciudad; rosas fugitivas, rosas pasajeras, rosas que duran un momento y que hacen más melancólica la visión de este reducido jardín, con sus faroles rotos y sus olmos adustos...

Sigamos caminando. Ya estamos en otro jardín

de Castilla. Es el jardín de un antiguo y bello palacio. Fué bello el palacio hace tres siglos. Huyeron de él sus naturales y magníficos moradores. Desde entonces han pasado por él muchas gentes. Ha sido el palacio Intendencia de la provincia, Delegación de Hacienda, Gobierno civil. Detrás del edificio se extiende el jardín. Desde hace treinta o cuarenta años no ha sido cuidado por ningún jardinero. De cuando en cuando unas manos crueles cortan bárbaramente las ramas de los árboles, arrancan también algunos troncos (para las chimeneas del caserón) y todo después vuelve a quedar igual... no igual, sino despedazado y destrozado. Hay en el jardín laureles, cipreses y rosales. Las alamedas están intransitables; la vegetación ha crecido y ha invadido todos los viales y arriates; un estanque reducido tiene sus aguas verdosas, inmóviles, llenas de hojas y de ramas. Se oye por la mañana un clamoroso y vivo piar de gorriones; en las horas de sol salen por las avenidas, suben por los muros de la cerca, lentos lagartos y diminutas lagartijas, que se pasean sosegadamente y entornan sus ojuelos. En la primavera, sobre las rosas, revolotean pesadamente los redondos cetonios y van entrando entre las frescas y olorosas hojas que roen y destrozan en silencio.

No llega ningún ruido al jardín. En el fondo, en el viejo palacio, se ven en las ventanas unos cristales rotos, unos cristales polvorientos, los cristales de unas ventanas que no se han abierto hace muchos años, en las que no ha aparecido nadie, a las que no se ha asomado la vida desde hace treinta o cuarenta años. ¿Qué nos dice este jardín en aban-

dono y qué sugieren á nuestro espíritu estas ventanas cerradas, estos cristales rotos, cristales lamentables, que son a estos otros jardines lo que los faroles son a los otros pequeños tristes jardines municipales?

Continuemos en nuestra marcha. Volvamos a cerrar los ojos. Ya estamos en otro diminuto y castizo jardín. Caminamos lentamente por los claustros de una colegiata o de una catedral. Los jardines interiores, cerrados, aprisionados, tienen un encanto particular que no tienen los libres, los que se extienden en campo abierto o en el centro de las ciudades. En nuestras catedrales, en León, en Avila, por ejemplo, existen reducidos jardines de estos que son tan melancólicos y están tan abandonados como los descritos anteriormente.

No son casi jardines. Si alguna vez estuvieron cuidados y atendidos, hace ya tiempo que no lo están. La maleza crece libremente en su ámbito. Como el espacio que se dispone para ello es muy reducido, a poco que se deje sin cuidarlos, la vegetación lo invade locamente todo. Además, en estas iglesias y catedrales las reparaciones que se han ido haciendo en ellas y las que se hacen continuamente han dejado el pequeño jardín lleno de escombros y de sillares. En los muros del claustro se ven las tumbas de guerreros, obispos y teólogos de hace cuatro o seis siglos. Sólo de tarde en tarde resuenan pasos sobre las losas y bajo las bóvedas de la venerable galería. Se oyen claras y silbantes las campanadas que caen de la alta torre. A veces, al abrirse una puertecilla, por la mañana, llega al silencioso jardín el sonido confuso y ar-

monioso del órgano. Por la tarde nada turba el sosiego.

La ciudad reposa profundamente. En el caer de la tarde va llenándose de sombras el diminuto jardín; revolotean blandos, elásticos, los primeros vespertillos. Allá lejos suena la campana de algún convento. Ha llegado el crepúsculo. Comienza a brillar una estrella en el cielo obscurecido. Entonces es la hora propicia, la hora peculiarísima de estos minúsculos y aprisionados jardines: es la hora en que estos jardines entran en armonía y comunión íntima y secreta con el ambiente y con las cosas que le rodean: con las tumbas de los guerreros y de los obispos, con la alta torre, con las columnas del claustro, con el cielo obscuro y sereno, con el parpadear brillante de las estrellas, con las campanadas del *Angelus*, que caen lentas, sonoras, pausadas sobre la ciudad...

UNA CIUDAD CASTELLANA

LA ciudad está edificada en una ladera; al pie corre un riachuelo. El término es extenso; se compone de tierras paniegas y de olivares; el trigo lo muelen en las aceñas del río, y el aceite lo fabrican en vetustas y toscas prensas de viga. Las calles de la ciudad son estrechas y tortuosas; algunas tienen soportales sostenidos por pilastras y antiguas y rotas columnas de piedra. Hay calles que se llaman: de las Dueñas, las Angustias, Boteros, Tenerías, Colegio Viejo, la Encomienda, la Puerta Rota, Bachilleres, Pan y Carbón, Tahonas Viejas, Bermejeros, Donados, Labrador Chico. Dan albergue en la ciudad a trajinantes, cosarios y almocrebes, tres viejas posadas: la de Antón Gallardo, la de las Ánimas y la de la Luna; la primera es la más surtida; en el balcón único hay un poste con una tabla en que se lee: *Hay paja, cebada y agua*. Cuatro iglesias se levantan en la ciudad; la Vieja, la Nueva, la de San Felipe y la de Santiago el Verde. La de San Felipe está cerrada por ruinoso; de la Vieja sólo quedan los muros exteriores, la techumbre se halla desfondada; crecen unos jara-

magos en lo alto de las paredes. La de Santiago el Verde es una bella edificación gótica, del siglo xvi; tiene un pequeño patio, silencioso, embaldosado con grandes losas, con un pozo de labrado brocal. La iglesia Nueva es clásica, herreriana, severa, desnuda y fría. Aparte de estos templos existen en la ciudad tres ermitas: la del Cristo del Candilico, la de nuestra Señora de la Paz y la de San Roque. En lo alto de la colina que domina el pueblo se destaca el Calvario; se va a él por un caminejo plantado de cipreses; las capillitas que sirven de estaciones aparecen medio desmoronadas, en ruinas. Se cuentan también en la ciudad dos conventos de monjas: el de las Bernardas y el de las Carmelitas.

Hay poca industria en el pueblo: junto al río se ven dos viejas tenerías; hay también tres almonas o jabonerías. Antaño se fabricaban aquí abundantes paños; de aquellas pobladas pañerías sólo quedan dos telares de mano; uno de ellos lo tiene un tejedor que es muy viejecito y apenas trabaja; el alhaquín que maneja el otro sólo trabaja dos o tres días a la semana, por temporada. En 1860 había en la ciudad tres casas poderosas: la de D. Juan Mendoza, la de Carrillo y la de los Esquiveles. Don Juan Mendoza se fué a Madrid y allí murió en la miseria al cabo de los años; a Carrillo le dió por emborracharse y romperlo todo en las tiendas de la capital de la provincia, pagando después espléndidamente los destrozos; los Esquiveles eran dos hermanos que se arruinaron jugando. Las fincas y propiedades de estas casas pasaron en su mayor parte a unos vendedores de mulos, forasteros, que

se enriquecieron vendiendo caballerías al fiado a los labradores y cobrándoles un rédito de 50 ó 60 por 100.

Los señores del pueblo se reúnen en un desmantelado Casino; hay en él una estufa, unos quinqués de petróleo con los tubos ahumados y unas mesas de mármol. Allí se habla de política y de las cosechas; a las nueve y media o diez de la noche, el conserje apaga los quinqués y se va a su casa. En la ciudad existen catorce bachilleres que no han concluído la carrera, cuatro médicos y doce abogados. De los abogados, sólo pueden trabajar seis; en los escritos que presentan al juzgado, se difaman acremente unos a otros; en ocasiones mueven pleitos a pobres hombres, resucitando historias antiguas, para que estos pobres hombres se acoquinen y suelten algún dinero. En Mayo se celebra la fiesta de Santiago el Verde. Hay en la ciudad una Cofradía del Cristo de los Agonizantes; cuando muere algún hermano, el muñidor o andador va por las calles tocando una campanilla y gritando: «¡A tal hora el entierro de D. Fulano de Tall»

Los veranos son ardorosos en esta tierra, y los inviernos muy largos y crueles. Los señores no se visitan unos a otros; las puertas y ventanas de los casones siempre están cerradas; por las calles transita muy poca gente; en la plaza, los días claros, en el invierno, se ve un grupo compacto de vecinos que toman el sol liados en sus capas pardas y en sus mantas. El cielo está siempre azul. No pasa nada en el pueblo. Se oye en el silencio profundo el ruido de las herrerías y el canto de algún gallo.

De tarde en tarde se comete en la ciudad o en los campos cercanos un crimen horrendo, inaudito. En todas las casas se comenta durante largo tiempo.

Las personas más notables del pueblo son: don Joaquín el Mayorazgo, Perico Antonio y *Cacho*. D. Joaquín el Mayorazgo es discreto, afable; ha leído la *Historia de la Humanidad*, de Laurent, y fué muy amigo de Rivero; dice él que tiene un plan para regenerar a España en cinco años. Perico Antonio está desconcertado con las doctrinas del espiritismo y del magnetismo; lleva siempre libros y papeles en los bolsillos y se empeña en leerles fragmentos a los amigos.

Cacho es un tipo popular: un gracioso o albardán; su gloria está en las comilonas y meriendas; sabe cuentecillos y dichos; acude a todos los sitios donde hay jolgorio, y lo llevan a las cacerías que organizan los señores.

En Carnaval van algunas máscaras por la calle vestidas de esteras y con escobas viejas al hombro. Los labriegos son muy pobres; en el pueblo sólo se matan tres o cuatro carneros en toda la semana. El hecho más memorable, capital, en la historia de la ciudad, fué una conmoción popular, ocurrida en 1870, con motivo de los consumos; se quemaron los papeles del Juzgado y de la Casa Ayuntamiento. Los labriegos iban por las calles amenazadores, iracundos, con sus hoces y sus legones.

UNA CIUDAD Y UN BALCÓN

No me podrán quitar el dolorido
Sentir...

GARCILASO.

ENTREMOS en la catedral; flamante, blanca, acabada de hacer está. En un ángulo, junto a la capilla en que se venera la Virgen de la Quinta Angustia, se halla la puertecilla del campanario. Subamos a la torre; desde lo alto se divisa la ciudad toda y la campiña. Tenemos un maravilloso, mágico catalejo: descubriremos con él hasta los detalles más diminutos. Dirijámoslo hacia la lejanía: allá, por los confines del horizonte, sobre unos lomazos redondos, ha aparecido una manchita negra; se remueve, levanta una tenue polvareda, avanza. Un tropel de escuderos, lacayos y pajes es, que acompaña a un noble señor. El caballero marcha en el centro de su servidumbre; ondean al viento las plumas multicolores de su sombrero; brilla el puño de la espada; fulge sobre su pecho una firmeza de oro. Vienen todos a la ciudad; bajan ahora de las colinas y entran en la vega. Cruza la vega un río: sus aguas son rojizas y lentas; ya

sesga en suaves meandros; ya se embarranca en hondas hoces. Crecen los árboles tupidos en el llano. La arboleda se ensancha y asciende por las alturas inmediatas. Una ancha vereda —parda entre la verdura— parte de la ciudad y sube por la empinada montaña de allá lejos. Esa vereda lleva los rebaños del pueblo, cuando declina al otoño, hacia las cálidas tierras de Extremadura. Ahora las mesetas vecinas, la llanada de la vega, los alcores que bordean el río, están llenos de blancos carneros que sobre las praderías forman como grandes copos de nieve.

De la lana y el cuero vive la diminuta ciudad. En las márgenes del río hay un obraje de paños y unas tenerías. A la salida del pueblo —por la Puerta Vieja— se desciende hasta el río; en esa cuesta están las tenerías. Entre las tenerías se ve una casita medio caída, medio arruinada; vive en ese chamizo una buena vieja —llamada Celestina— que todas las mañanas sale con un jarrillo desbocado y lo trae lleno de vino para la comida, y que luego va de casa en casa, en la ciudad, llevando agujas, gorgueras, garvines, ceñideros y otras brujerías para las mozas. En el pueblo los oficiales de mano se agrupan en distintas callejuelas; aquí están los tundidores, perchadores, cardadores, arcadores, perailes; allá, en la otra, los correcheros, guarnicioneros, boteros, chicarreros. Desde que quiebra el alba, la ciudad entra en animación; cantan los perailes los viejos romances de Blancaflor y del Cid —como cantan los cardadores de Segovia en la novela *El Donado hablador*—; tunden los paños los tundidores; córtanle con sutiles tijeras el

pelo los perchadores; cardan la blanca lana los cardadores; los chicarreros trazan y cosen zapatillas y chapines; embrean y trabajan las botas y cueros en que se ha de encerrar el vino y el aceite los boteros. Ya se han despertado las monjas de la pequeña monjía que hay en el pueblo; ya tocan las campanitas cristalinas. Luego, cuando avance el día, estas monjas saldrán de su convento, devanearán por la ciudad, entrarán y saldrán en las casas de los hidalgos, pasarán y tornarán a pasar por las calles. Todos los oficiales trabajan en las puertas y en los zaguanes. Cuelga de la puerta de esta tiendecilla la imagen de un cordero; de la otra, una olla; de la de más allá, una estrella. Cada mercader tiene su distintivo. Las tiendas son pequeñas, angostas, lóbregas.

A los cantos de los perailes se mezclan en estas horas de la mañana las salmodías de un ciego rezador. Conocido es en la ciudad; la oración del Justo Juez, la de San Gregorio y otras muchas va diciendo por las casas con voz sonora y lastimera; secretos sabe para toda clase de dolores y trances mortales; un muchachuelo le conduce: la malicia y la inteligencia brillan en los ojos del mozo. En las tiendecillas se ven las caras finas de los judíos. Pasan por las callejas los frailes con sus estameñas blancas o pardas. La campana de la catedral lanza sus largas campanadas. Allá, en la orilla del río, unas mujeres lavan y carmenan la lana.

(Se ha descubierto un nuevo mundo; sus tierras son inmensas: hay en él bosques formidables, ríos anchurosos, montañas de oro, hombres extraños, desnudos y adornados con plumas. Se multiplican

en las ciudades de Europa las imprentas; corren y se difunden millares de libros. La antigüedad clásica ha renacido; Platón y Virgilio han vuelto al mundo. Florece el tronco de la vieja humanidad.)

En la plaza de la ciudad se levanta un caserón de piedra; cuatro grandes balcones se abren en la fachada. Sobre la puerta resalta un recio blasón. En el primer balcón de la izquierda se ve sentado en un sillón un hombre; su cara está pálida, exangüe, y remata en una barbita afilada y gris. Los ojos de este caballero están velados por una profunda tristeza; el codo lo tiene el caballero puesto en el brazo del sillón y su cabeza descansa en la palma de la mano...

Le sucede algo al catalejo con que estábamos observando la ciudad y la campiña. No se divisa nada; indudablemente se ha empañado el cristal. Limpiémoslo. Ya está claro; tornemos a mirar. Los bosques que rodeaban la ciudad han desaparecido. Allá, por aquellas lomas redondas que se recortan en el cielo azul, en los confines del horizonte, ha aparecido una manchita negra; se remueve, avanza, levanta una nuvecilla de polvo. Un coche enorme, pesado, ruidoso, es; todos los días, a esta hora, surge en aquellas colinas, desciende por las suaves laderas, cruza la vega y entra en la ciudad. Donde había un tupido bosque, aquí en la llana vega, hay ahora trigales de regadío, huertos, herreñales, cuadros y emparrados de hortalizas; en las caceras, azarbes y landronas que cruzan la llanada, brilla el agua que se reparte por toda la vega desde las represas del río. El río si-

gue su curso manso como antaño. Ha desaparecido el obraje de paños que había en sus orillas; quedan las aceñas que van moliendo las maquilas como en los días pasados. En la cuesta que asciende hasta la ciudad, no restan más que una o dos tenerías; la mayor parte del año están cerradas. No encontramos ni rastro de aquella casilla medio derrumbada en que vivía una vieja que todas las mañanas salía a por vino con un jarrico y que iba de casa en casa llevando chucherías para vender.

En la ciudad no cantan los perailes. De los oficios viejos del cuero y de lana, casi todos han desaparecido; es que ya por la ancha y parda vega que cruza la vega no se ve la muchedumbre de ganados que antaño, al declinar el otoño, pasaban a Extremadura. No quedan más que algunos boteros en sus zaguanes lóbregos; en las callejas altas, algún viejo telar va marchando todavía con su son rítmico. La ciudad está silenciosa; de tarde en tarde pasa un viejo rezador que salmodía la oración del Justo Juez. Los caserones están cerrados. Sobre las tapias de un jardín surgen las cimas agudas, rígidas, de dos cipreses. Las campanas de la catedral lanzan — como hace tres siglos — sus campanadas lentas, solemnes, clamorosas.

(Una tremenda revolución ha llenado de espanto al mundo; millares de hombres han sido guillotinado; han subido al cadalso un rey y una reina. Los ciudadanos se reúnen en Parlamentos. Han sido votados y promulgados unos códigos en que se proclama que todos los humanos son libres e iguales. Vuelan por todo el planeta muchedumbre de libros, folletos y periódicos.)

En el primero de los balcones de la izquierda, en la casa que hay en la plaza, se divisa un hombre. Viste una casaca sencillamente bordada. Su cara es redonda y está afeitada pulcramente. El caballero se halla sentado en un sillón; tiene el codo puesto en uno de los brazos del asiento y su cabeza reposa en la palma de la mano. Los ojos del caballero están velados por una profunda, indefinible tristeza.

Otra vez se ha empañado el cristal de nuestro catalejo; nada se ve. Limpiémoslo. Ya está; enfoquémoslo de nuevo hacia la ciudad y el campo. Allá en los confines del horizonte, aquellas lomas que destacan sobre el cielo diáfano han sido como cortadas con un cuchillo. Los rasga una honda y recta hendidura; por esa hendidura, sobre el suelo, se ven dos largas y brillantes barras de hierro que cruzan una junto a otra, paralelas, toda la campiña. De pronto aparece en el costado de las lomas una manchita negra: se mueve, adelanta rápidamente, va dejando en el cielo un largo manchón de humo. Ya avanza por la vega. Ahora vemos un extraño carro de hierro con una chimenea que arroja una espesa humareda, y detrás de él una hilera de cajones negros con ventanitas; por las ventanitas se divisan muchas caras de hombres y mujeres. Todas las mañanas surge en la lejanía este negro carro con sus negros cajones, despidе penachos de humo, lanza agudos silbidos, corre vertiginosamente y se mete en uno de los arrabales de la ciudad.

El río se desliza manso, con sus aguas rojizas;

junto a él —donde antaño estaban los molinos y el obraje de paños— se levantan dos grandes edificios; tienen una elevadísima y sutil chimenea; continuamente están llenando de humo denso el cielo de la vega. Muchas de las callejas del pueblo han sido ensanchadas; muchas de aquellas callejitas que serpenteaban en entrantes y salientes —con sus tiendecillas— son ahora amplias y rectas calles donde el sol calcina las viviendas en verano y el vendaval frío levanta cegadoras tolvaneiras en invierno. En las afueras del pueblo, cerca de la Puerta Vieja, se ve un edificio redondo, con extensas graderías llenas de asientos, y un círculo rodeado de un vallar de madera en medio. A la otra parte de la ciudad se divisa otra enorme edificación, con innumerables ventanitas: por la mañana, a mediodía, por la noche parten de ese edificio agudos, largos, ondulantes sonos de cornetas. Centenares de lucecitas iluminan la ciudad durante la noche: se encienden y se apagan ellas solas.

(Todo el planeta está cubierto de una red de vías férreas; caminan veloces por ellas los trenes; otros vehículos —también movidos por sí mismos— corren vertiginosos por campos, ciudades y montañas. De nación a nación se puede transmitir la voz humana. Por los aires, etéreamente, de continente a continente, van los pensamientos del hombre. En extraños aparatos se remonta el hombre por los cielos; a los senos de los mares descende en unas raras naves y por allí marcha; de las procelas marinas, antes espantables, se ríe ahora subido en gigantescos barcos.—Los obreros

de todo el mundo se tienden las manos por encima de las fronteras.)

En el primer balcón de la izquierda, allá en la casa de piedra que está en la plaza, hay un hombre sentado. Parece abstraído en una profunda meditación. Tiene un fino bigote de puntas levantadas. Está el caballero, sentado, con el codo puesto en uno de los brazos del sillón y la cara apoyada en la mano. Una honda tristeza empaña sus ojos...

¡Eternidad, insondable eternidad del dolor! Progresará maravillosamente la especie humana; se realizarán las más fecundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano. *No le podrán quitar el dolorido sentir.*

LA CATEDRAL

DURANTE la dominación romana —ochenta años antes de la era de Cristo— se levantaba en la pequeña ciudad un vasto y sólido edificio de tres naves: era un gimnasio público y una casa de baños. En las aguas, frías o templadas, de las piscinas sumergían sus cuerpos recios mozos y bellas jóvenes; acaso, en aquellas estancias, algún romano, ya pasada la juventud, cansado, fatigado, expatriado de Roma, amigo de la poesía y de las estatuas, recitaría un fragmento de Virgilio:

*Hos ego digrediens lacrimis adfabar abortis:
Vivite felices, quibus est Fortuna peracta
Jam sua: nos alia ex aliis in fata vocamur.*

El maestro Fray Luis de León, en su traducción de *La Eneida*, ha puesto así en castellano este pasaje: *Yo, desviándome, les hablaba sin poder detener las lágrimas, que se me venían a los ojos: Vivid dichosos, que ya vuestra fortuna se acabó; mas a nosotros, unos hados malos nos traspasan a otros peores.*

El edificio de los baños era recio, sólido: un rey

godo lo hizo su palacio dos siglos después; otro rey, en 915, dedicó a iglesia este palacio suyo y de sus antecesores. En la nave central puso el altar de Nuestra Señora; en las laterales, el de los Apóstoles y el de San Juan Bautista. El año 996 Almanzor entró en la ciudad; hizo estragos su bárbara gente. Destruyeron el caserío, arrasaron las murallas, demolieron el templo. A Córdoba regresó el caudillo cargado con las lámparas de la iglesia. Reedificó la iglesia en el año 1002 el Obispo Fruminio; a la piadosa obra consagró sus riquezas; en torno del viejo edificio —ahora restaurado— edificó viviendas para los canónigos —que entonces hacían vida regular—. Hasta fines del siglo XII duró la nueva edificación. Florecía ya en Europa en este tiempo el airoso arte gótico; otro obispo, Ordoño, quiso levantar un templo de traza gótica en el propio emplazamiento del antiguo. Reinaban entonces D. Alfonso IX y Doña Berenguela. Trazó el proyecto de la catedral el maestro Diego de Prado; cien años duraron las obras.

La catedral era fina y elegante. Se perfilaban sus torres en el cielo limpio y azul; en los días de lluvia los canes, dragones, lobos y hambrecillos corcovados de las gárgolas, arrojaban por sus fauces un raudal de agua que bajaba formando un arco hasta chocar ruidosamente en el suelo. A mediados del siglo XIV ya hubo que reformar las fachadas de Mediodía y Poniente; al levantar un sillar se encontró debajo un rodillo de madera, olvidado allí cien años antes. La fachada del Norte era la más segura; no la azotaban los ventarrones huracanados; se extendía más por este lado la po-

blación; arrancaba de aquí una callejuela poblada de correcheros, guarnicioneros, boteros, chicarros. En 1564 se construyó en la fachada principal —la del Mediodía— el ático en el cual se representa la Anunciación de Nuestra Señora. Cuarenta años más tarde, se echó de ver que la bóveda crucera se hallaba grandemente resentida; los cuatro gruesos pilares centrales se habían ido separando y torciendo. Achacábase por las gentes su curvatura a intrépido artificio de alarifes: vióse después que se debía a flaqueza de los cimientos.

La catedral no tenía cúpula; la tenían otras catedrales. Quisieron el Cabildo y la ciudad que no faltase este primor a su iglesia; comenzóse en 1608 a construir una cúpula. Las obras se suspendieron en 1612. Acabadas las Vísperas, una tarde de 1752 —el 25 de Julio, día de Santiago— se derrumbó de pronto la capilla del Niño Perdido; hacía tiempo que la pared exterior tenía un desplome hacia afuera de seis pulgadas. Ocurrió en 1775 el formidable terremoto de Lisboa; el estremecimiento de la tierra se extendió a larguísima distancia. Se quebró el rosetón de luces de la fachada; abriéronse en la fábrica de la catedral numerosas hendiduras; datan de entonces multitud de pequeñas reparaciones. En 1780, el Obispo don Juan García Echano rehizo la antigua puerta de los Monos, desaparecieron unas esculturas de esos animales —en actitudes algo procaces—; echóse abajo todo lo antiguo, se colocó en su lugar una puerta de la más limpia traza greco-romana, en pugna con la catedral entera. Fué el Obispo Echano varón piadosísimo, de una inagotable y angé-

lica caridad; no reparaba, encendido por divinas llamas, en las materialidades del arte. En 1830, un rayo destrozó una vidriera; quitáronse entonces otras y se tapiaron varios ventanales.

La catedral es fina, frágil y sensitiva. Tiene en su fachada principal dos torres; mejor diremos, una; la otra está sin terminar; un tejadillo cubre el ancho cubo de piedra. Tres son sus puertas: la de Chicarreros, la del Perdón y la del Obispo Echaño. Sus capillas llevan denominaciones varias: la del Niño Perdido, la de los Esquiveles, la de Monterón, la de la Quinta Angustia, la del Consuelo, la de la Sagrada Mortaja. En la capilla del Consuelo está enterrado Mateo Fajardo, eminente jurisconsulto, autor de las *Flores de las leyes*. La capilla de Monterón es del Renacimiento; la mandó labrar D. Gil González Monterón; costó la obra 32.000 maravedís. En la pared hay una inscripción que dice: «Esta obra la mandó hacer don Gil González Monterón, Adelantado de Castilla, señor de Nebreda; acabóla su hijo D. Luis Ossorio, Marqués de los Cerros, año 1530, a 15 de Marzo.» En el suelo, en medio del recinto, se lee sobre una losa de mármol, que cierra un sepulcro, debajo de una calavera y dos tibias cruzadas: *Alquí viene a parar la vida*. En la capilla de los Esquiveles están enterrados D. Cristóbal de Esquivel y varios descendientes suyos. Se halló don Cristóbal de Esquivel en la conquista de Arauco, allá por 1553; su mujer fué de las que, entre todos los moradores atemorizados, abandonaron la ciudad de la Concepción, amenazada por las tro-

pas salvajes. Ercilla cuenta —en versos admirables— cómo las mujeres huían por los cerros y vericuetos, aterrorizadas, «sin chapines, por el lodo, arrastrando a gran prisa las faldas». Vueltos a España D. Cristóbal y su mujer, hicieron la fundación de esta capilla.

La sacristía es alargada, angosta. El techo, de bóveda, está artesonado con centenares, millares de mascarones de piedra; no hay dos caras iguales entre tanta muchedumbre de rostros; tiene cada uno su pergeño particular; son unos jóvenes y otros viejos; unos de mujer y otros de hombre; unos angustiados y otros ledos. Se guardan en la sacristía casullas antiguas, capas pluviales, sacras, bandejas, custodias. Una de las casullas es del siglo XIII y está bordada de hilillos de oro —en elegante y caprichosa tracería— sobre fondo encarnado. Causóle tal admiración a Castelar, en una visita que éste hizo a la catedral, y tales grandilocuentes encomios hizo de esta pieza el gran orador, que desde entonces se llama a esta casulla *la de Castelar*. Se guarda también en la sacristía el pectoral de latón y tosco vidrio del virtuoso Obispo Echano.

El archivo está allá arriba; hay que ascender por una angosta escalera para llegar a él, después se recorren varios pasillos angostos y oscuros; se entra, en fin, en una estancia ancha, con una gran cajonería de caoba. Allí, en aquellos estantes, duermen infolios y cuadernos de música. Las ventanas se abren junto al techo. Una gruesa mesa destaca en el centro. La estera es de esparto crudo. Se goza allí de un profundo silencio; nada turba el reposo de la ancha cámara.

En la catedral hay falsas, sobrados y desvanes llenos de trastos viejos, pedazos de tablas pintadas, bambalinas, bastidores de un túmulo que se levantó en los funerales de un Obispo. Crece un alto ciprés y varios laureles y rosales en el huertecillo del claustro. En el claustro se halla la capilla de la Blanca; se dice que en una tabla del altar —ahora abandonado, roto, polvoriento— estaban retratados, a los lados de la Virgen, los Reyes Católicos. Los hierbajos han invadido el jardín del claustro; los gorriones pían estridentes durante el día; cuando llega la noche y comienzan a brillar las primeras estrellas, salen de los mechinales los murciélagos y van revolando con sus vuelos callados y tortuosos.

La catedral es fina, frágil y sensitiva. La dañan los vendavales, las sequedades ardorosas, las lluvias, las nieves. Las piedras areniscas van deshaciéndose poco a poco; los recios pilares se van desviando; las goteras aran en los muros huellas hondas y comen la argamasa que une los sillares. La catedral es una y varia al través de los siglos; aparece distinta en las diversas horas del día; se nos muestra con distintos aspectos en las varias estaciones. En los días de espesas nevadas, los nítidos copos cubren los pináculos, arbotantes, gárgolas, cresterías, florones; se levanta la catedral entonces, blanca sobre la ciudad blanca. En los días de lluvia, cuando las canales de las casas hacen un ruido continuado en las callejas, vemos vagamente la catedral a través de una cortina de agua. En las noches de luna, desde las lejanas lomas que rodean la ciudad, divisamos la torre de

la catedral destacándose en el cielo diáfano y claro. Muchos días del verano, en las horas abrasadoras del mediodía, hemos venido con un libro a los claustros silenciosos que rodean el patio: el patio con su ciprés y sus rosales.

¿No habéis visto esas fotografías de ciudades españolas que en 1870 tomó Laurent? Ya esas fotografías están casi desteñidas, amarillentas; pero esa vetustez les presta un encanto indefinible. Una de esas vistas panorámicas es la de nuestra ciudad; se ve una extensión de tejadillos, esquinas, calles, torrecillas, solanas, cúpulas; sobre la multitud de edificaciones heteróclitas, descuella airosa la catedral. De entre algunos muros, en ese paisaje urbano, sobresalen copas de árboles plantados en algunos patios. Fijándonos bien veremos en esa fotografía la fachada de una alta casa. La parte posterior de esa edificación tiene una galería ancha, con una barandilla de madera. Una recia puerta, con ventanas chiquitas de cristales, da a la galería. Desde ella se columbran una porción de tejados, de ventanas lejanas, y en el fondo, la torre de la catedral. En las salas vastas de la casa, en los pasillos baldosados con ladrillos rojos, resuena una tosecita seca, cansada, de cuando en cuando, y todas las mañanas, al abrir la ventana de la galería, unos ojos contemplan la torre de la catedral. Allí donde está la catedral; donde se hallan sepultados guerreros y teólogos, dos mil años antes un romano acaso recitara unos versos de Virgilio:

Hos ego digrediens lacrimis adfabar abortis...

Yo, desviándome, les hablaba sin poder detener las lágrimas que se me venían a los ojos: Vivid dichosos, que ya vuestra fortuna se acabó; mas a nosotros unos hados malos nos traspasan a otros peores.

III

LOS TIPOS

¿Cómo os explicaréis mejor las vicisitudes de España: leyendo los libros de historia o charlando con los tipos de los pueblos, los tipos más castizos, los menos internacionalizados? Todo es necesario. Pero la charla y trato de estos hombres nos ahorra muchas horas de lectura y nos aclara problemas que parecían inextricables. D. Manuel, D. Pedro, D. Leandro..., cada uno lleva su marcha y es un pedacito de historia patria. Tratemos de comprenderlos. Y no afectemos desdén, superioridad respecto a hombres que, tal vez sin erudición, ni sin haber dejado su casa ni una hora, pudieran tener de las cosas una visión más exacta que la nuestra de hombres eruditos, cultos y mundanos.

EL MONSTRUO Y LA VIEJA

YO estoy en la entrada de la casa de mi tío Antonio; los cazos y pucheros de la espetera lucen sobre la pared blanca. Yo estoy en la entrada de la casa de mi tío Antonio; tengo entre las manos un libro en que voy viendo toscos grabados abiertos en madera; representan una cigüeña que mete el pico por una ampolla, ante los ojos estupefactos de una vulpeja; un cuervo que está posado en una rama y tiene cogido un queso redondo; una serpiente que se empeña en rosigar una lima...

Yo estoy sentado en un amplio sillón de cuero; al lado, en la herrería paredaña, suenan los golpes joviales y claros de los machos que caen sobre el yunque; de cuando en cuando se oye tintinear en la cocina el almirez. El aparcero ha entrado hace un momento y ha dicho que en la tormenta del otro día se le han apedreado los majuelos de la Herrada; este año apenas podré coger doscientos cántaros de vino; las mieses también se han agostado por falta de lluvias oportunas; él está atribulado, no sabe cómo va a salir de sus apuros. Se hace un gran silencio en la entrada; los martillos

marchan con su *tic-tac* ruidoso y alegre; el labriego mira tristemente al suelo y se soba la barba intonsa con la mano; luego ha dicho: *¡Ea, Dios dirá!* Y se ha marchado, lentamente, suspirando.

Ha transcurrido otro rato en silencio; por la calle se ha oído sonsonear una campanilla y una voz que gritaba: *¡Esta tarde, a las cuatro, el entierro de D. Juan Antonio!*

Cuando el tintineo de la campanilla se alejaba, se ha abierto un poco la puerta de la calle y ha asomado una vieja, vestida de negro, con la cara arrugada y pajiza. Esta vieja lleva una cesta debajo del brazo, y se ha puesto a rezar, en un tono de habla lento y agudo por todos los difuntos de la casa; luego, cuando ha concluido, ha gritado: *¡Señora, una limosnica, por el amor de Dios!* Y como se hiciese una gran pausa y no saliese nadie, la vieja ha exclamado: *¡Ay, Señor!*

Entonces, el viejo reloj se ha hecho un sordo ruido, y se ha abierto una portezuela, por la que se ha asomado un pequeño monstruo que ha gritado: *Cu-cú, cu-cú...*

La vieja, después, ha tornado a preguntar: *Señora, ¿una limosnica, por el amor de Dios?* Otra vez se ha transcurrido un largo rato; la vieja ha vuelto a suspirar: *¡Ay, Señor!* Y en el viejo reloj, que repite sus horas, este pequeño monstruo, que es como el símbolo de lo inexorable y de lo eterno, ha vuelto a aparecer y a tornado a gritar: *Cu-cú, cu-cú, cu-cú...*

MI TÍO ANTONIO

MI tío Antonio era un hombre escéptico y afa-ble; llevaba una larga y fina cadena de oro que le pasaba y repasaba por el cuello; se ponía: unas veces, una gorra antigua con dos cintitas detrás, y otras, un sombrero hongo, bajo de copa y espaciado de alas. Y cuando por las mañanas salía a la compra —sin faltar una—, llevaba un carrick viejo y la pequeña cesta metida debajo de las vueltas.

Era un hombre dulce: cuando se sentaba en *la sala*, se balanceaba en la mecedora suavemente, tarareando por lo bajo, al par que en el piano tocaban la sinfonía de una vieja ópera... Tenía la cabeza redonda y abultada, con un mostacho romo que le ocultaba la comisura de los labios, con una abundosa papada que caía sobre el cuello bajo y cerrado de la camisa. Yo no sé si mi tío Antonio había pisado alguna vez las Universidades; tengo vagos barruntos de que fracasaron unos estudios comenzados. Pero tenía —lo que vale más que todos los títulos— una perspicacia natural, un talento práctico y, sobre todo, una bondad inquebran-

table que ha dejado en mis recuerdos una suave estela de ternura.

Él era feliz en su modesta posición: no tenía mucha hacienda; poseía unos viñalicos y unas tierras paniegas. Y estos viñalicos que amaba con un intenso amor, él se esforzaba todas las tardes en limpiarlos de pedrezuelas, agachado penosamente, sufriendo con su gordura.

Digo todas las tardes, y he de confesar que no es del todo exacto, porque muchas tardes no iba a sus viñas. Y era porque él tenía una gran afición a echar una mano de tute en el casino, o bien de dominó, o bien de otra cosa —todas lícitas—; y así pasaba agradablemente las horas desde después de la comida hasta bien cerrada la noche.

Yo creo que mi tío Antonio había estado en Madrid; no sé cuándo, no sé con qué motivos, no sé cuánto tiempo. Él, cuando estábamos en *la sala*, y me tenía sobre sus rodillas, siendo yo muy niño, me contaba cosas estupendas que había visto en la corte. Yo soñaba con mi fantasía de muchacho. En una rinconera había un loro disecado, inmóvil sobre su alcándara; en las paredes se veían cuadros con perritos bordados en cañamazo; sobre la mesa había cajas pequeñas cubiertas de conchas y caracoles. Y cuando mi tío callaba para oír el piano que tocaba la sinfonía de *El Barbero de Sevilla*, yo veía a lo lejos la maravillosa ciudad, es decir, Madrid, con teatros, con jardines, con muchos coches que corrían haciendo un ruido enorme.

MI TÍO ANTONIO EN EL COMEDOR

EL comedor de casa de mío tío Antonio era pequeño; tenía una ventana, que daba a un patizuelo, con alelís y geranios plantados en latas de conservas y cacharros rotos. En una rinconera un despertador marchaba siempre con su *tic-tac* monótono; en un ángulo, un toSCO bargueño estaba cargado de platos, y las paredes se veían cubiertas con un papel colorinesco —verde, rojo, azul— en que había pintados mares y riachuelos...

Cuando, ya sentados a la mesa, llegaba el momento en que sacaban el cocido, yo veía que ésta era la más íntima e intensa satisfacción de mi tío Antonio. Estos hombres buenos y escépticos son terriblemente sensuales; mi tío había comprado por la mañana en la plaza los aprestos de la comida, escogiéndolos con cariño, regateando el precio, sospesándolos, remirándolos, acariciándolos. Y luego, su sensualidad consistía (además de oír la música de Rossini) en devorar beatamente los garbanzos, la carne grasa, las patatas redonduelas y nuevas. Y yo lo veo, con su cara redonda y su papada, cómo rosiga y sorbe los huesos, cómo los

golpea contra el plato para que suelten la blanda médula.

Y si es día solemne —que eran los días que yo, interno en el colegio, comía con él—, si es día solemne y hay al final una fuente de natillas, entonces su satisfacción es completa. No hay para él otro goce supremo: Rossini puede perdonarle esta infidelidad. Yo, que amo apasionadamente al gran maestro, también se la perdono.

Y si cierro un momento los ojos en el cambio de cuartilla a cuartilla, se me aparece el buen anciano orondo después de la comida, repantigado en su sillón, dando con el acero sobre el pedernal unos golpecitos menudos y ritmicos que hacen temblar su sotabarba.

ENCUBRID VUESTROS DOLORES HACED BELLA Y FUERTE LA VIDA

YA creo que he dicho que mi tío Antonio padecía la misma enfermedad —el mal de piedra— que otro célebre y amable escéptico: Montaigne. Mi tío murió como un hombre bueno y sencillo: hizo todo lo que pudo por ahorrar a los que le rodeaban el espectáculo de su dolor. «Cosa imperfectísima me parece —decía Santa Teresa— este aullar y quejar siempre, y enflaquecer la habla, haciéndola de enfermo; aunque lo estéis, si podéis más, no lo hagáis, por amor de Dios.» Hay almas superiores que saben tener este gesto supremo en sus angustias: mi tío fué de estas almas. Padeció atrocemente en sus últimos días; él decía que era como si tuviera cerca «unos perricos que venían a morderle». Y cuando, de rato en rato, sentía los crueles y abrumadores aguijonazos en la vejiga, él intentaba sonreír, y exclamaba: «¡Ya están aquí, ya están aquí los perricos!»

Pocas horas antes de expirar, los perricos le dejaron quieto; él recobró toda su bella serenidad, y dijo que «ya estaba en la taquilla tomando bi-

llete para el viaje...» Luego, por la tarde, tuvo unas palabras consoladoras para todos, y cesó de vivir...

Si hay un mundo mejor para los hombres que han paseado sobre la tierra una sonrisa de bondad, allí estará mi tío Antonio, con su larga cadena de oro al cuello, con su eslabón y su pedernal, oyendo eternamente música de Rossini.

¡MENCHIRÓN!

LA casa tiene un pequeño huerto detrás; es grande; enormes salas suceden a salas enormes; hay pasillos largos, escaleras con grandes bolas lucientes en los ángulos de la barandilla, cocinas de campana, caballerizas... Y en esta casa vive Menchirón. Al escribir este nombre, que debe ser pronunciado enfáticamente —¡Menchirón!— parece que escribo el de un viejo hidalgo que ha peleado en Flandes. Y es un hidalgo, en efecto, Menchirón; pero un hidalgo viejo, cansado, triste, empobrecido, encerrado en este poblachón sombrío. Yo no puedo olvidar su figura: era alto y corpulento, llevaba siempre unas zapatillas viejas bordadas en colores; no usaba nunca sombrero, sino una gorra, e iba envuelto en una manta que le arrastraba indolentemente... Este contraste entre su indumentaria astrosa y su alta alcurnia causaba un efecto prodigioso en mi imaginación de muchacho. Luego supe que un gran dolor pesaba sobre su vida: en su enorme casa solariega había una habitación cerrada herméticamente; en ella aparecía una cama deshecha; sobre la mesa se

veían frascos de medicamentos viejos, y sobre los muebles destacaban acá y allá ropas finas y suaves de una mujer. Nadie había puesto los pies en esta estancia desde hacía mucho tiempo: en ella murió años atrás una muchacha delicada, la más bonita de la ciudad, hija del viejo hidalgo. Y el viejo hidalgo había dejado, en supremo culto hacia la niña, la cama, las ropas y los muebles tal como estaban cuando ella se fué del mundo.

¡Menchirón! Helo aquí por las calles de Yecla, contemplado por mis ojos ansiosos, hastiado, cansado, con su manta que arrastra, con sus zapatillas, con su gorra sobre la frente. Yo vi, años después, su epitafio en el cementerio: decía que el muerto era excelentísimo e ilustrísimo; rezaba una porción de títulos y sinecuras modernísimos. Pero yo hubiera puesto este otro:

«Aquí yace D. Joaquín Menchirón. Nació en 1590; murió en 1650. Peleó en Flandes, en Italia y en Francia; asistió con Spínola a la toma de Ostende; se halló en la rendición de Breda. Cuando se sintió viejo se retiró a su casa de Madrid; con los años adoleció de la gota. Un día, estando dormitando en el sillón, de donde no podía moverse, oyó los clarines de una tropa que se marchaba a la guerra; quiso levantarse súbitamente, cayó al suelo, y murió.»

→ España

DON JOAQUÍN EL MAYORAZGO

DON Joaquín Castillo Muñoz nació en Nebreda en 1846; tiene sesenta y un años. Sus padres fueron D. Jerónimo Castillo Cantero y D.^a Catalina Muñoz Ossorio. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Joaquín, Jerónimo, Francisco y Paula. A Joaquín le llamaron sus convecinos *el Mayorazgo*, sin serlo; porque su padre D. Jerónimo lo era. Jerónimo, el segundo de los hijos del matrimonio, estudió el trivio y cuatrivio en la capital de la provincia; allí se enamoró de la hija del intendente y se fugó con ella; se celebró la boda más tarde, y al cabo de pocos años la mujer de Jerónimo le abandonó y se marchó a América; Jerónimo se dió a la bebida, gastó lo que tenía y murió en Madrid.

Francisco, el otro hermano de D. Joaquín, no terminó tampoco la carrera; se casó en Nebreda; le dió por hacer combinaciones a la lotería; jugaba también mucho en el pueblo; malvendió sus fincas; ya arruinado, se marchó a Barcelona; allí le vieron algunos vecinos de Nebreda paralítico e implorando la caridad pública.

Paula, la hermana menor, tuvo unos amores con

un muchacho de la ciudad: era bonita, distinguida y afable; la querían con delirio en todas partes por la bondad de su corazón. Una noche su novio, que era un perdulario, se emborrachó y pasó por delante de la casa de Paula cogido del brazo de una tunanta y gritando y alborotando en compañía de otros mozuelos. Paula lo vió; estuvo dos meses enferma; no salió más de casa; a los dos años ingresó en un convento de la capital de la provincia

La familia de D. Joaquín era de las más distinguidas de la ciudad; a la muerte de sus padres, le tocaron a D. Joaquín las haciendas llamadas Hoya de Salvador, Pajonares y Casa de los Cipreses; don Joaquín estuvo en Madrid estudiando cuando muchacho; era el más despierto e inteligente de todos los hermanos; D. Joaquín no estudió nada; al cabo de seis años de estudio, D. Jerónimo, su padre, vió que los certificados o papeletas que traía todos los años su hijo eran falsos. D. Joaquín vino al pueblo sin haber terminado ni aun comenzado sus estudios. Aquí figuró mucho en una compañía de aficionados que trabajaba en un teatrillo construido en un convento abandonado. Consecuencia de estas funciones fué su matrimonio: se casó con una de las actrices de la compañía; no era una muchacha distinguida; su padre trabajaba de herrero en la ciudad, y ella tenía una bonita voz y gran maestría para cantar las zarzuelas de moda.

Don Joaquín no fué muy feliz en su matrimonio; su mujer, que hasta entonces había vivido humildemente, comenzó a ataviarse y a gastar. A los dos años de matrimonio, D. Joaquín tuvo que ven-

der la finca de los Pajonares. El matrimonio tuvo dos hijos: Jerónimo y María. Jerónimo fué a estudiar a la capital de la provincia, y pronto se hizo notar por sus inclinaciones. Afectó ser un bravo y un calavera; conoció y trató a todos los tahures, donilleros y valentones. Gastó mucho dinero a su padre; al cabo se retiró al pueblo sin resultado positivo ninguno. María es tan dulce, tan buena y tan bonita como su tía Paula; su tía la escribe mucho desde el convento, y esta correspondencia es todo el encanto de María en la vieja y hosca ciudad de Nebreda.

Después de vender la finca de los Pajonares, D. Joaquín tuvo que vender la casa de los Cipreses.

La familia hizo esfuerzos por pasar algunas temporadas en la capital de la provincia; estos viajes eran la obra de la mujer de D. Joaquín. Desde hace algunos años la familia no sale de Nebreda.

Don Joaquín *el Mayorazgo* vive en la calle de Bermejeros, núm. 53. La casa es antigua y espaciosa; tiene en el centro un patio con una galería sostenida por pilastras de piedra. La sala en que se recibe a los amigos está embaldosada con grandes losas; sobre el piso hay una gruesa estera de esparto; en el fondo de la estancia destaca una ancha cocina. D. Joaquín tiene sus habitaciones en la planta alta; en su despacho se ve un pequeño armario de libros; figuran entre ellos: la *Historia de la Humanidad*, de Laurent; *El Genio del Cristianismo*; comedias de Camprodón, Luis de Larra y Rubí; el Diccionario administrativo de Escriche, y

una porción de volúmenes en pergamino procedentes del antiguo convento.

Sobre la mesa del despacho hay una escribanía rota que representa un buque de vela. La vida de D. Joaquín es muy sencilla. Se levanta a las nueve; hasta la hora de comer, que es a la doce, lee un periódico, da un paseo por las afueras, entra en el casino un rato o se entretiene en hacer cigarros. Por la tarde juega en el casino al tresillo; cena a las ocho; hasta las once, que es la hora de acostarse, va a la farmacia, donde se reúne una tertulia. D. Joaquín es afable, discreto; ha sido alcalde de Nebreda; tiene don de gentes; en otra esfera él hubiera podido ser algo en la política; él habla a menudo de su *plan completo para regenerar a España en cinco años*.

UN MADRILEÑO

(1890)

Yusted, D. Fulgencio, ¿no se aburre?
—¡Ca, hombre! ¡Quite usted de ahí! ¡Caramba!

Don Fulgencio es un hombre de unos sesenta años. Va todo afeitado; lleva una sencilla cadena de oro y un traje negro.

—¿Y por qué no se aburre usted?

—¡Toma! Porque yo paso el día distraído.

Don Fulgencio, que estaba limpiando las gafas con su blanco pañuelo, se las pone, se las afirma bien, mira a su interlocutor y exclama sonriendo:

—¡Eso es!

Todos los contertulios aprueban lo dicho por D. Fulgencio. Uno dice: «¡Claro!»; otro: «¡Tiene razón!»; un tercero: «Cada uno pasa el tiempo como quiere».

—¡Alto allá! —exclama D. Fulgencio al oír esta última observación—. No se pasa el tiempo como uno quiere, sino como se puede.

Los interlocutores se hallan en una pequeña librería de la calle de Carretas. No hay en ella sino

unos pocos libros nuevos y sin importancia. Todos los estantes están llenos de viejos libros, de esos libros viejos de quien nadie se acuerda, que nadie cita nunca, y que, sin embargo, cuando los encontramos alguna vez en una casa de campo (en un armario, entre legajos y recuerdos de familia), nos proporcionan un momento de solaz. Son libros encuadernados en pasta, con los cantos rojos o verdes; unos, pequeñitos, traducciones impresas en La Haya o en Amsterdam, con el título bermejo y los tipos toscos; otros, grandes, en folio, bellamente impresos por Ibarra o Benito Cano, con anchas láminas; libros cuyas hojas hacen un ruido sonoro al ser pasadas, libros de los que se desprende un olor de humedad.

Don Fulgencio, con su cara rapada, con su traje negro y sus gafas, está sentado junto a un estante; su cabeza reposa de cuando en cuando en el *Viaje de Anacarsis*. Hay en la tertulia un cura; un viejo periodista — colaborador de algunos periódicos de provincias — que lleva siempre los bolsillos llenos de papeles, autor de un libro sobre las Regalías; un jovencito que siempre acompaña a este periodista, que no dice nunca nada y que publica unos artículos tremendos en periódicos republicanos; el librero y los dependientes de la librería. En el fondo, oscuro, lóbrego, se ven montones de libros, más estantes llenos de libros.

—Bueno; pero vamos a ver, D. Fulgencio; si usted pudiera vivir en una ciudad más divertida que Madrid, en París, por ejemplo, ¿viviría?

—¡Déjeme usted de París! ¡Caramba! Yo en Madrid estoy bien y no deseo otra cosa; cada uno

tiene su plan de vida y sabe sus cosas. ¡Déjeme usted de París!

El jovencito, que se hallaba examinando un libro, se detiene un momento y mira a D. Fulgencio.

—La mitad de los hombres infelices que existen —prosigue D. Fulgencio— es porque no quieren resignarse a vivir como viven. Hay que seguir por el camino que tenemos delante, sin pensar en otro... sobre todo, cuando no podemos seguir otro. Yo soy un madrileño y he vivido en Madrid toda mi vida. Tengo aquí mis amigos y mis parientes; me he formado mis costumbres, mis hábitos; dedico unas horas a una cosa, otras horas a otras. Encuentro aquí lo que a mí me gusta; vivo modestamente y sin sobresaltos... ¿Para qué voy yo a desear otra cosa? ¿Ni qué falta me hace a mí?

Entra en la librería un comprador.

—¿Tienen ustedes la *Población rural*, de don Fermín Caballero? —pregunta.

—Un buen libro —dice D. Fulgencio, levantándose.

El librero y los dependientes se ponen a buscar el libro.

—Ea, señores, adiós —dice D. Fulgencio.

—Adiós, D. Fulgencio, hasta mañana —contestan todos.

Hace un claro y tibio día de invierno; un día madrileño, en el que el aire es sutil y transparente. Son las diez de la mañana. D. Fulgencio, envuelto en su capa negra, con negras vueltas de veludillo, baja lentamente por la calle de Carretas y

se encamina, por la de Alcalá, a la Castellana. Después de dar su paseo al sol, se dirige a su casa. La casa se halla en sitio no muy apartado del centro y, sin embargo, la calle es silenciosa y tranquila. Es una de esas calles que no son paso para ninguna gran arteria, y desde las cuales, en cuatro pasos, se está en el centro de la ciudad.

El cuarto que habita D. Fulgencio es amplio, limpio y silencioso; se ven en él unos muebles anticuados: sillas de alto respaldo, largo y estrecho; mesas con labores de taracea, consolas con columnitas retorcidas, ventrudas cómodas. Una criada vieja hace el servicio. Las maderas de los balcones están siempre entornadas, casi cerradas, en invierno y en verano; un gato, replegado sobre una silla, mira vagamente con sus ojos de oro. En un estante, al lado de las comedias de Bretón de los Herreros, se ve una Colección legislativa.

Don Fulgencio come a la una. Después se sienta en una butaca y dormita un poco; a la tarde, coge su capa y se marcha a un café, donde charla con varios amigos. En 1868 D. Fulgencio estuvo en Londres comisionado por el Gobierno; iba con él un criado; al cruzar el estrecho de Calais se vieron en peligro de naufragar. Luego, en Londres, a él y a su criado les ocurrieron una porción de lances y peripecias. Algunas tardes, D. Fulgencio va a visitar a su antiguo criado y recuerdan juntos las aventuras de Londres; otras tardes, cuando hace mal tiempo, se encierra en su despacho y va trabajando en su libro sobre la *Historia parlamentaria de la Revolución*. Al anochecer vienen a verle un sobrino y un senador pariente lejano suyo

—con el que discute sobre la oratoria de Alcalá Galiano, de Olózaga y de Cánovas—; viene también una señora vieja, que llega hasta la puerta en un landó grande con unos caballos escuálidos. Todos charlan debajo de la lámpara, en el comedor; el gato permanece inmóvil, con los ojos medio abiertos, o baja de su silla para acariciarse en los pantalones del senador. Un reloj suena unas horas lentamente, con una gran pausa de campanada a campanada, no sin antes haber hecho un ruido sordo de resortes, como si le costara mucho trabajo el decidirse a marcar la hora. Sale de la cocina un vago olor a aceite frito y a estofado.

El primer plato que come D. Fulgencio para cenar es una ensalada de lechuga; la cena es frugalísima. Si no llueve ni nieva, después de la cena D. Fulgencio se emboza en su capa y se marcha a casa de la señora vieja del enorme landó. A las diez regresa y se acuesta. En el silencio profundo en que queda la casa, resuena el ruido de resortes y hierros del reloj y luego las campanadas sonoras, lentas, muy lentas, que dejan tras de sí una vibración que suavemente se va apagando.

ESTE viejo está llorando. Este viejo tiene un bigote blanco, recortado, como un pequeño cepillo; viste un pantalón a cuadritos negros y blancos; lleva unos lentes colgados de una cinta negra; se apoya en un bastón de color de avellana, con el puño de cuerno, en forma de pata de cabra. Este viejo llora de alegría. Se ha pasado toda su vida en el teatro; cuando vió su fortuna deshecha se vino al pueblo. Aquí ha organizado una compañía de aficionados; no podía estarse quieto. Esta noche es la primera que trabajan.

El viejo va y viene con pasito ligero y menudo por el escenario, entra en los cuartos de los cómicos, sube al telar, desciende al foso. Lleva en la mano un libro delgado; de cuando en cuando se para bajo una luz y lee un poco; otras veces se dirige a un carpintero que da fuertes martillazos y le dice:

—No, ese árbol no debe ir aquí. ¿No comprende usted que colocar un árbol aquí es un absurdo?

El carpintero no comprende que colocar un árbol allí es un absurdo, pero lo coloca en otra parte; lo mismo le da a él.

Después el viejo da con el libro en una mano fuertes golpes y llama:

—¡Pedro! ¡Pedro!... A ver, que suban una verja para el fondo del jardín.

Pedro dice que no hay ninguna verja.

Entonces él replica que sí, que acaba de verla. ¿Cómo puede haberla visto si no la hay? Así lo afirma Pedro, pero, sin duda, Pedro está trascordado, porque el viejo insiste en que él la ha visto. Y se va corriendo hacia el foso y baja las escaleras a saltitos.

Llega al foso, y efectivamente no hay verja. Lo que hay es una empalizada de un huerto. Esto le contraría un poco al viejo; pero en fin, acuerdan poner la empalizada. La realidad escénica padecerá con este detalle; pero después de todo, si se piensa bien, puede haber jardines que tengan empalizadas.

El viejo deja el bastón y se pone a arreglar la escena. Cuando está subido en una escalera vienen a llamarlo porque un actor necesita saber si se ha de poner bigote o ha de salir todo afeitado. Entonces el viejo que ha visto a Azorín allí cerca le llama y le dice:

—Azorín, haga usted el favor de sostener *esto* mientras yo voy un momento a ver lo que quieren.

Luego vuelve rápidamente, con su paso menudo.

¡Parece mentira —exclama— no saber que en el siglo XVIII iba todo el mundo afeitado!

Como la empalizada ha quedado ya en su sitio y está lista la escena, el viejo sacude las manos una contra otra, toma el bastón y se retira hacia el fondo.

—Azorín —dice respirando holgadamente—, ¡qué gratos recuerdos guardo yo del teatro! ¡Qué cosas podría yo contarle a usted! ¿Usted no ha conocido a Pepe Ortiz? No; usted no ha conocido a Pepe Ortiz. Era un actor excelente. Esta cadena la llevó él una semana. Mírela usted; tóquela usted.

El viejo, con un gesto rápido, se quita la cadena. Es una cadena de oro, compuesta de dos finos ramales juntos; tiene pendiente del sujetador un medallón cuadrado. Azorín examina la cadena. Luego el viejo se la vuelve a poner y dice:

—Una tarde fuimos los dos a una joyería de la calle de la Montera a comprar cada uno una cadena; nos sacaron varias, pero entre todas nos gustaron dos de ellas. A los dos nos gustaban las dos, y no sabíamos por cuál decidirnos. Al fin, Pepe Ortiz tomó una y yo tomé otra. Pero al cabo de una semana encontré a Ortiz y me dijo que mi cadena le gustaba más que la suya; entonces yo le di la mía y él me dió la suya, que es ésta...

Vienen a decirle al viejo que todos los actores están dispuestos para comenzar la función. Él da orden de que principie a tocar la orquesta. Y como desea echar una última ojeada a la escena, inclina la cabeza y se pone los lentes con un movimiento rápido. A lo lejos columbra a un cómico que espera reclinado en un bastidor, y se dirige a él, dando saltitos automáticos.

—Cuidado —le advierte— cuando recite usted aquello de

Feliz tú, que en lo profundo
de aquel bendito rincón...

dígalo usted con brío, con cierto énfasis.

Luego vuelve al lado de Azorín. El telón se ha levantado. El viejo dice:

—¿Usted no conoce esta obra? Es preciosa; yo se la vi estrenar a Caltañazor, a Becerra, a la Ramírez, a la Di Franco, que entonces era una niña... Camprodón tenía mucho talento. Yo conocía también a su mujer, doña Concha... Él y yo tomábamos muchas tardes café juntos en el de Levante. ¿Sigue aún ese café, querido Azorín?

Azorín contesta que aún dura ese café. De pronto estalla en la sala una larga salva de aplausos. Y el viejo tiende los brazos hacia Azorín, lo abraza y llora en silencio.

EL BUEN JUEZ

Azorín, ¿quiere usted decir algo de las
«Sentencias del presidente Magnaud»?—
Marquina.

I

DIRÉ con mucho gusto algo; pero no sé si voy a escribir una página subversiva. Ello es que la casa editorial Carbonell y Esteva, de Barcelona, cuya dirección literaria tiene el poeta Marquina, ha publicado la traducción española de los fallos y veredictos del Juez Magnaud. Un ejemplar de este volumen, desde la librería barcelonesa, ha pasado a la capital de una provincia manchega; aquí ha estado seis, ocho, diez días puesto en el escaparate de una tienda, entre una escribanía de termómetro y una Agenda con las tapas rojas. El polvo había puesto ya una sutil capa sobre la cubierta de este pequeño volumen; el sol ardiente de la estepa comenzaba ya a hacer palidecer los caracteres de su título. ¿No había nadie en la ciudad que comprase este diminuto libro? ¿Tendría que volver este diminuto libro a Barcelona, después de haber visto

desde el escaparate polvoriento, entre la Agenda y la escribanía, el desfile lento, silencioso, de las devotas, de los clérigos, de las lindas mozas, de los viejos que tosen y hacen sonar sus bastones sobre la acera? No, no; un alto, un extraordinario destino le está reservado a este volumen. Ante el escaparate acaba de pararse un señor grueso, bajo, con ojuelos chiquitos y una recia cadena de plata que luce en la negrura del chaleco. Este señor mira los cachivaches expuestos en la vitrina y lee los títulos de los libros; estos títulos él los ha leído cien veces; pero el título de este diminuto libro es la primera vez que entra en su espíritu.

—¡Caramba! —piensa el señor desconocido—. ¡Caramba, las *Sentencias del presidente Magnaud*, ese juez tan raro de que hablaba el otro día el periódico!

Después que ha pensado tal cosa el señor grueso, sonríe con una sonrisa especial, única, y luego traspone los umbrales de la librería. Tenga en cuenta el lector que en la vida no hay nada que no revista una trascendencia incalculable, y que estos pasos que acaba de dar el señor grueso para penetrar en la tienda son pasos históricos, pasos de una importancia extraordinaria, terrible. Porque este señor va a comprar el libro, y porque este libro ha de ir a parar al despacho de don Alonso, y porque don Alonso, leyendo las páginas de este libro, ha de sentir abrirse ante él un mundo desconocido. Pero no anticipemos los acontecimientos. Cuando el señor grueso e irónico ha salido de la librería, aun llevaba en su cabeza el mismo pensamiento que llevaba al entrar. «Se lo regalaré a don Alonso»

—pensaba él metiéndose en el bolsillo el libro—. Después, llegado a la fonda, ha puesto el volumen en la maleta —admirad los destinos de los libros—, entre un queso de bola y un señuelo para las codornices. Y luego, a la tarde, él y la maleta se han marchado en la diligencia hacia un pueblo de la provincia.

En todos los pueblos, bien sean de esta provincia manchega, o bien de otra cualquiera, por las noches (y también por las mañanas y por las tardes) hay que ir al Casino. El señor grueso ha cumplido la misma noche de su llegada con este requisito; en el Casino le esperaban los señores que forman la tertulia cotidiana; él los ha saludado a todos, todos han charlado de varias y amenas cosas, y, al fin, el señor grueso ha sacado su libro y le ha dicho a don Alonso:

—Don Alonso, he comprado esto esta mañana en Ciudad Real para regalárselo a usted.

Don Alonso ha dicho:

—¡Hombre, muchas gracias!

Y ha tomado en sus manos el diminuto volumen. Otra vez vuelvo a recordar al lector que considere con detención el gesto de don Alonso al coger el libro, puesto que es de suma trascendencia para la historia contemporánea de nuestra Patria. El gesto de don Alonso ha sido de una vaga curiosidad; acaso en el fondo no sentía curiosidad ninguna, y este tenue gesto era sólo una deferencia por el presente que se le hacía. Después, don Alonso ha leído el título: *Novísimas sentencias del presidente Magnaud*, y este título tampoco le ha dicho nada a don Alonso. Pero el señor grueso que ha traído el libro ha dicho:

—Este Magnaud es un juez muy raro que ha hecho en Francia algunas cosas extrañas.

—Sí, sí —ha replicado don Alonso, que no conocía a Magnaud—; sí, sí, he oído hablar mucho de este juez.

Y después que han hablado otro poco, se han separado. Don Alonso, cuando ha llegado a su casa, ha puesto el libro en la mesa de su despacho. Un vidente del alma de las cosas hubiera podido observar que entre este libro y los demás que había sobre la mesa se ha establecido súbitamente una corriente sorda y formidable de hostilidad. Los demás libros eran —tendré que decirlo— el Código civil, el Código penal, los Procedimientos judiciales la ley Hipotecaria, comentarios a los Códigos, volúmenes de revistas jurídicas, colecciones de sentencias del Tribunal Supremo. Pero si una antipatía mutua ha nacido entre estos libros terribles, inexorables, y este diminuto libro, en cambio, en el estante de enfrente hay otros volúmenes que le han enviado un saludo cariñoso, efusivo, al pequeño volumen. Son todos historias locas, fantásticas, poesías sentimentales, novelas, ensueños de arbitristas, planes y proyectos de gentes que ansían renovar la haz del planeta. Y entre todos estos volúmenes aparece uno que es el que más contento y satisfacción ha experimentado con la llegada del nuevo compañero: se titula: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y diríase que durante el breve momento que el diminuto volumen ha estado sobre la mesa, un coloquio entusiasta, cordialísimo, se ha entablado entre él y el libro de Cervantes, y que el espíritu de Sancho Panza, nuestro

juzgador insigne, daba sus parabienes al espíritu de su ilustre sucedáneo el juez Magnaud.

Pero no divaguemos. Don Alonso, que había salido del despacho con un periódico en una mano y una bujía en la otra, ha tornado a entrar. Y ya en él, se ha parado ante la mesa y ha cogido de ella un gran cuaderno de pliegos timbrados —que es un pleito que ha de fallar al día siguiente— y el pequeño volumen. Luego ha subido unas escaleras, ha gritado al pasar por delante de una alcoba: «¡María, mañana a las ocho!», y se ha metido en su cuarto. Y don Alonso ha comenzado a desnudarse. Nuestro amigo es alto, cenceño, enjuto de carnes; su edad frisa en los cincuenta años...

Ya está acostado don Alonso; entonces coge un momento los anchos folios del pleito y los va hojeando; pero debe de ser un pleito fácil de decidir, porque el buen caballero deja al punto de nuevo sobre la mesilla los papelotes. El diminuto volumen está aguardando; don Alonso alarga la mano, lo atrapa y comienza su lectura. De las varias emociones que se han ido reflejando en el rostro avelanado del caballero, mientras iba leyendo el libro, no hablará el cronista, por miedo de dar excesivas proporciones a este relato. Pero sí ha de quedar consignado, para que llegue a conocimiento de los siglos venideros, que ya quebraba el alba cuando don Alonso ha terminado la lectura de este libro maravilloso, y que, luego de cerrado y colocado con tiento en la adjunta mesilla, el buen caballero —caso extraordinario— ha vuelto a coger el pleito repasado antes ligeramente y con descuido, y lo ha estado estudiando de nuevo, con suma de-

tención, hasta que una voz se ha oído en la puerta, que gritaba: «¡Alonso; son las ocho!»

Y aquí, lector amigo, pondremos punto a la primera parte de esta nunca oída y pasmosa historia.

II

Apenas los matinales y ambulantes vendedores de la ciudad manchega comenzaban a lanzar al aire con sus lenguas incansables sus pintorescos gritos, tales como «¡Carbón!», «¡El panadero!», cuando don Alonso, ya vestido y compuesto, bajó al corredor en busca del cotidiano chocolate. Pero don Alonso no baja hoy como otros días. Doña María observa en él algo indefinible, extraño, y le pregunta:

—Alonso, ¿has dormido mal?

Lola, la cuñada, le mira también, y dice:

—Parece que has dormido mal, Alonso.

Y Carmencita observa, asimismo, el rostro cenecio del buen caballero, y afirma en redondo:

—Papá, tú has dormido mal.

Don Alonso, que va mojando pausadamente los dorados picatostes en la aromática mixtura, se detiene un momento, mira cariñosamente a las tres mujeres y sonríe. Esta sonrisa de don Alonso es maravillosa; es una sonrisa henchida de una luz desconocida, magnética; es una de esas sonrisas históricas que sólo le es dable contemplar a la humanidad cada dos o tres siglos. Y cuando don Alonso ha acabado de sonreír, se ha metido en la boca la succulenta torrija que durante un momen-

to ha estado suspensa en el aire. Mas, ni doña María, ni Lola ni Carmencita quedan satisfechas con la sonrisa de don Alonso; ellas no han visto la trascendencia incalculable de esta sonrisa; ellas son sencillas, ingenuas, amorosas, y no pueden sospechar que este chocolate, que esta mañana están ellas tomando en familia, figurará en los fastos de la humanidad. Pero don Alonso baja la cabeza sobre la jícara con un gesto de profunda meditación. Doña María comienza a consternarse; Lola se pone triste; Carmencita mueve su rubia y linda cabeza y no sabe qué pensar.

—Alonso —dice doña María—, a ti te pasa algo.

—Sé franco con nosotras, Alonso —añade Lola.

—Papá —grita Carmencita—, dinos lo que te sucede.

Don Alonso levanta la cabeza y las envuelve a las tres en una de esas miradas largas, sedosas, con las que, en los trances difíciles de la vida, parece que acariciamos a las personas que queremos.

—No os preocupéis —les dice, sonriendo de nuevo—, no os preocupéis: no me sucede nada...

Y el buen caballero se levanta y coge el bastón. Doña María, Lola y Carmencita permanecen sentadas, calladas, como anonadadas, como desconcertadas por una fuerza misteriosa, por un efluvio que ellas no aciertan a explicar, en tanto que don Alonso, erguido, gallardo, sale del comedor y aparece luego en la calle.

Don Juan está en su puerta con las manos cruzadas sobre el chaleco.

—Buenos días, don Juan —le dice don Alonso.

—Buenos nos los dé Dios —grita don Juan.

Don Antonio está más allá, en su portal, columbrando una nubecilla que asoma por el horizonte.

—Buenos días, don Antonio —le dice también don Alonso.

—A la noche lo diremos —contesta don Antonio, que es algo observador de los fenómenos naturales y, por lo tanto, un poco escéptico.

Don Pedro aparece inmóvil en su acera, observando una moza que pasa con su cesta.

—Buenos días, don Pedro —dice por tercera vez don Alonso.

—No sería malo, no sería malo —contesta don Pedro mirando a la mozueta y dando a entender con esto que con ella no pasaría él mal día.

Y ya está don Alonso —después de haber saludado también a don Rafael, a don Luis, a don Leandro, a don Crisanto y a don Mateo, de los cuales no hablaremos por no fatigar al lector—, ya está don Alonso sentado ante una mesa en que hay una escribanía de plata y varios rimeros de folios blancos. Detrás de don Alonso, bajo un dosel, destaca un Cristo. Todo esto quiere decir —ya se habrá comprendido— que don Alonso se halla ya en funciones, o sea que ha llegado el momento en que el buen caballero va a administrar esta cosa sutilísima, invisible, casi fantástica, que se llama Justicia y que los hombres aseguran que no existe sobre la tierra. Mas por esta vez yo afirmo que esta cosa delicada y formidable va a hacer su aparición en esta sala. Don Alonso está decidi-

do a ello, y este es el motivo de aquella sonrisa estupenda que ni doña María, ni Lola, ni Carmencita han comprendido. ¿Añadiré que don Alonso ha dictado ya sentencia en el pleito que examinaba anoche? ¿Podré pintar la estupefacción, el asombro inaudito que se ha apoderado de todo el pequeño mundo judicial al conocer esta sentencia? ¿Cómo haré yo para que os figuréis la cara que ha puesto don Fructuoso, el abogado más listo de la ciudad manchega, y el ruido peculiar que ha hecho al contraer los labios don Joaquín, el procurador más antiguo?

Por la tarde, después de comer, en el Casino, un breve silencio se ha hecho a la llegada de don Alonso. Ya conocéis estos silencios que se producen cuando se acerca a un grupo un hombre de quien a la sazón se ocupan todas las lenguas; estos silencios, o son un homenaje involuntario, o son una reprobación discreta. Pero, de todos modos, el silencio es prontamente roto y la charla torna a surgir entusiasta u opaca, según se trate de uno o del otro caso citado. ¿De cuál se trata ahora? En realidad no hay motivo para abominar de don Alonso por la sentencia dictada esta mañana. Don Fructuoso y don Joaquín, que han perdido el pleito, afirman que es un disparate mayúsculo; pero en el Casino nadie llega hasta sentirse tan tremendamente indignado.

—Es una sentencia rara —dice don Luis.

—No existe precedente ninguno que la justifique —añade don Rodolfo, un viejo que estudió el año 54 Derecho civil en la Central con don Juan Manuel Montalbán y Herranz.

—Sin embargo —se atreve a decir Paco, un abogado joven que es un poco orador y que ha leído dos o tres discursos de Santa María de Paredes—, sin embargo, si atendemos a un interés social, colectivo, un interés superior que se remonte sobre las personalidades, sobre el derecho individual, para...

Pero los señores graves no le dejan seguir.

—¡Hombre, Paco, hombre! —grita don Leopoldo, un poco indignado—. Usted saca de quicio la cuestión...

—¡Caramba, Paco! —dice don Pedro—. Está usted hoy verdaderamente terrible.

—¡Pero, por Dios, Paco! —observa con voz meliflua don Juan—. Usted pretende destruir los fundamentos del orden social...

Sin embargo, Paco no pretende destruir nada; Paco es una excelente persona. Y después de discutir un rato, Paco, que va a casarse dentro de un mes con la hija de don Luis, conviene con éste en que es una sentencia rara la dictada por don Alonso, y aun llega a afirmar con don Rodolfo que no es posible encontrarle precedentes.

¿Necesitaré decir después de esto qué género de silencio se ha producido en la tertulia a la llegada de don Alonso? ¿Diré que era algo así como un silencio entre irónico y compasivo? ¿Tendré que añadir que luego, en el curso de la conversación, han abundado las alusiones discretas, veladas, a la famosa sentencia? Pero don Alonso no ha perdido su bella y noble tranquilidad. «El verdadero hombre honrado —dice La Rochefoucauld en una de sus máximas— es aquel que no se pica

por nada.» El buen caballero ha dejado que hablasen todos; él sonreía afable y satisfecho; después, a media tarde, ha dado su paseo por la huerta.

Mas, entretanto que discurría por los escondidos senderos, apartado de la ciudad, la ciudad se iba llenando del asombro y de la extrañeza que la sentencia de por la mañana produjera primeramente entre los leguleyos. Y al anochecer, el buen caballero ha regresado a su hogar. Ya las criadas habían traído a la casa los ruidos y hablillas de la calle. Durante la cena, doña María, Lola y Carmencita han guardado silencio; pero al final, doña María no ha podido contenerse y ha dicho:

—Alonso, ¿qué es eso que dicen por ahí que has hecho?

Lola ha insinuado:

—Las muchachas nos han contado...

Y Carmencita, poniendo unos ojos tristes, ha suplicado:

—Papá, cuéntanos lo que ha sucedido.

Don Alonso ha contestado:

—No ha sucedido nada.

Pero doña María ha insistido:

—Alonso, algo será cuando murmura la gente.

—No nos ocultes nada, Alonso —ha tornado a decir Lola.

—Papá ha exclamado Carmencita—, papá, no nos tengas así.

Y don Alonso ha sonreído y ha dicho:

—No ha sucedido nada. Esta mañana, cuando me habéis preguntado, yo me he hecho un poco el interesante, y vosotras os habéis llenado de

preocupaciones; y no había más sino que yo, en vez de pasar la noche durmiendo, la había pasado trabajando. Ahora os veo también alarmadas, y no sucede otra cosa sino que yo he dictado hoy una sentencia apartándome de la ley, pero con arreglo a mi conciencia, a lo que yo creía justo en este caso. Yo no sé si vosotras entenderéis esto; pero el espíritu de la Justicia es tan sutil, tan ondulante, que al cabo de cierto tiempo los moldes que los hombres han fabricado para encerrarlo, es decir, las leyes, resultan estrechos, anticuados, y entonces, mientras otros moldes no son fabricados por los legisladores, un buen juez debe fabricar para su uso particular, provisionalmente, unos moldes chiquitos y modestos en la fábrica de su conciencia...

Doña María, Lola y Carmencita han tratado de sonreír; pero algo les quedaba allá dentro.

—Ya sé —ha continuado don Alonso—, ya sé que a vosotras os preocupa lo que las gentes van diciendo. No se me oculta que la ciudad está alborotada; pero esto no es extraño. Sobre la tierra hay dos cosas grandes: la Justicia y la Belleza. La belleza nos la ofrece espontáneamente la Naturaleza y la vemos también en el ser humano; mas la Justicia, si observamos todos los seres grandes y pequeños que pueblan la tierra, la veremos perpetuamente negada por la lucha formidable que todas las criaturas, aves, peces y mamíferos mantienen entre sí. Por esto la Justicia, la Justicia pura, limpia de egoísmos, es una cosa tan rara, tan espléndida, tan divina, que cuando un átomo de ella desciende sobre el mundo, los hombres se

llenar de asombro y se alborotan. Este es el motivo por lo que yo encuentro natural que si hoy ha bajado acaso sobre esta ciudad manchega una partícula de esa Justicia, anden sus habitantes escandalizados y trastornados.

Y don Alonso ha sonreído, por última vez, con esa sonrisa extraordinaria, inmensa, que sólo le es dable contemplar a la humanidad cada dos o tres siglos...

EL APAÑADOR

EL apañador va gritando por las callejas: ¡*Componer sombrillas y paraguas!* Hay un silencio profundo en la ciudad vetusta; toca de tarde en tarde una campanita lejana de alguna iglesia; los reacios portones de las casas están cerrados; sobre los umbrales reposan los anchos escudos. ¡*Componer paraguas y sombrillas!*, torna a gritar el apañador; un perro pasa junto a él y le husmea un momento; luego prosigue su marcha indefinida, sin rumbo. El apañador continúa marchando también lentamente, un poco triste. Esta ciudad parece como muerta. ¡*Componer sombrillas y paraguas!*, grita de nuevo nuestro amigo; suenan a lo lejos los martillos de una herrería; bajo el ancho alero de un caserón se abre una ventanita, se asoma a ella una vieja y chilla: ¡*Eh, eh, apañador!* El apañador entonces se detiene y mira a todos lados; no ve a nadie ni en las puertas ni en las ventanas. ¡*Eh, eh, apañador!*, torna a chillar la viejecita; el apañador levanta la cabeza, la ve y dice: ¿*Qué quiere usted?* La viejecita le dice que espere en la puerta, que ella bajará a abrirle, y nuestro amigo se

acerca a la ancha y noble portada y espera un momento.

Cuando la viejecita ha abierto la puerta, el apañador y ella sostienen un breve diálogo; lo que esta buena dueña quiere es que el apañador componga un paraguas; el apañador, por su parte, está dispuesto a componerlo. El paraguas es un viejo paraguas. ¿Cuántas generaciones habrá cobijado este paraguas?

La viejecita y el apañador entran en una vasta estancia; ya casi no hay muebles en esta sala. Se ve en ella una vieja cómoda, un poco inclinada, lamentablemente inclinada, porque le falta un pie; hay también unas sillas desfondadas, rotas; se ve también un fanal de vidrio resquebrajado con un niñito Jesús, al que le han quitado las lentejuelas de su traje; están colgados asimismo en las paredes algunos cuadros negruzcos sin marco. El apañador se sienta en una silla y comienza a ejercitar su oficio; la viejecita, sentada también en una sillita baja, le mira hacer en silencio. Un rato llevan los dos en esta guisa, cuando se oye allá en lo interior de la casa una voz que grita: ¡*Leonor, Leonor!* Leonor, que es esta dueña, va a levantarse para acudir al llamamiento, pero en el mismo instante aparece en la puerta de la sala un caballero.

—¡Ah! —exclama este caballero.— ¿Están componiendo el paraguas?

La viejecita no dice nada; el caballero se pasa la mano por su barba canosa y larga; está pálido y su traje se ve lleno de manchas y descuidado.

—¿Se quedará bien el paraguas?— pregunta el caballero al apañador.

—Muy bien— contesta éste—; como si fuera nuevo.

—¿Como si fuera nuevo?— repite el caballero con un gesto de duda.

—Lo que usted oye— replica con firmeza el apañador.

Este apañador es hombre de convicciones firmes. ¿Cuánto tiempo hace que él va por el mundo? ¿Cuántas cosas ha sido? ¿Cuántas vueltas y revueltas ha dado por caminos y posadas, y cuántos altos y bajos ha tenido su vida? El viejo hidalgo le contempla en silencio; él no ha salido de su vetusto caserón; ya sus tierras han desaparecido; han desaparecido hasta los muebles de su casa; él no hace nada; él tiene una mirada triste y larga; él dice cuando cae sobre él una desgracia: *¡Qué le vamos a hacer!* El paraguas que acaba de componer el apañador, ¿es que ha de guarecer a los descendientes de este hidalgo? No; la estirpe que fué gloriosa un día, se acaba en este pobre hombre. El apañador ha cumplido su misión y sale a la calle; acaso la viejecita le dice al caballero que la compostura del paraguas ha costado tanto y que en casa apenas queda dinero para la comida de la noche. *¡Qué le vamos a hacer!*, dirá tristemente el caballero. Y en la calle, al mismo tiempo, se oirá la voz del hombre errante que grita: *¡Componer sombrillas y paraguas!*

EL IDEAL DE MONTAIGNE

¿DICE usted que era un hombre jovial?
—Completamente jovial, cuando yo le serré el cráneo...

—¿Le serró usted el cráneo?

—Lo hice como médico forense; Alejandro era uno de mis mejores amigos; éste es uno de los trances más dolorosos que me han ocurrido en la vida.

—¿Cómo murió ese hombre?

—Murió como había vivido: sin tristezas ni dolores, sin causar pesadumbre a nadie.

—Ese era el ideal de otro hombre a quien yo estimo también mucho y que vivió hace tres o cuatro siglos: el filósofo Montaigne. Este filósofo quería morir en una posada. «Vivamos y riemos entre nuestras gentes, y vayamos a lamentarnos y morir entre las desconocidas», decía él.

—Alejandro era uno de esos hombres que llevan una alegría absurda por donde van.

—Entre todas las alegrías, la absurda es la más alegre: es la alegría de los niños, de los labriegos y de los salvajes, es decir, de todos aquellos seres

que están más cerca de la Naturaleza que nosotros. ¿Cómo era Alejandro?

—Era alto, grueso, con el cuello recio y la cabeza pequeña.

—¿Era rico?

—Estaba bastante bien; pero se gastó toda su fortuna divirtiéndose y viajando. Cuando murió ya le quedaba muy poco; la muerte vino a tiempo.

—¿No tenía hijos?

—Era soltero; él decía que no sentía ansias porque su nombre se perpetuase en el mundo.

—Ese es otro punto de semejanza con el filósofo que antes he citado. Este Montaigne tampoco deseaba ver perpetuada su estirpe. «Yo me consuelo fácilmente de lo que sucederá en el mundo después que yo me marche», escribía él. ¿Dice usted que Alejandro viajaba?

—Iba con frecuencia a Madrid; allí llegó a ser muy conocido. Un día entró en un café y mandó decir que todo lo que estaban tomando los concurrentes lo pagaba él. «¿Quién paga? ¿Quién paga?»—iban preguntando los parroquianos. Y entonces él, cuando todos estaban mirándole, se subió a una mesa y comenzó a pronunciar un discurso con palabras incongruentes.

—Estaría alcoholizado.

—No, no se emborrachaba jamás; lo que le gustaba era comer bien y mucho. Esta fué la causa de su muerte.

—¿Murió de apoplejía?

—Sí, señor. Estábamos una noche de broma en el Casino viejo... ¿Usted no ha conocido el Casino viejo?

—No, señor.

—Desapareció hace ya muchos años. Estábamos allí una noche cenando, y Alejandro no estaba con nosotros. Todos lo echábamos de menos. Pero Alejandro no podía faltar; pronto lo vimos asomar por la puerta. Entonces comenzó la alegría... Yo recuerdo que después de la cena, cuando trajeron el café, yo cogí una copa, la llené de ron y se la ofrecí á Alejandro. El la tomó y la tuvo un momento en la mano; luego se la bebió. Pero cuando apartó la copa de los labios hizo una mueca de disgusto y me dijo estas palabras, que parece que aún estoy oyendo: «Esta copa me ha sabido a veneno».

—¿Por qué dijo eso?

—No sé; tal vez era un presentimiento. El ron no tenía nada; todos bebíamos de él... Cuando ocurría esto era la una de la noche. Yo me marché, porque me gusta madrugar. «Hasta mañana», le dije a Alejandro. «¿Vendrás por aquí?», me preguntó él. «Sí, después de comer», contesté yo. Conmigo se vinieron también tres o cuatro amigos, pero Alejandro se quedó allí con dos o tres más, que eran los más bullangueros.

—¿Qué hacían allí?

—Charlaban y bebían. Lo que pasó después yo lo sé porque me lo ha contado muchas veces el conserje. Alejandro, cuando asistía a estas franquelas, tenía por costumbre bailar al final una danza de su invención.

—¿La había inventado él?

—Podía muy bien haberla inventado; era una serie de saltos y de piruetas estrafalarias. Esa no-

che bailó también. Los demás tocaban las palmas y cantaban, y él saltaba en medio del corro con su corpachón gordo. Pero, de repente, así que había ya bailado un gran rato, se apartó del grupo y fué a sentarse a una mesa. Ya en la mesa, puso el codo sobre el mármol, apoyó la cabeza en la palma de la mano y cerró los ojos.

—¿No les extrañó esto a los demás?

—No, de ningún modo; los demás estaban un poco bebidos; aparte de que esto de que Alejandro se pusiera a dormir después de una comilona era cosa corriente.

—¿Y qué hicieron cuando Alejandro comenzó a dormir?

—Se marcharon. Alejandro, cuando cerró los ojos, dió unos ronquidos. «Ya está durmiendo Alejandro» —dijeron todos, y se fueron. Entonces el conserje hizo que su mujer trajera una manta y una almohada, las pusieron en el suelo y, entre los dos, cogieron a Alejandro para acostarlo. Tenga usted presente que cuando Alejandro acabó de dar los ronquidos de que he hablado antes, ya estaba muerto. El conserje me ha referido muchas veces que, cuando él y su mujer cogieron a Alejandro para acostarlo, él dijo: «¡Demonio, lo que pesa esta noche don Alejandro!...» Así pasó la noche Alejandro. Al día siguiente el conserje entró en el salón y vió que aún estaba tal como él lo dejara. «¡Don Alejandro! ¡Don Alejandro!» —le gritó. Pero Alejandro no se movía; entonces le tiró de un brazo, le tiró de una pierna y vió, horrorizado, que la pierna y el brazo estaban rígidos... Yo le hice la autopsia el mismo día; le serré

el cráneo y creí que no llegaba nunca a la masa encefálica. ¡No he visto nunca unos huesos tan recios! Dentro no había más que una chispita de cerebro.

—De modo que ¿será preciso no tener sesos para ver alegre la vida?

—Es posible...

UNA FLAUTA EN LA NOCHE

¡Ah Tiempo ingrato! ¿Qué has hecho?

Diego Láinez, en *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro.

1820

UNA flauta suena en la noche: suena grácil, ondulante, melancólica. Si penetramos en la vetusta ciudad por la Puerta vieja, habremos de ascender por una empinada cuesta; en lo hondo está el río; junto al río, en elevado y llano terreno, se ven dos filas de copudos y viejos olmos; de trecho en trecho aparecen unos anchos y alongados sillares que sirven de asiento. La obscuridad de la noche no nos permite ver sino vagamente las manchas blancas de las piedras. Allá, a la entrada del pueblo, al cabo de la alameda, una viva faja de luz corta el camino. Sale la luz de una casa. Acerquémonos. La casa tiene un ancho zaguán: a un lado hay un viejo telar; a otro, delante de una mesa en que se ve un atril con música, hay un viejecito de pelo blanco y un niño. Este niño tiene ante su boca una flauta. La melodía va saliendo de la flauta larga, triste, fluctuante; la noche está

serena y silenciosa. Allá arriba se apretuja el caserío de la vetusta ciudad: hay en ella una fina catedral, con una cisterna de aguas delgadas y límpidas en un patio; callejuelas de regatones, percoceros y guarnicioneros; caserones con sus escudos berroqueños; algún jardín oculto en el interior de un palacio. Los viajeros que llegan —muy pocos viajeros— se hospedan en una posada que se llama de la Estrella. Todas las noches, a las nueve, por la alameda de cabe al río, pasa corriendo la diligencia; durante un momento, al cruzar frente a la casa iluminada, los sones gráciles de la flauta se ahogan en el estrépito de hierros y tablas del destartelado coche; luego otra vez, la flauta, suena y suena en el silencio profundo, denso, de la noche. Y por el día, este viejo telar marcha y marcha con su son rítmico.

1870

Han pasado cincuenta años. Si queremos penetrar en la vieja ciudad, hagámoslo por la Puerta vieja. Dejemos la diligencia al entrar en el puente para cruzar el río. La diligencia llega a la ciudad todas las noches a las nueve. Todo está en silencio; allá arriba en el caserío se divisan algunas lucecitas; comenzamos a ascender por la empinada cuesta; hemos dejado abajo las tenerías —esas tenerías vetustas que encontramos en *La Celestina*—. Ahora caminamos por la alameda de copudos y centenarios olmos. Apenas si en la obscuridad se destacan las manchas blancas de los asientos de piedra. Una viva franja de luz irrumi-

pe sobre el camino. ¿Saldrá de aquella casa esta melodía de una flauta que escuchamos: esta melodía larga, melancólica, que parece un hilito de cristal que por momentos va a romperse? En el zaguán de esa casa hay un viejo y dos niños; uno de los niños va tocando la flauta; el otro le contempla silencioso, absorto, con sus ojos azules, anchos y redondos. El viejo, de cuando en cuando hace una advertencia al niño que toca. Hace mucho, mucho tiempo, este viejo era un niño; aquí mismo, por las noches, hacía salir de la flauta esta misma melodía que ahora toca otro niño. La diligencia pasaba con una baraunda atronadora de hierros y tablas; durante un instante dejaba de oírse el son delicado de la flauta; luego volvía otra vez a resonar en la noche. Dormían allá arriba los viejos caserones; dormían los olmos del paseo; dormían el río y las campiñas. Ahora, cuando al cabo de una hora, estos sonos de la flauta cesan, este niño que está silencioso y absorto, se marcha hacia la ciudad, y allá en un viejo caserón que hay en la plaza, se pone a leer en unos libros de renglones cortos hasta que el sueño le rinde. Poca gente viene a este pueblo; si llegáis hasta él, os aposentaréis en la posada de la Estrella. No hay otra; está en la calle de Narváez, antes del Peso de la Harina, cerca del almudín, conforme se sale al campo por el camino del cortinal de D. Angel.

(¿Cuántos años han trascurrido? Los que le plazca al lector. En Madrid hay ahora en un cuartito, allá en lo alto de una casa, un hombre que tiene la barba blanca y los mismos ojos anchos y

azules de aquel niño que en la vetusta ciudad contemplaba extasiado, absorto, por las noches, cómo otro niño tocaba en una flauta largas y meláncolicas melodías. Este hombre lleva un traje modesto, ajado; sus botas están deslustradas. Hay en la casa una mesa llena de libros; en una grande estantería yacen también los libros. Muchos de estos libros van desapareciendo poco a poco, dejando en los plúteos anchos claros. En la pared, colgadas, se ven dos hermosas fotografías; una, la de una dama de bellos y pensativos ojos, con unos rizos sedosos, tenues, sobre la frente; otra, la de una niña, tan pensativa y bonita como la anterior dama. Pero en la casa no se oyen voces femeninas. Este hombre de la barba blanca a veces escribe durante largos ratos en unas cuartillas; luego sale, marcha por las calles, entra en unas casas y en otras llevando sus papelititos; habla con unos y con otros. A veces, estos mismos papeles que él ha escrito tornan con él a casa, y él los va poniendo en un cajón, donde yacen otros, llenos de polvo, olvidados.)

1900

La diligencia que subía todas las noches a la vieja ciudad por la cuesta del río, allá por donde están las tenerías, a lo largo de la alameda, ya hace años que ha dejado de correr. Ahora han hecho una estación; el tren se detiene ante la ciudad, también por la noche, pero lejos de la alameda y del puente viejo, al otro lado de la población. Pocos viajeros son los que llegan diariamente; esta noche ha llegado uno: es un viejo con la barba

blanca y los ojos azules. Ha bajado del tren envuelto en un pobre gabán y con una maleta de cartón en la mano. Cuando ha salido de la estación y ha llegado ante el ómnibus destartalado, ya el tren se alejaba en la noche oscura, por la campiña adelante. El ómnibus lleva a los viajeros al hotel de la Estrella. Es el mejor de la ciudad: su antigüedad es su más segura garantía. Lo han mejorado mucho; antes estaba en la calle de Narváez, pero lo trasladaron a un gran caserón de la plaza. El viajero de la barba blanca ha subido en el carricoche y se ha dejado llevar. No sabía por dónde le llevaban. Cuando ha parado el coche en la plaza, frente al hotel, ha visto que esta casa es la misma en que él vivió hace muchos, muchos años, siendo muchacho. Luego le han designado una habitación: es el mismo cuartito en que él leía tanto en aquellos mismos años de adolescente. Al verse entre estos muros, el hombre de la barba blanca se ha sentado en una silla y se ha puesto la mano —bien apretada— sobre el pecho. Necesitaba respirar aire libre: ha salido de la fonda y ha comenzado a recorrer las callejas. Andando, andando, ha llegado hasta la vieja alameda. La noche estaba serena, silenciosa; en el silencio profundo de la noche, sonaba una flauta. Sus sonos se percibían como un hilito de cristal: era una melodía antigua, larga y melancólica. Un haz de luz salía de una casa; se ha acercado nuestro viajero y ha visto en el zaguán un viejo y un niño; el niño tocaba en la flauta la larga melodía. Entonces el hombre de la barba blanca se ha sentado en una de las piedras del paseo y ha tornado a ponerse sobre su pecho la mano —bien apretada.

UN TRASNOCHADOR

ADIÓS, don Juan.

—Yo creí que ya no vendría usted esta noche.

—He cenado un poco tarde.

—¿Quiere usted que demos un paseo?

—Como usted quiera.

Don Juan se detiene un instante en el portal del Casino, apoyado en su bastón, con la cabeza baja. Parece meditar profundamente. Después levanta su mirada y dice:

—¿Ha estado usted esta tarde en la Fontana?

—Sí —le contesto yo.

—Le he visto a usted pasar desde lejos; no tenía seguridad de que fuese usted, porque llevaba usted sombrilla, y no la lleva ninguna tarde...

La luz de la luna, suave, plateada, baña las fachadas de las casas; de los aleros, de los balcones caen unas sombras largas, puntiagudas, sobre los blancos muros. Las lechuzas, en la torre de la iglesia, lanzan a intervalos misteriosos resoplidos. Don Juan y yo caminamos despacio. Ya hemos marchado a lo largo de una calle, después hemos

torcido a la derecha y hemos atravesado una plaza, luego hemos pasado por dos, por tres, por cuatro calles más; al fin nos hemos encontrado otra vez en la puerta del Casino. Esto es fatal. Don Juan se detiene otra vez en la puerta, con la cabeza baja, apoyado en su bastón. Luego sale de sus meditaciones, levanta la vista y dice:

—¿Usted se aburrirá aquí soberanamente?

—No, don Juan —le contesto—; yo estoy aquí muy bien.

En el Casino, la concurrencia de prima noche se ha ido disgregando; en un ángulo, medio sumidos en la penumbra, cuatro jugadores mueven ruidosamente las fichas del dominó sobre el mármol. Las lamparillas eléctricas lucen mortecinas. Hay algo en la atmósfera que es cansancio, tedio, monotonía indefinible...

—¿Subimos, Azorín? —pregunta don Juan.

—Subamos, don Juan —contesto yo.

Subimos lentamente por las escaleras que llevan al piso principal. De nuevo don Juan se para un momento en la puerta del salón. Yo comienzo a sospechar que hay una secreta afinidad entre las puertas y don Juan. Pero otra vez sale don Juan de sus profundas cavilaciones.

—Deme usted dos pesetas, Azorín.

Yo le doy dos pesetas a don Juan. Y entramos. Los reflejos verdes de una lámpara caen sobre un grupo de cráneos que se inclinan absortos; una voz grita: «¡Juego!»

—Hemos jugado al caballo —me dice don Juan—. Yo tengo fe en ese caballo...

Transcurre un minuto de ansiedad. Luego, sú-

bitamente, se hace un enorme respiro; las monedas tintinean.

—Hemos ganado, Azorín. ¿Le gusta a usted el siete de copas, o el dos de espadas?

—Como usted quiera; a mí me da lo mismo.

—Entonces pondremos al dos de espadas. Yo tengo simpatías por ese dos de espadas, por más que ese siete de copas...

Don Juan apunta al dos de espadas. El banquero comienza a echar lenta, suavemente las cartas; todos los ojos miran ansiosos, ávidos; la lámpara deja caer sus reflejos verdes.

—¡Juego! —grita de pronto don Juan—. Antónico, esa postura del dos de espadas pasa al siete de copas...

Sale el siete de copas.

—¿Ve usted, Azorín? —me dice don Juan—. He tenido una inspiración. Ese siete de copas era seguro...

Don Juan sigue apuntando a estas o a las otras cartas; yo observo las miradas, los gestos, el ir y venir febril de las manos sobre el tapete. ¿Cuánto tiempo transcurre así? ¿Una hora, dos horas, tres horas?

—Azorín —oigo que me dice don Juan—, tenemos ya seis duros.

—Hay que jugarlos todos —le digo yo.

Él se queda un poco asombrado.

—¿Cree usted...?

—Como usted quiera; pero yo creo que debemos intentar el último golpe y marcharnos.

—Muy bien —dice resuelto don Juan—; pues lo intentaremos... ¿En qué tiene usted más fe: en la sota de bastos, o en el cuatro de oros?

—A mí lo mismo me da —le digo yo.

—Yo creo que esa sota de bastos es de confianza; sin embargo, ese cuatro de oros...

Don Juan juega a la sota. El banquero comienza a echar lentamente las cartas.

—¡Juego! —exclama de pronto don Juan—. Antoñico, esos seis duros de la sota pasan al cuatro de oros...

Sale la sota.

—¡Caramba! —grita estupefacto, desolado, don Juan.

—Don Juan —le digo yo riendo—, no hay que hacer caso...

—Hombre, Azorín, le diré a usted: yo tenía fe en la sota; es más, tenía casi la seguridad de que iba a salir; pero ese cuatro de oros... ese cuatro...

Y comienza una larga disertación sobre las probabilidades de la sota y las del cuatro de oros...

—¿Vamos a dar un paseo? —me dice al fin.

—Vamos donde usted quiera —le digo yo.

La luz de la luna baña suave, plateada, las anchas calles; de los aleros, de los balcones, caen unas sombras largas, puntiagudas; reina un profundo silencio en la ciudad dormida; las lechuzas resoplan formidables, y una voz lejana canta con una melopea plañidera: *¡Serenó, la una!*

Don Juan y yo caminamos despacio.

—Don Juan —le digo—, ¿usted se acuesta tarde todas las noches?

—Yo, Azorín —me dice él—, no puedo acostarme nunca sin ver la luz del día.

Yo me quedo mirando a don Juan. ¿Puede darse un ser más extraño y más interesante que un tras-

nochador de pueblo? ¿Qué hacen estos trasnochadores fantásticos durante toda la noche interminable de las ciudades muertas? ¿En qué emplean las horas monótonas, eternas, de las madrugadas invernales?

—¿Y qué hace usted, don Juan, toda la noche? —le pregunto—. Aquí, en el pueblo, será difícil encontrar algo en que entretenerse...

—Le diré a usted —contesta don Juan—; a primera hora de la noche, hasta las doce o la una, estoy en el Casino; luego nos vamos tres o cuatro amigos a alguna casa y hacemos una cena, y al final, yo me marchó a casa y me entretengo en algo. El mes pasado hice un globo de periódicos; cuando trataron de empapelar la biblioteca del Casino, yo me ofrecí a hacer el trabajo, y la empapelaba de noche, así que se marchaban todos los socios...

Pasamos por dos, por tres, por cuatro calles; cruzamos una plaza. Una ventana aparece iluminada en una casa.

—¿Qué estará haciendo Alfredo? —pregunta don Juan—. Y luego grita: ¡Alfredo! ¡Alfredo!

Un joven surge en el balcón.

—Buenas noches, don Juan, y la compañía —dice.

—¿Pero tan temprano en casa? —le pregunta don Juan.

—Me he de marchar mañana a las ocho a los Calderones, a ver cómo marcha la uva —dice Alfredo—; quiero principiar a pisar el jueves...

Nos despedimos.

—¿Quiere usted que vayamos a casa a tomar algo? —dice don Juan.

—Como usted guste, don Juan —le digo yo.

En la puerta, don Juan se detiene otra vez un momento, meditando profundamente. Después me dice:

—¡Caramba, Azorín! Si yo no hubiera tenido la mala idea de mudar la postura...

Cuando entramos en la casa, don Juan va encendiendo las lamparillas eléctricas, y pasamos al comedor. De una alacena saca don Juan vasos, una botella, un salchichón, un queso...

—Aquí hay unas chuletas, Azorín —me dice enseñándome un plato—; ¿quiere usted que las aseemos?

La cocina está cerca. Hacemos fuego y asamos las chuletas; pero no encontramos la sal. Don Juan sale y abre una puerta allá en lo hondo de la entrada.

—¡Lolal ¡Lolal —grita—. ¿Dónde habéis puesto la sal?

Luego vuelve, registra un cajón del aparador y saca el salero.

¿Cuántas horas pasan mientras comemos y charlamos? ¿Una, dos, tres, cuatro? Un reloj, uno de esos relojes terribles de las casas de los pueblos, suena cuatro metálicas campanadas; cantan los gallos a lo lejos. En los vidrios de la ventana aparece una claridad vaga, opaca...

—Don Juan, me marchó —digo yo.

—Pues vaya usted con Dios, Azorín, y hasta la tarde.

La puerta hace un ruido sordo al ser cerrada. Yo miro al Oriente, que aparece encuadrado entre las dos ringlas de las casas, y lo veo teñirse de carmín, de nácar y de oro.

EN ARGAMASILLA DE ALBA

LA XANTIPA

LA Xantipa tiene unos ojos grandes, unos labios labultados y una barbilla aguda, puntiaguda; la Xantipa va vestida de negro y se apoya, toda encorvada, en un diminuto bastón blanco con una enorme vuelta. La casa es de techos bajitos, de puertas chiquitas y de estancias hondas. La Xantipa camina de una en otra estancia, de uno en otro patizuelo, lentamente, arrastrando los pies, agachada sobre su palo. La Xantipa de cuando en cuando se detiene un momento en el zaguán, en la cocina o en una sala; entonces ella pone su pequeño bastón arrimado a la pared, junta sus manos pálidas, levanta los ojos al cielo y dice dando un profundo suspiro:

—¡Ay, Jesús!

Y entonces, si vosotros os halláis allí cerca, si vosotros habéis hablado con ella dos o tres veces, ella os cuenta que tiene muchas penas.

—Señora Xantipa —le decís vosotros afectuosamente—, ¿qué penas son esas que usted tiene?

Y en este punto ella —después de suspirar otra

vez—, comienza a relataros su historia. Se trata de una vieja escritura: de un huerto, de una bodega, de un testamento. Vosotros no veis muy claro en este dédalo terrible.

—Yo fuí un día —dice la Xantipa— a casa del notario, ¿comprende usted? Y el notario me dijo: «Usted, ese huerto que tenía, ya no lo tiene». Yo no quería creerlo, pero él me enseñó la escritura de venta que yo había hecho; pero yo no había hecho ninguna escritura. ¿Comprende usted?

Yo, a pesar de que, en realidad, no comprendo nada, digo que lo comprendo todo. La Xantipa vuelve a levantar los ojos al cielo y suspira otra vez. Ella quería vender este huerto para pagar los gastos del entierro de su marido y los derechos de la testamentaría. Estamos ante la lumbre del hogar; Gabriel extiende sus manos hacia el fuego en silencio; Mercedes mira el ondular de las llamas con un vago estupor.

—Y entonces —dice la Xantipa—, como no pude vender este huerto, tuve que vender la casa de la esquina, que era mía y que estaba tasada...

Se hace una ligera pausa.

—¿En cuánto estaba tasada, Gabriel?— pregunta la Xantipa.

—En ocho mil pesetas —contesta Gabriel.

—Sí, sí, en ocho mil pesetas —dice la Xantipa—. Y después tuve que vender también un molino que estaba tasado...

Se hace otra ligera pausa.

—¿En cuánto estaba tasado, Gabriel?— torna a preguntar la Xantipa.

—En seis mil pesetas—replica Gabriel.

—Sí, sí, en seis mil pësetas— dice la Xantipa.

Y luego, cuando ha hablado durante un largo rato, contándome otra vez todo el intrincado enredijo de la escritura, de los testigos, del notario, se levanta; se apoya en su palo; se marcha pasito a pasito, encorvada, rastreante, abre una puerta; revuelve en un cajón; saca de él un recio cuaderno de papel timbrado; torna a salir del cuarto; mira si la puerta de la calle está bien cerrada; entra otra vez en la cocina, y pone, al fin, en mis manos, con una profunda solemnidad, con un profundo misterio, el abultado cartapacio. Yo lo cojo en silencio sin saber lo que hacer; ella me mira emocionada; Gabriel me mira también; Mercedes me mira también.

—Yo quiero —me dice la Xantipa— que usted lea la escritura.

Yo doblo la primera hoja; mis ojos pasan sobre los negros trazos. Y yo no leo, no me doy cuenta de lo que esta prosa curialesca expresa; pero siento que pasa por el aire, vagamente, en este momento, en esta casa, entre estas figuras vestidas de negro, que miran ansiosamente a un desconocido que puede traerles la esperanza, siento que pasa un soplo de lo Trágico.

JUANA MARÍA

JUANA María ha venido y se ha sentado un momento en la cocina; Juana María es delgada, esbelta; sus ojos son azules; su cara es ovalada; sus labios son rojos. ¿Es manchega Juana María? ¿Es de Argamasilla? ¿Es del Tomelloso? ¿Es de Puer-

to Lápiche? ¿Es de Herencia? Juana María es manchega castiza. Y cuando una mujer es manchega castiza, como Juana María, tiene el espíritu más fino, más sutil, más discreto, más delicado que una mujer puede tener. Vosotros entráis en un salón; dais la mano a éstas o a las otras damas; habláis con ellas; observáis sus gestos, examináis sus movimientos; veis cómo se sientan, cómo se levantan, cómo abren una puerta, cómo tocan un mueble. Y cuando os despedís de todas estas damas, cuando dejáis este salón, os percatáis de que tal vez, a pesar de toda la afabilidad, de toda la discreción, de toda la elegancia, no queda en vuestros espíritus, como recuerdo, nada de definitivo, de fuerte y de castizo. Y pasa el tiempo; otro día os halláis en una posada, en un cortijo, en una callejuela de una vieja ciudad. Entonces —si estáis en la posada— observáis que en un rincón, casi sumida en la penumbra, se encuentra sentada una muchacha. Vosotros cogéis las tenazas y vais tizoneando; junto al fuego hay asimismo dos o cuatro o seis comadres. Todas hablan; todas cuentan —ya lo sabéis— desdichas, muertes, asolamientos, ruinas; la muchacha del rincón calla; vosotros no le dais gran importancia a la muchacha. Pero, durante un momento, las voces de las comadres enmudecen; entonces, en el breve silencio, tal vez como resumen o corolario a lo que se iba diciendo, suena una voz que dice:

—¡Ea, todas las cosas vienen por sus cabales!

Vosotros, que estabais inclinados sobre la lumbré, levantáis rápidamente la cabeza sorprendidos. ¿Qué voz es ésta? —pensáis vosotros—. ¿Quién

tiene esta entonación tan dulce, tan suave, tan acariciadora? ¿Cómo una breve frase puede ser dicha con tan natural y tan supremo arte? Y ya vuestras miradas no se apartan de esta moza de los ojos azules y de los labios rojos. Ella está inmóvil; sus brazos los tiene cruzados sobre el pecho; de cuando en cuando se encorva un poco, asiente a lo que oye con un ligero movimiento de cabeza, o pronuncia unas pocas palabras mesuradas, corteses, acaso subrayadas por una dulce sonrisa de ironía...

¿Cómo, por qué misterio encontráis este espíritu aristocrático bajo las ropas y atavíos del campesino? ¿Cómo, por qué misterio desde un palacio del Renacimiento, donde este espíritu se formaría hace tres siglos, ha llegado, en estos tiempos, a encontrarse en la modesta casilla de un labriego? Lector: yo oigo sugestionado las palabras dulces, melódicas, insinuantes, graves, sentenciosas, suavemente socarronas a ratos, de Juana María. Esta es la mujer española.

DON RAFAEL

No he nombrado antes a D. Rafael porque, en realidad, D. Rafael vive en un mundo aparte.

—Don Rafael, ¿cómo está usted? —le digo yo.

Don Rafael medita un momento en silencio, baja la cabeza, se mira las puntas de los pies, sube los hombros, contrae los labios y me dice por fin:

—Señor Azorín, ¿cómo quiere usted que esté yo? Yo estoy un poco echado a perder.

Don Rafael, pues, está un poco echado a per-

der. Él habita en un caserón vetusto; él vive solo; él se acuesta temprano; él se levanta tarde. ¿Qué hace D. Rafael? ¿En qué se ocupa? ¿Qué piensa? No me lo preguntéis; yo no lo sé. Detrás de su vieja mansión se extiende una huerta; esta huerta está algo abandonada; todas las huertas de Argamasilla están algo abandonadas. Hay en ellas altos y blancos álamos, membrilleros achaparrados, parrales largos, retorcidos. Y el río por un extremo pasa callado y transparente entre arbustos que arañan sus cristales. Por esta huerta pasea un momento cuando se levanta, en las mañanas claras, D. Rafael. Luego marcha al Casino, tosiendo, alzándose el ancho cuello de su pelliza. Yo no sé si sabréis que en todos los Casinos de pueblo existe un cuarto misterioso, pequeño, casi obscuro, donde el conserje arregla sus mixturas; a este cuarto acuden, y en él penetran, como de soslayo, como a cencerros tapados, como hierofantes que van a celebrar un rito oculto, tales o cuales caballeros, que sólo parecen con este objeto, presurosos, enigmáticos, por el Casino. Don Rafael entra también en este cuarto. Cuando sale, él da unas vueltas al sol por la ancha plaza. Ya es media mañana; las horas van pasando lentas; nada ocurre en el pueblo; nada ha ocurrido ayer; nada ocurrirá mañana. ¿Por qué D. Rafael vive hace veinte años en este pueblo, dando vueltas por las aceras de la plaza, caminando por la huerta abandonada, viviendo solo en el caserón cerrado, pasando las interminables horas de los días crudos del invierno junto al fuego, oyendo crepitar los sarmientos, viendo bailar las llamas?

—Yo, señor Azorín —me dice D. Rafael—, he tenido mucha actividad antes...

Y después añade con un gesto de indiferencia altiva:

—Ahora ya no soy nada.

Ya no es nada, en efecto, D. Rafael; tuvo antaño una brillante posición política; rodó por gobiernos civiles y por centros burocráticos; luego, de pronto, se metió en un caserón de Argamasilla. ¿No sentís una profunda atracción hacia estas voluntades que se han roto súbitamente, hacia estas vidas que se han parado, hacia estos espíritus que —como quería el filósofo Nietzsche— no han podido *sobrepujarse a sí mismos*? Hace tres siglos en Argamasilla comenzó a edificarse una iglesia; un día la energía de los moradores del pueblo cesó de pronto; la iglesia, ancha, magnífica, permaneció sin terminar; media iglesia quedó cubierta; la otra media quedó en ruinas. Otro día, en el siglo XVIII, en tierras de este término, intentóse construir un canal; las fuerzas faltaron asimismo; la gran obra no pasó de proyecto. Otro día, en el siglo XIX, pensóse en que la vía férrea atravesase por estos llanos; se hicieron desmontes; abrióse un ancho cauce para desviar el río; se labraron los cimientos de la estación; pero la locomotora no apareció por estos campos. Otro día, más tarde, en el correr de los años, la fantasía manchega ideó otro canal; todos los espíritus vibraron de entusiasmo; vinieron extranjeros; tocaron las músicas en el pueblo; tronaron los cohetes; celebróse un ágape magnífico; se inauguraron soberbiamente las obras; mas los entusiasmos, paulatinamente, se

apagaron, se disgregaron, desaparecieron en la inacción y en el olvido .. ¿Qué hay en esta patria del buen Caballero de la Triste Figura que así rompe en un punto, a lo mejor de la carrera, las voluntades más enhiestas?

Don Rafael pasea por la huerta, solo y callado, pasea por la plaza, entra en el pequeño cuarto del Casino, no lee, tal vez no piensa.

—Yo—dice él—estoy un poco echado a perder.

Y no hay melancolía en sus palabras; hay una indiferencia, una resignación, un abandono...

MARTÍN

MARTÍN está sentado en el patizuelo de su casa; Martín es un labriego. Las casas de los labradores manchegos son chiquitas, con un corralillo delante, blanqueadas con cal, con una parra que, en el verano, pone el verde presado de su hojarasca sobre la nitidez de las paredes.

—Martín —le dicen—, este señor es periodista.

Martín, que ha estado haciendo pleita sentado en una sillita terrera, me mira, puesto en pie, con sus ojuelos maliciosos, bailadores, y dice sonriendo:

—Ya, ya; este señor es de los que ponen las cosas en leyenda.

—Este señor —tornan a decirle— puede hacer que tú salgas en los papeles.

—Ya, ya —torna a replicar él con una expresión de socarronería y de bondad—. ¿Con que este señor puede hacer que Martín, sin salir de su casa, vaya muy largo?

Y sonríe con una sonrisa imperceptible; mas

esta sonrisa se agranda, se trueca en un gesto de sensualidad, de voluptuosidad, cuando al correr de nuestra charla tocamos en cosas atañederas a los yantares. ¿Tenéis idea vosotros de lo que significa esta palabra mágica: *galianos*? Los *galianos* son pedacitos diminutos de torta que se cuecen en un espeso caldo, salteados con trozos de liebre o de pollos. Este manjar es el amor supremo de Martín; no puede concebirse que sobre el planeta haya quien los aderece mejor que él; pensar tal cosa sería un absurdo enorme.

—Los *galianos* —dice sentenciosamente Martín— se han de hacer en caldero; los que se hacen en sartén no valen nada.

Y luego, cuando se le ha hablado largo rato de las diferentes ocasiones memorables en que él ha sido llamado para confeccionar este manjar, él afirma que de todas cuantas veces come de ellos, siempre encuentra mejores los que se halla comiendo cuando los come.

—Lo que se come en el acto —dice él— es siempre lo mejor.

Y esta es una grande, una suprema filosofía; no hay pasado ni existe porvenir; sólo el presente es lo real y es lo transcendental. ¿Qué importan nuestros recuerdos del pasado, ni qué valen nuestras esperanzas en lo futuro? Sólo estos succulentos *galianos* que tenemos delante, humeadores en su caldero, son la realidad única; a par de ellos el pasado y el porvenir son fantasías. Y Martín, gordezuelo, afeitado, tranquilo, jovial, con doce hijos, con treinta nietos, continúa en su patizuelo blanco, bajo la parrá, haciendo pleita, todos los días, un año y otro,

UN HIDALGO

LAS RAÍCES DE ESPAÑA

ES en 1518, en 1519, en 1520, en 1521 o en 1522. Este hidalgo vive en Toledo; el autor desconocido de *El Lazarillo del Tormes* ha contado su vida. La casa es grande, ancha; tiene un zaguán un poco obscuro, empedrado de guijos menuditos; sobre la puerta de la calle hay un enorme escudo de piedra; el balcón es espacioso, con barrotes trabajados a forja; y allá dentro del edificio, a mano izquierda, después de pasar por una vasta sala que tiene una puertecilla en el fondo, se ve un patizuelo claro, limpio, embaldosado con grandes losas, entre cuyas junturas crece la hierba. Y no hay en toda la casa ni tapices, ni sillas, ni bancos, ni arcas, ni cornucopias, ni cuadros, ni mesas, ni cortinajes. Y no hay tampoco —y esto es lo grave— ni pucheros, ni cazuelas, ni sartenes, ni platos, ni vasos, ni jarros, ni cuchillos, ni tenedores. Pero este hidalgo vive feliz; en realidad, la vida no es más que la representación que tenemos de ella. En la sala grande que encontramos a la derecha, con-

forme entramos, aparece un cañizo con una manta; ésta es la cama. En el patio, colocado en uno de sus ángulos, vemos un cántaro lleno de agua: éstas son las provisiones.

En la casa reina un profundo silencio; la calle es estrecha, tortuosa. Se percibe el rumor rítmico, imperceptible, tenue, que hacen con sus tornos unas hilanderas de algodón que viven al lado —estos tornos simpáticos que vosotros habréis visto en el cuadro de Velázquez—; de cuando en cuando se oye una canción, tal vez un romance vetusto —como estos que cantan los pelaires de Segovia en la novela *El Donado hablador*—; o bien, de tarde en tarde, rasga el aire el son cristalino de una campana —estas campanas que en Toledo tocan los franciscanos, o los dominicos, o los mercenarios, o los agustinianos, o los capuchinos—; si estas campanadas es por la mañana cuando suenan, entonces nuestro hidalgo se levanta de su alfamar. Son las seis, las seis y media, las siete. En un cabo de la mísera cama están las calzas y el jubón del hidalgo, que a él le han servido de cabecera; él los toma y se los va poniendo; luego coge el sayo, que él zarandea y limpia; después coge la espada. Y ya, a punto de ceñirse el talabarte, la tiene un momento en sus manos, mirándola con amor, contemplándola como se contempla a un ser amado. Esta espada es toda España; esta espada es todo el alma de la raza; esta espada nos enseña la entereza, el valor, la dignidad, el desdén por lo pequeño, la audacia, el sufrimiento silencioso, altanero.

Si este hidalgo no tuviera esta espada, ¿com-

el espada / España

prendéis que pudiera vivir tranquilo, feliz, contento, en una casa sin sillas, sin mesa, sin cacharros y sin pucheros? Y él la mira, la remira, pasa su mano con cariño por la ancha taza, la blande un momento en el aire y le dice a este mozuelo que le sirve de criado y que le está observando atento: «¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro en el mundo porque yo la diese». Y a seguida la coloca a su lado siniestro. Y a seguida toma la capa de sobre el poyo donde él la puso con mucho cuidado la noche antes, después de soplar bien, y se envuelve arrogante-mente en ella. «Lázaro —le dice a su criado—; cuida bien de la casa; yo me voy a oír misa.» Y sale por la calle adelante; sus pasos son lentos; su cabeza está erguida altivamente, pero sin insolencia; un cabo de la capa cruza por encima del hombro, y su mano izquierda ha buscado el pomo de la espada y se ha posado en él con voluptuosidad, con satisfacción íntima. Un sordo portazo ha resonado en la calle; estas vecinas hilanderas han dejado sus tornos un instante y se han asomado al balcón. «¡Miren qué gentil val!» —dice una. «¡Trazas tiene de ser galán!» —exclama otra. «¡Buen caballero es!» —añade una tercera. Y todas estas toledanitas menudas, traviesas —estas toledanitas que por estos mismos días precisamente elogiaba por su viveza Brantome en sus *Vies des dames galantes*—; todas estas toledanitas ríen, acaso un poco locas, un poco despiadadas, con sus risas cristalinas, del buen hidalgo, digno y fiero, que se aleja paso a paso, lentamente, majestuosamente, por la calleja arriba. ¿No veis en

estas risas joviales acaso un símbolo? ¿No veis en estas hilanderas que trabajan en sus tornos durante todo el día y que se chancean de este hidalgo vecino suyo, íntegro, soñador, valiente, pero que no puede comer? ¿No veis el eterno y doloroso contraste, tan duradero como el mundo, entre la realidad y el espíritu, entre los trabajos prosaicos, sin los cuales no hay vida, y el ideal, sin el cual tampoco es posible la vida?

Pero las campanas de los franciscanos, de los agustinos, de los dominicos, de los mercenarios, de los capuchinos, de los trinitarios, están llamando a misa. Nuestro hidalgo penetra en una de esas diminutas iglesias toledanas, blancas, silenciosas; tal vez en el fondo se abre una ancha reja, y a través de los claros del enrejado se columbran las siluetas blancas o negras de las monjas que van y vienen. Y acabada la misa, nada más conveniente que dar un paseo por las afueras. Hace un tiempo claro, tibio, risueño; son los días del promedio del otoño; los árboles van amarilleando; comienzan a caer las hojas, y son movidas, traídas, llevadas, con un rumor sonoro, por el viento, a lo largo de los caminos; sobre el cielo azul, radiante, destacan las cúpulas, campanarios, muros dorados, muros negruzcos, miradores altos, chapiteles, de la ciudad; a lo lejos, frente a nosotros, a la otra banda del hondo Tajo, se despliega el panorama adusto, sobrio, intenso, azul oscuro, que apagado, verde sombrío —los colores del *Greco*— de los extensos cigarrales. Acaso a esta hora plácida de la mañana salen de la ciudad y pasean por las frondosas huertas estos viejos no-

bles —don Rodrigo, don Lope, don Gonzalo —que son llevados en sus literas y caminan luego un momento encorvados, titubeantes, cargados con el peso de sus campañas gloriosas al lado de doña Isabel y don Fernando; o estos galanes con sus anchas golas rizadas, que sueñan con ir a Flandes, a Italia, y escriben billetes amorosos con citas de Catulo y Ovidio; o estas lindas doncellas ocultas en sus mantos anchos, y que sólo dejan ver, en toda su negrura, una mano blanca, suave, sedosa, larga, puntiaguda, tal vez ornada de una afluigranada sortija de oro trabajada por Alonso Núñez, Juan de Medina, Pedro Díez, finos aurífices toledanos; o estas dueñas setentonas, ochentonas, que llevan unos grandes pantuflos, unas anchas tocas, que acaso tienen un rudimento de bigote, que van de casa en casa llevando encajes y bujerías, que conocen las virtudes curativas de las hierbas, y que es posible que puedan proporcionaros un diente de un ahorcado o un pedazo de soga... Y nuestro hidalgo va paseando entre toda esta multitud de amadas y amadores. ¿No habéis visto en cierto lienzo de Velázquez —*La fuente de los Tritones*— la manera con que un galán se inclina ante una dama? Este gesto supremo, rendido y altivo al mismo tiempo, sobrio, sin extremosidad molesta, sin la puntita de afectación francesa, discreto, elegante, ligero; este gesto, único, maravilloso, sólo lo ha tenido España; este gesto, esta leve inclinación es toda la vieja y legendaria cortesía española; este gesto es Girón, Infantado, Lerma, Uceda, Alba, Villamediana; este gesto es el que hace nuestro hidalgo ante unas tapadas que

pasean ante la fronda; luego habla con ellas, discreta, ríe, sonríe, cuenta sus aventuras.

Tal vez estas damas, en el decurso de esta charla, insinúan —ya conocéis la treta— el deseo de una merienda o tal cual refrigerio; entonces, nuestro amigo siente un momento de vaga angustia, alega una urgencia inaplazable y se despide; ellas sonríen bajo sus mantos; él se aleja, lento, gallardo, apretando con leve crispación el puño de su espada. Y va pasando la mañana; doce graves, largas campanadas, han sonado en la Catedral; es preciso ir a casa; ya en todos los comedores de la ciudad se tienden los blancos manteles, de lino o de damasco, sobre las mesas; nuestro hidalgo regresa hacia su caserón. Y aquí, en este punto, comienza una hora dolorosa. Vosotros, ¿no os habéis paseado por una sala de vuestra casa, silenciosos, abstraídos de todo, en esos momentos en que honda contrariedad abruma vuestro espíritu? No sentís ira; no sentís indignación; no sale de vuestros labios ni un reproche ni un lamento: es una angustia íntima, mansa, una conformidad noble con el destino lo que os embarga. Así camina este hidalgo por las estancias y corredores de su casa. Estando en estos paseos llaman a la puerta; es Lázaro. Si antes acaso había en el ceño de nuestro amigo un dejo de fruncimiento, ahora, de pronto, su semblante se ha serenado.

— Lázaro, ¿cómo no has venido a comer? —le dice, sonriendo, a su criado—. Yo te he estado esperando y, viendo que no venías, he comido.

Lázaro no ha comido; pero ha traído unos men-

drugos y una uña de vaca que ha limosneado por la ciudad; él lo cuenta así.

—Lázaro —torna a decirle afablemente el caballero—, no quiero que demandes limosna; podrían creer que pides para mí...

Pero Lázaro se sienta en el poyo y se pone a comer; el caballero pasea y le mira.

—¡Buenas trazas tienes para comer, Lázaro! —le dice por tercera vez—. ¿Es eso uña de vaca?

—Uña de vaca es, señor —replica Lázaro.

—Yo te digo —vuelve a decir el buen hidalgo— que no hay mejor bocado en el mundo, para mi gusto.

Entonces Lázaro —que sabe que su señor está en ayunas— le ofrece un pedazo de la vianda; él titubea un poco; al fin —perdonémosle esta abdicación magna—, al fin come. En este instante de perplejidad, ¿qué cosas habrán pasado por el cerebro de este hombre heroico?

Por la tarde torna de nuevo a pasear el caballero por las callejas toledanas; acaso platica con unos amigos —aunque él dice que no los tiene; recoged este otro rasgo de simpatía—, o acaso, desde el acantilado, mira correr en lo profundo las ondas mansas y rojizas del río. Otra vez tocan luego las campanitas de los conventos. ¿Va a una novena, a un trisagio, a un sermón nuestro amigo? Cuando entra en su casa, de regreso, le dice a Lázaro:

—Lázaro, esta noche ya es tarde para salir a comprar mantenimientos, mañana será de día y proveeremos nuestra despensa.

Y después pone su capa con cuidado sobre el poyo —luego de soplar bien—, se desnuda y se acuesta.

Esto era en 1518, en 1519, en 1520, en 1521 o en 1522. En este mismo siglo, una mujer, gran penetradora de almas — Teresa de Jesús—, escribía lo siguiente en el libro de *Las Fundaciones*: «Hay unas personas muy honradas que, aunque mueran de hambre, lo quieren más que no que lo sientan los de fuera.»

Esta es la grandeza española: la simplicidad, la fortaleza, el sufrimiento largo y silencioso bajo serenas apariencias; ésta es una de las raíces de la patria que ya se van secando.

LA VELADA

DON Juan, doña María, Pepita están sentados ante la chimenea; las llamas bailan, ondulan, lamen la negra losa del hogar. Han llamado allá fuera, en la puerta.

—¿Quién será? —dice doña María.

—No sé —dice don Juan—. Serán Perico y Lola...

—Hombre —replica doña María—, ¿crees que con este tiempo que hace se habrán atrevido á salir de casa?

Ha caído durante todo el día una espesa nevada; la inmensa llanura sembradiza que rodea la vieja ciudad está blanca; los olivos son penachos blancos; las cepas de las viñas, sepultadas en la nieve, son montoncillos blancos; tal vez por los caminos se ven las hondas huellas de las ruedas de un carro y las pisadas —que cruzan á una parte, que tornan luego á la otra— de un viandante...

—Son ellos —dice doña María, oyendo hablar en el zaguán.

Y de pronto, en la puerta de la sala, se oye una voz clara, fina, de mujer, que dice:

—¡Buenas noches!

Y otra voz sonora, recia, de hombre, que también dice:

—¡Buenas noches!

¿No habéis reparado nunca en la jovialidad, en la fuerza, en la expansión íntima y profunda de esta pequeña frase? En los pueblos esta pequeña frase tiene un significado que no tiene en ningún otro paraje. Hemos estado todo el día en nuestros bancales, en nuestras viñas; hemos hablado del riego, de la poda, de la siembra; tal vez hemos leído un rato en uno de estos libros llenos de polvo que hay en un estante que nunca se abre; acaso nos hemos aburrido dos horas en el casino; si es el tiempo de moler la aceituna, nos hemos pasado por la almazara y hemos visto cómo chorroa el aceite en los cofines, que las prensas aprietan, y por la noche, tras la cena, nos sentamos ante la lumbre. Entonces es cuando oímos este breve grito de *buenas noches*; en las manos tenemos las tenazas con que estamos tizoneando; nosotros suspendemos nuestra tarea y volvemos la cabeza.

—¡Carambal —exclama don Juan—. Yo creí que no vendrías esta noche.

—Y ¿qué íbamos a hacer solos en casa? —observa doña Lola.

—Yo no tengo miedo al frío —dice jovialmente don Pedro, recogiendo la capa y sentándose en una silla.

Y después, haciendo una transición en tono grave:

—Oye, ¿ha venido hoy a hablarte Luis?

—No; ¿por qué lo preguntas? —replica don Juan.

—Le he visto —dice don Pedro— esta mañana en la Herrada...

—¿Has estado esta mañana en la Herrada? —le ataja don Juan.

—Sí, he ido a ver qué tal marcha la aceituna; creo que el martes comenzaré a cogerla... He encontrado a Luis cuando volvía; hemos hablado sobre un cambio que quiere hacer contigo, del majuelo que tiene en la Fontana por el bancal tuyo de los Calderones; él me ha preguntado si a ti te parecería esto aceptable. «Hombre, no sé —le he dicho yo—; lo más que puedo yo hacer es indicárselo a Juan cuando le vea esta noche».

Don Juan, que tiene las tenazas en la mano, se inclina sobre el fuego y remueve ligeramente los leños en silencio; acerca una brasa que se había distanciado un poco; da la vuelta, para que se queme bien, a un grueso tronco de olivera.

Y tras breve silencio pregunta lentamente:

—¿Dices que el majuelo de la Fontana por el bancal de los Calderones?

—Eso me ha dicho —replica don Pedro.

Don Juan torna a hurgar el fuego. Doña María, doña Lola y Pepita, que cuchicheaban, han callado. El viento ruge, a intervalos, fuera; se oye de tarde en tarde, allá a lo lejos, el golpeteo de una ventana; de una de estas ventanas locas, inquietas, misteriosas, que golpean en las noches de viento en un sobrado, en una trastera, en una cámara, en uno de esos cuartos en los que no se entra casi nunca, y que en nuestra niñez nos han causado un

vago espanto. Las llamas bailan, ondulan. Se oyen unas largas, graves campanadas...

—Hombre, te diré —exclama al cabo don Juan; después se detiene un poco.

—¿Es el bancal de los Calderones? —pregunta doña María, que ha estado esperando a ver lo que decía don Juan, y que ya no puede contenerse.

—Eso quiere Luis —dice don Pedro—; él tiene solo, separado de sus labores, el majuelo de la Fontana, mientras a vosotros puede conveniros el cambio, porque al lado de él tenéis las tierras de la Solana...

—Sí —dice don Juan—; pero yo creo que el bancal de los Calderones es mucho mayor que el majuelo de la Fontana.

—No te lo niego —replica don Pedro—; pero ten en cuenta que el majuelo tiene muy buenas cepas, que ya podrán producir bastante este año.

Se hace otro largo silencio. En las paredes hay dos, tres lienzos viejos, patinosos, negruzcos; las perdices están inmóviles, metidas en sus jaulas; de cuando en cuando, alguna abre sus ojuelos redondos, ribeteados de rojo, se remueve un poco y da unos sonoros picotazos en los recios barrotes de mimbre. Otra vez suenan, á lo lejos, en el viejo reloj de la ciudad, unas campanadas largas, graves. Las llamas corren tenues, azules, sobre los recios troncos. Don Pedro, que ha acabado de liar un cigarro, da unas ligeras palmadas y hace otra transición —del tono grave al tono jovial.

—¡Caramba, Pepital —exclama—. Tú, ¿qué dices? ¿Te gusta más el bancal de los Calderones o el majuelo de la Herrada?

Pepita es una muchacha delgada, blanca, rubia; su cara es finamente, suavemente ovalada; en sus ojos, anchos, grises, hay unas tenues ojeras azules. Pepita tiene sus manos, blancas, largas, cruzadas sobre las rodillas. Pepita enarca las cejas sonriendo, separa sus manos, y dice:

—Yo no sé, don Pedro; las dos cosas serán buenas...

—¡Nada, nada! —replica don Pedro con un aire de importancia cómica—; aquí no podemos dar un paso sin que tú nos digas lo que hemos de hacer...

Luego, viendo cómo asciende y se disipa el humo del cigarro, exclama de pronto en un tono más familiar, más íntimo:

—Oye, ¿á que no sabes á quién he visto esta tarde en la calle de la Abadía?

Pepita se sobresalta un poco; tal vez aparecen unos vivos carmines en sus mejillas, unos carmines que hacen que resalte el tono de oro de estos rizados, sedosos, deliciosos aladares rubios que Pepita tiene sobre las sienes. Don Pedro guarda un momento silencio; acaso se complace viendo esta leve y callada angustia de Pepita. Después dice:

—He visto á Rosarito con Antonio; dicen que han hecho ya las paces, y por lo que yo he visto, no cabe duda de que las han hecho muy bien.

La suave y armoniosa curva del pecho de Pepita ondula un poco; por fin, lo que ha dicho este malicioso y enredador don Pedro no era lo que ella temía.

—Sí, sí —exclama Pepita con esa precipitación y jovialidad con que hablamos cuando vemos pa-

sado un peligro que se cernía sobre nosotros—. Sí, sí. ¡Anda!, pues si Rosario estaba enferma desde que la dejó Antonio, y era ella la que quería volver á tener relaciones...

Yo —dice doña Lola— los he visto esta tarde, a las dos, en la novena de la iglesia vieja.

Se hace otro largo silencio. Fuera, en la calle, retumban, de rato en rato, los pasos precipitados, sonoros, de un transeunte. Estos pasos que oímos de noche, en la soledad, en el silencio, tienen un ruido extraño. Las calles están oscuras, desiertas; acaso allá en la remota lejanía se oye la voz plañidera, larga, de un sereno; tal vez —si estas viejas ciudades tienen ferrocarril— se percibe también el silbato apagado, imperceptible, de una locomotora. Y entonces, de todos estos ruidos —los pasos, la voz, el silbido, el golpeteo de la ventana, el crujir de los troncos en la chimenea, los picotazos rítmicos de las perdices—, entonces de todo esto se forma como una síntesis suprema, como un coro profundo, misterioso, que es la voz eterna, incomprensible, de las cosas.

Don Pedro tizonea con las tenazas; doña María, doña Lola y Pepita charlan. ¿Será ya tarde? El viejo reloj torna á sonar. Ha llegado la hora de recogerse. Cuando todos salen á la puerta para despedirse, en la negrura de la noche destaca el blanco vago, indeciso, de la nieve que tapiza la calle; en los retablos brillan los farolillos, que el viento hace oscilar.

Y las dos siluetas de don Pedro y de doña Lola se alejan con un ruido de pasos sonoros, se pierden á lo lejos...

IV

LOS CLÁSICOS

¿Cómo he leído los clásicos? No por tener noticia de ellos, por saber lo que dicen —y pensando en la nota futura—, sino por deleite. Cuando se lee con propósitos de erudición, ¡qué fácil es perder el espíritu del autor leído! Cuando se lee impensadamente por goce, acaso no se puedan dar luego detalles del libro, pero el espíritu, el ambiente de la obra sí los recogeremos. Y esta impresión total, esta sensibilidad, es lo que, en definitiva, nos da el valor verdadero del libro. Muchas veces los detalles, pasajes enteros de los libros, dicen una cosa, marcan una tendencia. Pero por encima de eso, en una región ideal más alta, el autor tiene como una dirección, como un sentido, como una atmósfera sutil en que ha expresado su íntima personalidad —tal vez, a pesar suyo—. Su íntima y duradera personalidad.

EL ROMANCERO

ROMANCES, viejos romances, centenarios romances, romances populares: ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis aliviado en tanto que la voz os cantaba? Los romances evocan en nuestro espíritu el recuerdo de las viejas ciudades castellanas, de las callejuelas, de los caserones, de las anchas estancias con tapices, de los jardines con cipreses. Estos romances populares, tan sencillos, tan ingenuos, han sido dichos o cantados en el taller de un orfebre; en un cortijo, junto al fuego, de noche; en una calleja, a la mañana, durante el alba, cuando la voz tiene una resonancia límpida y un tono de fuerza y de frescura. Muchos de estos romances son artificiosos y pulidos. Os conocemos: vosotros habéis sido escritos por algún poeta que ha querido mostrar en ellos su retórica, su lindeza y su elegancia. Otros, breves, toscos, tienen la hechura y la emoción de la obra que ha sido pensada y sentida. Estos romances «populares», ¿los ha compuesto realmente el pueblo? ¿Los ha compuesto un tejedor, un alarife, un carpintero, un labrador, un he-

rrero? O bien, ¿son estos romances la obra de un verdadero artista, es decir, de un hombre que ha llegado a saber que el arte supremo es la sobriedad, la simplicidad y la claridad?

Romances caballerescos, romances moriscos, romances populares: a lo largo de vuestros versos se nos aparece la España de hace siglos. Entre todos los romances amamos los más breves. Son estos romances unas visiones rápidas, sin más que un embrión de argumento. Han podido ser estos romances concebidos por un hombre no profesional de las letras. Los otros, más largos, más complicados, revelan un estudio, un artificio, diversas manipulaciones y transformaciones, que han hecho que la obra llegue a ser como hoy la vemos. Aquéllos son a manera de una canción que se comienza y no se acaba; algo ha venido a hacer enmudecer al autor; algo que no sabemos lo que es, y que puede ser fausto o trágico. Lo inacabado tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido, ¿qué hubieran podido ser y adónde hubieran podido llegar? Estos romances breves reflejan un minuto de una vida, un instante fugitivo, un momento en que un estado de alma que comienza a mostrársenos, no acaba de mostrársenos. Tienen la atracción profunda de un hombre con quien hemos charlado un momento, sin conocerle, en una estación, en una antesala, y a quien no volvemos a ver; o el encanto —inquietante y misterioso— de una de esas mujeres que, no siendo hermosas, durante unas horas de viaje comenzamos a encontrarles una belleza apacible, *callada*, que ya durante tiempo, desaparecida esa

mujer en el remolino de la vida, ha de quedar en nuestra alma como un reguero luminoso...

El conde Arnaldos ha salido en la mañana de San Juan a dar un paseo por la dorada playa. Ante él se extiende el mar inmenso y azul. La mañana está límpida y fresca. Fulge el añil del cielo; unas aves pasan volando blandamente sobre las aguas. El conde ve avanzar una galera. Desde la remota lejanía, en que ha aparecido como un puntito, ha ido poco a poco avanzando hasta la costa. Las velas son blancas: blancas como las redondas nubes que ruedan por el azul; blancas como las suaves espumas de las olas. En el bajel viene un marinero entonando una canción; su voz es llevada por el ligero viento hacia la playa. Es una voz que dice contentamiento, expansión, jovialidad, salud, esperanza. ¿Qué cuitas íntimas tiene el conde? ¿Por qué, al oír esta voz juvenil y vibrante, se queda absorto? Una honda correlación hay entre la luminosidad de la mañana, el azul del mar, la transparencia de los cielos y esta canción que entona al llegar a la costa quien viene acaso de remotas y extrañas tierras.

—*Por Dios te ruego, marinero, dígame ora ese cantar* —exclama el conde.

Y el marinero replica:

—*Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va.*

Nada más; aquí termina el romance.

A quien conmigo va. ¿Dónde? ¿Hacia el mar infinito y proceloso? ¿Hacia los países de ensueño y de alucinación?

Es por el mes de mayo. La tierra respira vitalidad y sensualidad. Ya los árboles están cubiertos de follaje nuevo. La luz tiene una viveza que antes no tenía; las sombras —la del alero de un tejado, la de un viejo muro— adquieren imperceptibles colores: sombras rojas, sombras violetas, sombras azules. Canta el agua como antes no cantaba, y sentimos un irreprimible deseo de ahondar nuestras manos en las fuentes claras, límpidas y frescas. Los insectos zumban; pasan rápidos en el aire los panzudos y torpes cetonios que van a sepultarse en el seno de las rosas...

Un prisionero está en su cárcel. No puede él gozar de la Naturaleza que despierta exuberantemente. Su encarcelamiento es rigurosísimo, cruel, bárbaro. Oscuro completamente es su calabozo; no entra en él la luz del día. *Ni sé cuándo es de día ni cuándo las noches son*, dice lamentándose el prisionero. Es decir, sí lo sabe; mejor dicho, lo adivina. Llega hasta el calabozo el canto de una ave-cilla; cuando esta ave-cilla canta, el prisionero sabe que ya en el mundo es de día y que los seres, las plantas, las cosas —¡todos menos él— gozan de la luz del sol. Esta ave-cica (como la arañita de otro célebre prisionero) era su único consuelo. ¡Cómo llegaban hasta su alma angustiada los trinos de este pajarito libre y feliz!

Y ya el prisionero no oye esta ave-cica: *Mató-mela un ballestero. ¡Dele Dios mal galardón!*

Mis arreos son las armas; mi descanso es pelear... Cuando hoy leemos este viejo romance, nos imaginamos a un guerrero sudoroso, fatigado, pol-

voriento. Su vida es una perdurable fatiga; duerme sobre las peñas, a cielo abierto; su sueño es ligero, febril, interrumpido por sobresaltos y alarmas. Se destroza los pies ascendiendo por las breñas y asperezas de las montañas; caen sobre él las aguas del cielo y azotan su rostro los vendavales helados. No hay para él mísero descanso; todo para él son peligros y dolores. ¿Por qué, hoy, nosotros, hombres modernos, damos a este romance, no el tono tradicional de altivez y de heroísmo, sino el de dolor y resignación? ¿Cómo, para nosotros, este hombre no canta alegre todos estos duros trabajos, sino que los cuenta entristecido? ¿Adónde va este hombre sudoroso, fatigado, extenuado?

Ahora, al leer este romance, recordamos la poesía de Gautier *Après le feuilleton*, en los *Esmaltes y camafeos*. El poeta también está rendido, fatigado, extenuado. En estos versos nos refiere el ritmo de su vida, toda trabajos y fatigas. Ni por un momento puede dejar de escribir. Sí; por un momento, sí. Es ahora ese momento; ahora, cuando ha acabado su largo, interminable folletón. Ahora tiene unos instantes de descanso. Luego, otra vez ha de inclinarse sobre las cuartillas para continuar el trabajo de toda la vida. *Pero por vos, mi señora, todo se ha de comportar*, dice el personaje del antiguo romance. Por la belleza, por la paz, por el progreso, por el ideal lejano, por lo que, cada uno en nuestra esfera, pudiéramos hacer en favor de todo esto, comportemos nuestras fatigas y nuestros dolores. Ese ideal sea la lucecita que nos alumbre en nuestra noche.

Romances, romances viejos, centenarios romances: ¿Quién os ha imaginado y qué voces os han cantado en las viejas ciudades españolas, en los pasados siglos?

FRAY LUIS DE LEÓN

EN LA CÁRCEL

FRAY Luis de León es uno de los más delicados poetas clásicos castellanos. Esa cosa tan sutil, tan etérea, que se llama *emoción*, él ha sabido ponerla en sus versos. No hay poeta grande sin emoción; podrá darnos el artista la visión de la naturaleza, o la expresión de la muerte, o el sentido de lo infinito, o las esperanzas y las desesperanzas del amor; pero si en sus versos no pone su espíritu, y nos hace sentir, y nos hace amar, y nos hace sufrir, y nos hace pensar, por perfecto, sereno y maravilloso que sea en la forma, no habrá logrado nada... Leopoldo Alas ha escrito, hablando de nuestro poeta, en su folleto *Apolo en Pafos*, lo siguiente: «Así como hubo un Fernando de Herrera, estúpido doctor que quiso convertir en religiosas las poesías eróticas de Garcilaso, y donde el cantor de la flor de Gnido había dicho Salicio, él puso Cristo, yo, por el contrario, convierto, para mi solaz, las poesías religiosas de Fray Luis en profanas, y le tengo por uno de los míos, porque su misticismo es profundamente humano; la

tristeza con que mira hacia el suelo rodeado de tinieblas, no le impide ver la naturaleza tal como es ella, con íntima emoción y conciencia de su belleza y de su realidad.» El lector moderno puede hacer en las poesías de Fray Luis esta transposición que hacía *Clarín*.

¿Cuándo escribió Fray Luis de León su poesía que empieza *Virgen que el sol más pura*? Y, sobre todo, ¿dónde la escribió? En Valladolid, estando preso, debió de escribirla. Fray Luis, que en su oda a Grial, o en la del *Apartamiento*, o en la *Noche serena*, nos transporta a regiones superiores, en una ráfaga de idealidad, por encima de los tráfgos y miserias del mundo, aquí en estos versos, tan cálidos, tan sinceros, tan ardorosos, nos comunica sus más íntimos y angustiosos dolores y llega a hacernos sentir, a través del tiempo, lo que él mismo sintiera.

Si el poeta escribió este poema en la prisión —como se dice y es lo seguro—, nos place imaginar, un poco fantásticamente, el momento y el lugar en que los versos se trazaron. Acaso fué en un día de otoño; Fray Luis amaba esta estación, grave y pródiga, en que las cosas parecen meditar. El campo —nos ha dicho él mismo— *recoge ya en su seno su hermosura*, una *luz triste* baña el *ameno verdor*, y, *hoja a hoja*, las *cimas de los árboles se van despejando*. Acaso una tarde de otoño, al ir muriendo el sol, en estos minutos de profunda melancolía, el poeta tomó la pluma para expresar los sentimientos que de su corazón rebosaban. Su corazón estaba henchido de amargura. En estas horas de íntima desesperanza, el poeta invo-

ca a la Virgen; piedad, consuelo, aliento le pide para *un miserable cercado de tinieblas y tristeza*. Situación más angustiosa que ésta no la conoce el juicio humano; no la conoce tampoco igual. *Por culpa ajena* el poeta se encuentra en este estado...

Virgen —torna a clamar Fray Luis—: *vuelve sereno un corazón rodeado de nubes*; que *tu luz venza esta ciega y triste noche mía*. Virgen: de momento en momento, mi dolor crece, mi situación empeora. Han huído todos del poeta; el odio contra él ha cundido; aun los más fieles amigos han huído.

¿Habrà trance como este? Cuando la adversidad nos abate, ver, sentir, comprobar que un amigo de siempre, a quien hemos favorecido, se aparta de nosotros, es la suprema prueba que nuestra resignación puede sufrir. Virgen: todo se conjura contra mí; me hacen la guerra *envidia emponzoñada, engaño agudo, lengua fementida*. ¡Cómo en estos trances, cuando se nos ve caídos, contemplan las gentes, antes deferentes para nosotros, con indiferencia nuestra caída! Cada cual, replegado sobre sí mismo, atento a lo suyo, nos mira sintiendo quizás una penumbra de regodeo íntimo. La animalidad innata en el hombre asoma en esos momentos de desventura ajena. Luchamos como el náufrago con las revueltas aguas, y acaso entre la turba indiferente sólo oímos una *voz* que nos compadece... Virgen: cien flechas me arrojan para herirme; *siento el dolor, mas no veo la mano*. Ni escudarme ni huir puedo. *Desde mi tierna edad sabes que espero en ti*. ¡Que no me falte tu clemencia!... Virgen —termina el poeta—: el dolor anuda ya mi lengua y no me deja hablar. No pue-

do decir todo lo que siento; pero tú, oye al doliente ánimo; tú, óyeme; tú, oye *a quien de continuo a ti vocea*.

Ha terminado el poeta. Sobre el blanco papel han quedado trazados, en largo rímero, unos rengloncitos cortos. Afuera se encendía el cielo con los últimos resplandores de un rojizo crepúsculo otoñal; espejeaba lo rojo sobre el agua del río; destacábanse unos álamos en la claror postrera del firmamento. Dentro, en la estancia, ya casi tinieblas, lucía vagamente la mancha blanca del manuscrito. Todo era silencio profundo.

Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mía...

UN AVARO

¿Es un avaro como esos que vemos en las tablas de los primitivos flamencos: un avaro con largas y finas manos, con una balancita en que va pesando las monedas de oro y con un armario, lleno de papeles, detrás? ¿Tiene este numulario a su mujer al lado —como en esas pinturas— cuando está recontando su tesoro? No sabemos; pero este es un avaro terrible. Una invectiva enardecedora ha inspirado al poeta. Aunque amontone el oro, y aunque ensanche vastamente sus posesiones, y aunque con un espectáculo deslumbrador logre engañar al mundo, no conseguirá este hombre que no se produzca, fatalmente, algo que es inevitable: una hora habrá en que *el espanto velará en su lecho*. Ha hecho este hombre derramar muchas lágrimas; la angustia ha oprimido muchos pechos

por él. A pesar de todo, a pesar de su oro, a pesar de su esplendor y de su fausto, un nimbo infausto le rodea. *La esperanza buena en compañía del gozo no pasa sus umbrales.* Esos tesoros que él ha amontonado, no han sido bastantes a proporcionarle lo que tiene el más humilde de los humanos: el contentamiento y la paz interior. No le servirán tampoco para detener el tiempo. El poeta, al decir esto, se remonta ya de las anteriores contingencias terrenas a otras angustias más altas. Fray Luis, en esta poesía, hace, al llegar a esta parte, un tránsito, propio de gran artista, de lo trágico remediable a lo trágico irremediable y eterno.

Aquí está precisamente la trascendencia de su oda *contra* el avaro. Supongamos que este hombre no ha sembrado el dolor y las lágrimas para amontonar su tesoro. Es rico, es opulento, sin extorsiones, llantos y violencias. Puede ser un hombre amante de la humanidad y de la belleza. Cuanto hay de elegante, bello y fastuoso en el mundo, él puede gozarlo. De todo puede disponer este hombre, gracias a su inmensa, fabulosa fortuna. Una ligera indicación suya es una orden. Y, sin embargo, cuando todo se pliega en el mundo a su voluntad, hay una cosa sutilísima, etérea, impalpable, que escapa a su deseo y que es más poderosa, más terrible que todo. Esa cosa es el tiempo. *No tendrás clavada la rueda, aunque más puedas, voladora, del tiempo hambriento y crudo.* ¿De qué servirán palacios, parques, trenes suntuosos, vehículos magníficos, viajes espléndidos, joyas, beldades, mesa succulentamente abastada? ¿De qué servirá todo esto cuando, granito a granito,

sutilmente, aterradoramente, va cayendo el tiempo en la eternidad? Y el tiempo todo se lo lleva, todo lo muda, todo lo transforma, todo lo destruye... *Y quedarás sumido —escribe Fray Luis— en males no finibles y en olvido.* El poeta, con arte maravilloso, nos ha hecho sentir en estos versos la emoción de la perdurable corriente de las cosas. ¿Dónde estáis, tesorizadores que hace dos, tres, cuatro siglos, amontonabais el oro, los acariciabais con vuestras manos finas y largas? A vuestro lado, una mujer os contemplaba con ojos de melancolía...

LA NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado...

¿Qué nos dicen las estrellitas del cielo? ¿Qué nos dicen en las noches profundas, negras? El poeta ha abierto su ventana —que da al campo— y ha contemplado el cielo. Toda la obscura bóveda está sembrada de un polvo brillante; unas estrellitas fulgen con reflejos rojos y azules; son las mayores, las más potentes. Otras, pequeñitas, casi imperceptibles, apenas si marcan un punto leve, microscópico. La noche se va deslizando; sobre el bosque, sobre la ciudad, sobre el río, se posan las negras sombras. A esta hora va entrando todo en el hondo reposo de la media noche; luego, pasado este momento, vendrán las horas más lentas, más densas, de la madrugada. Estrellitas del cielo, eternas luminarias, puntitos casi imperceptibles, puntitos mayores que parpadeáis rojo y azul: ¿quién os

mira a esta hora? ¿Qué frente se levanta hacia vosotras y qué ojos os miran con anhelo, con tristeza, con desesperanza?

A nuestros oídos llegan los ruidos —de tarde en tarde— que turban la noche. Aquella hoguera que veíamos en las primeras horas allá arriba, en la montaña negra, ya se ha apagado. Un can late con un ladrido largo. ¿Por qué nos atrae una estrella entre todas las estrellas? No podemos apartar la vista de su resplandor. Los relojes, en estas horas de la noche, marcan más sonoramente su tic-tac. No sabemos ni de dónde venimos ni adónde vamos. En este momento de abstracción, mientras contemplamos el polvo brillante de la inmensa bóveda negra, nos sentimos perdidos en la inmensidad. Las blancas cuartillas nos esperan sobre la mesa; intentamos expresar la emoción profunda que ahora embarga nuestro espíritu; no hemos sentido, quizás, una emoción tan intensa como la que ahora experimentamos. Podemos escribir unas páginas que nos dejen satisfechos... Y, sin embargo, no las escribimos. No acertamos a expresar la serenidad de la noche, ni el silencio, ni el brillo misterioso de las estrellas, ni el concierto íntimo y espiritual que forman el ritmo perentorio del reloj, el astro brillante de que no podemos apartar la vista y la melancolía de este can lejano que aúlla.

En estos días del siglo xx, la imagen del poeta que ha escrito en 1550, ó en 1560, su *Noche serena*, acaso va volando todavía por el espacio. Un astrónomo ha dicho, hablando de la distancia inmensa que nos separa de los astros remotísimos:

«Si se piensa que la luz recorre setenta y ocho mil leguas por segundo, y que la de nuestro sol emplea ocho minutos en llegar a nosotros, y si se considera, por otra parte, que ciertas estrellas necesitan siglos y aun millares de años para que a nosotros llegue su luz, nos sentiremos asombrados, conmovidos, cuando pensemos que podemos percibir un astro que ha desaparecido en tiempos de San Luis, y que los habitantes de los planetas alumbrados por esas estrellas, si dispusieran de instrumentos bastante poderosos para descubrir lo que pasa en nuestro globo, podrían ver a la hora actual las hordas de Gengiskhan precipitarse sobre Europa, o los cruzados de Godofredo de Bouillon marchar a la conquista del Santo Sepulcro.»

¿Habrá en alguna remota estrella, en alguno de estos puntitos brillantes que ahora, en 1914, titilean en la noche oscura, unos ojos que vean a nuestro Luis de León pasearse, a esta hora misma de 1914, por su huertecillo de la Flecha? En estas horas de silencio, de profunda calma, en que nos sentimos emocionados, la imagen del poeta, desaparecido hace siglos, va volando por el espacio inmenso, entre los millares y millares de relumbres de las misteriosas estrellitas.

Quando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado
en sueño y en olvido sepultado...

Estrellitas del cielo, ¿qué decís a estos ojos que os miran? ¿Qué decís a este espíritu anhelante y contristado? No pueden separarse nuestros ojos de

esta estrella que —más que las otras— fulge con destellos rojos, verdes y azules. La hemos contemplado a través de la ventanilla de un tren que nos llevaba hacia algo que sospechábamos, que presentíamos, que sentíamos angustiosamente. La hemos visto, cuando una noche, en unos momentos de expansión feliz de nuestro cerebro, en unos momentos de intensa vitalidad mental, hemos terminado unas páginas que nos han dado luego un poco de estimación. La hemos mirado en horas felices de nuestra mocedad y en horas de resignación melancólica en que nos despedíamos de nuestra juventud.

Nuestros ojos no se apartan del titileo de esa estrella fulgente. Nos imaginamos que, en medio de la fragilidad de las cosas y del mudar vertiginoso del tiempo, esos fugaces y brillantes parpadeos rojos y azules son como el nexo entre lo que ha sido, lo que es y lo que será. Todo desaparecerá en las ciudades y en los campos; todas estas cosas que vemos se transformarán en otras cosas. Este minuto que ahora vivimos, ya no lo volveremos a vivir; este rostro del ser querido, que tan íntimamente está adentrado en nuestro espíritu; este rostro que refleja nuestras alegrías y nuestras tristezas, que es bondad y que es ingenuidad, ha de ser llevado en la corriente inexorable del tiempo. Lo que creemos que debiera ser perenne —la alada ingenuidad, la bondad que no retrocede nunca, la serenidad maravillosa de una mirada—; lo que creemos que debiera ser perenne, acabará del mismo modo que las cosas más viles y vulgares. Todo se mudará y acabará. Y allá arriba, en la in-

mensidad de la bóveda negra, esa estrella parpadeará con sus relumbres rojos, verdes y azules.

Ya las horas densas, frías, de la madrugada van llegando. Las estrellas brillan más límpidas. Ha callado el can que ladraba plañideramente. Por el espacio inmenso, entre el fulgor de los astros, va volando a esta hora la imagen del poeta que hace tres siglos escribía *La noche serena*.

AL MARGEN DE «LA VIDA ES SUEÑO»

LO cuenta el poeta en los primeros lances de *La vida es sueño*. La escena parece un grabado de Durero; hay en ella una ansiedad, un misterio, una melancolía, una vaga inquietud que nos estremece el espíritu. Una dama —disfrazada de varón— anda descarriada por un monte; la acompaña un fiel escudero. Al dar vuelta a un recodo del vericuelo descubren una salida torre; son los últimos momentos del crepúsculo vespertino; se inflama el cielo con los resplandores de un ocaso sangriento; una nube de nácar acaso camina lentamente hacia Oriente. Desde lo alto del lomazo que los viajeros acaban de dejar, se divisa, allá en la remota lontananza, por un gollizo abierto entre las montañas, la confusa masa de una gran ciudad. Si fuera día claro, si luciera el sol, veríamos reverberar su lumbre en los chapiteles metálicos de las torrecillas, en las tejas barnizadas, brillantes, de las cúpulas; veríamos las masas macizas y grises de los palacios; veríamos, entre la fronda verde y suave de los jardines, destacarse las cimas agudas y hieráticas de los cipreses. La dama y su

criado han llegado ante esta torre perdida en las fragosidades de la montaña, después de una larga jornada de camino; una luz brilla —vagamente— en una ventana baja. ¿Que quién habitará en este edificio hosco y recio? ¿Qué mano ha encendido esta lucecita que a malas penas irradia fuera, en el campo penumbroso, y que contrasta, en su debilidad, con estos grandiosos resplandores rojizos del crepúsculo, que ya se van apagando y ensombreciéndose?

Los dos viajeros se aproximan a la ventana. Nada da idea de vida en estos desiertos parajes; ni una flor, ni una fuente, ni un árbol hospitalario y frondoso. En las anfractuosidades de la montaña se levanta —piedra con piedra— el torreón fornido. La ventanita, conforme va acabando el crepúsculo, va marcando más vivamente en la obscuridad su marco de luz. Se han acercado ya a la ventana los dos viajeros; en el silencio, en la soledad y en la noche, sus bustos se inclinan con un ademán de atención y en sus caras hay un profundo gesto de curiosidad y de extrañeza. Adentro se divisa un hombre joven que tiene la frente apoyada en la mano. Va vestido de toscas pieles, y su cabellera, que cae sobre la espalda, es sedosa y dorada. ¿Cómo serán sus ojos? ¿Qué luz de inteligencia y de tristeza resplandecerá en ellos? El mozo ha levantado la frente; sus ojos anchos y azules han mirado a lo alto. De sus labios ha salido un profundo suspiro. *¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!*

Estas palabras de honda amargura han hecho estremecer el corazón de la dama, que fuera, en la obscuridad, a través de la ventanilla, miraba al

morador misterioso de la torre con un gesto de curiosidad y de ansiedad. Y así, en tanto que el crepúsculo acaba y que comienzan a brillar las primeras estrellas —mensajeras de lo infinito—, han permanecido inmóviles, ignorándose, ignorándose en este minuto supremo, esta mujer y este hombre que, desde ahora, han de marchar espiritualmente unidos hasta la eternidad.

El hombre de la melena rubia y de los ojos azules ha sufrido en su vida cambios y mutaciones extraordinarias, inauditas. De la fortaleza, perdida en la montaña, ha sido traído a uno de esos palacios grises que desde allá arriba se veían, tras puesta una loma, destacar entre la verdura de los jardines. Este hombre era rey; todo era suyo; podía hacerlo todo. ¿Soñaba este hombre? ¿Era un sueño la vida en este palacio, o era un sueño la vida en la torre de la montaña? Sus manos tocaban las sedas, las armas primorosamente labradas, los muebles tallados, la argentería artística de las mesas. No acertaba a darse cuenta de lo que sus ojos veían ni de lo que sus manos palpaban. Y entre toda la confusión y desconcierto de su espíritu, unos ojos ávidos y amorosos le seguían: los ojos de aquella dama que, en la montaña, durante el crepúsculo, le contemplara por primera vez. ¿Qué ha hecho este hombre para ser tornado a su torre y verse otra vez encerrado, junto a la ventana, vestido de pieles? ¿Es sueño esta vida de la fortaleza, o es sueño aquella vida de palacio?

De nuevo, al cabo del tiempo, se ha visto entre las fastuosidades de la corte. No puede ya dudar

ni un solo momento; los pasados lances le han advertido. Sólo hay una cosa cierta en la realidad mundanal: el obrar bien. No sabemos si la vida es un sueño; los días discurren vertiginosamente; todo se lo lleva el tiempo en su corriente inexorable; aun los sentimientos más delicados, finos y nobles de nuestro corazón, se amortiguan con los años; cuando al cabo de los años volvemos a encontrar a un amigo a quien hemos querido, a un antiguo condiscípulo, nos quedamos absortos, silenciosos, sin acertar a decir nada. ¿Dónde está nuestra personalidad? ¿Cómo retener la porción más exquisita de nuestro yo que se nos escapa y se nos disgrega con las cosas que en el tiempo, a lo largo de los años, se van escapando y disgregando? Seamos sinceros y buenos siempre. Unas miradas silenciosas y amorosas seguían a todas partes, entre el tráfago de Palacio, al rey de los ojos azules y de la cabellera dorada.

Vivía este rey sencillamente. Después de su segundo encierro en la fortaleza, el pueblo había ido a sacarle de la esquividad y apartamiento de los montes. Le querían por su rey; a lo largo de los sinuosos y empinados caminos, en tumulto, estruendosamente, había ido la muchedumbre a traer a este hombre sencillo y bueno. Después, toda la ciudad había resonado con el estrépito de la alegría victoriosa, y durante la noche, desde allá arriba, desde la montaña, se veía sobre la población el resplandor encendido de las luminarias.

Este rey vivía sencillamente. Hay en los hom-

bres que han pasado ya la mayor parte de su vida en la soledad y en el silencio, una sensibilidad exquisita y mórbida que se estremera a la menor violencia o discordancia. Este hombre se sentía mal, desasosegado, nervioso, entre el fausto aparatoso y el complicado formulismo de la corte. Sentía que, entre todas estas cosas — que nunca había conocido —, *él no era él*. Sus costumbres iban contra la corriente de las costumbres de los magnates, señores y cortesanos que le rodeaban. Le placía evadirse calladamente de Palacio y vagar a la ventura por las callejas de la ciudad; entraba en las casas humildes — donde no le conocían — y charlaba mano a mano con menestrales y labradores. Le desazonaban las vanas y redundantes distinciones honoríficas. Su indumento era todo simplicidad; vestía como el más modesto de sus súbditos. Sus hábitos de bondad y de justicia le llevaron a poner mano en la formidable máquina de las seculares máculas y corruptelas que gangrenaban su reino. Nadie había osado jamás tal cosa. Cundió el descontento; se fué formando poco a poco en su trono un ambiente de viva hostilidad. Unas miradas silenciosas y cariñosas le acompañaban constantemente en sus empresas de bondad y de rectitud: le miraban siempre aquellos ojos que antaño le contemplaron, allá en la montaña, al través de una ventanita iluminada.

¿Cuántos años han pasado? Junto a la torre de la montaña ha sido — hace tiempo — edificado un palacio. No mora en el palacio más que una viejecita. Todo el palacio es suyo; de todas sus vastas

y espléndidas cámaras dispone; pero la viejecita se pasa su vida en una habitación de esta torre, que tiene una diminuta ventana. Los cabellos blancos, plata, de la anciana destacan sobre el intenso negro de las tocas. La anciana gusta sentarse junto a la ventanita en los crepúsculos vespertinos. Su pensamiento —mientras permanece inmóvil— camina por las regiones de lo pretérito. Constantemente está presente en su espíritu —y en su corazón— el día en que, alborotados los grandes y magnates de palacio, acuchillaron al rey de los ojos azules y lanzaron su cuerpo al mar desde un balcón. En este minuto del crepúsculo vespertino, tal recuerdo adquiere en esta mujer una agudeza intensamente dolorosa. ¿Es un sueño la vida? ¿Ha sido un sueño su amor, largo, delicado y silencioso? ¿Fué un sueño aquella sangre que, en el día trágico, ella vió rojear sobre el blanco mármol? ¿Fué un sueño aquel instante en que ella, por esta ventanita, junto a la que está sentada ahora, contempló por primera vez al hombre de los ojos azules y luminosos? Afuera, como ahora, acababa el crepúsculo; una nube caminaba lentamente en lo alto; comenzaban a fulgir las primeras estrellas —mensajeras de lo infinito.

UN SENSITIVO

EL MARAVILLOSO SILENCIO

NOS place imaginar un convento situado en el declive suave de una loma; arriba está el pinar, rumoroso, bien oliente, desde donde, cuando sopla el viento, descienden hasta el llano ráfagas perfumadas. Delante se extiende la llanura inmensa, ondulada a trechos por los oteros y lomazos. La ciudad se perfila en lontananza, casi en los confines del horizonte. Un río lleva en curvas amplias su cinta de plata —entre el verde de las huertas— y acá y allá unos enhiestos y tremulantes pobos mueven blandamente sus hojas al céfiro. Nada se oye en la campiña. Ningún ruido denota la vida del convento. En el convento hay un patio central con una galería abierta; destaca en el centro el brocal —labrado— de una cisterna. El agua de la cisterna es delgada, frígida y cristalina. Cuando el caldero de cobre sube lleno, desde lo hondo, en el breve cristal se refleja —lípidamente— el azul del cielo.

Detrás del convento se abre un huerto plantado de frutales y legumbres; algún rosal muestra sus

rosas bermejas o blancas sobre el oscuro follaje; y un vial de cipreses se recorta agudamente en el aire limpio y diáfano. A la noche, desde lo alto, mientras en el cielo parpadean las eternas luminarias, se columbran, casi imperceptibles, allá abajo los puntitos de las luces ciudadanas. Ni en el campo ni en el convento interrumpe la paz augusta un solo ruido. En el convento, los corredores son amplios y claros; la cal nítida de las paredes reverbera cegadoramente en las horas del mediodía. Las celdas son chiquitas; desde sus ventanas se atalaya el paisaje. Algún religioso, sentado junto a la ventana, al levantar la vista del libro, ha visto en la lejanía de un camino una caravana que se dirigía de una ciudad a otra ciudad; acaso su corazón se ha oprimido un momento y sus ojos han seguido el tropel hasta que se perdía en el horizonte. Hoy, al cabo de cuatro siglos, esa ligera opresión la suscitaría tal vez el paso vertiginoso de un convoy que deja sobre el añil del cielo un trazo negro de humo...

Miguel de Cervantes, que tanto había caminado por el mundo, amaba el silencio. Cervantes había vivido, durante años, en un reducido piso donde apenas podían revolverse las personas de su familia. Era en Valladolid. Cervantes ocupaba un angosto cuartito que se hallaba situado encima de una taberna. Día y noche conturbarían el silencio de Miguel el tráfago ruidoso, las idas y venidas, las vociferaciones, las riñas, los cantos de los bebedores. Durante la noche, hasta la madrugada, hasta el alba, Miguel, acostado en su cama, estaría oyendo, a través del piso delgado, allí cerca de

su cráneo, esas porfiadas, estólicas, soeces, inacabables altercaciones vinarias. Y mientras las voces resonaron en la soledad, turbando el sosiego, Miguel ansiaría cada vez más el silencio: el silencio sedante, el silencio dulce, el silencio que es compañero de los coloquios interiores del artista. Cuando Cervantes en el *Quijote* pinta la casa del caballero del Verde Gabán, recordad cómo hace notar que en ella reinaba el silencio. Recordad también cómo adjetiva ese silencio. *Maravilloso silencio* es —escribe Miguel—. Ese silencio maravilloso es el que reina en este convento, donde mora y tiene sus soliloquios interiores un poeta.

NO HAY OTRO EN CASTILLA

Al trazar la epopeya de nuestro poeta, del mismo modo que necesitamos ver el paisaje, es preciso hablar de sus compañeros. Sus compañeros, las gentes que han vivido en su mismo ambiente espiritual, unos han pasado a la historia y son ilustres en la literatura; otros —humildísimos— han quedado esfumados en el tiempo. La eterna corriente de las cosas se los llevó sin dejar de ellos más que un ligero recuerdo. Y, sin embargo, estas figuras tienen un profundo encanto. Santa Teresa de Jesús ha pintado con rápidos rasguños algunas de estas figuras. Santa Teresa de Jesús tiene la frase expresiva, plástica y popular. Hablando, por ejemplo, de su pobreza, escribe: «Aquel día ni una seroja de leña teníamos para asar una sardina». Santa Teresa de Jesús hace vivir en cuatro líneas las personalidades de Bea-

triz Oñez y de fray Antonio. Al *Libro de las fundaciones* nos referimos. Beatriz Oñez era una mujer abrumada y angustiada por el dolor; en sus años mozos estaba. Un mal terrible la atenaceaba. No perdió, con todo, su serenidad. «Jamás por cosa la vieron de diferente semblante, sino con una alegría modesta» —escribe Teresa—. «Un callar sin pesadumbre, que con tener gran silencio era de manera que no se le podía notar por cosa particular» —observa también la santa en Beatriz. Y luego añade: «En todas las cosas era extraño su concierto interior y exteriormente; esto nacía de traer muy presente la eternidad». La semblanza de fray Antonio la hace Teresa de Jesús en dos líneas: fray Antonio se le presentó pobre y humilde. No tenía nada. «Sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco.» «Que me cayó en harta gracia» —añade Teresa—. Este frailecito llevaba nada menos que cinco relojes, «para tener las horas concertadas». Ese frailecito, con sus cinco relojes, se nos aparece como obsesionado por el tiempo que pasa, por el tiempo suave e inexorable, por el tiempo que todo lo trae y todo se lo lleva.

Nuestro poeta es un hombre chiquito; tiene la cabeza pequeña, redondita, y en ella destacan unos ojos luminosos y una boca de labios delgados. Su retrato da la impresión de una sensibilidad hiperestesiada. Es nuestro poeta uno de esos hombres tímidos y fogosos a la vez, uno de esos temperamentos silenciosos y delicados que vibran fuertemente a los contactos del mundo exterior. No hay otro como él en Castilla. «Es un hombre celestial y divino —escribe de él Teresa de Jesús

en una de sus cartas—. No he hallado en toda Castilla otro como él.» Otros poetas, como Garcilaso, han sido refinados y cultos; en sus versos han puesto la quinta esencia italiana; sus conceptos amorios han ido entremezclados de breves paisajes. Fray Luis de León ha sido fogoso e impetuoso; tiene el ardimiento y la elocuencia de un pagano; a veces —como en la primera *Oda a Nuestra Señora*— llega a lo trágico en la expresión de sus dolores íntimos y de sus desesperanzas. Nuestro poeta, San Juan de la Cruz —de cuyo *Cántico espiritual* acaba de publicarse una nueva edición—; San Juan de la Cruz es mórbido, delicado, sensitivo. Ningún poeta castellano nos ofrece esta muestra de frágil morbidez. Entre la penumbra de los símbolos, el espíritu del poeta ondula, tiembla, gime, canta como un niño o como una delicada mujer. Hay momentos en que el lector de estos breves poemas permanece abortado, indeciso, desorientado, sin acertar a distinguir la trascendencia alegórica de la aparente realidad.

En el silencio de la blanca celda vemos —espiritualmente— al poeta trazando sus versos, y sintiendo al trazarlos una viva emoción, una ansiedad febril, como pocos de nuestros poetas han sentido. No hay otro como él en Castilla.

LA FUENTE EN LA NOCHE

El simbolismo de San Juan de la Cruz se halla inspirado en la Naturaleza. El poeta nos habla de las montañas, los valles solitarios y nemorosos,

las ínsulas extrañas, las viñas florecidas, la soledad sonora, las aves ligeras, las riberas verdes, las subidas cavernas de las piedras, el canto de la dulce filomena, el agua pura, las frescas mañanas, las tortolicas que revuelan henchidas de amor... Oigámosle en uno de los más típicos, sugeridores, trascendentes de sus poemas. El poeta piensa en una fuente; él sabe dónde mana y corre. Y añade: *Aunque es de noche*. No puede decir cuál es su origen; no lo tiene; pero todo se origina de esta fuente. *Aunque es de noche*. No hay cosa tan bella en el universo; cielos y tierra beben de este manantial. *Aunque es de noche*. Nunca ha sido su claridad obscurecida; toda luz viene de ella; sus corrientes son caudalosas; la inmensidad de las gentes se riega con ellas. *Aunque es de noche*. Todas las criaturas son llamadas para que sacien su sed en esta fuente; mi más ardiente deseo está en sus aguas. *Aunque es de noche...* Y así, el poeta —delicado y sensitivo— asocia a las tinieblas lóbregas y perdurables de una noche la sensación de una fontana cristalina y amorosa, que va manando casi calladamente, con un son apacible, melódico.

AL MARGEN DEL «QUIJOTE»

DON Quijote hállase paseando por el porche —*fresco y espacioso*— de una venta. Una vaga melancolía baña su espíritu. Hoy, en nuestra vida moderna, al cabo de tres siglos, experimentamos una sensación análoga a ésta de Don Quijote cuando, después de años de batallar incesante —nosotros, políticos o literatos— esperamos en una estación para marcharnos, dentro de un momento, a un pueblecillo, al campo, de donde no hemos de volver. Atrás, en la gran ciudad, quedan todos nuestros afanes, nuestras angustias, nuestros anhelos, nuestras esperanzas. La juventud se ha desvanecido; en las lejanías de lo pretérito se han esfumado las ilusiones de la mocedad. El tren va a alejarnos dentro de un instante de la gran ciudad. No volveremos más a estos sitios en que tanto hemos trabajado y tanto sufrido... Don Quijote se pasea por el ancho pórtico de la venta. Hace un momento ha llegado un caballero acompañado de tres o cuatro fámulos. A uno de ellos ha oído llamar don Alvaro Tarfe, al viajero recién venido. El nombre de don Alvaro Tarfe lo ha leído el

gran hidalgo en la historia apócrifa que de sus hechos corre. Cuando el caballero se ha aseado en su cuarto, ha salido al portal y ha reparado en la singular figura —magra y larga— de Don Quijote. Su curiosidad se ha despertado.

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? —ha interrogado don Alvaro a Don Quijote.

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural— ha contestado el inmortal manchego.

—Yo, señor —ha replicado don Alvaro—, voy a Granada, que es mi patria.

—Y buena patria— ha loado Don Quijote.

La cordial conversación está trabada. Al ingenioso hidalgo le escarabajea el ánimo una duda. *Este don Alvaro de Tarfe —piensa Don Quijote—, ¿será, en efecto, el mismo don Alvaro de Tarfe que aparece en esa historia apócrifa de mis gestas?* Así se lo pregunta al cabo al incógnito viajero. *El mismo soy* —responde Tarfe, -- *y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío.* Don Quijote queda perplejo, estupefacto, al escuchar estas palabras. A la sorpresa sigue una íntima indignación. Apenas puede reprimir unas palabras de cólera; la cortesía —su irreprochable cortesía— pone medida en su lengua. *Y dígame vuesa merced, señor don Alvaro* —exclama al fin— *¿parezco yo en algo a ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?* No, no se parece en nada. El interrogado caballero no se explica la pregunta de su interpelante; pero a poco Don Quijote va aclarando el misterio. Al cabo se declara con entera franqueza. *Finalmente, señor don Alva-*

ro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Y el inmortal caballero pide a su nuevo amigo que declare, ante el alcalde del lugar, en documento solemne, que hasta ahora no viera nunca a Don Quijote, y que este caballero, y no otro es el auténtico, el verdadero, el inconfundible Don Quijote de la Mancha. A ello accede don Alvaro de Tarfe de muy buen grado. *La declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración...*

Esa declaración era el último acto trascendental en la vida del insigne manchego. Caminaba Don Quijote a su aldea de vuelta de su vencimiento de Barcelona. No era ya caballero andante; determinado tenía consagrarse a la vida apacible de las florestas y los oteros. Su nombre poético de pastor tenía ya elegido. La estada de ahora en la venta era la postrera etapa de su vida heroica por los caminos. Atrás iban a quedar las aventuras, los castillos, los hechos de caridad y de justicia, el rudo batallar por el ideal. Don Quijote veía que ese pasado no iba a volver para él. Una íntima melancolía bañaba su espíritu. Esta solemne declaración de ahora, era la afirmación de su personalidad. Hemos vivido largos años de trabajos y anhelos; otras generaciones van pasando sobre nosotros —políticos o artistas—; nuevos hombres asoman con más energía, más brío, más inspiración que nosotros. Nuestro entusiasmo, nuestra

fuerza, han desaparecido. En este crepúsculo vespertino de nuestra personalidad, al entrar en la región de las sombras, nos detenemos un instante —última parada— y consideramos nuestra obra, modesta o brillante. Hemos cumplido con nuestro deber; hemos trabajado; la sinceridad y el amor a la belleza y a la justicia ha guiado nuestra pluma. Podrá pasar por encima de nosotros otra generación; no podrá arrebatarnos nuestra personalidad, lo trabajado, lo ansiado y lo sufrido.

A la tarde del mismo día en que ocurrió tal escena en la venta, Don Quijote y don Alvaro reanudaron el viaje. A obra de media legua, se separaban los caminos. Se abrazaron los dos caballeros y alejéronse por las dos vías distintas.

(El día 23 de abril de 1623 moría Cervantes. El 19 del mismo mes escribía sus últimas cuartillas: la dedicatoria de su novela *Persiles y Segismunda*. Hasta estos sus postreros días había tenido Cervantes la obsesión de los caminos. A lo largo de las vidas humanas se ofrecen distintos cruces de caminos. ¿Por dónde guiaremos nuestros pasos? De estos dos caminos que se abren ante nosotros, ¿cuál será el de la felicidad y cuál el del infortunio? Del camino de Esquivias a Madrid habla Miguel en su último escrito. *Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos* —escribe Cervantes al final del prólogo—, *que ya me voy muriendo, y deseando veros presto, contentos y en la otra vida*. Don Quijote y don Alvaro han seguido cada uno por uno de los dos caminos

que ante ellos se abrían. Poco tiempo después de este encuentro moría Don Quijote.)

Don Alvaro Tarfe tenía en Granada su casa. Era una casa ancha, tranquila y limpia. A poco de llegar a su ciudad, don Alvaro compró un ejemplar de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*. Leía el caballero continuamente este libro; prendóse de esta honda y humana filosofía. Todas las noches, antes de entregarse al sueño, don Alvaro abría el libro y se abstraía en su lectura. Había en la casa de don Alvaro unas diligentes y amorosas manos femeninas. Desde la casa, situada en alto, se veía el panorama de la ciudad, la vega verde, la pincelada azul de las montañas. Al año, esas manos blancas y finas que arreglaban la casa, habían —para siempre— desaparecido. Algo más tarde, un incendio destruyó una granja de don Alvaro. La fortuna de nuestro caballero menguaba. Todo amor y solicitud era don Alvaro para los desgraciados. Nadie se acercaba a su persona que no viese aplacados sus dolores. Ya no tenía apego a nada. Su único consuelo era la lectura de este libro sin par. Su amigo, su compañero inseparable, su confidente, era el ejemplar en que leía las hazañas del gran Don Quijote.

Tres años después del encuentro en la venta, don Alvaro estaba completamente pobre. Los últimos restos de su fortuna los había empleado en remediar el dolor ajeno. No le quedaba al caballero más que su ejemplar del *Quijote*. Con él pasó a Córdoba. De Córdoba, don Alvaro marchó a Sevilla. Vivía allí de caridad, en una casilla de un

barrio extremo. Se había quedado casi ciego; no podía leer. Su íntima angustia era no poder posar los ojos en las páginas del *Quijote*. Algunas veces, alguien le leía unas páginas. Pero él apretaba contra su pecho, henchido de ternura, el ejemplar de este libro que con tanta espiritual fruición había leído.

Un día, al cabo del tiempo, unos señores paisanos de don Alvaro, que anduvieron buscándole por Sevilla, llegaron a la casa donde había vivido y preguntaron por él. Una viejecita, que se asomó a una ventana, les dijo que no sabía nada. Una tarde —después de un año— un transeunte que pasaba por delante de un puesto de libros situado en las gradas de la catedral, compró un ejemplar de la primera parte del *Quijote*. Cuando llegó a su casa, raspó con una navajita un rótulo manuscrito que estaba puesto en una hoja de las guardas y que decía: *Soy de don Alvaro Tarfe*. En su lugar puso: *Soy de don Antonio Díaz*.

LAS NUBES

CALISTO y Melibea se casaron — como sabrá el lector, si ha leído *La Celestina* — a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín. Se enamoró Calisto de la que después había de ser su mujer un día que entró en la huerta de Melibea persiguiendo un halcón. Hace de esto diez y ocho años. Veintitrés tenía entonces Calisto. Viven ahora marido y mujer en la casa solariega de Melibea; una hija les nació que lleva, como su abuela, el nombre de Alisa. Desde la ancha solana que está a la parte trasera de la casa se abarca toda la huerta en que Melibea y Calisto pasaban sus dulces coloquios de amor. La casa es ancha y rica; labrada escalera de piedra arranca de lo hondo del zaguán. Luego, arriba, hay solares vastos, apartadas y silenciosas camarillas, corredores penumbrosos, con una puertecilla de cuarterones en el fondo, que — como en *Las Meninas*, de Velázquez — deja ver un pedazo de luminoso patio. Un tapiz de verdes ramas y piñas gualdas sobre fondo bermejo cubre el piso del salón principal: el salón, donde en cojines de

seda, puestos en tierra, se sientan las damas. Acá y allá destacan silloncitos de cadera, guarnecidos de cuero rojo, o silas de tijera con embutidos mudéjares; un contador con cajonería de pintada y estofada talla, guarda papeles y joyas; en el centro de la estancia, sobre la mesa de nogal, con las patas y las chambranas talladas, con fiadores de forjado hierro, reposa un lindo juego de ajedrez con embutidos de marfil, nácar y plata; en el alinde de un ancho espejo refléjanse las figuras aguileñas, sobre fondo de oro, de una tabla colgada en la pared frontera.

Todo es paz y silencio en la casa. Melibea anda pasito por cámaras y corredores. Lo observa todo; ocurre a todo. Los armarios están repletos de nítida y bien oliente ropa —aromada por gruesos membrillos—. En la despensa un rayo de sol hace fulgir la ringla de panzudas y vidriadas orciatas talaveranas. En la cocina son espejos los artefactos y cacharros de azófar que en la espetera cuelgan, y los cántaros y alcarrazas obrados por la mano de curioso alcaller en los alfares vecinos, muestran, bien ordenados, su vientre redondo, limpio y rezumante. Todo lo previene y a todo ocurre la diligente Melibea; en todo pone sus dulces ojos verdes. De tarde en tarde, en el silencio de la casa, se escucha el lánguido y melodioso son de un clavicordio: es Alisa que tañe. Otras veces, por los viales de la huerta, se ve escabullirse calladamente la figura alta y esbelta de una moza: es Alisa que pasea entre los árboles.

La huerta es amena y frondosa. Crecen las adelfas a par de los jazmineros; al pie de los cipreses

inmutables ponen los rosales la ofrenda fugaz —como la vida— de sus rosas amarillas, blancas y bermejas. Tres colores llenan los ojos en el jardín: el azul intenso del cielo, el blanco de las paredes encaladas y el verde del bosque. En el silencio se oye —al igual de un diamante sobre un cristal— el chinar de las golondrinas, que cruzan raudas sobre el añil del firmamento. De la taza de mármol de una fuente cae deshilachada, en una franja, el agua. En el aire se respira un penetrante aroma de jazmines, rosas y magnolias. «Ven por las paredes de mi huerto», le dijo dulcemente Melibea a Calisto hace diez y ocho años.

Calisto está en el solejar, sentado junto a uno de los balcones. Tiene el codo puesto en el brazo del sillón, y la mejilla reclinada en la mano. Hay en su casa bellos cuadros; cuando siente apetencia de música, su hija Alisa le regala con dulces melodías; si de poesía siente ganas, en su librería puede coger los más delicados poetas de España e Italia. Le adoran en la ciudad; le cuidan las manos solícitas de Melibea; ve continuada su estirpe, si no en un varón, al menos, por ahora, en una linda moza, de viva inteligencia y bondadoso corazón. Y, sin embargo, Calisto se halla absorto, con la cabeza reclinada en la mano. Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, ha escrito en su libro:

... et creí la fabrilla

Que dís: Por lo pasado no estés mano en mejilla.

No tiene Calisto nada que sentir del pasado; pasado y presente están para él al mismo rasero de

bienandanza. Nada puede conturbarle ni entristecerle. Y, sin embargo, Calisto, puesta en la mano la mejilla, mira pasar a lo lejos, sobre el cielo azul, las nubes.

Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son —como el mar— siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas cómo nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas —tan fugitivas— permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener aprisionado el tiempo —en un momento de ventura— vemos que han pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin embargo, que son siempre distintas, en todo momento, todos los días, van caminando por el cielo. Hay nubes redondas, henchidas, de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos translúcidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmín y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos, de las llanuras. Las hay como velloncitos iguales e innumerables, que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul. Unas marchan lentas, pausadas; otras pasan rápidamente. Algunas, de color de ceniza, cuando cubren todo el firmamento, dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, gris, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

Siglos después de este día en que Calisto está

con la mano en la mejilla, un gran poeta —Cam-poamor— habrá de dedicar a las nubes un canto en uno de sus poemas titulado *Colón*. Las nubes —dice el poeta— nos ofrecen el espectáculo de la vida. La existencia, ¿qué es sino un juego de nubes? Diríase que las nubes son «ideas que el viento ha condensado»; ellas se nos representan como un «traslado del insondable porvenir». «Vivir —escribe el poeta— es *ver pasar*.» Sí; vivir es ver pasar: ver pasar, allá en lo alto, las nubes. Mejor diríamos: vivir es *ver volver*. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; ver volver todo —angustias, alegrías, esperanzas— como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables.

Las nubes son la imagen del Tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el Tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado lo por venir?

En el jardín, lleno de silencio, se escucha el chinar de las rápidas golondrinas. El agua de la fuente cae deshilachada por el tazón de mármol. Al pie de los cipreses se abren las rosas fugaces, blancas, amarillas, bermejas. Un denso aroma de jazmines y magnolias embalsama el aire. Sobre las paredes de nítida cal resalta el verde de la fronda; por encima del verde y del blanco se extiende el añil del cielo. Alisa se halla en el jardín, sentada, con un libro en la mano. Sus menudos pies asoman por debajo de la falda de fino contray; están calzados con chapines de terciopelo negro, adornados con rapacejos y clavetes de bruñida plata.

Los ojos de Alisa son verdes, como los de su madre; el rostro, más bien alargado que redondo. ¿Quién podría contar la nitidez y sedosidad de sus manos? Pues de la dulzura de su habla, ¿cuántos loores no podríamos decir?

En el jardín todo es silencio y paz. En lo alto de la solana, recostado sobre la barandilla, Calisto contempla extático a su hija. De pronto, un halcón aparece revolando rápida y violentamente por entre los árboles. Tras él, persiguiéndole, todo agitado y descompuesto, surge un mancebo. Al llegar frente a Alisa, se detiene absorto, sonríe y comienza a hablarla.

Calisto lo ve desde el carasol y adivina sus palabras. Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente, sobre el cielo azul, en la lejanía.

CERRERA, CERRERA...

ESPLENDIDAMENTE florecía la Universidad de Salamanca en el siglo xvi. Diez o doce mil estudiantes cursaban en sus aulas durante la segunda mitad de esa centuria. Hervían las calles, en la noble ciudad, de mozos castellanos, vascos, andaluces, extremeños. A las parlas y dialectos de todas las regiones españolas mezclábanse los sonidos guturales del inglés o la áspera ortología de los tudescos. Resonaban por la mañana, a la tarde, los patios y corredores con las contestaciones acaloradas de los ergotizantes, las carcajadas, los gritos, el ir y venir continuo, trafagoso, sobre las anchas losas. Reposterías y alojerías rebosaban de gente; abundaban donilleros que cazaban incautos jóvenes para los solapados garitos; iban de un lado a otro, pasito y cautas, las viejas cobejeras, con su rosario largo y sus alfileres, randas y lana para hilar. Los mozos ricos tenían larga asistencia de criados, mayordomos y bucelarios, que revelaban el atuendo y riqueza de sus casas —tales como nos los ha pintado Vives en sus *Diálogos latinos*—. Vivían estrechamente los pobres: con tártagos

mortales esperaban la llegada, siempre remisa del cosario con los dineros; arbitrios y trazas peregrinas ideaban para socorrerse en los apuros; las cajas de los confiteros escamoteaban; las espadas empeñaban o malvendían; a pedazos llegaban a hacer los muebles y con ellos se calentaban; en mil mohatras y empeños usurarios se metían hartos ya de apelar a toda clase de recursos. Ricos y pobres se juntaban, como buenos camaradas, en los holgorios y rebullicios. No pasaba día sin que alguna tremenda travesura no se comentara en la ciudad; cosa corriente eran las matracas y cantaletas dadas a algún hidalgo pedantón y espetado; choques violentos había cada noche con las justicias, que trataban de impedir una música; en las pruebas por que se hacía pasar a los estudiantes novicios agotábase el más cruel ingenio.

Cursaba en la Universidad, allá por la época de que hablamos, un mozo de una ciudad manchega. No gustaba del bullicio. Su casa la tenía en una callejuela desierta, a la salida de la ciudad, cerca del campo. Vivía con una familia de su propia tierra nativa. Aposentábase en lo alto de la casa; su cuarto daba a una galería con barandal de hierro. Desde ella se divisaba, en la lontananza, por encima de la muchedumbre de tejados, torrecillas y lucernas, la torre de la catedral que se destacaba en el cielo. De entre las paredes de un patio lejano sobresalían las cimas agudas, cimbreantes, de unos cipreses. Muchas veces nuestro estudiante pasábase horas enteras de pechos sobre la barandilla, contemplando la torre sobre el azul, o viendo pasar, lentas o rápidas, las blancas nubes. Y

allí, más cerca, resaltando en lo pardo de las techumbres, aquellas afiladas copas de los cipreses que desde la prisión de un patio se elevaban hacia el firmamento ancho y libre, eran como una concreción de sus anhelos y sus aspiraciones.

Rara vez aportaba por las aulas de la Universidad nuestro escolar. Sobre su mesa reposaban cubiertos de polvo, siempre quietos, las *Sumas y Digestos*; iban y venían de una a otra mano, en cambio, los ligeros volúmenes de Petrarca, de Camoens y de Garcilaso. Largas horas pasaba el mancebo en la lectura de los poetas y en la contemplación del cielo. De cuando en cuando, un amigo y conterráneo suyo, venía a verle y juntos devaneaban por la ciudad y sus aledaños. Les placía en esas correrías a los dos amigos escudriñar todos los rincones y saber de todas las bellezas de la ciudad; entusiastas de la poesía en los libros, uno y otro, amaban también, férvidamente, la poesía viva de la hermosura femenina o la del espectáculo del campo. Luego, cuando ya habían apacentado sus ojos de tal manera, volvía cada cual a sus meditaciones, y nuestro amigo, solo otra vez, se ponía de pechos largos ratos sobre la barandilla o iba gustando —lejos de las áridas aulas— la regalada música de Garcilaso o de Petrarca.

Un día nuestro amigo en una de sus peregrinaciones vió una linda muchacha. Nadie, entre sus camaradas, la conocía. Era una moza alta, esbelta, con la cara aguileña. Su tez era morena, y sus ojos negros tenían fulgores de inteligencia y de malicia. Como quien entra súbitamente en un mundo

desconocido quedóse el estudiante a la vista de tal muchacha. Fué su pasión violenta y reconcentrada: pasión de solitario y de poeta. Vivía la moza con una tía anciana y dos criadas. Súpose luego a luego que sus lances y quiebras habían sido varios en distintas ciudades castellanas. No reparó el estudiante en nada; no retrocedió ante la pasada y aventurera historia de la moza. A poco, casóse con ella y se la llevó al pueblo. Al llegar díjole a su padre —ya muy viejo— que la muchacha era hija de una casa principal, de donde él la había sacado.

El suceso se comentó en toda Salamanca. Relatado se halla menudamente en *La Tía Fingida*. Cuando el casamiento del estudiante se supo, no faltaron quienes escribieran al padre del muchacho informándole de la bajeza de la nuera. «Mas ella —dice el autor de la novela— se había dado con sus astucias y discreción tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran de ella, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija.» Sí; eso es verdad; encantó a todos en los primeros tiempos la moza. Pero...

(En el *Quijote* —capítulo L, de la primera parte— el cura, el barbero y el canónigo llevan hacia el pueblo, metido en una jaula, al buen hidalgo. Han llegado todos a un ameno y fresco valle; se disponen a comer; sobre el verde y suave césped han puesto las viandas. Ya están comiendo; ya departen amigablemente durante el grato yantar. De pronto, por un claro de un bosque, surge una

hermosa cabra, que corre y salta. Detrás viene persiguiéndola un pastor. El pastor le grita así, cuando la tiene presa, cogida por los cuernos:

—«¡Ah, cerrera, cerrera, Manchada, Manchada, y cómo andáis estos días vos de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¡qué puede ser sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas a quien imitáis...!»

Los circunstantes, al ver al cabrero y escuchar sus razones, han suspendido durante un momento la comida. Les intrigan las extrañas palabras del pastor.

—«Por vida vuestra, hermano —le dice el canónigo—, que os soseguéis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra a su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural instinto, por más que vos os pongáis a estorbarlo...»

Ha de seguir su natural instinto. El pasaje referido del *Quijote* ha sido señalado por comentaristas que ven en tal episodio algo de simbolismo y de misterio. ¿Qué perdurable emblema hay en esta cabra, cerrera y triscadora, que va por el valle, o de peña en peña, llevada de su impulso, siguiendo su instinto?)

El hidalgo —antiguo alumno de la Universidad salmanticense— está solo en su casa. Hace dos años que no vive en ella más que él. Todas las tardes, en invierno y en verano, el caballero se encamina hacia el río. Hay allí un molino a la ori-

lla del agua; junto a la puerta se extiende un poyo de piedra; en él se sienta el caballero. Dentro, la cítola canta su eterna y monótona canción. No lejos de la aceña, allí a dos pasos, desemboca un viejo puente. Generaciones y generaciones han desfilado por este estrecho paso, sobre las aguas: sobre las aguas que ahora —como hace mil años— corren mansamente hasta desaparecer allá abajo entre un bosque de álamos en un meandro suave. El hidalgo se sienta y permanece absorto largos ratos. Por el puente pasa la vida, pintoresca y varia: el carro de unos cómicos, la carreta cubierta de paramentos negros en que traen el cuerpo muerto de un señor, unos leñadores con sus boricos cargados de hornija, un hato de ganado merchaniego que viene al mercado, un ciego con su lazarillo, una romería que va al lejano santuario, un tropel de soldados. Y las aguas del río corren mansas, impasibles, en tanto que en el molino la taravilla canta su rítmica, inacabable canción.

Un día, al regresar al anochecer el hidalgo a su casa encontróse con una carta. Conoció la letra del sobre; durante un instante permaneció absorto, inmóvil. Aquella misma noche se ponía en camino. A la tarde siguiente llegaba a una ciudad lejana y se detenía, en una sórdida callejuela, ante una mísera casita. En la puerta estaba un criado que guardaba la mula de un médico.

El caballero, en su ciudad natal, ha vuelto a encaminarse todas las tardes, a la misma hora, al molino que se halla junto al río. Ahora viste todo

él de luto. Horas enteras permanece absorto sentado en el poyo de la puerta. Desfila por el puente la vida, varia y pintoresca —como hace cien años, como dentro de otros doscientos—. Las aguas corren mansas a perderse en una lejanía en que los finos y plateados álamos se perfilan sobre el cielo azul. La cítola del molino sigue entonando su canción. Todo en la gran corriente de las cosas es impasible y eterno; y todo, siendo distinto, volverá perdurablemente a renovarse.

Allá en la casa del caballero, entre los volúmenes que hay sobre la mesa, está el libro que el poeta Ovidio tituló *Los tristes*; una señal se ve en la elegía XII, de la primera parte, que comienza:

Ecce supervacuis (quid enim suum utile nasci...)

Ha llegado el día —dice el poeta— en que conmemoro mi nacimiento: día superfluo. Porque, ¿de qué me ha aprovechado a mí el haber nacido? Una mañana no se abrió más la casa del hidalgo, ni nadie le volvió a ver. Diez años más tarde, un soldado que regresó de Italia al pueblo dijo que le parecía haberle visto de lejos; no pudo añadir otra cosa.

GARCILASO

LEJOS de España, lejos de Toledo, lejos de las callejuelas, de los viejos caserones, del río Tajo, hondo y amarillento, el poeta se halla desterrado en una isla de otro río: del Danubio. Para llegar hasta aquí hay que pasar por diversas y extrañas tierras: por Francia, por Suiza, por Austria. Ya han quedado atrás, allá en las remotas lontananzas del espacio, sobre el planeta, los llanos áridos y secos de Castilla, las torres de las iglesias con sus chapiteles de pizarra y su cigüeña —resaltando en el límpido azul—, los palacios de ladrillo rojo con entrepaños de cantería y con gruesas rejas, los huertos de adelfos y rosales, las olmedas seculares en los aledaños de los pueblos. El poeta ha cantado en una de sus *Canciones* esta isla en que él se halla. Nada en nuestra lengua más fluido, tenue, etéreo. El agua del Danubio, *corriente y clara*, hace *un manso ruido*. Tan riente y grato es el paraje, que *en la verdura de las flores parece siempre sembrada la primavera*. Entre la enramada cantan, a lo largo de las suaves noches, los ruiseñores. Sus trinos, en tanto que las estrellas titi-

lean en la foscura o que la luna baña la campiña con su luz dulce; sus trinos traen tristeza al ánimo, o nos llenan de una íntima satisfacción, si nuestro ánimo está propicio a la leticia. Con los ojos del espíritu estamos viendo el lugar: un tapiz de menuda y aterciopelada hierba cubre la tierra, que se aleja en una suave ondulación hasta un espeso bosque que forma, sobre el horizonte, una tupida cortina de verde obscuro; el río pasa cerca, se extiende en su ancho caudal, deja —amorosamente— que acaricien con suavidad sus aguas unos ramajes que se doblegan sobre ellas y forman como una sombría bóveda. Una sombría bóveda donde el poeta, que ha remado en un ligero batel un largo rato, viene a pararse y descansar, gozando de la grata sombra, viendo un claro de cielo retratado en el agua, teniendo entre las manos un libro de Petrarca o de Sannazaro...

Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo...

«Danubio, río divino —piensa el poeta—; que mis tormentos íntimos, que mis angustias, que mis anhelos, que mis desesperanzas vayan corriendo con tus aguas hasta perderse con ellas, anegadas, en el ancho, eterno mar.» Una casa está puesta en la verdura; entre la fronda verde asoma su techumbre y una ventana alta. Desde la ventana, atalaya el poeta la campiña, el tapiz verde y suave de los prados, el río que se aleja, manso y claro, hasta perderse en la lejanía. *Danubio, río divino...*

A los treinta y tres años, el poeta fué herido gravemente en una acción militar; muchos días estuvo entre la vida y la muerte. Al cabo logró vencerse el peligro. La convalecencia fué larga. Garcilaso veía el mundo, sentía el mundo, vivía en el mundo como otro hombre. Era el mismo de antes, y, sin embargo, las cosas eran distintas para él; todo para él era más nuevo, más profundo y más poético. ¡Cómo recordaba en estas horas tenues y fluidas de la convalecencia, los lugares en que sus ojos se habían gratamente apacentado! Los Pirineos, en que *la nieve blanqueaba*; los sotos de la *abrigada* Extremadura; el *viejo* Tormes; el Tajo. Los ríos han tenido la dilección del poeta; tres ríos ha cantado Garcilaso: el Tormes, el Tajo y el Danubio. ¿No es verdad que, al lado de los dos viejos ríos tan españoles —que pasan bajo seculares puentes romanos; que retratan paisajes áridos, parameras, pueblecillos de adobes, milenarias ciudades llenas de conventos y de caserones de hidalgos; que son cruzados por carromatos con largas ringleras de mulas y por cosarios con sus recuas—; no es verdad que nos produce una indefinible sensación el ver, al lado de estos ríos, este otro río tan lejano, tan remoto, que lleva sus aguas a un mar que no es ni el Mediterráneo, ni el Atlántico, y que bordea ciudades misteriosas y extrañas para nosotros?

Del Tormes recuerda el poeta *una vega grande y espaciosa* que hay en su ribera; siempre la verdura, invierno y verano, es perenne en ella. Del Tajo ama también Garcilaso *una espesura de verdes sauces, toda revestida de hiedra* que se enrosca

por los troncos de los árboles y sube *hasta la altura*. Pero, en los días largos de su convalecencia, en este resurgir a una vida nueva, todo el amor de Garcilaso, toda su ternura, toda su efusión era para aquel río, ancho y claro, que allá, lejos, muy lejos, deslizaba su corriente entre la arboleda. Su pensamiento, desde Toledo, iba hasta aquella bóveda que sobre el agua formaba la enramada. Y ahora, al cabo de los años, en estos momentos de meditación, de evocación, pensaba que aquellas horas pasadas allí —horas de destierro—, habían sido las más felices de su vida.

Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo...

Han transcurrido muchos años. El poeta ha salido ya de la juventud: atrás van quedando los ensueños y las esperanzas. ¿Qué canta ahora Garcilaso? ¿Cómo ve ahora el espectáculo del mundo y de la vida el poeta? Garcilaso es, entre todos los poetas castellanos, el único poeta exclusiva e íntegramente laico. No sólo entre los poetas constituye una excepción, sino entre todos los escritores clásicos de España. En la obra de Garcilaso no hay ni la más pequeña manifestación extraterrestre. Todo es humano en él; y lo humano ha sabido expresarlo con una emoción, con un matiz de morbosidad, con una lejanía ideal, que nos cautivan y llegan al fondo de nuestro espíritu. Sobre sus angustias íntimas, sobre la trama —dolorosa y anhelante— de desesperanzas, de confidencias, de perplejidades, ¡cómo resalta una visión rápida del

paisaje! Sobre este fondo de intensa afectividad e intelectualidad, ¡qué fuerza, qué relieve, qué limpidez radiante tienen los Pirineos coronados de blanca nieve, o los caudalosos ríos que, un momento, entrevemos!

Este poeta humano, esencialmente humano; este poeta terrestre, esencialmente terrestre, ¿cómo ve el mundo ahora, cuando la vida, los tráfigos por el mundo, los viajes por extraños países han puesto en él un sedimento que antes no había? ¿Cómo ve el mundo y cuáles son sus obras, ahora cuando toda aquella sensibilidad y aquellos anhelos, puramente humanos, han alcanzado todo su desenvolvimiento? ¿Ha escrito un poema sobre *las cosas*, como el de Lucrecio, o como el que más tarde, siglos después, había de esbozar, análogamente, otro gran poeta humano: Andrés Chenier?

Desde la vieja ciudad de Toledo, desde estas roquedas y estos páramos, el pensamiento del poeta, a través de Francia, de Suiza, de Austria, va hasta la bella e inolvidable isla del Danubio. Allí pasó Garcilaso los mejores días de su vida; allí, con un libro de versos en la mano, sintió deslizarse el tiempo, como se deslizaban las aguas, y a las aguas confió sus pesares para que fueran con ellas a perderse y anegarse en el ancho mar. ¡Qué lejos están aquellas horas y qué suave melancolía invade el espíritu al recordarlas!

Danubio, río divino...

EL CONDE LUCANOR

I

UN RETRATO IMAGINARIO.—Este señor que estamos observando —año de 1329— es príncipe; su padre fué infante; su abuelo no era otro que el santo rey Don Fernando. Se llama este caballero el príncipe don Juan Manuel. Ha peleado ardientemente en la guerra contra los moros; muchos años ha pasado en estas lides allí cerca del mar Mediterráneo, en la tierra murciana, donde hay palmeras y granados. Ha entrado ya ahora en la senectud; tiene el paso lento —un poco tremulante— y los cabellos canos. Toda su prestancia es de sosiego y de nobleza. En la mano derecha, ahora cuando escribe, vemos lucir una gruesa esmeralda en cerco de oro. Escribe atentamente el caballero en su cámara, con el geste sereno del Erasmo retratado por Holbein. En el silencio de la estancia se percibe el vago rasgueo de la cortada pluma sobre el blanco pergamino; de cuando en cuando, por la ventana abierta llega el lejano son —rítmico y sonoro— de una campana.

Cuando don Juan Manuel estaba en la guerra,

su nota característica era el ímpetu y la decisión. Al cabo de los años, cuando la vejez ha venido, el príncipe quiere depositar en un libro su experiencia del mundo. En prosa clara, limpia, irónica á ratos, sentimental y patética de raro en raro, va escribiendo don Juan Manuel su libro en la soledad de su cámara. Dos personajes figuran en la obra: un gran señor y un consejero suyo. A las dudas del magnate, en los trances dificultosos de la vida, va respondiendo el consejero. Se llama aquél Lucanor; éste se apellida Patronio. Para mejor expresar su doctrina, Patronio refiere casos, anécdotas y sucedidos que vienen de molde a lo demandado por Lucanor. Luego, a la postre, referido el caso, el consejero hace la aplicación en palabras sencillas, bondadosas y graves.

Una cuarentena de historias componen el libro de don Juan Manuel. *El Conde Lucanor* lo titulamos ahora. Cuando nuestro caballero acaba de escribir uno de sus capítulos, se levanta, da unos paseos por la estancia, contempla sus libros, echa un vistazo por la ventana al paisaje. Desde la ventana se descubre el severo y noble campo de Castilla; una serranía azulina, con cimas blancas, cierra el horizonte; hasta la línea azul se extiende una campiña suavemente ondulada por los oteros y recuestos. Hay un encanto hondo en estas obras primitivas de nuestra literatura. En *La Celestina* la espontaneidad pasional va mezclada con alardes intempestivos de erudición; la fuerza, la emoción, el sentimiento del artista salva y hace olvidar estos engorrosos arrequives escolásticos. En *El Conde Lucanor* todo es sencillo, limpio y claro; la

prosa es como el paisaje clásico de Levante —que el autor tanto contemplara en su mocedad—, y el espíritu que entre líneas circula, el alma del libro, semeja, por su gravedad, por su sutileza, a este otro panorama que don Juan Manuel contempla ahora, ya en la senectud, desde la ventanas de su cámara.

DON RODRIGO.—Para hacer ver lo que es el libro de nuestro autor, extractaremos algunos de sus ejemplos; el lector nos perdonará si añadimos pinceladas y detalles... Una vez vivía un caballero que se llamaba don Rodrigo Meléndez de Valdés. Asistía con su consejo al rey. Vivía holgada y cómodamente. Su casa era ancha y rica; un ancho huerto se abría detrás del edificio. Don Rodrigo caminaba lentamente; reposados eran sus ademanes. No gustaba en su morada de ruidos turbadores. Su mesa mostrábase blanca, limpia y bien abastada. Cuando hablaba nuestro caballero, lo hacía con palabras mesuradas y breves. Su sosiego era inalterable. Si le acontecía un contratiempo, don Rodrigo exclamaba sin irritarse: «¡Bendito sea Dios; ca pues El lo fizo, esto es lo mejor!» Siempre esta reflexión estaba en los labios del caballero. No había pesadumbre ni angustia, por terribles que fueran, que lograran sacarle de esta su sabia conformidad. Las gentes que le rodeaban llegaron a tomar enojo de esta ecuanimidad. Sin duda el sosegado caballero no tenía alma.

Aconteció que los enemigos de don Rodrigo pusieronle a mal con el rey. Dijéronle al rey que el caballero había maquinado contra él una gran

maldad. (Los reyes se dejan engañar fácilmente.) El rey mandó matar a don Rodrigo. Llamólo a su palacio y concertó con sus cortesanos que cuando don Rodrigo se hallase en camino lo matasen. Nuestro caballero, con su sosiego de siempre, se dispuso al viaje. Ya sale de su cámara. Ya va a bajar la escalera. De pronto da un traspiés, rueda por los escalones y se quiebra una pierna. Las gentes del caballero plañíanle y le decían: «Vos que decides siempre: *Lo que Dios hace, esto es lo mejor*, tened vos ahora este bien que Dios vos ha fecho». Y el caballero movía tristemente la cabeza y perduraba en su conformidad con lo acaecido.

No pudo don Rodrigo acudir al llamamiento del rey. Con ello salvó la vida. Descubrióse tiempo después la falsedad de lo imputado al caballero y el rey le perdonó, lo recompensó con nuevas mercedes y mandó castigar a los engañadores. La moralidad del caso podemos exponerla en dos palabras. Conformémonos con la realidad cuando contra la realidad no podamos hacer nada. Reacionemos contra la realidad cuando la realidad pueda ser modificada por nosotros. «Devedes entender que aquellas cosas que acaescen son en dos maneras. La una es, si viene a hombre algún embargo en que se pueda poner consejo. La otra es, si viene a hombre algún embargo en que se non puede poner consejo alguno.» Cuando llegue el primero de estos dos casos y la adversidad sea contra nosotros, por nuestra inercia, no nos quejemos, no nos plañamos del Destino ni de la Providencia; en nuestras manos ha estado nuestra salvación

y no la hemos querido aprovechar. Cuando nos acontezca lo segundo, es decir, cuando no podamos, ni por ingenio o fuerza, torcer el curso de los hechos, no nos lamentemos tampoco, no nos expandamos en vanos gemidos y reproches: seamos dignos en nuestra actitud; mostrémonos tranquilos, serenos, ante la inexorable corriente de las cosas.

II

VA HEDE ZIAT ALHAQUIME.—Una vez era un rey... Era un rey moro. ¿Dónde vivía este rey? ¿Dónde reinaba? Vivía y reinaba en Córdoba; hace ya de esto muchos siglos. El palacio de este monarca debía de ser espléndido. Serían los pisos de grandes losas de mármol blanco. Se tejerían y destejerían por las paredes arabescos azules, rojos y dorados. Los techos serían de oloroso e incorruptible alerce. Habría fuentes de ancho tazón en que caería —levemente— un surtidor de agua. (Y en que también, en una hora trágica, caería, pesadamente, con un sordo ruido, una cabeza ensangrentada.) Encuadrado en el patio —un patio con mirtos— se vería un pedazo de cielo azul diáfano. Por una ventanita de una cámara silenciosa se vería, allá en la lontananza, la serranía parda... Alhaquime se llamaba el rey. Se aburría angustiadoramente el rey. Debía de tener una carne blanca, un poco fofa, unos ojos soñadores, de miradas largas y lentas, y unos labios sensuales, de hombre que lo ha gustado todo y de todo se ha hastiado. Alhaquime vagaría por las salas anchas y

calladas de su palacio. No detendría su mirada en las rosas rojas de los jardines, ni en el cielo azul, ni en los arabescos de los muros. Cuando sus mujeres bailaran una danza lenta y milenaria; cuando los suaves instrumentos tañeran una música melodiosa, Alhaquime, sin parar atención en los movimientos rítmicos, eurítmicos, de las beldades, pondría su mirada a lo lejos, indefinidamente, como hombre abstraído por completo del mundo.

Sin embargo, esta dulce música que suena entra en sus oídos y llega a su espíritu. Plácenle al rey unas melodías singulares que el albogón hace, en tanto que los demás instrumentos callan. Alhaquime ama el sonido del albogón. Tanto le place, que, escuchando su tañido, él ha llegado a creer que este son que el albogón produce podrá ser todavía perfeccionado. Mucho piensa el rey en este problema musical; largos ratos se lleva imaginando cómo el albogón pudiera ser modificado. Al cabo halló la manera. «Tomó el albogón y añadió en él un forado a la parte del yuso, en derecho de los otros forados, y dende en adelante faría el albogón muy mejor son que hasta entonces hacía.»

Lo hecho por Alhaquime estaba bien hecho; no se podía negar. Mas no era aquélla cosa en que pudiera emplearse un rey. («Non era tan gran fecho como convenía de fazer al rey.») Por esto las gentes comenzaron a loar desmesurada e hiperbólicamente, a manera de escarnio, la hazaña del rey. Todo era comentarios, risas, sonrisas y alusiones en las cámaras y retretes de palacio. Todo eran burlas y trebejos entre los populares. «Y decían

cuando llamaban a alguno, en arábigo: *Va hede ziat Alhaquime*, que quiere decir: *Este es el añadimiento del rey Alhaquime*.» El añadimiento regio de un agujero al albogón, era, en suma, comida de todos los vasallos del rey moro. Tanto se habló del caso, tan sin rebozo llegaron a ser las burlas, que el monarca se percató de ello. Preguntó Alhaquime a sus cortesanos, y aunque los cortesanos son artificiosos y lisonjeros, al fin tuvieron que hacer lo que rarísima vez hacen: decir la verdad. Alhaquime, el rey de la mirada absorta y de los labios sensuales, debió de sonreír. Y un día, mandando juntar todos los alarifes, tallistas y estofadores de su reino, mandó que la mezquita de la ciudad, hasta allí harto menguada, fuese ensanchada y ornada espléndidamente. Desde entonces, cuando los moros quieren loar alguna empresa grande, exclaman: «¡Este es el añadimiento del rey Alhaquime!»; es decir: «¡*Va hede ziat Alhaquime!*» Así el loamiento que antes se hacía por escarnio, después se hizo por entusiasta admiración.

Cuando nosotros, hombres del siglo xx, empapados en la civilización occidental, entremos ahora a lo largo de nuestras andanzas en el patio de la mezquita de Córdoba y allí, gozando del silencio, de la paz y del cielo azul, nos detengamos entre los naranjos, exclamemos también: ¡*Va hede ziat Alhaquime!* Y pensemos ante esta mezquita maravillosa que aquel rey mandó agrandar; pensemos —nosotros, artistas, políticos— que están bien las menudas y pulidas obras, pero que están mejor —y ese debe ser nuestro ideal— las gran-

des, levantadas, generosas obras en que pongamos nuestro corazón y nuestra fe.

DON CUERVO Y DON RAPOSO.—Un cuervo va volando por el azul. Lleva en el pico un pedazo de queso: «un pedazo de queso muy grande». Va contento el cuervo; debe de haber cogido este queso de algún cestillo que llevaba un niño al mercado; los ojos del mozuelo habrán visto asombrados cómo de pronto el cuervo remontábase a lo alto llevándose en el pico el queso. Ahora el cuervo va a darse un succulento hartazgo. Se posa en la rama de un árbol. ¿En la rama de un ciprés? El ciprés es de las cornejas. ¿En la rama de un olivo? El olivo es de los mochuelos; cada mochuelo tiene su ramita en un olivo. ¿En la rama de un almendro? El almendro es de los cuclillos; en Levante, durante las claras noches, en el llano plantado de grandes, sensitivos almendros, los cuclillos tañen su flauta de dos notas... El cuervo se para en un árbol cualquiera; esta estada del cuervo en una rama es accidental, fuera de sus costumbres. No nos imaginamos a los cuervos posados serenamente en un árbol, sino volando, volando, volando por los cielos azules o cenicientos, desde donde, bruscamente, descienden a las llanuras rasgadas por interminables surcos paralelos. Nuestro cuervo se halla posado en un árbol; en el pico tiene su queso; está indeciso. ¿Se lo comerá aquí o en la escondida quiebra de una montaña?

Aparece el raposo. El raposo hállase pasando unos días muy amargos; tal premia como ésta no la ha pasado él nunca. No cae ni una gallina, ni

una perdiz, ni una ingenua cogujada. Está harto el raposo de comer grillos y saltamontes; los racimos de los majuelos están aún verdes. El raposo oye un leve ruido en un árbol y levanta la cabeza. Allí hay un cuervo con un queso en el pico. Ya tiene pitanza el raposo para el día de hoy. He aquí cómo el raposo comienza a hablar al cuervo: «Don Cuervo...» (Cortés, exquisitamente cortés, según veis, es el raposo; por tanto, con el don con que él agracia al cuervo le agraciaremos también a él nosotros.) Dice así don Raposo: «Don Cuervo: muy gran tiempo ha que oí hablar de vos, y de la vuestra nobleza, y de la vuestra apostura, e como quier que vos mucho busqué, non fué la voluntad de Dios, nin la mi ventura, que vos pudiese hablar hasta ahora; y ahora que vos veo, entiendo que ha mucho más bien en vos de cuanto me dezían. Y porque veades que vos lo non digo por lisonja, también como vos diré las aposturas que en vos entiendo, también vos diré las cosas en que las gentes tienen que non sodes tan apuesto».

Nótese cómo don Raposo da color de verdad sincerísima a su lisonja; él dirá las gentilezas de don Cuervo, pero también le dirá a don Cuervo las cosas que, según las gentes, no están bien a don Cuervo. Dicen las gentes que el color negro es desapacible; negros tiene don Cuervo el pelaje, los ojos, las garras, el pico. Eso dicen las gentes; mas las gentes se engañan. Porque, ¿qué color más hermoso en los ojos que el negro?

Las péndolas del pavón, ¿no son negras también? Y ¿habrá animal más bello que el pavón?... Todas las cosas, en fin, son cumplidas y graciosas

en don Cuervo; todo: las plumas, las garras, el pico, el volar majestuoso y raudó. Con todo ello sería gran mengua si don Cuervo no supiese cantar. Don Raposo está seguro de que don Cuervo canta maravillosamente; pero, por desgracia, él no le ha oído nunca. ¿No podría hacerle don Cuervo la merced de cantar? «Si yo pudiese de vos oír el vuestro canto —dice zalameramente don Raposo—, para siempre me ternía por de buena ventura.» Don Cuervo, emocionado, enternecido, va a cantar. Abre el pico, cae el queso... Instantáneamente don Raposo lo coge y se aleja corriendo.

Las más dañosas falsías son aquellas que se realizan con elementos de la verdad. Sepamos, en todo caso, resistir a la lisonja; más difícil es permanecer ecuanímes ante el elogio que ante la diatriba. Artistas, poetas, pintores, oradores: cuando se nos haga alguna loanza, no salgamos de nuestro diapasón habitual. Leamos serenamente los elogios; sepamos distinguir lo que en ellos hay de exacto, y lo que en ellos se debe a las circunstancias y al afecto del loador. ¿Qué harán de todos estos elogios las generaciones venideras? Y ¿qué pensar de los elogios cuando vemos, frecuentemente, ponderadas en nuestra obra aquellas partes deleznables, efímeras, a que no damos importancia, mientras los entusiastas admiradores pasan en silencio, ignorándolas, aquellas otras en que hemos puesto fervientemente toda nuestra alma?

III

DON ILLÁN EL MÁGICO.—Don Illán el Mágico vive en Toledo. Un mágico es un hombre sencillo y respetable. Tenéis una idea errada de lo que es un mágico. Un mágico no es un señor barbado y hosco que lleva en la cabeza un cucurucho con estrellas pintadas; un mágico es un hombre silencioso, discreto, de una mirada inteligente y dulce, de unas maneras suaves. Don Illán vive en Toledo; habita en una casa silenciosa y limpia. Grande es su renombre de sabiduría; a todos los ámbitos de España se extiende. Allá en Santiago de Galicia, un deán de la catedral ha entrado en deseos de conocer los secretos del arte mágico. ¿Para qué querrá conocer tales misterios este deán? Y ¿quién mejor que don Illán podrá —si quiere— enseñárselos? Pues a Toledo se encamina nuestro deán. Cuando llega a Toledo endereza sus pasos a la casa de don Illán. A éste «fallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada»; es decir, tal vez en un desván, en un cuartito lejos de los ruidos de la calle, y que tiene por panorama —que se atalaya desde la ventana— una vasta extensión de tejados y de torrecillas, que se destacan bajo el cielo azul; un cielo por el que caminan unas nubes blancas.

Don Illán recibe cordialmente al viajero. Con exquisita amabilidad se dispone a enseñar su ciencia al deán de Santiago. En el coloquio que acaban de tener, el deán ha manifestado que él es

hombre ante quien se abre un halagüeño porvenir: ahora es deán; dentro de unos años, seguramente llegará a arzobispo, a cardenal, a papa. El deán, en cambio de la ciencia que le iba a comunicar don Illán, «le prometió y le aseguró que de cualquier bien que de él oviere, que nunca faría sino lo que él mandase». No hay, por lo tanto, más que hablar. Don Illán manifiesta que la ciencia que él ha de enseñar «non se podía aprender sino en un lugar muy apartado». Esta misma noche tendrán los dos la misteriosa conferencia. Antes, don Illán llama a su cocinera y le ordena que prepare unas perdices para la cena. Don Illán desea obsequiar con este yantar al viajero.

Llega la noche; se dirigen ambos a esa cámara secreta donde don Illán ha de dar su conferencia. «Entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran pieza en guisa que parecian tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos; é desdeque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí havía, do estaban los libros y el estudio en que habían de leer.» No os imaginéis retortas, matraces, hornillos y redomas. No un gran caimán puesto colgando de una pared (como vemos en las ilustraciones del *Fausto*). No tibias humanas ni un ancho infolio y un reloj de arena colocados encima de una mesa. Esta cámara subterránea, tan honda que sobre ella quizá pase el río Tajo; esta cámara no es más que una biblioteca henchida de raros y preciosos libros. La estancia no está alumbrada por el resplandor rojo de los hornillos (como también

vemos en las estampas populares). Don Illán debía de ser uno de estos hombres que, viviendo en su siglo (el xii o el xx), viven realmente en un futuro en que fuerzas misteriosas que hoy desconocemos —pero que presentimos— harán que sea posible lo que hoy juzgamos irrealizable. Cuando ha entrado por su puerta el deán de Santiago, don Illán, a través de la materia y a través del tiempo, ha leído el alma de este hombre. Este hombre es un ingrato.

Ya se dispone don Illán a comenzar su conferencia, cuando aparecen unos mensajeros que le traen una carta al deán. Hemos olvidado decir que el deán es sobrino del arzobispo de Santiago. En la carta se le notifica una grave enfermedad del arzobispo. El deán contesta con otra epístola, diciendo que siente mucho no poder ir a acompañar a su tío. «Dende a cuatro días llegaron otros hombres a pie, que traían otras cartas al deán, en que le fazía saber que el arzobispo era finado.» Se preparaba en aquellos momentos en Santiago la elección de nuevo arzobispo; todos deseaban elegir al deán. Transcurren siete u ocho días más y aparecen «dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados»; los cuales escuderos se llegan hasta el deán, le besan reverentemente las manos y le entregan una carta en que se le notifica que ha sido elegido arzobispo de Santiago.

Ya tenemos a nuestro deán hecho arzobispo electo. Ya rebosa de satisfacción. Ya se ve en su palacio de Santiago sentado en uno de esos sillones de terciopelo, con bordados ricos de sedas en que —más tarde— había de poner Antonio Moro

algunos de sus personajes regios. Don Illán da la enhorabuena al electo arzobispo. Y como don Illán ha sido generoso con él enseñándole su ciencia misteriosa, don Illán ruega al arzobispo que el deanazgo vacante lo provea en un hijo suyo. El arzobispo, cortés y atento, se dispone a acceder a la petición de don Illán; sin embargo, deseaba exponerle una cierta consideración. El «le rogava que quisiese consentir que aquel deanazgo lo hubiese un su hermano»... Nótese la irreprochable cortesía del electo arzobispo; el deanazgo es para el hijo de don Illán; no hay más que hablar de ello; mas él, el arzobispo, *ruega* a don Illán que *quiera consentir* que sea para un hermano del arzobispo con quien el arzobispo tiene un grande y antiguo compromiso. Y añade: «Más que él le faría bien en la Iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él a Santiago y que llevase con él a aquel su fijo».

Ya están todos en Santiago. El arzobispo es un buen arzobispo; todos le quieren bien; él es bondadoso con todos. Al cabo de algún tiempo llegan unos mandaderos del papa. Ha vacado el obispado de Tolosa; para esa sede nombra el papa al arzobispo de Toledo. Entonces don Illán pide con mucho encarecimiento que el arzobispado vacante de Santiago sea para su hijo; de nuevo torna a darle la razón el antiguo deán a su amigo y bienhechor; pero le ruega que permita que este arzobispado sea para un tío suyo, hermano de su padre. «Y don Illán dijo que bien entendía que le faría muy gran tuerto, pero que lo consentía en tal que fuese seguro que ge lo enmendaría en

adelante.» De muy buen grado se lo prometió el arzobispo, y rogóle que fuese con él a Tolosa y que llevase a su hijo. Ya están todos en Tolosa. A los dos años llegan otra vez mandaderos del papa. El papa ha nombrado cardenal al obispo; el obispado de Tolosa puede darlo a quien quiera. Aquí tenemos a don Illán de nuevo solicitando la vacante para su hijo; tantas veces han fallado sus pretensiones, tantas veces el favor le ha sido denegado, que parece absurdo que ahora no se le cumplan sus afanes y el obispo le dé una nueva excusa. Pero así es, desgraciadamente. El nuevo cardenal ruega — tan cortés como siempre — que el obispado vacante de Tolosa sea para un tío suyo, hermano de su madre. «Y don Illán quejósese mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fué con él para la corte.»

Ya están todos en Roma. El nuevo cardenal desempeña admirablemente su cargo; gran consideración le guardan los demás cardenales. Ocurrió que el papa falleció; los cardenales eligieron por papa al antiguo deán de Santiago. Ha llegado la ocasión — ¡por fin! — de que don Illán pueda ver colmados sus deseos. Su amigo no podrá tener efugio alguno para hacerlo. Al papa representa don Illán lo que espera de él. «Y el papa dijo que no le afincase tanto, que siempre habría lugar en que le hiciese merced según fuere razón.» Entonces don Illán, amargado, desesperanzado, se lamentaba con palabras ardientes. Estas palabras pusieron en indignación al papa. El papa, apurada la paciencia, reprochó su pesadez y pertinacia a don Illán. Más hizo: le amenazó con meterle en

prisión si persistía en su actitud; puesto que él, don Illán, era un hereje y un nigromántico, ejercitador de reprobadas y diabólicas artes. Cuando esto oyó don Illán, no quiso permanecer más en Roma. Ni para el camino le dió el papa, su antiguo amigo, un viático...

Lector: Todo esto que nos cuenta un gran aristócrata, nieto de un santo y rey a la vez —Don Fernando—, no tiene nada de irreverente. Todo es una ingeniosa ficción. Al llegar el relato al punto en que lo hemos interrumpido, bruscamente, mágicamente, el deán de Santiago y don Illán se encuentran los dos en la cámara subterránea de Toledo. Don Illán ha visto, en un segundo, a través de la materia y el tiempo. Despide al deán y él se come solo las perdices preparadas para la cena. Don Illán había adivinado que si él tuviera con este hombre la generosidad de enseñarle su ciencia, este hombre luego no sería agradecido con él.

Seamos buenos, corteses, afables: que nuestro corazón esté siempre dispuesto al bien. Pero cuando vayamos a poner toda nuestra alma, nuestro trabajo, nuestro porvenir, la paz de los nuestros y aun nuestra propia vida al servicio de un hombre o de una causa, miremos si ese hombre y si esa causa son dignos de nuestro supremo sacrificio.

IV

LA RAPOSA MORTECINA.—Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido hacia la aldea. Todo duerme; es media noche. En la obscuridad no se

percibe más que —allá lejos— la raya negruzca de las montañas sobre la foscura del cielo. Brillan las estrellas: brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno. En esas noches, a la madrugada, en el profundo reposo de la tierra, ese relumbrar vivo, radiante, de los astros trae a nuestro espíritu una profunda nostalgia —¡oh fray Luis de León!— de algo que no sabemos... De cuando en cuando un vientecillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del poblado está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. No se sabe cómo la raposita ha entrado en el corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes, no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a paso, mirando a todos los lados, venteando todos los olores, avanza la buena raposita.

—Un momento, querido cronista. ¿Por qué llama usted buena a esta raposa inquietadora, sanguinaria, que va a poner el espanto y la destrucción en la república de las gallinas?

—Perdón, querido lector. Todo es relativo, y la raposa, comparada con el taciturno y violento lobo, es buena, es excelente. Hace mucho tiempo que un gran naturalista —Buffón— ha hecho en pocas líneas el elogio de la raposa. «La raposa no es un animal vagabundo, sino un animal domiciliado —escribe Buffón—. Esta diferencia, que se hace sentir aun entre los hombres, tiene más grande eficiencia y supone más grandes causas entre los animales. La idea sola del domicilio pre-

supone una singular atención sobre sí mismo; luego, la elección del lugar, el arte de fabricar la guarida y de solapar la entrada a ella, son tantos otros indicios de un sentimiento superior.»

Tiene, pues, nuestra raposita un sentimiento superior de la vida y del mundo. Sólo que... La vida es dura; se tienen hijos; los inviernos no ofrecen grandes recursos en el campo. No hay nidos entre los atochares; las cepas de los majuelos aparecen desnudas y secas. ¿Qué ha de hacer una raposa sino ir a los corrales donde las gallinas reposan? En ello aventura la vida, que no es poco. Ya está en el gallinero nuestra zorrita; las gallinas se han dado cuenta —un poco tarde— del huésped que viene a visitarlas. La hora no es muy a propósito para cortesías. Se ha producido un ruidoso remolino en el cobertizo a la vista de la raposa. Todas las gallinas cacareaban y los gallos cantaban —despavoridos—. La raposa ha cogido una gallina entre los dientes y la ha zaran-deado con violencia. Con una tierna y gorda gallina tendríala la raposita para su yantar. Pero cuando ha sentido la raposa correr entre sus fauces la sangre tibia, humeante, de la gallina, ha perdido la cabeza. ¡Cómo brillan ahora sus ojos! ¡Cómo va de una parte a otra furiosa, abstraída, tambaleándose, como ciega, como borracha!

No se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben de tener el sueño muy pesado; nadie se mueve. (O ¿qué sabemos? Estos labriegos que trabajan a costa de un amo son muy ladinos. Pensad en las matanzas que hacen los pastores y se las achacan a los lo-

bos. Tal vez ahora saben que la zorra está destrozando el gallinero; pero como la raposa no ha de poder llevarse todas las gallinas y han de quedar algunas muertas...) Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, la raposita no ve que una claror blanquecina aparece por Oriente. La aurora comienza a anunciarse.

Tiene este momento único de la madrugada un encanto profundo. Nos atrae misteriosamente esta palidez que en el cielo se inicia. Todavía es de noche... y ya está ahí el día que llega. En este minuto supremo las luces que han velado toda la noche van a borrarse en la claridad del día; su misión ha terminado.

Durante las tinieblas han puesto sus resplandores sobre una mesa en que una cabeza se inclinaba sobre los libros; o han iluminado —tenuemente— la cara blanca, sobre ropas blancas, de un enfermo; o se han destacado, como puntitos rojos y verdes, en el horizonte, en tanto que las locomotoras lanzaban agudos chillidos y pasaban raudos los trenes. Cuando la claridad del día va aumentando, las luces, todas las luces, luces trágicas o luces de esperanza, se retiran, se esfuman, se disuelven, se recogen en una tregua de reposo hasta la noche venidera. A esta hora de la madrugada, las montañas ya comienzan a destacarse más vivamente sobre el cielo; el cielo es de una claridad vaga y lívida. Dentro, en las casas, se hace una densa y confusa penumbra. Las cosas van a surgir a la vida; las ventanas van a recobrar su espíritu de luz y sol.

A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No

puede salir sin peligro del gallinero; van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene más recurso nuestra raposa que salir a la calle y tenderse en medio haciéndose la muerta. Porque si la vieran correr por las calles del pueblo ¿qué sería de ella? (Son muchos los animalitos que se hacen los muertos para librarse de las trazas sanguinarias del hombre. Se hace la muerta esta arañita que, en el campo, ha bajado desde un árbol, por un hilillo sutil, hasta las páginas blancas de este libro que estamos leyendo. Se hace el muerto, replegando sus patitas, este cetonio que nuestros dedos han tropezado en el fondo de una rosa, lecho fresco y fragante. Se hace el muerto este glomérido que encontramos debajo de una piedra y que se convierte en una bolita de acero. ¿Por qué se hacen los muertos? ¿Hemos dicho que para defenderse del hombre? Pero ¿saben ellos del hombre? Esta es una idea antropocéntrica. No sabemos siquiera si lo que hacen es hacerse los muertos.) Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en medio del arroyo. Va paseando la gente. «A cabo de una pieza, passó por hi un home, y dixo que los cabellos de la frente del raposo que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen.» Con unas tijeras, este hombre curioso trasquila la frente de la zorrita. La zorrita se estuvo quieta.

Después otro transeunte vió la raposa y dijo lo mismo de los pelos del lomo. Le trasquiló los pelos del lomo. La raposita se estuvo quieta. Luego

otro hizo la misma observación respecto del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. «Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le farían gran daño en los perder.» Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar los panadizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. A seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores de corazón. Metió mano a un cuchillo para sacarle al raposo su corazón. «Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y ge si que lo sacasen, que non era cosa que se pudiese cobrar.» Entonces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

... En nuestras casas, en la vida cotidiana, debemos pasar por alto —indulgentemente— las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos de ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia. No coloquemos nuestro natural y legítimo deseo de dignificación y de reivindicación en un plano demasiado alto. Si el puntillo de honor lo ponemos muy subido, a cada momento tendremos que estar en altercaciones, porfías y denuedos. Nuestra vida se hará imposible. Una palabra, un gesto, un ademán, un ligero desdén, una inflexión de cólera, un matiz de irritación en los demás tendrán para nosotros una importancia decisiva. No; sepamos pasar por todo esto. La raposita no se movía cuando le

trasquilaban el lomo y la frente; aquello no tenía para ella importancia. Pero cuando se trate de cosa grande, cuando se trate del corazón —como en el caso de la raposa—, entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.

V

VALOR Y RIESGO DE LOS CONSEJOS.—Un breve epílogo a estas divagaciones sobre motivos de *El Conde Lucanor*. Ya se habrán percatado de ello los lectores. No hemos expuesto fielmente las historias y ejemplos que trae en su libro don Juan Manuel; muchos detalles hemos añadido; a nuestra manera hemos contado los casos que el infante relata. No hemos sacado tampoco —generalmente— de tales cuentecillos las enseñanzas que el autor pone por contera; diferentes han sido alguna vez los proloquios deducidos. Hemos hecho con el libro de don Juan Manuel lo que se suele hacer con la música de las grandes óperas; de aquí y de allá, tomando este tema y dejando tal otro, hemos compuesto una rapsodia. Pero si algún lector entra en gana de leer el libro de don Juan Manuel, desde luego habremos logrado nuestro propósito; propósito modesto; el propósito de quien trata de excitar la curiosidad con palabras encarecedoras de estas o las otras excelencias de una obra.

Ahora digamos algo respecto del valor de los consejos y del riesgo que corre el que se aventura a darlos. ¿Qué valor tienen los avisos, advertimientos y prevenciones que se suelen hacer en la vida? Distingamos entre el consejo genérico y el consejo concreto. Es decir, distingamos entre los consejos que se dan en los libros y los consejos que, en la realidad cotidiana, damos al amigo o al deudo. Los libros de consejos por fuerza han de ser generales; aquí está precisamente su punto flaco. Como es una regla genérica la que se da, no sabremos, cuando llegue el caso, si precisamente en ese trance debemos o no aplicar el consejo que hemos leído. La vida es varia, compleja, contradictoria, ondulante; el consejo —o la norma— es rígida, siempre igual, inflexible. ¿Cómo concordaremos la realidad cambiante y fugitiva con el canon permanente? Dificultad es ésta de una grandísima trascendencia; tanto lo es, que en ella van implícitos todo el arduo problema de la moral y todo el magno negocio de la política.

Contra la norma genérica de la ética surge el casuismo, que toma en cuenta el tiempo, el lugar, la persona y otras diversas circunstancias. Contra el cumplimiento de la ley, en el gobernante surge la consideración —análogamente— de que la ley *debe* siempre ser cristalización de la justicia, pero que *puede también no serlo*. Puede no serlo: 1.º, porque originariamente, al hacer la ley, no se haya interpretado en ella bien la justicia; 2.º, porque, aun interpretándose primitivamente bien la justicia en la ley, el tiempo puede haber hecho que cambie la sensibilidad ambiente (la justicia no es más que

una cuestión de sensibilidad) y que la justicia contenida en el canon formulado anteriormente sea escasa, pobre, deficiente; 3.º, porque, aun siendo buena la ley, ley acomodada al tiempo, ley viva, ley actual, unas pasajeras circunstancias pueden hacer que no se contenga en ella la justicia.

«¡Sed prudentes, sed enérgicos, sed sinceros!», nos dicen los consejos genéricos de los libros. Está bien; la doctrina es inmejorable; muchos hombres eminentes han practicado tales máximas. (Los hombres eminentes, eminentes de veras, han hecho muchas cosas que han sacado, ingénitamente, de sí mismos, y no de los libros.) Está bien; pero en este trance en que ahora nos hallamos precisamente, ¿debemos ser audaces, intrépidos, temerarios? ¿Es ahora, con estas circunstancias, cuando debemos ser brutalmente sinceros, o bien será en otra ocasión y con tales otras particularidades? Los libros de consejos no pueden decirnos nada de esto. «Un grano de audacia en todo —escribe Gracián— es importante cordura.» ¿Hemos leído bien? *En todo* —dice el psicólogo. O sea, seamos *siempre* audaces; con la audacia empleada en todos los momentos, con todos los motivos, nos irá siempre bien. (Algunos políticos, harto desaprensivos —no nombramos a nadie—, encontrarán admirable la máxima. Sí, la audacia á todo pasto es posible que lleve a la fortuna; pero... las quiebras de tal juego suelen ser terribles.)

«No hacer negocio del negocio —escribe también Gracián—. Así como algunos todo lo hacen cuento, así otros todo negocio.» (Los negocios de que aquí habla Gracián no son los negocios en que

suelen andar metidos los antes mencionados parlamentarios y políticos. Esos, sí, es cierto, *todo lo hacen negocio*. Pero ahora Gracián habla de otra cosa; Gracián nos dice que no lo hagamos todo cuestión personal, cosa de honra y de dignidad.) «Siempre hablan de importancia —prosigue el autor—; todo lo toman de veras, reduciéndolo a pendencia y a misterio. Pocas cosas de enfado se han de tomar de propósito, que sería empeñarse sin él... Muchas cosas que eran algo, dejándolas fueron nada; y otras cosas que eran nada, por haber hecho caso de ellas fueron mucho.» He aquí un sagaz consejo, basado en la más fina observación de la vida diaria. Pero ¿cómo lo aplicaremos? En presencia de una de esas fruslerías cotidianas que pueden o no pueden ser algo —o mucho—, ¿qué es lo que tendremos que hacer?

Mas si los libros de consejos no pueden orientarnos en el caso concreto, aquí está el deudo, el amigo, o simplemente el hombre ducho y experimentado, a quien —sin conocerle o conociéndole apenas— recurrimos en busca de una sabia prevención. Difícil y arriesgado es, en general, el dar un consejo. Desconfiad —¡oh escritores renombrados!— de los que, acercándose a vosotros, os piden un consejo, una opinión, un juicio sincero, completamente sincero, de una obra que os dan a leer. Si usáis, incautamente, de vuestra sinceridad, os arrepentiréis; quien ha pedido sinceridad, cuando sinceridad le sirven, cuando con ella le hablan y juzgan su obra, podrá por cortesía, y por no desmentir las protestas hechas, agradeceros aparentemente vuestras palabras; pero en el fondo

ese hombre siente por vosotros un vivo disgusto, una viva hostilidad. «Entonces —preguntará el lector—, ¿habrá que mentir siempre? ¿Tendremos que ser unos hipócritas, unos faranduleros?» No; lo que cabrá es, sin decir la verdad ruda y brutalmente, usar de tal modo de los silencios, de los matices y de las gradaciones, que los lectores entiendan nuestro verdadero pensamiento sobre la obra de que se trata. Hay elogios en apariencia que son censuras, y hay pausas, silencios y apartes que huelen a la más rotunda condenación.

En la vida cotidiana, el consejo nos puede exponer a molestias, contrariedades y pesadumbres. En sus *Empresas políticas* (en la XLVII, al final) Saavedra Fajardo escribió las siguientes palabras: «Ninguna cosa más peligrosa que el aconsejar. Aun quien lo tiene por oficio debe excusarlo cuando no es llamado y requerido, porque se juzgan los consejos por el suceso, y éste pende de accidentes futuros que no puede prevenir la prudencia; y lo que sucede mal se atribuye al consejero, pero no lo que se acierta.»

No se puede decir sobre la materia nada más exacto. En el mismo *Conde Lucanor* (historia del gallo y el raposo) el autor, encareciendo la dificultad y riesgo del consejo, nos dice lo mismo que, más tarde, había de escribir Saavedra. Es difícil dar el consejo —escribe don Juan Manuel—, porque «non es ome seguro a que pueden recudir las cosas; ca muchas veces vemos que cuida ome una cosa e recude después otra, ca lo que cuida ome que es mal, recude a las vegadas a bien, e lo que cuida ome que es bien, recude a las vegadas a

mal». ¡Grande es la perplejidad del consejero! De todos modos, acierte o no, no se le agradecerá nada al consejero. «Ca si el consejo que da recude a bien, non ha otras gracias si non que dicen que fizo su debdo en dar buen consejo, e si el consejo a bien non recude, siempre finca el consejero con daño e con vergüenza.»

LOS POETAS PRIMITIVOS

EL CANTOR DEL CID

NO necesitamos hoy hacer grandes esfuerzos para imaginarnos, remontando los siglos preteritos, allá en tiempos medievales, la figura de este poeta y el medio en que vivió y escribió sus versos. Era seguramente en un pueblecillo castellano; todo está hoy como entonces; todo, salvo que todo está mucho más viejo, ruinoso, y que cerca de allí, al volver de un montecillo, se ven en medio del campo, alargándose misteriosamente hasta perderse de vista, dos brillantes y paralelas barras de hierro... En el pueblo hay callejuelas tortuosas y sombrías; un hombre de faz aguilena y de ojos luminosos se inclina sobre unos libros y amontona, junto a una balanza, montoncillos de áureas monedas; otro hombre tiene en su cámara armaduras bruñidas, pesadas espadas, mazas recias llenas de agudas puntas; otro hombre guarda en su estancia unos libros de pergamino, y va y viene —por un corredorcillo estrecho— de su casa a la paredaña iglesia, y de la iglesia a su casa. Y, en fin, perdido entre la turba de los

labriegos, los pelaires, los modestos regatones, aparte de todos, ignorado de todos, un hombre deambula por el pueblo, pasea por el campo, se encierra en su casa —largas horas— y escribe misteriosamente sobre unos blancos cueros. No es pobre este personaje; tiene unas tierras; vive con cierta holgura; los ratos que le dejan libre sus estudios, él los dedica a charlar con los labriegos y con los oficiales de mano. En su casa tiene un ancho patio; y unos gallos diligentes y petulantes le avisan todos los días la hora en que va a romper el alba. Los gallos son una de las aficiones de este señor de pueblo; los ve devanear por el patio desde su ventana, y pasada la ruidosa diana de la madrugada, continuamente, a lo largo del día, los oye lanzar al aire su estridente cacareo.

Lo que este hombre va escribiendo, entre el trajín de las faenas agrícolas, son unos versos; en estos versos se cuentan las hazañas portentosas de un héroe. Nuestro poeta va relatando, llana y apaciblemente, los hechos de este personaje. Los gallos cantan. (*Apriesa cantan los gallos e quieren quebrar albores.*) Todo está tranquilo en esta hora del día. Por el poema cruzan los guerreros en sus briosos caballos; de cuando en cuando tienen un formidable encuentro con sus enemigos; los pendones salen tintos en sangre; el más valiente de todos estos paladines se nos muestra con una barba larga y bella... Deja su labor el poeta; se entretiene un poco por el pueblo y el campo, y más tarde torna a su tarea. Los gallos cantan. (*Ellos mediados gallos piensan cavalgar.*) Con la misma apacibilidad y sencillez de siempre, va es-

cribiendo nuestro poeta; nombra los pueblecillos, lugares, campiñas y ríos por donde pasan sus personajes. No se olvida de que los caballeros echen el pienso a sus caballos: *temprano dat cebada; fizo mio Cid posar e cebada dar; agora daban cebada, ya la noche era entrada*. Cuando ha estado un rato escribiendo, de nuevo se ocupa en los cuidados de la casa y del campo, y más tarde torna a estos pergaminos que él no puede dejar. Ya está otra vez rasgueando con su pluma sobre ellos. Los gallos cantan. (*A los mediados gallos antes de la mañana*.) Los personajes que el poeta pinta en sus versos van corriendo por los campos, tienen fieros encuentros...

En el pueblo ven pasar por las calles a este hombre con cierta simpatía: una simpatía en que hay extrañeza, un poco de conmiseración y otro poco de indulgencia. No sabe nadie a punto fijo lo que hace cuando se encierra en su cámara; desde luego serán cosas absurdas; dicen que es poeta; pero, en fin, tiene una saneada hacienda, y en su corral están los más espléndidos gallos del pueblo.

GONZALO DE BERGE

Desde la ventanilla de la celda se ve el paisaje fino y elegante. Se ven unos prados verdes, aterciopelados, un riachuelo que se desliza lento y claro, y un grupo de álamos que se espejean en las aguas límpidas del arroyo. Dentro, en la celdita blanca, un monje escribe versos. Ahora se halla pintando un paisaje. Este paisaje es *verde e bien sencido*; está *de flores bien poblado*; las flores exha-

lan su fragancia; *claras fuentes* manan de las peñas: *en verano, bien frías; en invierno, calientes*. Hay en la campiña, destacando sobre el cielo azul, rotundidades de arboledas; acá y allá, como fugitivos de los macizos de árboles recios y seculares, como temerosos de ellos, aparecen, delicados y sensitivos, los granados y las higueras: los granados, con su tronco retorcido y sus encendidas florecitas, y las higueras, tan medrosas al frío y tan gustadoras de la humedad; los granados, erguidos en lo alto de una loma, como atalayando curiosamente el horizonte; las higueras, replegadas, encogidas con su tupido follaje, en el fondo húmedo de una cañada. Otros muchos frutales se descubren en las huertas y repajos. De la campiña —singularmente en la hora del crepúsculo vespertino— asciende hasta la celdita de este monje un suave, gratísimo aroma. ¡Qué bien se está aquí! Y ¡qué agradable es, después que se ha escrito un gran rato, paladear, frente a este paisaje, *un vaso de buen vino*, del vino claro, ligero y oloroso de estas campiñas!

JUAN RUIZ

Querido Juan Ruiz: sosiega un poco; siéntate; las gradas de este humilladero, aquí fuera de la ciudad, pueden servirnos de asiento durante un momento. Has corrido mucho por campos y ciudades y todavía no te sientes cansado. Tu vida es tumultuosa y agitada; quien te vea por primera vez sin conocerte, dirá sin equivocarse cómo eres, cuál es tu espíritu, lo que deseas y lo que amas. Tienes la cara carnosa y encendida; en la grosura

de la faz aparecen tus ojos chiquitos, como dos granos de mostaza. La nariz, recia, una nariz sensual, avanza como para olfatear olores de yantar o de mujer. Tu pestorejo revela obstinación y fuerza. Y ¿dónde dejamos los labios? Tus labios, Juan Ruiz, son el complemento de esa nariz recia y sensual; son unos labios gordos, colorados, que parecen estar gustando a toda hora mil gratísimos gustores. Has corrido mucho por la vida, y todavía te queda que correr otro tanto. Descansa un momento aquí, en la serenidad de la tarde. Allá en lo alto se yergue la ciudad —Segovia—; de esta ciudad tú has dicho que has estado en ella y que en ella no has hallado pozo dulce ni fuente perennal: *non fallé pozo dulce ni fuente perennal*. ¿Qué querías decir con esto? ¿Es simbólico lo que has dicho? ¿Querías tú expresar la tisteza que sientes al no encontrar en la vida un poco de reposo y de olvido? Pero el reposo y el olvido no son para ti; tú necesitas la animación, el ruido, el tumulto, el color, las sensaciones enérgicas, los placeres fuertes; tú necesitas ir a las ferias, estar en compañía de los estudiantes disipadores, tratar a las cantarinas y danzaderas; tú necesitas exaltarte, enardecerte con las músicas, los cantos amatorios, las alegres comilonas. El silencio, la paz, el recogimiento íntimo, la emoción delicada y tierna no son para ti. Tú no aspiras a eso tampoco. ¡Ya ves! Ahora, en estos momentos dulces y melancólicos de la tarde que muere, frente a la ciudad, en el sosiego de la campiña, tus ojos no recogen toda esta poesía delicada y profunda; tus ojos —¡oh querido Juan Ruiz!— van hacia aquel caserón que

se columbra allá arriba; hacia aquel caserón, adonde tú dirigías tus pasos esta noche, y en que tú sabes que hay unas lindas mujeres que cantan y danzan maravillosamente.

JORGE MANRIQUE

Jorge Manrique... ¿Cómo era Jorge Manrique? Jorge Manrique es una cosa etérea, sutil, frágil, quebradiza. Jorge Manrique es un escalofrío ligero que nos sobrecoge un momento y nos hace pensar. Jorge Manrique es una ráfaga que lleva nuestro espíritu allá hacia una lontananza ideal. La crítica no puede apoyar mucho sobre una de estas figuras; se nos antoja que examinarlas, descomponerlas, escrutarlas, es hacerlas perder su encanto. ¿Cómo podremos expresar la impresión que nos produce el son remoto de un piano en que se toca un nocturno de Chopín, o la de una rosa que comienza a ajarse, o la de las finas ropas de una mujer a quien hemos amado y que ha desaparecido hace tiempo, para siempre?

La mujer que vestía estas ropas, que acabamos de sacar de un armario, ha iluminado antaño nuestra vida. Con ella se fué nuestra juventud. Ni esa mujer ni nuestra juventud volverán más. Todos aquellos momentos, tan deliciosos en nuestra vida, *¿qué fueron sino rocíos de los prados?*

Rocíos de los prados, ha dicho el poeta. Otro poeta —Villon— había mostrado también una honda tristeza al preguntar *dónde estaban las nieves de antaño*. Ni los rocíos ni las nieves de antaño vuelven. Un tercer poeta, en nuestros días, uno

L O S C L Á S I C O S

de los raros poetas de honda emoción —Verdader—, había de hacernos experimentar del mismo modo una abrumadora tristeza al preguntar en su magnífico poema *Recorts y somnis*, dónde están nuestras pasadas alegrías y nuestros compañeros de la lejana adolescencia:

¿Ahon sou, mes companyones?

¿Ahon sou, mos companyons?

LO FATAL

Lo primero que se encuentra al entrar en la casa —lo ha contado el autor desconocido del *Lazarillo*— es un patizuelo empedrado de menu-dos y blancos guijos. Las paredes son blancas, encaladas. Al fondo hay una puertecilla. Fran-queadla: veréis una ancha pieza con las paredes también blancas y desnudas. Ni tapices, ni arma-rios, ni mesas, ni sillas. Nada; todo está desnudo, blanco y desierto. Allá arriba, en las anchas cá-maras, no se ven tampoco muebles; las ventanas están siempre cerradas; nadie pone los pies en aquellas estancias; por las hendiduras y rendijas de las maderas —ya carcomidas, alabeadas— en-tran sutilísimos hilillos de claridad vivísima que marcan, en las horas de sol, unas franjas lumino-sas sobre el pavimento de ladrillos rojizos. Cerra-das están asimismo, en lo más alto de la casa, las ventanas del sobrado. Un patinillo, en que crecen hierbajos verdes entre las junturas de las losas, se abre en el centro de la casa.

Por la mañana, a mediodía y al ocaso, resuenan leves pisadas en las estancias del piso bajo. Ha-

blan un hidalgo y un mozuelo. El hidalgo se halla sentado en un poyo del patio; el mozuelo, frente a él, va comiendo unos mendrugos de pan que ha sacado del seno. Tanta es la avidez con que el rapaz yanta, que el hidalgo sonríe y le pregunta si tan sabroso, tan exquisito es el pan que come. Asegura el muchacho que de veras tales mendrugos son excelentes, y entonces el hidalgo, sonriendo, como por broma —mientras hay una inenarrable amargura allá en lo más íntimo de su ser—, le toma un mendrugo al muchachillo y comienza a comer.

Ya las campanas de la catedral han dejado caer sobre la vieja y noble ciudad las sonoras, lentas campanadas del mediodía. Todo es silencio y paz; en el patio, allá en lo alto, entre las cuatro nítidas paredes, fulge un pedazo de intenso cielo azul. Viene de las callejas el grito lejano de un vendedor; torna luego, más denso, más profundo, el reposo. El hidalgo, a media tarde, se ciñe el talabarte, se coloca sobre los hombros la capa y abre la puerta. Antes ha sacado la espada —una fina, centelleante, ondulante espada toledana— y la ha hecho vibrar en el aire, ante los ojos asombrados, admirativos, del mozuelo. Cuando nuestro hidalgo se pone en el umbral, se planta la mano derecha en la cadera, y con la siniestra puesta en el puño de la espada comienza a andar, reposada y airoosamente, calle arriba. Los ojos del mozuelo le siguen hasta que desaparece por la esquina; este rapaz siente por su señor un profundo cariño. Sí, él sabe que es pobre; pero sabe también que es bueno, noble, leal, y que si las casas y palomares

que tiene allá en Valladolid, en lugar de estar caídos, estuvieran en buen estado, su amo podría pasearse a estas horas en carroza y su casa podría estar colgada de ricos tapices y alhajada con soberbios muebles.

Hace de esto diez años. El rico caballero, que ahora vive aquí en Valladolid, aposentado en ancho y noble caserón, habitaba una mezquina casa en Toledo. No había en ella ni tapices ni muebles; un cantarillo desbocado y un cañizo con una manta componían todo el menaje. El hidalgo no podía pagar el modesto alquiler; un día, entristecido, abandonó la ciudad a sombra de tejados. Paso tras paso vino a Valladolid. Le favoreció la fortuna; un pariente lejano dejóle por heredero de una modesta hacienda. Ya con caudal bastante, el hidalgo pudo restaurar las casas caídas y poner en cultivo las tierras abandonadas. En poco tiempo su caudal aumentó considerablemente; era activo, perseverante. Su afabilidad y discreción encantaban a todos. Mostrábase llano y bondadoso con los humildes; pero no transigía con los grandes y soberbios. «Un hidalgo —decía él frecuentemente— no debe a otro que a Dios y al rey nada.» Por encontrarse en la calle un día con otro hidalgo y no querer quitarse el sombrero antes que él, tuvo un disgusto, años atrás, que le obligó a ausentarse de la ciudad.

La casa en que ahora habita el caballero es ancha y recia. Tiene un zaguán con un farolón en el centro, anchas cámaras y un patio. La despensa se halla provista de cuantas mantenencias y golo-

sinas pueda **apetecer** el más delicado lamiznero, y en las paredes del salón, en panoplias, se ven las más finas y bellas espadas que hayan salido de las forjas toledanas. Pero ni de la mesa puede gozar el buen hidalgo, ni para el ejercicio de las armas están ya sus brazos y sus piernas. Diríase que la fortuna ha querido mofarse extraña y cruelmente de este hombre. Desde hace algunos años, conforme la hacienda aumentaba prósperamente, la salud del hidalgo se iba tornando más inconsistente y precaria. Poco a poco el caballero adelgazaba y quedábase amarillo y exangüe; llovían sobre él dolamas y alifafes. Una tristeza profunda velaba sus ojos. Años enteros había pasado allá en el patizuelo toledano conllevando —con algún mozuelo que le servía de criado— la más rigurosa estrechez; su dignidad, su sentido del honor, el puntillo imperecedero de la honra, le sostenían y alentaban. Ahora, al verse ya rico, morador de una casa ricamente abastada, no podía gozar de estas riquezas entre las que él paseaba, que estaban al alcance de su mano. ¿Para qué estas espadas? ¿Para qué el alazán que abajo, en la caballeriza, piafaba reciamente de impaciencia? ¿Para qué esta plata labrada —bernegales, bandejas y tembladeras— puesta en los aparadores de tallado nogal? ¿Para qué la carroza pintada en que él pudiera ir a los sotos del río, en las mañanas claras de Mayo, cuando las tapadas van en recuesta de algún galán dadivoso y convidador?

Ni los más experimentados físicos aciertan a decidir lo que el hidalgo tiene. Muchos le han visitado; por estas salas han desfilado graves doctores

con sus gruesos anillos y sus redondos anteojos guarnecidos de concha. Multitud de mixturas, jarabes lenitivos, aceites y pistajes han entrado en su cuerpo o han embadurnado sus miembros. Nada ha contrastado el misterioso mal. El caballero cada vez está más pálido, más ojeroso y más débil. No duerme; a veces en la noche, a las altas horas, en esas horas densas de la madrugada, el ladrido de un perro —un ladrido lejano, casi imperceptible— le produce una angustia inexpresable.

Tiene D. Luis de Góngora un extraño soneto en que lo irreal se mezcla a lo misterioso: uno de esos sonetos del gran poeta en que parece que se entreabre un mundo de fantasmagoría, de ensueño y de dolor. El poeta habla de un ser a quien no nombra ni de quien nos da señas ningunas. Ese hombre de quien habla Góngora anda por el mundo, descaminado, peregrino, enfermo; no sale de las tinieblas; por ellas va pisando con pie incierto. Todo es confusión, inseguridad, para ese peregrino. De cuando en cuando da voces en vano. Otras veces, a lo largo de su misteriosa peregrinación, oye a lo lejos el latir de un can.

Repetido latir, si no vecino,
Distinto oyó de can, siempre despierto...

¿Quién es ese hombre que el poeta ha pintado en sus versos? ¿Qué simbolismo angustioso, trágico, ha querido expresar Góngora al pintar a ese peregrino, lanzando voces en vano y escuchando el ladrido de ese perro lejano, siempre despierto? Una honda tristeza hay en el latir de esos perros,

lejanos, muy lejanos, que en las horas de la noche, en las horas densas y herméticas de la madrugada atraviesan por nuestro insomnio calenturiento, desasosegado, de enfermos; en esos ladridos casi imperceptibles, tenues, que los seres queridos que nos rodean en esos momentos de angustia escuchan inquietos, íntimamente consternados, sin explicarse por qué.

Nuestro hidalgo escucha en la noche este latir lejano del can, siempre despierto. Cuando la aurora comienza a blanquear, un momentáneo reposo sosiega sus nervios.

Después de ocho años de este continuo sufrir, un día quiso nuestro caballero ir a Toledo; le llevaba el deseo de visitar a su antiguo criado —el buen Lázaro—, ahora ya casado, holgadamente establecido. Entonces fué cuando un pintor hizo su retrato. Se cree generalmente que no fué otro ese pintor sino Domenico Theotocopuli, llamado *el Greco*. Puede serlo; dignos son del gran maestro el colorido y el diseño. El hidalgo aparece en el retrato con la cara buída, alargada; una barbilla rala le corre por las mandíbulas y viene a acabar en punta sobre la nítida gorguera; en lo alto de la frente tiene unos mechoncillos cenicientos. Sus ojos están hundidos, cavernosos, y en ellos hay —como en quien ve la muerte cercana— un fulgor de eternidad.

V

LA CRÍTICA

¿He hecho yo crítica? No sé; he intentado expresar la impresión que en mí producía una obra de arte. Toda crítica, aun la más unipersonal, aun la más objetiva, es una impresión. He buscado siempre en un libro la claridad, la exactitud y la lógica. Nadie me podrá convencer de que tales cualidades son desdeñables en literatura. La observación es la base del arte. Y la incoherencia, la inexactitud y la lobreguez van contra la realidad. Quien piensa bien, escribe bien. Quien escribe bien, observa bien.

DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

LA *Lectura* ha publicado, en su colección de clásicos castellanos, una edición de las poesías de don Esteban Manuel de Villegas. Ha cuidado del texto y de las notas don Narciso Alonso Cortés. Es el señor Alonso Cortés un erudito tan benemérito como modesto; de buen gusto, sobriedad —cosa tan difícil— y cultura da muestras en su trabajo. Examinemos —brevísimamente— la vida del poeta riojano, su obra y la influencia de su obra... Don Esteban Manuel nace en un pueblecito de la Rioja; viene a Madrid siendo muchacho; estudia leyes en Salamanca; la ciudad castellana, henchida de tráfago estudiantil, debió de ver los primeros ensueños, los primeros anhelos, los primeros entusiasmos del poeta. En las orillas del Tormes muchos han sido los soñadores españoles que han paseado sus quimeras. Vuelto a su pueblo, don Esteban Manuel va tejiendo las poesías que más tarde ha de reunir en un volumen. En Madrid lo publica; en la portada hace estampar —arrogantemente— esta inscripción: *Me surgente quid istae?* Temeraria es la mocedad. «¿Qué diré

—escribe en *El Licenciado Vidriera* Cervantes hablando de los poetas—; qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos a los mastinazos antiguos y graves?» Indignáronse con el lema del novicio poeta los *mastinazos antiguos y graves*; comprendió Esteban Manuel su audacia —tinta en procacidad— y apresuróse a suprimir el dicho lema en los ejemplares no sacados a plaza todavía.

Casóse el poeta; bien de la patria mereció en su matrimonio: siete hijos dió a la tierra española. En Madrid anduvo entretenido en graves asuntos de erudición, historia y humanidades; ricas bibliotecas de magnates frecuentaba. ¿Habíase amortiguado ya en él la sacra llama? Compuso unas *Disertaciones críticas*, un *Etimológico historial*, un *Antiteatro o discurso contra las comedias*; alguno de estos libros se ha perdido; de otros, más que decir que compuso, debemos decir que tuvo en proyecto. No sentimos ni la pérdida ni la no ejecución; en las viejas bibliotecas solemos ver, de tarde en tarde —nada más que ver—, estos libros gruesos, recios, llenos de citas griegas y latinas, en que, difusamente, se dilucida algún punto que no interesa a nadie. (Afuera luce el cielo azul; la vida pasa rumorosa y fugaz...)

Pasó el poeta por el dolor de ver morir en el albor de la juventud a alguno de sus hijos. Tuvo pleitos; no sabemos, o no recuerda el autor de estas líneas, si los ganó; menos malo hubiera sido que los hubiera perdido. Una vez, hallándose charlando en la paz de una biblioteca, dijo algo sobre el libre albedrío. Cosa terrible era ésta, en verdad. Véalo el lector: «San Anselmo dice que el poder

pecar en el hombre no pertenece al libre albedrío». ¿Dice esto San Anselmo? Alguien escuchaba al poeta íntimamente escandalizado; la especie fué llevada sigilosamente a los señores de la cruz verde. Se deliberó sobre el caso; se deliberó madura, escrupulosa, detenidamente. Debieron de darse muchas, muchas, muchas vueltas al asunto. Cinco o seis años pasaron en tales cavilaciones. Al cabo un día (¿no sería, para mayor color local, una noche?), un día llamaron a la puerta del poeta y le participaron que estaba procesado por la Santa Inquisición.

El proceso fué largo; encerrado estuvo don Esteban Manuel en las cárceles de Logroño; diez y ocho testigos le acusaron de producirse temerariamente en materias religiosas. Otros, en cambio, atestiguaron que era «hombre pío, limosnero, muy frecuentador de los sacramentos». Fué condenado sin embargo de esto: se le desterró. ¿Escucharía su sentencia, como más tarde Olavide, con una vela verde en la mano y una soga de esparto al cuello? Ya el poeta era viejo; estaba cansado, fatigado; tenía más de setenta años. Volvió a su pueblo. En traducir el libro *De consolación filosófica*, compuesto por Boecio, empleó sus últimas energías mentales; un día murió; contaba ochenta y ocho años. Había nacido en 1589; finaba en 1669.

Las poesías de don Esteban Manuel de Villegas, unas son originales, otras, traducidas. De Anacreonte, de Horacio y de Tibulo ha traducido el poeta. La poesía de don Esteban Manuel es ligera, graciosa, fugitiva, alada; a veces también el poeta se pierde y extravía en un sutilísimo preciosismo.

En las poesías de don Esteban Manuel encontramos arroyuelos mansos, ruiseñores que cantan entre los laureles, tortolillas, vientos apacibles, auras leves, abejas que revolotean sobre las flores, prados verdes, mirtos, jilgueros pintados, fontecicas que «corren con pies de plata por arenas de oro». En esas poesías los galanes piden besos a sus enamoradas, y si éstas se resisten —siempre con cierta coquetería—, ellos se atreven a dárselos por fuerza. El dios ceguezuelo aparece en la figura de un niño, de carnes sonrosadas, con una aljaba llena de pequeñas saetas a la espalda. Hay fugitivas carreras de las mozas entre la enramada. Suenan rabeles. El vino luce en las tazas («con el suave vino doy sueño a las tristezas»). En el invierno, mientras las castañas saltan en el fuego del hogar, los enamorados beben y retozan («echa vino, muchacho; beba Lesbia y juguemos»). La primavera viste de alegría el campo («ya las campañas secas empiezan a ser verdes»). Cupido, Baco, Venus van y vienen de un verso a otro. Las pastoras se llaman —escuchad esta escala melodiosa de nombres—: Camila, Celia, Drusila, Lidia, Filis, Flora, Lamia, Lesbia, Licimna...

De las poesías de don Esteban Manuel de Villégas, dos han pasado a las antologías y son citadas y comentadas en las cátedras. Una de ellas es la dedicada a un pajarillo infortunado; otra, los célebres sáficos adónicos. Hay en la primera una nota de delicada sentimentalidad mezclada a un matiz de prosaísmo. El pajarito, a quien le han robado su nido, pía plañideramente posado en un tomillo. «Dame mi dulce compañía, rústico fiero» —dice

la avecica. «No quiero» —responde, un tanto vulgarmente, pero con sencillo realismo, el inhumano patán. En los sáficos, el verso que da la sensación capital es el de «céfiro blando»; cuando leemos esta poesía sentimos cómo este vientecillo, tan tenue, tan suave, tan dulce, un vientecillo que apenas mueve las hojas de los árboles, lleva —allá á lo lejos, a través del espacio— nuestras quejas, nuestros dolores íntimos. Y nos impresiona este contraste entre el aura tan sutil y nuestra pena tan recia y permanente...

Don Esteban Manuel de Villegas ha influído considerablemente en nuestra lírica. Todo el siglo XVIII está lleno de Filis, Livias y Lisis. Mientras eruditos, observadores y filósofos escudriñan los secretos de la Naturaleza y de la historia; mientras, en este siglo frío y reflexivo, se escribe de botánica, numismática, matemáticas, náutica, física, epigrafía, embriogenia, los poetas van cantando las gracias, primores, hechizos y retozos de Filis. De tal modo cantan Torres Villarroel, Gerardo Lobo, Huerta, Cadalso, Forner, Sánchez Barbero, Iglesias, Moratín, Meléndez Valdés, Arjona. Algunos de estos poetas han cantado otras cosas, se han significado, principalmente, por otros temas; pero ninguno ha dejado de rendir homenaje a esta galantería alambicada y rusticana. ¿Cómo explicar esta especie de marea, de flujo y reflujo, que en la evolución de la poesía se produce? La moda, el contagio, hacen que, en determinadas épocas, toda una generación poética afecte determinada sensibilidad. En los tiempos presentes, por ejemplo, la lírica se tiñe de un neo romanticismo. Se vive en

una pretérita edad. Reviven —artificialmente— los viejos hidalgos, las callejuelas, las tizonas, las espuelas de oro, el Cid, el Arcipreste de Hita. Todo ello es aparatoso y vacío; todo ello es tan falto de vida como el neo clasicismo iniciado por Villegas... Poetas: observad vuestro tiempo; sentid vuestro tiempo; amad vuestro tiempo; cantad vuestro tiempo.

LA INTELIGENCIA DE FEIJÓO

EL profesor don Miguel Morayta ha publicado un excelente libro sobre Feijóo. No ha dicho nada de él la Prensa; no son muchos los periodistas que en España se consagran a la divulgación de los libros; poca costumbre existe entre nosotros —en los periódicos— de hablar de libros; los libros casi no existen entre nosotros. El libro de don Miguel Morayta merece comentario y divulgación; publicado en una biblioteca popular —la valenciana de Sempere—, podrá ser adquirido por cuantos no puedan, ordinariamente, hacer grandes dispendios tocante a libros. Estudia el señor Morayta en su obra una de las más simpáticas figuras de nuestro desenvolvimiento intelectual; es el autor claro, sencillo, preciso. Ni hay en la obra las vacuas generalizaciones entre nosotros tan usadas, ni estas páginas están escritas en el ampuloso oratorio estilo de que no saben salir —en general— nuestros publicistas y nuestros parlamentarios. Es, pues, la obra del señor Morayta obra a propósito para ser leída por el tipo medio de lector deseoso de un discreto y selecto

aprovisionamiento intelectual. Añadiremos que en *El padre Feijóo y sus obras* (que así se titula el libro de Morayta) resalta un juicio sereno, ecuánime, respetuoso y sin asomos de sectarismo y de pasión.

El libro de don Miguel Morayta nos ofrece oportunidad para trazar —compendiosamente— la silueta moral y física de Feijóo. Veamos, por tanto, cómo era Feijóo, cuál su obra, qué ideas eran las suyas, cuál era su sensibilidad, qué consecuencias tuvieron sus trabajos. Feijóo era un hombre alto, gallardo, recio; había dulzura, inteligencia y apacibilidad en su semblante; de miembros ágiles, flexibles, sus movimientos hacíanse notar por su presteza y desenvoltura; gozaba de sanidad perfecta; su persona, en resumen, como dice un biógrafo, sugería la sensación de un «hombre grande». Sanos, fuertes, enhiestos, de prestancia gallarda y elegante, han sido copiosos trabajadores intelectuales, como —por citar disparmente, en esferas distintas— un Goethe o un Joaquín Costa. Pero no generalicemos; otros hombres, también formidables laboradores del cerebro, han sido frágiles, enfermizos, raquíticos...

Feijóo, como Costa, era sano y robusto. Trabajó, también como Costa, de un modo abrumador. No salió de su retiro provinciano sino para hacer rápidas visitas a Madrid; en su celda de Oviedo escribió infatigablemente hasta los ochenta años; milagros de erudición hizo con los no muchos libros que allí tenía; su intuición fina, delicada, suplía muchas veces la falta de materiales para el trabajo. Serenamente, desde su rincón, soportó la

estruendosa baraúnda promovida en España en torno de sus libros; no se amilanó por la hostilidad —en algunos momentos verdaderamente terrible— que hacia sus publicaciones mostraron elementos sociales poderosos; aun ante la amenaza de la Inquisición se mantuvo ecuánime, confiado en sí mismo. No hay ejemplo en España de más intensa agitación espiritual que la producida por Feijóo. Pensemos en la actitud espiritual del escritor en medio de esta ardiente tolvana de pasiones, envidias, rencores, insidias; formidable era el aluvión de folletos, papeles, críticas suscitadas por la labor de Feijóo. Hoy difícilmente podemos formarnos idea de la situación del escritor en este ambiente; era en el siglo XVIII menos en cantidad y en cantidad que actualmente la tolerancia y la comprensión. Hoy sólo podemos imaginarnos la situación de Feijóo pensando, por ejemplo, en Emilio Zola durante el período álgido del asunto Dreyfus.

A tal resistencia, fortaleza mental, unía Feijóo una delicadísima sensibilidad. Marqués y Espejo, autor de un curioso *Diccionario feijoniano* publicado en 1802, y que no recordamos haber visto citado en el libro, tan erudito, de Morayta; Marqués y Espejo, resumidor en ese *Diccionario* de las ideas de Feijóo, escribe lo siguiente: «Su beneficencia nacía de su ternura, y una y otra poseían su corazón. Se le veía temblar, en efecto, cuando la casualidad disponía que presenciase la muerte de algún ave para el uso de la mesa; y aun habrá tal vez algunos vecinos de Oviedo, de los que en la época desgraciada de su necesidad le

invocaban desde la calle, sin que jamás dejaran de abrirse sus balcones y sus manos generosas para el socorro de su indigencia.» (El mismo Feijóo ha escrito muy sentidas páginas, que cita Morayta, respecto de la compasión a los irracionales; páginas, por decirlo así, *pretolstoyanas*.) Una sensibilidad delicada supone una inteligencia viva; lo que en Feijóo domina es la inteligencia. No confundamos la inteligencia con la memoria; tal confusión es corriente en la vida diaria. Se puede ser un hombre de una vastísima cultura (un formidable erudito o un maravilloso orador) y ser un hombre muy poco inteligente. La inteligencia implica originalidad; y la originalidad es rebeldía. Cuanto más inteligente sea un hombre más rebelde será, es decir, menos conformista, menos aceptador de lo ya hecho, de lo ya pensado, de lo ya sentido. Feijóo —comprensor, humano, piadoso— se nos aparece, en suma, como un rebelde, como una inteligencia en lucha contra preocupaciones, prejuicios, supersticiones, corruptelas, convencionalismos de su tiempo y de su pueblo. *Una sensación de hostilidad hacia un determinado ambiente*: así, en síntesis, podemos definir la obra de Feijóo. La inteligencia viva, aguda, vigilante, dúctil y fuerte del escritor va escudriñando, durante cuarenta años, por la sociedad y la historia de su pueblo. Producto de ese examen libre y pertinaz ha sido la *precipitación* —en el sentido químico— de un nuevo estado de conciencia y un gigantesco montón de escorias que representan ideas y sentimientos que de esa crítica de Feijóo han salido definitivamente muertos.

«Logramos, en fin, que (como dice el señor Sempere en su *Biblioteca española*) las obras de este sabio produjesen una fermentación útil.» Así escribe el autor del *Diccionario feijoniano*. Y añade: «Hiciesen empezar a dudar; diesen a conocer otros libros muy distintos de los que había en el país; excitasen la curiosidad...» Páginas antes, en la introducción de su obra, el mismo autor del *Diccionario* expresa de una manera pintoresca algunos aspectos de la labor de Feijóo. «Ya, gracias al inmortal Feijóo —escribe—, los duendes no perturban nuestras casas; las brujas han huído de los pueblos; no inficiona el mal de ojo al tierno niño, ni nos consterna un eclipse, que con prolija curiosidad examinamos muy atentos.» Incontables son las cuestiones que ha tratado Feijóo a lo largo de su extensa obra; a todas las disciplinas humanas pertenecen los problemas por él examinados. En lo referente a la estética, por ejemplo, Feijóo ha planteado la discutida cuestión del clasicismo en su verdadero sentido; por la modernidad en el lenguaje se declara terminantemente; la belleza de la obra de arte ve en la cantidad de vida que ésta tenga, y no en una ridícula y absurda imitación de modelos pretéritos. Feijóo ha escrito, hablando de los poetas españoles, lo siguiente: «El que menos mal lo hace, exceptuando uno u otro raro, parece que estudia en cómo lo ha de hacer mal. Todo el cuidado se pone en hinchar el verso con hipérboles irracionales y voces pomposas; conque sale una poesía hidrópica que da asco y lástima verla. La propiedad y naturalidad, calidades esenciales sin las cuales ni la poesía ni

la prosa jamás pueden ser buenas, parece que andan fugitivas de nuestras composiciones. No se acierta con aquel resplandor nativo que hace brillar el concepto; antes los mejores pensamientos se desfiguran con locuciones afectadas.»

En resumen: las consecuencias de la obra de Feijóo podemos expresarlas en las frases copiadas del autor del *Diccionario feijoniano*. La obra de Feijóo ha producido una fermentación útil; ha hecho empezar a dudar; ha dado a conocer libros distintos de los que aquí se leían; ha despertado la curiosidad. Vean los lectores si un libro como el de don Miguel Morayta, en que tan escrupulosamente se refleja la personalidad de Feijóo, merece ser leído y divulgado; si merece ser leído y divulgado un libro consagrado a un despertador incansable de curiosidades en este país en que no hay curiosidad ni interés casi por nada.

SAAVEDRA FAJARDO

NACIÓ don Diego de Saavedra Fajardo en 1584; murió en 1648. Fué su patria Algezares, pueblecillo cercano a Murcia. Compuso varios libros: de política, de crítica literaria, de historia. Es el principal de ellos las *Empresas políticas*. Resume en las *Empresas* sus experiencias de la política: «experiencias —dice el autor— adquiridas en treinta y cuatro años que, después de cinco en los estudios de la Universidad de Salamanca, he empleado en las Cortes más principales de Europa». Intervino Saavedra en importantes negocios diplomáticos; trató á los más insignes hombres de su tiempo; estuvo en Roma, en Ratisbona, en Suiza, en Alemania. Trazó sus *Empresas* durante sus peregrinaciones: «escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino». Educó Saavedra su espíritu en la antigüedad clásica; amaba a los poetas, filósofos y políticos helenos y latinos. Sentía predilección por los grandes poetas de su tiempo; a Camoens, a Sanazaro, a Petrarca y a Tasso cita frecuentemente en las *Empresas*. En 1730, cuando Mayans quiso

hacer una edición de *La República literaria*, encontró en este libro ideas y sentimientos dignos de un pensador de la antigüedad. «Encontré —dice Mayans— algunos errores de Platón.» Quitó dicho oficioso corrector esas ideas y sentimientos extraños. «Quitó —añade— los gentilismos que don Diego había puesto.»

Lo que no se puede quitar es el espíritu que alienta en las páginas de las *Empresas*, espíritu difuso, callado, pero vivo y noble, que el lector atento percibe, acá y allá, durante la lectura. Creía Saavedra Fajardo en una fuerza misteriosa y eterna movedora de las cosas. «¿Qué fuerza secreta sobre las cosas, aunque no sobre los ánimos, se oculta en esas causas segundas de los orbes celestes?» «Alguna fuerza oculta parece que, si no impele, mueve nuestra voluntad y la inclina más a uno que a otro.» «Sin obligar Dios el libre albedrío o le lleva tras sí el mismo curso de las causas, o, faltándole aquella divina luz, tropieza en sí mismo, y quedan pervertidos sus consejos, o tarde ejecutados.» El paisaje, el clima, la orografía, la hidrografía influyen en la variedad y composición de los pueblos. «Verdad es que suele ser milagrosa la naturaleza y que parece que, huyendo de la curiosidad del ingenio humano, obra algunas veces fuera del orden de la razón y de las causas.» En este elemento, en este factor que escapa a todo determinismo físico —la acción del medio—, estriba la gran dificultad para fijar como constituido para siempre el carácter psicológico de un pueblo. «Con todo eso, siempre quedan en las naciones unas inclinaciones y calidades par-

ticulares a cada una, que aun en los forasteros (si las habitan largo tiempo) se imprimen.»

¿Qué causas son las que determinan la decadencia de los pueblos? ¿Qué ley rige sus caídas? Nada hay fijo ni definitivo. «Ninguna cosa permanece en la Naturaleza. Esas causas segundas de los cielos nunca paran; y así tampoco los efectos que se imprimen en las cosas, a que Sócrates atribuyó las mudanzas de las Repúblicas. No son las Monarquías diferentes de los vivientes o vegetables. Nacen, viven y mueren como ellos, sin edad firme de consistencia, y así son naturales sus caídas. En no creciendo, decrecen. Nada interviene en la declinación de la mayor fortuna. El detenerla en empezando a caer es imposible.» Según esto, ¿habremos de resignarnos a un fatalismo estacionario, suicida? Si han de caer fatalmente los pueblos, ¿para qué servirán nuestros esfuerzos? No; Saavedra Fajardo no llega a tanto; es otro el sentido de su psicología social. Lo veremos palpablemente con el ejemplo de España. ¿A qué causas podremos atribuir la decadencia de nuestro pueblo?

El descubrimiento de América influyó poderosamente en el desenvolvimiento posterior de España. De los remotos y fantásticos países arribaron las naves «lastreadas de barras de plata y oro». El pueblo español quedó fascinado; otra dirección se impuso a sus energías. «Todo lo alteró la posesión y abundancia de tantos bienes. Arrimó luego la agricultura el arado, y vestida de seda, curó las manos endurecidas por el trabajo. La mercancía, con espíritus nobles, trocó los bancos por las

sillas jinetas y salió a rúar por las calles. Las artes se desdeñaron de los instrumentos mecánicos...» La colonización americana, juntamente con las guerras, obraron la decadencia española; añadamos también los abrumadores tributos, la abundancia de fideicomisos o mayorazgos, la aversión invencible al trabajo manual. No se trabaja en España; nuestros campos esperan los brazos que los labren. «Falta la cultura de los campos, el ejercicio de las artes mecánicas, el trato y comercio, a que no se aplica esta nación.» No hemos sabido tampoco compenetrarnos con las gentes extrañas que vivían en nuestra casa. A los vencidos, a los extraños debimos tratarlos, no como enemigos, sino como ciudadanos. Arrojamlos de nuestro suelo a los moriscos. Así procedió España: «estimando en más conservar pura su nobleza que mezclarse con la sangre africana, no participó sus privilegios y honores a los rendidos de aquella nación, con que unidos conservaron, juntamente con su odio y sus estilos, su lenguaje y su perfidia, y fué menester expelerlos de todo punto y privarse de tantos vasallos provechosos a la cultura de los campos, *no sin admiración de la razón de Estado de otros Príncipes*, siendo antepuesto el esplendor de la nobleza a *la conveniencia*, y la religión, a la *prudencia humana*».

Tesoros hemos visto en España gastados inútilmente. «Hartos hemos visto en nuestros tiempos consumidos sin provecho en diversiones por temores imaginados, en ejércitos levantados en vano, en guerras que pudiera haber excusado la negociación o la disimulación; en asistencias de dinero

malogradas, y en otros gastos con que, creyendo los príncipes quedar más fuertes, han quedado más flacos.» Las guerras han consumido nuestras energías. «Si en España hubiera sido menos pródiga la guerra y más económica la paz, se hubiera levantado con el dominio universal del mundo.» Hay en todo el libro de las *Empresas* un pronunciado ambiente contra la guerra; contra la guerra van encaminados los más ardorosos y elocuentes pasajes de la obra. Pocas páginas se han escrito por nuestros clásicos tan hondas, tan realistas, tan enérgicas como las que dedica Saavedra Fajardo, en la empresa XII, a pintar los horrores, los desastres, los inauditos desenfrenos cometidos en las guerras europeas acaecidas en su tiempo. «Muchas veces —escribe en otra empresa, en la LXXVIII—, muchas veces se levantan las armas con pretexto de celo de la mayor gloria de Dios y causan su mayor deservicio; otras por la religión, y la ofenden; otras por el público sosiego, y le perturban; otras por la libertad de los pueblos, y los oprimen; otras por protección, y los tiranizan; otras para conservar el propio Estado, y son para ocupar el ajeno. ¡Oh, hombres! ¡Oh, pueblos! ¡Oh, repúblicas! ¡Oh, reinos! ¡Pendiente vuestro reposo y felicidad de la ambición y capricho de pocos.»

Contra la decadencia, contra el abatimiento, contra la postración, ¿qué remedio? ¿Qué haremos para levantarnos a la dignidad y al esplendor? Renovémonos; «la renovación da perpetuidad a las cosas caducas por naturaleza». Es cierto —como llevamos dicho— que todas las cosas llegan a su apogeo y decaen. Los pueblos caducan y mueren.

Pero no hagamos cuenta de este fatalismo; no nos dejemos aplanar por la resignación. Entre las cosas que siguen la corriente eterna figuramos nosotros; nosotros con nuestra inteligencia, con nuestra voluntad. «Parte somos, y no pequeña, de las cosas. Aunque se dispusieron sin nosotros, se hicieron con nosotros.» «Menester es que obremos como si todo dependiera de nuestra voluntad.» «No podemos romper aquella tela de los sucesos tejida en los telares de la eternidad; pero pudimos concurrir a tejerla.» Nobles, alentadoras, profundas palabras. «Cada uno es artífice de su ruina o de su fortuna. Esperarla del caso es ignavia.» Vivamos para nosotros y para los demás. La «compañía civil», la sociedad —como hoy decimos— «consiste en que cada uno viva para sí y para los demás». Trabajemos; cultivemos la tierra. «Son los frutos de la tierra la principal riqueza.» «No hay mina en los reinos más rica que la agricultura.» Seamos justos en el gobierno. No alentemos ambiciones ruinosas y fantásticas; «mejor es gobernar bien que ampliar el imperio». Hagamos que nuestra juventud se eduque en el extranjero. «Ninguna juventud sale acertada en la misma patria.» «Fuera de la patria se pierde aquella rudeza y encogimiento natural; aquella altivez necia e inhumana que ordinariamente nace y dura en los que no han practicado con diversas naciones.» Observemos lo que pasa fuera de nuestra casa: viajemos. «Los españoles, que con más comodidad que los demás pudieran practicar el mundo, por lo que en todas partes se extiende su monarquía, son los que más retirados

están de sus patrias, si no es cuando las armas les sacan de ellas.» «Dos cosas detienen a los nobles en sus patrias: el bañar a España por casi todas partes el mar y no estar tan a la mano las navegaciones como los viajes por tierra, y la presunción, juzgando que sin gran ostentación y gastos no pueden salir de sus casas, en que son más modestos los extranjeros, aunque sean hijos de los mayores príncipes.»

... Tales son, sucintamente, las ideas fundamentales de don Diego de Saavedra Fajardo en sus *Empresas políticas*. Recogió Saavedra en sus viajes una gran experiencia; escribió en un estilo claro, sobrio y preciso. Su espíritu es moderno.

BALTASAR GRACIÁN

NACIÓ Gracián en 1601; fué su patria Belmonte, a dos leguas de Calatayud. Profesó en la religión de San Ignacio; ocupó algunos cargos importantes en la Orden. No son muchas las obras que compuso el escritor aragonés. Son las de más volumen y transcendencia *El Criticón* y la *Agudeza y arte de ingenio*; se cuentan, entre las más breves y compendiosas, *El político Fernando*, *El oráculo manual*, *El héroe* y *El discreto*. En *El Criticón* expone Gracián sus ideas sociales; formula en la *Agudeza* su concepción artística. En Gracián es preciso considerar el estilo, la moral y la crítica de costumbres.

El estilo del escritor aragonés es enérgico, apretado, jugoso. Durante mucho tiempo se ha tenido a Gracián por obscuro, laberíntico, ininteligible. Requieren sus trabajos una lectura detenida; pero no hay en la prosa de Gracián nada que falte ni que sobre para su comprensión total. Estriba el afán de nuestro autor en condensar en pocas palabras considerable doctrina; a la concisión lo sacrifica todo. En las dos sentencias siguientes

se puede resumir toda la técnica literaria de Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno»; «más obran quintas esencias que fárragos». Amaba Gracián apasionadamente la lectura; procurábase cuantos libros nuevos aparecían; contaba con amigos que le tenían al tanto de las novedades literarias. «¡Oh gran gusto el leer! —exclama—. No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día.» Conocía Gracián los filósofos, políticos y poetas de la antigüedad clásica; rastros ostensibles hay en su *Criticón* —en cuanto a los autores contemporáneos suyos— de Hobbes, Descartes y Montaigne.

Para Gracián, tanto el mundo físico como el social son una lucha tremenda y eterna. El concierto que vemos en el universo está formado de oposiciones. «Todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos.» «No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento, y todo es hacer y padecer; si hay acción, hay repasión.» Acción y reacción es la vida universal. Todo batalla contra todo: los elementos, los astros, los males y los bienes, los tiempos. A los viejos se oponen los mozos; los coléricos, a los flemáticos; los ricos, a los pobres; unos religiosos de una idea, a los religiosos de la idea opuesta. Y lo notable es que en esta variedad, antagonismo y choque de unas cosas con otras, halla precisamente el universo su conservación. «Todas las cosas se van acabando; todas ellas perecen, y el mundo, siempre el mismo, siempre permanece.»

Conocida cuál es la concepción que Gracián

tiene del mundo y de la sociedad, fácil será deducir su moral. En *El Criticón* —parte I, crisis IV— imagina nuestro autor un apólogo en que resume sus ideas éticas. Un hombre, por vía de castigo, es encerrado en una cueva en compañía de varios feroces animales; a los gritos del prisionero acude un viandante. Prestamente se llega éste a la caverna y separa la losa que la cierra. Salen del antro todas las fieras y van haciendo caricias al libertador; aparece después el prisionero y acomete y mata a su bienhechor para robarle su hacienda. Nada más expresivo ni más desolador. «¡Dichoso tú que te criaste entre las fieras —se lee en el mismo libro—, y ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro, si ya no es peor el ser hombre!» Dada esta concepción moral de la humanidad, afirmado el implacable concepto de la lucha universal, no habrá para el hombre otro camino sino el de procurar sacar a salvo en la batalla la propia personalidad. Aquí, en este punto, se une la moral de Gracián con su política. En el *Oráculo manual* ha resumido su pensamiento el escritor aragonés. «Cuando no pueda uno vestirse la piel del león —dice Gracián en resumen— vístase la de la vulpeja.» Fuerza y habilidad: ahí estará la clave para lograr el triunfo en la contienda. Seamos impasibles; pongamos sobre todas las cosas nuestro propio bienestar. Gracián llega en sus deducciones a extremos verdaderamente crueles. «Conocer los afortunados para la elección y los desdichados para la fuga», escribe. «Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del

afortunado.» «Saber excusar pesares... Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera.»

Frío, agudo y amargo es Baltasar Gracián en la crítica de las costumbres. *El Criticón* abunda en rasgos de una firme independencia. A los elementos más importantes de las clases directoras fustiga el pensador aragonés; a los estadistas, cuyos «fines señalan a una parte y dan en otra»; a los jueces, que «tocan primero para ir después»; a los militares, que «en vez de acabar las guerras, las alargan»; a los prelados que se enriquecen. Observaciones interesantes sobre psicología nacional se encuentran en la obra fundamental de Gracián. En Salamanca —según nuestro autor— «no tanto se trata de hacer personas cuanto letrados». En Andalucía le parece a Gracián que «se habla mucho y obra poco». «Agradábale mucho la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es substancia; pero temióse que con la misma facilidad con que le recibían, le echarían mañana.» No muy suave se muestra Gracián con sus paisanos. Aragón está «poblado de gente sin embeleco», pero «espantábale aquel proseguir en la primera necedad». Gracián achaca al medio, en gran parte, la condición de las personas. «Participa el agua —dice— las cualidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace.» Los españoles somos como somos gracias al clima. España «es muy seca, y de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad».

Las guerras han ocasionado la decadencia de

España. «Si España no hubiera tenido los desagüaderos de Flandes, ni las sangrías de Italia, ni los sumideros de Francia, ni las sanguijuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata?» Mientras tantos tesoros se han gastado en aventuras militares fuera de España, ¿qué se ha hecho en nuestra casa? «España —escribe nuestro autor— está hoy del mismo modo que Dios la crió, sin haberla mejorado en cosa sus moradores, fuera de lo poco que labraron en ella los romanos; los montes están hoy tan soberbios y zahareños como al principio; los ríos, innavegables, corriendo por el mismo camino que les abrió la Naturaleza; las campañas se están páramos, sin haber sacado para su riego las acequias; las tierras, incultas, de suerte que no ha obrado nada la industria...»

Tal es la esencia del pensamiento de Baltasar Gracián. Murió el pensador aragonés en 1658. Su arte literario admira por la condensación y la fuerza. Su ética de epicúreo intelectual es inadmisibles. Saavedra Fajardo, en sus *Empresas políticas*, se coloca en el justo medio cuando escribe: «La compañía civil (*sociedad*) consiste en vivir para sí y para los demás.» «Procurad haceros fuertes cada uno —dice Gracián— y velad por vuestra dicha.» Dos tipos opuestos son Cervantes y Gracián: Cervantes es el hombre de los caminos, entregado a las angustias y los azares de una vida precaria; Gracián vive en su biblioteca, entre libros y antigüedades, seguro, placentero. Cervantes es para los infortunados y los oprimidos; Gracián, para los bienhallados y poderosos. Pero si

no podemos aceptar las conclusiones morales que el escritor aragonés saca de su crítica social, admitimos de buen grado los materiales de esa misma crítica social, de la cual pueden ser deducidas otras secuelas. Por ese agudo, penetrante, inexorable espíritu crítico, vivirá entre los ingenios más altos Baltasar Gracián. Ese espíritu de crítica le acarreó, cuando la publicación de *El Criticón*, un castigo en su Orden. «Conviene velar sobre él —escribía el Prepósito general al Provincial de Aragón—; mirarle a las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa cerrada en él.»

LARRA

I

NACE Larra el 26 de Mayo de 1809; muere el 13 de Febrero de 1837. Se educa en Francia; emprende sus estudios universitarios en España. Desventuras amorosas contristan a los diez y seis años su espíritu. No termina los estudios académicos; le proporcionan un empleo oficinesco; desempeñalo torpemente; renuncia a él. Escribe; en 1828 publica un periódico satírico. El lema de la nueva publicación es un verso de Boileau: *Des sottises du temps je compose mon fiel*. En 1829, el periódico acaba honrosamente: lo prohíbe el gobierno. Se casa el mismo año. Frecuenta el Parnasillo; «distinguese —dice su amigo Mesonero Romanos— por su innata mordacidad». Arregla algunas comedias francesas; vela pudorosamente su nombre en estos trabajos con un seudónimo. En 1830 escribe una poesía dedicada a la reina Doña María Cristina, «con motivo de hallarse en cinta». Dos años después publica *El pobrecito hablador*; la censura multa sus artículos. De 1833 a 1835 es redactor de la *Revista Española*; usa en ella por primera vez,

tras prolija discusión en el Parnasillo, el seudónimo de *Fígaro*.

En 1834 publica su novela *El doncel de don Enrique el Doliente*. La figura del infortunado amorador le sugestióna. Poco después, en el mismo año, estrena el drama romántico *Macías*.

Hondos disgustos amargan su vida; busca lenitivo a sus penas en los viajes. En la primavera de 1835 sale de España; viaja por Portugal, Inglaterra, Bélgica y Francia. En París trata a Víctor Hugo y a Dumas. Conoce al barón Taylor; el barón Taylor ha de escribir una obra sobre España, pero desconoce el país de España. Larra la escribe en francés y la firma Taylor. El libro se titula *Voyage pittoresque en Espagne*; recibe Larra por él 3.000 francos.

Regresa a Madrid a fines de 1835; entra en la redacción de *El Español*. Después de algunos artículos políticos, el director suspende sus trabajos de este género. En 1836 la empresa de los periódicos *El Mundo* y *El Redactor general* solicita su colaboración; danle 40.000 reales anuales por doce artículos al mes.

El desconsuelo le anonada; *Fígaro* confiesa a un amigo que su pasión amorosa «le había gangrenado el alma». El 2 de Noviembre de 1836 publica en *El Español* su artículo «El día de difuntos»; «mi corazón no es más que otro sepulcro», escribe. El 5 de Diciembre muere heroicamente en la guerra su íntimo amigo y compañero de viajes el conde de Campo-Alange. Larra le dedica un artículo; «eso es morir viviendo todavía —dice—; pero ¡ay! de los que lloran, que entre ellos hay muchos a quienes no es dado elegir, y que entre

la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por aquello, que esos viven muertos y le envidian!» El 22 de Enero de 1837 se estrena *Los amantes de Teruel*. Larra hace la crítica: «las penas y las pasiones —observa— han llenado más cementerios que los médicos y los necios...; el amor mata, aunque no mate a todo el mundo».

En Febrero Larra ya no escribe. La crisis se acentúa; el desenlace se aproxima. Pasea solo; permanece solo horas y horas en algún apartado café. A la desdeñosa mujer amada manda carta tras carta, solicitando una entrevista. La entrevista le es, por última vez, concedida.

Llega el 13 de Febrero. Por la mañana Larra visita a Mesonero Romanos y habla animadamente de sus proyectos literarios. A la tarde pasea por Recoletos. El marqués de Molins le acompaña; y, al despedirse, Larra dice al marqués: *Usted me conoce; voy a ver si alguien me ama todavía.*

Fígaro espera en su casa a la amada. Llega *ella*. Habla Larra, porfía, suplica; *ella* muéstrase inexorable. Tras cinco años de relaciones, la ruptura es terminante y definitiva. *Ella* se marcha. Transcurren breves momentos; suena un disparo... Son las ocho y media de la noche.

II

En la obra total de Larra es preciso considerar la estética, la crítica social y la concepción del problema de España.

Seremos breves en nuestro examen. Nos limita-

remos a una fidelísima exposición. Un espíritu de amplísima libertad alienta en toda la obra periódica de Larra. «El mayor bienestar que para la humanidad se da —escribe nuestro autor— está todo lo más allá posible.» «Nuestra divisa: libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia.» «El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países; a sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia.» Con estas ideas generales, que abarcan todo el pensamiento de nuestro autor, ya se podrá suponer cuáles serán sus ideas respecto al arte literario. «La literatura —dice Larra— no puede ser nunca sino la expresión de la época.» Vivamos nuestro tiempo; escribamos sin afectaciones ni enfadosos purismos. «Ni somos ni queremos ser puristas.» Como la vida se renueva, la lengua se renueva también. «Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles.» «Pretender estacionarse en la lengua, que ha de ser la expresión de esos mismos progresos —perdónennos los señores puristas— es haber perdido la cabeza.» No cerremos la puerta a las innovaciones populares y a los acarreos extranjeros. «Desde el momento en que por nuestro acuerdo una palabra se entiende, ya es buena.» El estilo de Larra es suelto, fácil, flúido, flexible; sabe expresar en su prosa nuestro autor el matiz de las cosas y las reconditeces espirituales.

La crítica social de Larra está dispersa en toda su variada labor periódica. Ningún escritor en

su tiempo —excusado es decirlo— ha llegado tan lejos. La crítica social de Larra tiene como subsuelo su concepción del orden político. «En política —escribe Larra— se llama *orden* a lo que existe, y se llama *desorden* a este mismo *orden* cuando le sucede otro *orden* distinto; por consiguiente, es *perturbador* el que se presenta a luchar contra el *orden* existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa a *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*.» Larra —con ocasión de los sucesos de 1836— justifica las rebeldías y levantamientos populares; los justifica con la negligencia, la opresión y la corrupción, no sólo de los gobiernos, sino de las clases dirigentes. Para tener idea exacta de este aspecto de la ideología de Larra es preciso leer íntegro su artículo *Dios nos asista*.

Ama Larra apasionadamente la libertad de la prensa; fué su vida toda una interminable y tenaz batalla contra la censura ejercida en su tiempo; la sutilidad y finura de su espíritu hizo que escaparan al lápiz del censor conceptos e ideas indiferentes en la apariencia, pero tremendos en el fondo. «Desde que tenemos una racional libertad de imprenta —escribe— apenas hay cosa racional de que podamos hablar.» «En España no hay jaulas sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.» Era enemigo Larra de la pena de muerte; con el cuadro terrible de una ejecución que desde Valencia mandó a la *Revue de Paris* Próspero Mérimée, en 1830, puede compararse su artículo *Un reo de muerte*. «¡Siempre bayonetas en todas partes! —exclama Larra en esas

páginas—. ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Eso no hace, por cierto, el elogio de la sociedad ni del hombre.»

¿Cómo ve Larra el problema de España? España es el país de los oficinistas, «que miran de arriba abajo y no creen que deben contestar al saludo»; de las juntas, compuestas de gentes que «ni hacen ni pueden hacer nada en ellas»; de los reglamentos; de los «comisionados con dietas»; de las señorías, excelencias, títulos y condecoraciones. Hay aquí «nubes de porteros y ujieres». Se lleva de acá para allá a los administradores de la justicia. «Cada uno multa como le da la gana y juzga como le parece.» En Madrid las fondas son desaseadas y molestas; las casas, angostas y torpemente distribuidas. Los braseros socarran las piernas, dejan frío el cuerpo y asfixian con su tufo. Se encuentran «mendigos a pedir de boca, basura en las calles a todas horas». «No se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles.» Los caminos en España son malos; las posadas, llenas de «miseria y desagrado». El castellano viejo «vive de exclusivas». No hay vinos como los nuestros, ni cortesía como la nuestra, ni mujeres como las nuestras. Existen aquí «insignes oradores que dicen gracias» y que se entretienen en lanzarse mutuamente chuscadas. Las sesiones de Cortes pueden extractarse «en dos líneas». Los escritores perecen en la pobreza. «Escribir en España es llorar; es buscar una voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. ¿Quién oye aquí?» Se puede hablar del «monó-

tono y sepulcral silencio de nuestra existencia española».

No hay facilidades en España para hacer nada. «Todo va despacio entre nosotros.» A todo se oponen dificultades; todo son dilaciones y trámites. «¡País de obstáculos!», exclama desalentado Larra. No se trabaja ni se piensa. «Viajando por España se cree uno a cada momento la paloma de Noé, que sale a ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extensión del más desnudo horizonte. Ni habitaciones ni pueblos.» «¿Dónde está España?», interroga angustiado Larra.

¿Dónde está España? ¿De qué manera hemos llegado a este estado de postración, abatimiento y ruina? En los siglos pasados, «antes de que se hubiera acabado de formar y fijar la lengua», cuando aún la civilización española no había acabado de concretarse, «una causa, religiosa en su principio y política en sus consecuencias, apareció en el mundo». Se alude a la Reforma. Esa causa dió «impulso investigador» a otros pueblos; «reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que había de volvernos estacionarios». «Siete siglos de guerras y rencores religiosos» contribuían, además, a extremar nuestro estacionamiento en medio del movimiento general. No marchamos entonces con los demás; nos quedamos parados. Hubo, sí, un gran florecimiento literario; pero nuestra literatura «no tuvo un carácter sistemático, investigador, filosófico, en una palabra, útil y progresivo».

Urge que España se incorpore al movimiento

general. ¿Lo haremos? «Lo que no se hace de prisa en el siglo xix no se hace de ninguna manera; razón por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España.» Comparémonos con los extranjeros «para prepararnos un porvenir mejor que el presente y para rivalizar en nuestros adelantos con nuestros vecinos». Cerremos el pasado. «Hombres nuevos para cosas nuevas.» «Triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influido en su prosperidad.» «Considerados políticamente nuestros grandes hombres, han sido bien pequeños.» «Entre a gobernar, no éste ni aquél, sino todo el que se sienta con fuerzas, todo el que dé pruebas de idoneidad.»

«Hombres nuevos para cosas nuevas», pide Larra. «En tiempos turbulentos, hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusión todavía; hombres que se paguen de gloria y en quienes arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro.» «Sólo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinión puede arrostrar la verdad y aun buscarla; inseparable compañero de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.» No habléis de los obstáculos tradicionales, del ambiente, de los compromisos adquiridos, de las mil dificultades del medio social. Cuando se quiere realizar la obra, el corazón se va hacia adelante. «El hombre superior hace la fortuna; conocedor de las circunstancias que se

oponen al logro de sus planes, las esquivan o las dirige, y las domina.»

Tales son, sucinta y fielmente reflejadas, las ideas esenciales de Mariano José de Larra. Vivió Larra veintisiete años. Era Larra más bien bajo que alto. Tenía la tez morena, con un ligero matiz de bronce. Orlaba su cara una barba negra y sedosa; erguía sobre su frente un recio mechón rizado. Sus ojos refulgían negros, anchos, vivos, expresivos, elocuentes. Sus maneras eran afables; cuando en sus críticas ha de censurar a un autor o a un actor lo hace con toda clase de excusas, escrúpulos y miramientos. Vestía Larra con aliño y buen gusto.

JOAQUÍN COSTA

FEBRERO, 1913

TODAVÍA parece que lo estoy viendo; tenía el cuello recio; su cabeza se erguía sobre un cuerpo fornido, atlético; su barba entrecana, sin aliños afectados, revuelta, bajaba hasta su pecho fuerte y saliente. Andaba despacio; parecía agobiado, abrumado por un tremendo peso misterioso, por una anonadadora fatiga. La última vez que habló en público, llegó al salón — donde un público ansioso le aguardaba — sostenido entre dos amigos. Una profunda tristeza velaba sus hermosos ojos, llenos de bondad. Comenzó a hablar: su voz era lenta, uniforme, como un lamento, como un expirante gemido trágico. La emoción embargaba a los oyentes. De cuando en cuando — con la cabeza hacia atrás, como si quisiera sacudirse un peso invisible —; de cuando en cuando se interrumpía y hacía una honda inspiración...

¡Días memorables sus últimos angustiosos días! El recuerdo de su imagen triste y fatigada reposará por siempre en mi corazón. Sus libros, sus

artículos, sus discursos, sus proclamas, venían en mi mocedad a unirse a los paisajes de España —los austeros paisajes de Castilla— y a mezclarse con mis lecturas de los clásicos. En su prosa palpitaba un realismo vigoroso, profundo; por ella pasaban los campos secos, los míseros pueblos, los montes sin árboles, los sembrados ralos, los ríos hondos y desaprovechados, los labriegos expoliados por el fisco, los barcos de emigrantes que se alejan en el azul, los caciques explotadores, la falacia de los parlamentarios, la eterna tramoya del discurso grandilocuente, del «mañana», de las «conveniencias políticas», «de los derechos adquiridos»...

Era fuerte, recio, fornido, y daba la impresión de algo frágil, inestable, quebradizo. Hay en todos estos hombres dedicados a los trabajos intelectuales; en todos los que viven del pensamiento, los que leen mucho, los que escriben mucho, los que se preocupan de un problema del intelecto hasta el punto de obsesionarse, los que continuamente, todos los días, a todas horas, piensan y sienten; hay en las figuras de estos hombres, envolviéndolas, algo como un hálito, como un nimbo que no podemos explicar. Diríase que la inteligencia ha extravasado por todos los poros del cuerpo, y que la hegemonía, el predominio del cerebro sobre todo el organismo, ha hecho que éste haya rendido toda su fuerza a la cabeza y se haya tornado frágil y quebradizo. Los ojos, el gesto, la línea total de la figura, la tez —un poco pálida— de estos hombres fuertemente intelectualizados, nos los muestra como

aparte, distintos de los otros hombres. Adivinamos su exquisita, casi morbosa sensibilidad. Comprendemos que estos hombres se *han ido haciendo* para vivir en los interiores, en los estudios, rodeados de una luz tamizada, suave. Allí, en ese medio discreto, lejos de la acción, apartados del estrépito, iluminados por un claror dulce, entre libros, a la vista de alguna obra de arte, es cuando vemos a estos hombres como ellos son; es cuando su inteligencia, su sensibilidad irradian poderosamente; es cuando comprendemos, *sentimos*, que estos hombres apartados de la acción, que estos soñadores, que estos asociadores y dissociadores de ideas son los más formidables, los más transcendetales, los más gigantescos hombres de acción. Su inteligencia, que va concretándose silenciosamente en esas cuartillas blancas, se dilatará en el espacio y en el tiempo, hará pensar a millares y millares de cerebros, creará amores y encenderá odios, moverá multitudes, hallará eco en los versos de un poeta, impulsará en sus cóleras a los agitadores populares.

Todavía parece que le estoy viendo. Cuando pienso en estos hombres que he conocido y admirado en mi mocedad —Costa, Pí y Margall, Leopoldo Alas—, columbro en la lejanía pretérita un pedazo de mi existencia que ya no volveré a vivir. Todavía parece que le estoy viendo, andando lentamente como abrumado por una fatiga misteriosa. Su cabeza se levantaba sobre un pecho recio. Había en sus ojos relumbres de melancolía y de fiereza candorosa. Quería celar su bondad bajo una aparente rudeza; pero su bondad

era como los arbustos fuertes e indomables que salen retorciéndose de entre las peñas en busca de la luz. Y cuando hablaba, su voz rugía, salmodiaba, imprecaba, amenazaba, estaba henchida de conminaciones terribles y de añoranzas del pasado.

UN POETA

UN anciano se halla frente al mar en esta costa cantábrica. Está pensativo; atalaya la inmensidad. Sus ojos fulgen de bondad e inteligencia. Su cara limpia, cuidadosamente afeitada, remata en una redonda y suave barbilla. Ha ocupado este anciano eminentes cargos en la política y ha sido cruelmente perseguido. Ha escrito mucho: de legislación, de agricultura, de arte, de crítica literaria. La poesía le encanta; numerosas poesías han salido de su pluma. Poeta es, ante todo, este anciano. Su inspiración la ha vaciado en largas epístolas, en letrillas, en sonetos. Cuando todos sus escritos en prosa pasen, quedarán estos versos plásticos, enérgicos que él ha escrito. Sentido de lo pintoresco y de la naturaleza hay en su poesía. En un tiempo —como el suyo— en que la poesía es blanda, descolorida, anodina, él sabe poner en sus poemas vivo color y animado movimiento. Si pinta una diligencia ascendiendo por un terrero, él nos describirá el sonar discordes de las campanillas, el chasquido del látigo, el grito ronco del zagal, «el tropel confuso con que las ruedas, sobre el carril pedregoso y pendiente, vuelven raudas al

eje rechinante»; cuando habla del antiguo cobijo de una buscona, ahora opulenta, él nos lo pintará diciendo que lo componían «la salserilla, el sahumador, la esponja, cinco sillas de enea, un bufete, un pobre anafe, un velón y dos cortinas». Un crítico le ha reprochado el empleo de sus poesías de «expresiones demasiado familiares»: de voces como *mulas*, *trote*, *mayoral*, *zagal*, *campanillas*, *ventas*. Son esas voces la manifestación de un realismo que salva su poesía y la coloca sobre la anodina de sus contemporáneos.

Se siente vibrar nuestro poeta ante el espectáculo de la Naturaleza. De «toda la gran Naturaleza» habla en alguno de sus poemas; la frase es expresiva. Le encantan a este anciano los arroyuelos que «caen» del monte con un son ronco, y cuyas márgenes aparecen salpicadas de camanillas; las verdes laderas manchadas con los rebaños; las vegas fecundas y anchas; los senos enmarañados de los montes anfractuoso; los naranjales «donde ya el pingüe fruto bermejea». Como sensación gratísima en su vida recuerda una temporada que pasara en El Paular. Con delectación nos describe aquel severo y noble paisaje. Hay allí un valle «rodeado de frondosos y altos montes»; lo cruza un río —el Lozoya—. «Sobre las verdes márgenes del claro río crecen frondosos álamos»: esos árboles finos, gráciles, tremulantes, que más de un siglo atrás retrató Góngora:

Álamos crecidos,
de hojas inciertas,
medias de esmeralda
y de plata medias.

Los álamos que pinta nuestro poeta alzan al cielo, enhiestos, sus «plateadas copas», o bien, «encorvados sobre las aguas», se contemplan en ellas. Desde la orilla derecha del río se extiende un sombrío bosque hasta la falda del monte. En ese bosque gustaba penetrar el poeta; seguía él «del claro río la corriente»; iba en busca de «la fresca y deleitosa sombra». Iba a algo más al tupido y silencioso bosque: iba a entregarse a sus reflexiones, a pensar en su inexorable desdicha. «Entro —decía— a pensar en mi cruel destino.» En el bosque todo es soledad y «dulce sombra»; no traspasan la fronda los rayos del sol; el «aire es blando»; el «silencio mudo»; de tarde en tarde una ligera ráfaga de viento —que mueve un manso río— hace desprenderse de un árbol una hoja que baja revolando, trazando círculos, hasta el suelo. El silencio, la dulzura del aire, la paz, parece que mitigan y amenguan el dolor interno del poeta. Cuando va acabando el día, cuando la noche se aproxima, el poeta vuelve a los «medrosos claustros» del monasterio; ya en ellos, «el distante y pálido reflejo de una escasa luz» guía sus pasos. «Silencio» y «horror» reinan en estos ámbitos desiertos. El corazón del poeta palpita fuertemente. Sus nervios se escalofrían: «un súbito rigor los embarga». El poeta cree oír una voz que resuena en los claustros y que a él, mundano, advenedizo en estos lugares, le expulsa de ellos. Cruza con paso vacilante los pavorosos tránsitos»; sube a su cuarto y se acuesta acongojado, triste...

Ya en el poema en que nuestro poeta expresa tales agudas sensaciones se contiene en germen

toda la poesía romántica que más tarde ha de surgir en España. Está ahí, en esa lucecita que brilla allá a lo lejos en los desiertos claustros; en esa voz pavorosa que cree oír el poeta; en esos pasos que resuenan en el silencio; en esa melancolía íntima, profunda, inquietadora, que al poeta sobrecoge y desasosiega en las horas nocturnas. En otra poesía este poeta nos ha ofrecido otra visión que puede parangonarse con la anterior: la del «verde y enmarañado laberinto» de un jardín, entre cuyos mirtos él ha amado. Del jardín él se complace en recordar esos arrayanes: dos veces los nombra en breve espacio. Entre esos mirtos el poeta ha pasado «del sereno otoño las sosegadas tardes», «en alegres y dulces coloquios» con su amada.

A la sensación aguda del paisaje, de la Naturaleza, une nuestro poeta un ansia profunda de saber, de conocer; del «ansia de indagar y saber» habla en alguno de sus versos. El sentido del paisaje, tal como acabamos de verlo, no puede ser resultado sino de una delicadísima sensibilidad; esa delicadísima sensibilidad de nuestro poeta le lleva a desear para la Humanidad días de bienestar y de justicia. Ardientemente se levanta contra los vicios y podredumbres de la sociedad de su tiempo; con extrema dureza condena a una aristocracia estólida y ruin. A «la humilde» plebe hace apelación para que irrumpa violentamente en la vetusta sociedad y la vivifique. A la Justicia impreca: la Justicia que «mueve crudamente su brazo» contra los infelices, impulsados al delito por la necesidad o la ignorancia, y perdona el des-

orden cobijado bajo «dorados techos». Su visión de un futuro va tan lejos como pueda soñarlo el más paradisíaco visionario. ¿No vendrá el día —pregunta— en que la Humanidad, cansada de duelos y de lágrimas, viva tranquila, unida fraternalmente? ¿En que «del uno al otro polo» reine la paz y la justicia? ¿No llegará el día en que los hombres tengan odio a la guerra? ¿En que apelliden bárbaro y lo tengan por común enemigo al que hable de la guerra? En la propiedad ve nuestro poeta el origen de todos los males; día vendrá en que ese obstáculo formidable desaparezca. «El fatal nombre será detestado primero, y luego desconocido.» «¡Infame, funesto nombre —exclama el poeta—, fuente y sola causa de todo mal!» Cuando ese obstáculo desaparezca todos los hombres serán hermanos; un solo pueblo llenará la tierra; una gran familia será la Humanidad. Ni cultivará entonces la tierra el labriego «para un ingrato y orgulloso dueño»; ni el marinero surcará los mares en busca de oro, en bárbaros países, «para un malvado»; ni a ese oro dará forma el artesano trabajando en fraguas ardientes o en hediondos sótanos...

Nuestro poeta romántico se halla frente al mar en esta costa cantábrica. Sus ojos, tristes y rasgados, contemplan la inmensidad azul, verdosa, glauca. Todavía, antes de morir lejos de esta su ciudad natal —que él ama tanto—, ha de sufrir una amargura más sobre las numerosas ya sufridas. Los graves escritos de legislación y de política que este anciano ha trazado, y que son los que le han dado renombre, habrán de ahogar la luminosidad

de estos versos plásticos, pintorescos y enérgicos, tan bellos y trascendentales —trascendentales en la evolución de nuestra estética— como toda la prosa del poeta. Dos notas capitales caracterizan el movimiento romántico: una el individualismo vehemente, ensoñador; otra la tendencia realista, en oposición a la frialdad, la rigidez, la monotonía del clasicismo. Por esas dos características resaltan —anticipándose a la revolución romántica— los versos de nuestro poeta.

¡Ironía de las cosas! Este poeta que habla de la propiedad como acaba de ver el lector; este poeta que ve en la propiedad el origen de todos los males, había de tener, andando el tiempo, una estatua en el Senado: allí donde la propiedad tiene su representación parlamentaria, sus más decididos apologistas y defensores.

Vivió don Melchor Gaspar de Jovellanos sesenta y siete años. Murió en 1811.

GARCILASO Y GÓNGORA

NACIÓ Garcilaso en 1503; murió en 1536. Vió la luz primera en Toledo. Su obra poética es reducida; compónenla tres églogas, dos elegías, algunas canciones y una treintena de sonetos. No es Garcilaso un poeta castizo, de su tierra y de su raza. El autor desconocido del *Poema del Cid*, por ejemplo, nos produce la sensación de un terruñero, de un morador del campo que esparce por su obra —armonizándola con la grandeza épica— un hálito de cosas vernáculas, de la campiña, de los caminos y de la labranza. Garcilaso es culto, delicado, refinado. La sensación se nos muestra en sus versos aguda, penetrante. Pero —y aquí está el profundo encanto del poeta—, pero esta idealidad, esta aspiración inefable, indefinible, que late en la poesía de Garcilaso, tiene como lejano fondo, en las *Églogas* y en las *Elegías*, un paisaje, una campiña, una naturaleza sentida también de una manera espiritual y sutil.

Garcilaso ama el agua, los árboles y las flores. Son esas sus tres dilecciones supremas. El poeta nos pinta en sus versos el agua clara que atravie-

sa un fresco y verde prado; las corrientes cristalinas y puras; los árboles que se espejean en la superficie tersa de los ríos y las fontanas; los valles floridos y sombríos; el viento manso que mueve blandamente los árboles; las nubes coloradas que aparecen bordadas de oro al tramontar el sol; el murmurio del agua en los hontanares; las robustas y verdes encinas; las altas hayas; las hondonadas floridas, espesas y umbrosas; el silencio sólo turbado por el manso ruido de las abejas; los prados verdes y suaves. En cuanto a lugares concretos, determinados, Garcilaso habla del viejo Tormes, del hondo Tajo, de la fría sierra de Cuenca, de la abrigada Extremadura, de los Pirineos blanqueados por la nieve. La patria del poeta — Toledo — tiene una mención especial en la égloga III. El río Tajo «en áspera estrechez reducido», metido en hondo cauce, va casi ciñendo un monte; allá en lo alto, en la cumbre, aparece una «ilustre y clara pesadumbre, de viejos edificios coronada». Aquello es Toledo, «la más felice tierra de la España». ¿Por qué este paisaje, pintado en cuatro o seis versos, nos recuerda el panorama de Toledo, rasguñado en uno de sus cuadros por el Greco? Un parentesco profundo, íntimo, diríase que existe entre Garcilaso, toledano castizo, y Theotocopulos, que tan maravillosamente, siendo extranjero, supo asimilarse el espíritu toledano; entre la espiritualidad elegante, refinada y culta de Garcilaso y la otra espiritualidad, también sutil, etérea, atormentada, del Greco.

En los verdaderos poetas hay siempre versos que por sí mismos viven su vida, versos que des-

tacan aislados en el poema, y aun siendo inconexos, sin sentido congruente —tomándolos solos—, nos sugieren, sin embargo, un estado de espíritu, una euritmia, una visión, una musicalidad indefinibles. Abundan tales versos en la obra de Garcilaso. Sirvan de ejemplo los que van a continuación:

... el suave olor del prado florecido...
 ... el blanco lirio y colorada rosa...
 ... un susurro de abejas que sonaba...
 ... cargada a ti de flores y oloroso...
 ... cestillos blancos de purpúreas rosas...
 ... por el silencio de la noche obscura...

Y, sobre todos ellos, el siguiente, de una fluidez, de una suavidad, de una luminosidad extraordinarias:

... cual por el aire claro va volando...

Interesante es ver el juicio que grandes artistas literarios han merecido a otros grandes artistas contemporáneos o casi contemporáneos suyos. Lope de Vega escribe estas palabras en *La Doro-tea* —acto iv, escena ii—: «Garcilaso, ¿fué culto? Aquel poeta es culto que cultiva de suerte su poema, que no deja cosa áspera ni oscura, como un labrador un campo; que eso es cultura, aunque ellos dirán que lo toman por ornamento.» El concepto de culto, aplicado al arte literario, es, pues, para Lope de Vega, claridad —objetividad, diría un *parnasiano* moderno— y suprema maestría técnica. Fué Garcilaso un altísimo poeta. Murió a los treinta y tres años —a la edad en que Espronceda—; encontró la muerte peleando en la guerra.

Cuando cayó herido recogiólo en sus brazos el marqués de Lombay, que más tarde fué San Francisco de Borja.

De Toledo pasemos a Córdoba; de Garcilaso a Góngora. D. Luis de Góngora nació en 1561; murió en 1627. Hizo Góngora sus estudios en Salamanca; recibióse de bachiller; agraciáronle con una canonjía en Córdoba; fué nombrado, casi al final de su vida, capellán de Palacio. Con Góngora penetra un elemento nuevo en la poesía; la ironía, la mordacidad, la sátira. Nos hallamos muy lejos del sentimentalismo delicado y elegante de Garcilaso. Pero hay aquí otra elegancia castiza, aristocrática: la cordobesa. Unid a ella una sensación aguda de las cosas, una ironía cáustica, ligera y desdeñosa, y tendréis la poesía de Góngora. Han sido exaltados los versos serios, solemnes, graves, del poeta cordobés: seguramente que lo que en Góngora vale más es su obra festiva. Tiene el poeta cordobés ciertas composiciones breves, letrillas o romances, que, a nuestro entender, no reconocen rival en nuestro Parnaso. Sirvan de ejemplo las composiciones que comienzan *Las flores del romero*, o *Hermana Marica*, o *Que se va la Pascua*, *mozas*. Nada hay en estas poesías de conceptuoso y laberíntico; todo es en ellas claridad y sencillez. Góngora retrata o hace hablar a algunas mozuelas en esas poesías. Y su atractivo estriba en un dejo suave de melancolía junto con una nota de sensualidad y picarismo.

A Góngora bástanle cuatro rasgos satíricos, trazados como al desgaire, para darnos una visión de la sociedad o para esbozar el retrato de un perso-

naje. Sirva de ejemplo su soneto *Madrid*. En ese soneto, que no es más que un breve catálogo de las cosas que el poeta halla en la Corte, Góngora escribe el siguiente verso:

... Mentiras arbitreras, abogados...

En esas tres palabras, sucinta y lapidariamente queda expresada nuestra historia política desde hace tres siglos; no se necesita más.

En el romance *Hanme dicho, hermana*, el poeta ha trazado su propia caricatura. Entre sus poesías satíricas, ésta es una de las más típicas. He aquí un personaje mozo en los años, pero viejo en desdichas; no alto, aunque bien podría alcanzar higas de cualquier higuera; la cabeza, al uso y bien repartida, con la coronilla encima y el cogote detrás; grandes los ojos y fina la vista, de tal suerte que puede conocer un galgo entre cien gallinas; la nariz corva podría servir de alquitara en una botica; no es muy buena la boca, mas a mediodía le da más gusto que la de su ninfa. Nuestro poeta es rico; tiene barcos en la tierra, viñas en el río y y algunos molinos de aceite que muelen harina. Es gran canonista; oyó teología en Salamanca; no pierde por la mañana su lección de prima, ni al anochecer la de sobrina. Entiende más de lengua latina que de persa o egipcia los alemanes. Si se pone a hablar el idioma toscano, los que le oigan dirán que ha nacido en Coimbra. Sabe que desde la Mancha llegan los hombres a Medina más tarde que las golondrinas. Compone romances, muy estimados de los que cardan el paño y esquilan las ovejas. En resolución, señoras mías --termina el

poeta—, yo os digo «que a los bonetes queráis las bonitas».

En *El Criticón*, parte II, crisis IV, hablando Gracián de Góngora —su poeta predilecto— le compara con una cítara, y dice que su extremada armonía «la percibían pocos, que no era para muchos». «Notaron en ella una desproporción harto considerable —añade— que, aunque sus cuerdas eran de oro finísimo y muy sutiles, la materia de que se componía, debiendo ser de un marfil terso, de un ébano bruñido, era de haya y aun más común.» ¿Alude Gracián con estas palabras a esa parte de la poesía de Góngora que acabamos de elogiar: la realista, la humorística, la satírica? Pues eso es precisamente lo más fino y original en el poeta cordobés, lo que prevalecerá.

Don Luis de Góngora vivió en la mayor estrechez los últimos años de su vida; él mismo nos revela en algunas de sus cartas detalles verdaderamente angustiosos. En 1626 un ataque cerebral le privó de la memoria; al año siguiente murió en Córdoba.

CADALSO

DON José Cadalso y Vázquez nació en 1741; murió en 1782. Es Cadalso uno de los más simpáticos ingenios del siglo XVIII; resúmenes en su obra —acaso mejor que en otra alguna— todo el espíritu de aquella centuria. Nuestros manualistas literarios han deprimido excesivamente el siglo XVIII. Se caracteriza este siglo por un férvido renacimiento del espíritu crítico; se hacen numerosos estudios sobre Medicina, Botánica, Filología, Historia, Crítica literaria, Numismática; comienza a brotar durante ese período histórico el espíritu moderno. Cadalso viajó por Francia, Alemania, Inglaterra; conocía las lenguas de esos países; admiraba sus literaturas. Fué poeta y costumbrista. Entre sus poesías hay algunas muy delicadas —como las que titula *Letrillas pueriles*—; la crítica social la hizo en *Eruditos a la violeta*, en las *Cartas marruecas* y en los *Anales de cinco días*. De todos estos libros, el más importante es el segundo; fué escrita esa obra en 1768.

Veamos las ideas de Cadalso, según las *Cartas marruecas*; asomémonos a la España que el escri-

tor dibuja en esas páginas. Procuraremos ser concisos; con harto sentimiento, en aras de la brevedad, sacrificaremos detalles curiosos, pintorescos. No faltará, sin embargo, en este resumen, nada de lo que al pensamiento de Cadalso sea esencial. Nuestro autor comienza sentando el verdadero concepto del patriotismo. «Aunque se ame y se estime a la Patria, por juzgarla dignísima de todo cariño, tengamos por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo, o en sus antípodas o en otra cualquiera.» «El patriotismo mal entendido, en lugar de ser virtud, viene a ser defecto ridículo.» Seamos sinceros con nuestro país. En España existe una juventud extraviada; se compone de señoritos aficionados a toros, garrochistas, chulapos, amigos de tahures; señoritos que se solazan en zambras y jolgorios con cantadoras, danzaderas, gitanas; grey abigarrada y zafia, en que acaso figura un tío Gregorio de «voz ronca, patilla larga, vientre redondo».

«Las ciencias van decayendo cada día.» «No hay quien no sepa que ha de morir de hambre como se entregue a las ciencias.» Los verdaderos estudiosos «son tenidos por sabios superficiales en el concepto de los que saben poner setenta y siete silogismos sobre si los cielos son flúidos o sólidos.» Dominan ergotistas, sutilizadores, disputadores eternos sobre fantasmagorías y entelequias. No estudiamos. Nuestro defecto fundamental «es el orgullo». «Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos.» Pero todo el desvanecimiento y presunción de las clases directoras «es poco en comparación de la va-

nidad de un hidalgo de aldea... paseando majestuosamente en la triste plaza de su pobre lugar, embozado en su mala capa, contemplando el escudo de armas que cubre la puerta de su casa medio caída». En España, «el color de los vestidos es triste; las concurrencias, pocas; la división de los sexos, fielmente observada; las mujeres, recogidas; los hombres, celosos; los mozos, penden- ciosos».

Son en España «muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde; toman chocolate muy caliente y agua fría; se visten; salen a la plaza; ajustan un par de pollos; oyen misa; vuelven a la plaza; dan cuatro paseos; se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven a casa; comen muy despacio; duermen la siesta; se levantan; dan un paseo al campo; vuelven a casa; refrescan; van a la tertulia; juegan a la malilla; vuelven a su casa; rezan; cenan, y se meten en la cama».

Tal es el retrato del habitante medio de España. ¿Cómo hemos venido a este marasmo, esta inercia, esta mediocridad intelectual? «España, desde el fin de 1500, es como una casa grande, que ha sido magnífica y sólida; pero que, por el decurso del tiempo, se va cayendo y cogiendo debajo a sus habitantes.» Aquí se desploma un pedazo de techo; acullá se hunden unos muros; más lejos se caen unas columnas. «Los moradores gimen: no saben adónde acudir.» En provincias hay «lo menos dos terceras partes de casas caídas». Existe ciudad que «contó algún día quince mil familias, reducidas hoy a ochocientas». ¿Cómo

hemos llegado a esta decadencia? España no ha gozado «una paz que pueda llamarse tal en cerca de dos mil años»; no es extraño que tan luengo pelear «haya hecho mirar con desprecio el comercio e industria mecánica». La Casa de Austria «gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas de España». Peleando en Italia, en Alemania, en Flandes, en América se nos fué toda la energía.

Ha carecido de gobernantes España. Los políticos son «unos hombres que no sueñan noche y día sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan». «Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosas que no vayan dirigidas a este fin.» No tiene bellezas la Naturaleza para ellos; su incultura es estupenda; ni sienten el paisaje ni el arte. «Nada les importan las cosas del mundo en el día, la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna.» No hay para ellos más que astucias, ardidés, artificios. «No basta la paciencia humana para mirar todas estas máquinas manejadas por un ignorante ciego, que se figura a sí mismo tan incomprensible como los demás le conocen necio.» «Con el mismo tono dicen la verdad y la mentira.» Tienen repuesto abundante de cumplimientos, enhorabuenas y pésames. «Poseen gran caudal de frases de mucho boato y ningún sentido.» Sonríen, gesticulan, hacen zalemas, se doblan en genuflexiones; son tornadizos y ligeros. Son perfectos en la cortesía, el gesto y la palabra. «Sólo una cosa les falta. ¿Cuál es la cosa que les falta? No les falta más que entendimiento.»

Las guerras, las conquistas, el éxodo a América han sido la causa de nuestro atraso. «Desde el siglo xvi hemos perdido los españoles el terreno que algunas otras naciones han adelantado en ciencias y artes.» «Hoy, del otro lado de los Pirineos, apenas se conocen los sabios que así se llaman por acá.» No hay, entre nosotros ambiente para el trabajo intelectual. «Apenas ha producido esta Península hombre superior a los otros, cuando han llovido sobre él miserias hasta ahogarle.» «En todas partes es, sin duda, desgracia, y muy grande, la de nacer con un grado más de talento que el común de los mortales; pero en España ha sido hasta ahora uno de los mayores infortunios.»

Sólo en el trabajo y en la ciencia está nuestra redención. Amemos la inteligencia y el trabajo. «Trabajemos en las ciencias positivas para que no nos llamen bárbaros los extranjeros.» «Haga nuestra juventud los progresos que pueda. Procure dar obras al público sobre materias útiles. Deje morir a los viejos como han vivido.» «Para igualar a nuestra Patria con otras naciones es preciso cortar muchas ramas podridas de este venerable tronco.» «Cuéntese, pues, por nada lo pasado y pongamos la fecha desde hoy, suponiendo que la Península se hundió a mediados del siglo xvii y ha vuelto a salir de la mar a mediados del siglo xviii.»

... Tal es, fielmente reflejada, la España que nos pinta Cadalso. Al lector seguramente le habrá sorprendido la extraordinaria modernidad de la crítica social del ilustre escritor. Las *Cartas ma-*

rruecas son un libro póstumo; no se atrevió Cadalso a publicarlo en vida. Ya se habrán podido percibir con claridad las razones de la prudencia de Cadalso. Pero precisa leer íntegra la carta LXXXVII —escrita en un tono equívoco— para comprobar hasta dónde llegaba el espíritu crítico de nuestro autor. Las *Cartas marruecas* son un anticipo de Larra y de Costa. Esa cancelación del pasado en que Cadalso insiste, ¿no es la misma renunciación al ensueño pretérito de que nos habla el pensador aragonés? Después de José Cadalso y Vázquez vendrá Mariano José de Larra.

Todavía falta algo para llegar a la honda crítica de *Fígaro*. En Cadalso vemos simplemente el observador; en Larra —merced a la revolución romántica— contemplamos la personalidad del artista, la individualidad, el *yo*, frente a todo lo demás, frente a la sociedad. Y en esa lucha estriba lo dramático, lo intenso, lo emocional de Larra, que en Cadalso no existe.

LOS PINTORES

ESCU德里ÑANDO entre nuestros recuerdos de cosas de pintura viene a nuestra memoria la visita —imprevista— que hace algunos años hicimos a un pintor. Era en Mallorca; en compañía de varios amigos salimos una mañana de la capital para trasladarnos a Soller. El viaje es agradable en sumo grado. Va descubriendo la vista un panorama espléndido: paisaje fino, noble, con un matiz de severidad; paisaje que no es ni el romántico del norte de la Península, ni el clásico de levante y mediodía. Tiene ese panorama la verdura grata del norte y la claridad y delicadeza del mediodía. Caminábamos conversando amenamente y admirando el campo, cuando a un lado del camino descubrimos una casa. Quisimos hacer un alto en ella; llegamos a su puerta y penetramos en el zaguán. Los recuerdos nuestros al tocar a este punto son ya algo vagos; cuando se ha recibido una impresión honda y esa impresión queda atrás en el tiempo, se esfuma en la lejanía; sólo unos rasgos esenciales, sólo notas capitales acuden —un poco incoherentemente— a la memoria. Y lo curioso es

al evocar esta sensación pasada, sea de alegría o de tristeza, ver cómo han perdurado en nuestro espíritu cosas, detalles, particularidades que no tenían ninguna importancia, triviales, y, en cambio, se han desvanecido otros rasgos que parecían y eran, en efecto, fundamentales. El literato, o simplemente conversador, al relatar estas impresiones antiguas suele llenar los vacíos existentes y restablecer, arbitrariamente, la jerarquía y valor de los detalles. Sin ese trabajo de arreglo y de teatralidad —de coherencia, en suma—, casi no podría haber relato, puesto que sólo tendríamos un conjunto más o menos pintoresco de detalles incongruentes, sin valor muchos de ellos. Pero ¿por qué no decir que, contados así los recuerdos, a pesar de su incoherencia, tienen una fuerza, una plasticidad, una vida, un espíritu, que de la otra manera, correcta y lógica, no tienen?

De nuestra visita al pintor, que vivía y trabajaba en pleno campo mallorquín, sólo recordamos lo siguiente: un cielo azul, esplendente; una puerta baja y ancha de medio punto; unas paredes blancas, nítidas, encaladas; un porche vasto empedrado; un cuadro y un caballete; un hombre joven y una mujer joven. Fuera, unas higueras anchas y verdes que hacían resaltar la blancura de las paredes, y a lo lejos, el mar: el mar latino, azul, verdoso, violeta, dorado. El pintor era un muchacho animoso, lleno de fe, a quien acompañaba su mujer. No tenía *todavía* nombre; su trabajo era desconocido del gran público. Pero él tenía una confianza plena en sí mismo, y allí, junto a él, estaba su compañera fiel que le alentaba y confortaba. No recordamos

el nombre de este artista, ni sabemos en qué punto se halla en el camino del arte y de la fama.

Hemos dicho de la fama, y rectificamos. El camino del arte, simplemente. ¿Qué importa al verdadero artista, pintor, poeta o prosista, lo que piense o no piense de él, lo que de él ignore o no ignore la masa del gran público? Cuando comenzamos a laborar hay una secreta e invencible fuerza en sentirnos ignorados, desconocidos de la multitud. Cuando nuestro cuadro o nuestro libro pasa inadvertido para la crítica corriente, para el gran periodista o para el gran comprador; cuando vemos que otro cuadro u otro libro hecho según una tradición y un casticismo convencionales —no los verdaderos, los eternos— se llevan la admiración y los aplausos, entonces nos replegamos sobre nosotros mismos, nos reconcentramos y, lejos de desesperarnos, si somos verdaderos artistas, si amamos nuestro arte, trabajamos en el silencio con más pasión, con más fe, con más entusiasmo, con más grande y más incontrastable intensidad.

Entonces es cuando, solos espiritualmente, solos con la naturaleza, sin sanciones oficiales, sin consagraciones de las muchedumbres; entonces es cuando en nuestras horas de silencio y de profunda paz, y de meditación, percibimos la relación profunda y misteriosa de las cosas; entonces es cuando llega a nuestro espíritu toda la fuerza y la belleza de la luz, de la línea, del ritmo, de la eufonía; entonces es cuando vemos en su significación eterna y misteriosa un árbol, una montaña, un río, una ciudad, un crepúsculo, un amanecer; entonces es cuando nosotros, rebeldes, insumisos, despre-

ciados por revolucionarios, combatidos por incoherentes, denostados, ridiculizados, nos colocamos con nuestro arte en la grande y perdurable corriente de verdadero casticismo y enlazamos nuestra obra —ridiculizada o ignorada— a la obra de todos los maestros antiguos.

Irremediablemente —y nosotros no queríamos remediarlo; al contrario—, siempre que pensamos en los comienzos silenciosos y angustiosos de los artistas innovadores, acude a nuestra memoria el recuerdo de ese pintor joven que, asistido de su leal compañera, vimos un día de cielo azul allá en Mallorca, en el campo, pintando cerca del mar, viviendo en una casa de labriegos. ¡Tened fuerza —oh pintores, oh artistas— para replegaros sobre vosotros mismos y clavar la vista en la luminosa y remota lejanía! Cuando se leen los comienzos de Courbet, de Degas, de Puvis de Chavannes, se experimenta una sensación extraña al ver cómo la crítica coetánea juzgaba esas obras que hoy fervorosamente admiramos. Burlas, sarcasmos y frases chocarreras arrancaron a los críticos de su tiempo *El entierro de Ornans*, o *El encuentro*, o *El estudio*, de Courbet; los más bellos lienzos de Degas —el maravilloso, incomparable pintor— no fueron apreciados de otro modo; las primeras telas características de Puvis de Chavannes fueron igualmente incomprendidas.

En 1876 uno de los más brillantes periodistas de París —Pierre Wolff— decía en *Le Figaro*, hablando de los cuadros que Degas exhibía en una exposición celebrada en la calle Le Pelettier: «La calle Le Pelettier tiene desgracia. Después del in-

cendio de la Ópera una nueva calamidad cae sobre el barrio. Acaba de abrirse en casa de Durand-Ruel una exposición que se llama de pinturas.

»El transeunte incauto, atraído por los gallardetes que decoran la fachada, penetra en el local, y a sus ojos estupefactos se ofrece un espectáculo cruel... ¡Intenten ustedes el hacer comprender las cosas a M. Degas; díganle que en arte existen ciertas cualidades que se llaman dibujo, color, ejecución, energía; Degas se reirá de ustedes en sus barbas y les llamará reaccionarios!»

No; Degas, el prodigioso pintor de las bailarinas de la Ópera, no se hubiera reído ni hubiera dicho nada. Degas no se rió, en efecto, ni dijo nada. Trabajaba en silencio. Mucho tiempo después, hace pocos años, Degas contestaba con la siguiente frase a un pintor joven que se lamentaba de las dificultades del éxito, de los obstáculos que se oponen al que quiere *llegar*: «De mon temps, monsieur, on n'arrivait pas!» *En mi tiempo, señor, no se llegaba*. Es decir, en mi tiempo trabajábamos por el arte, por la belleza, por el placer de trabajar, y no pensábamos ni en los compradores, ni en las medallas, ni en el dinero, ni en los aplausos. No había que *llegar* a ninguna parte; despreciábamos, mejor, ignorábamos todo lo que no fuera nuestro arte. ¡Oh pintores, oh artistas, pensad en estas altísimas palabras del gran artístal

UNA CASA DE MADRID

ESTAMOS en 1848. Es presidente del Consejo don Ramón María Narváez; antes lo ha sido el señor García Goyena; antes, el señor Pacheco; antes, el señor Martínez Irujo; antes, el señor Istúriz; antes, otra vez el señor Narváez... Paseando por las calles de Madrid hemos llegado a la casa de una familia amiga, viven nuestros amigos en el número 10 de la calle de la Luna. La vivienda es modesta; modestos son sus moradores; subamos un momento a charlar con ellos. Son éstos un anciano —el abuelo—, un matrimonio y un niño —el nieto—. Tiene ocho años ahora el chico; es vivaracho, despierto, curioso, revolvedor. Anda y devanea por todas las estancias de la casa; se sube a los muebles; coge los diversos trebejos y cachivaches; enreda con las figurinas que reposan sobre las consolas. La casa no es muy espaciosa. Examinémosla. Consta de un recibimiento obscuro, de una sala, de un despachito, de un comedor, de varias alhanías o alcobas. La sala —pieza principal de la vivienda— está pintada al temple; una consola de caoba se yergue junto a una de las pa-

redes; sobre ella, simétricamente colocados, aparecen dos floreros hechos con diminutas conchas, y entre ellos se levanta, bajo un fanal, la figura de un templario —nada menos que un templario—, con su larga capa blanca y su cruz de Malta. Floreros y templario se reflejan límpidamente en un ancho alinde colocado sobre la consola. Al cuerpo ofrecen descanso un sofá y ocho sillas de enea, blancas, con vivos y dibujos en negro. De las paredes penden diez o doce cuadros: litografías amarillentas, litografías hechas en Lyon o en Málaga, que representan las aventuras de Laval-lière o las tristes gestas de Chactas.

Junto a la sala hay un reducido gabinete; está separado de ésta por unas mamparas con las cortinillas de seda roja. Cuatro sillas y una cómoda componen el menaje del gabinete. Sobre la cómoda, otro gran cuadro: una imagen, grabada en cobre, del Cristo de los Guardias de Corps. El anciano que vive en la casa guarda cuidadosamente en la cómoda su ropa blanca. Dos artefactos hay también en la estancia que sirven útilmente a este provento morador de la vivienda. Fijaos bien: uno es un molde de madera, a modo de cabeza humana, en que el anciano coloca todas las noches, antes de acostarse, su peluca; otro es un pequeño garfio o colgadero en que pone su reloj: un reloj por el cual este hombre ha regulado toda su vida, un reloj que ha contado durante sesenta años sus alegrías y sus tristezas, un reloj que el día que este anciano —su fiel compañero— expire continuará marchando, marchando con su tic-tac impasible, inexorable.

El comedor de la casa no tiene nada de notable. La luz la recibe por un balcón que da a un patio. Un sofá, un péndulo en su caja y una mesa cubierta de hule (sobre cuyo hule es de suponer que se extenderá un mantel a las horas del yantar) son todos los muebles de esta pieza. No es menos modesto el despacho del anciano, que ya conocemos. Hay en él un bargueño con diminutos cajones, una escribanía de bronce y un cacharrito de porcelana lleno de obleas. El niño que anda por la casa, muchas veces entra en este despacho, abre y cierra los cajoncitos del escritorio, vuelca las obleas, desparrama los papeles que estaban cuidadosamente aperdigados. Cuando ha dado sus lecciones, ha paseado por las calles y ha devaneado por la casa, este niño ha cumplido —por ahora— su misión sobre la tierra. A la noche entra en su alcoba y se acuesta en una camita con barandilla; la barandilla es para que el pequeño durmiente no caiga al suelo en su dormir inquieto. «Porque, según parece —escribirá este niño muchos años después—, hasta durmiendo era yo revoltoso.»

Todo está limpio en la casa. La modestia no empece ni la pulcritud ni el orden. En este año de 1848 (presidente del Consejo don Ramón María Narváez; antes, García Goyena; antes, Pacheco; antes, Martínez Irujo, etc.); en este mismo año de 1848, un desaforado romántico, un amigo de Larra y de Espronceda, don Jacinto de Salas y Quiroga, acaba de publicar una novela: se titula *El Dios del siglo*, y ha sido estampada en la imprenta de don José María Alonso, Salón del Prado, número 8. En el capítulo III de esta novela el

autor nos describe minuciosamente una casa situada «en la calle de Fuencarral, no lejos de la Red de San Luis». Salas y Quiroga hace su poco de filosofía a propósito de esta casa. «En la coronada villa, capital de España, especialmente, donde todavía no ha cundido el amor a las comodidades, y en donde se confunde el lujo con la decencia, nada hay que dé más cabal idea de las cabezas de familia o de las señoras, que son las que más parte tienen, por lo regular, en estos arreglos, que la elección de casa.»

«Viven —añade el autor— en las tertulias, en los paseos, en las tiendas, y la casa les importa poco. Carecen de decoro doméstico, defecto tan vulgar en España, y ni respetan a los demás ni se respetan a sí mismos.» Salas pasa luego a describir la casa, y lo hace tan minuciosamente como nosotros hemos descrito otra. ¿Por qué la casa número 10 de la calle de la Luna nos ha recordado esta otra casa situada cerca de ella, en la calle de Fuencarral, y descrita por un novelista en el mismo año de 1848? Seguramente porque en esta vivienda pintada por nosotros resplandecía ese *decoro doméstico* de que, con frase exacta, habla el amigo de Larra y de Espronceda. Decoro en la limpieza, en el menaje, en las idas y venidas y en el gesto de sus moradores —gente discreta—, en la solicitud y escrupulosidad con que educan a este niño avisado y nervioso.

Este niño se llama Julio Nombela. Setenta años más tarde, al escribir los cuatro compactos volúmenes de sus Memorias —tituladas *Impresiones y recuerdos*—, este hombre había de comenzar evo-

cando el recuerdo de la casa en que transcurrió su niñez. Con amor, con viva emoción, la casa en que viviera aquellos lejanos años ha sido descrita en estas páginas. La vida de este hombre ha sido larga y varia. Ha conocido a Rodríguez Rubí y ha visto pintar a Federico de Madrazo; ha escuchado discursos políticos de González Bravo y conferencias económicas de don Luis María Pastor; ha sentido la emoción de lo trágico viendo representar *La carcajada* a don José Valero; aplaudió a don Manuel Catalina y a García Luna; se mezcló en las guerras civiles; fué secretario de don Carlos; puso su firma en el acta de reconocimiento de la legalidad por parte de Cabrera; en París trató a Aüer y a Janín, escuchó esas viejas óperas que se llaman *Poliutto*, *Linda de Chamounix*, *La muta di Portici*; escribió en los periódicos; anduvo por las provincias... Una impresión de vida laboriosa, humilde, callada se desprende de estos volúmenes; acaso contribuya mucho a ello el estilo —sencillo, minucioso— en que estas Memorias están escritas. La mejor definición que podemos dar de las *Impresiones y recuerdos* de don Julio Nombela es decir que nos parecen el complemento obligado de las comedias de Bretón y de los cuadros de Mesonero.

Larga ha sido la vida de este infatigable y honrado obrero intelectual; muchos más años le deseamos cordialmente que viva todavía. Toda suerte de incidentes y acaecimientos han llenado esa existencia. Pero seguramente cuando don Julio Nombela vuelva la vista a lo pretérito, no verá ni sentirá como lo capital sus andanzas en París, ni

su firma —ya histórica— puesta en el acta de Cabrera, ni su estrecha amistad con este general, ni sus servicios a don Carlos. No; seguramente lo que entre lo pasado destacará será el recuerdo de aquella modesta casa de la calle de la Luna, en que él dormía, siendo niño, en una camita con barandilla; en la que había una consola con la figura de un templario. Ocurría esto en 1848. Era entonces presidente del Consejo don Ramón María Narváez; antes lo había sido el señor García Goyena; antes, el señor Pacheco; antes, el señor Martínez Irujo; antes, el señor Istúriz..

LA EVOLUCIÓN DE LA SENSIBILIDAD

EL tomo iv del *Quijote* que publica *La Lectura* abarca desde el capítulo xxxix al l.ii; termina con este volumen la primera parte de la obra de Cervantes. Sabe el lector que el texto de esta novísima edición ha sido primorosamente cuidado por don Francisco Rodríguez Marín. De la misma mano son los comentarios. No insistiremos en nuestros elogios a la publicación emprendida por los nuevos *Clásicos castellanos*; sí queremos hacer algunas observaciones a propósito de los comentaristas al *Quijote*. Hasta ahora los comentaristas de la novela cervantina se han explayado por los campos de la filología, de la historia y de las costumbres; unos han mostrado en esas notas su erudición, y otros, su mal gusto. Pero lo que va haciendo falta es un comentario al *Quijote*, no histórico, no gramatical, sino *psicológico*. Hace años, Leopoldo Alas se lamentaba de que no se hubiera realizado una labor semejante. Clarín mismo deseaba, como una obra capital de su vida, escribir un comentario de tal naturaleza sobre el *Quijote*; lo deseaba allá para el ocaso de su vida, cuando la

experiencia del mundo le hubiera puesto en disposición de comprender y sentir todo lo que hay en la gran obra. En el entretanto, Leopoldo Alas veía que sólo un español podía acometer la empresa por él ambicionada: don Juan Valera.

Acaso Clarín se engañaba; quizás no era Valera el más apto para sentir el *Quijote* tal como hoy le vemos; el *Quijote* de los tiempos modernos, que es distinto, muy distinto del *Quijote* del siglo xvii. No era acaso Valera el comentarista más a propósito, porque no podía sentir el *Quijote* como debe sentirse —emocionalmente— el escritor que había adoptado la singular modalidad espiritual —eutrapélica y desdeñosa hacia muchas cosas serias— que todos conocemos. Pero, en fin, dejando aparte este pequeño problema literario, digamos que acaso en el plan de Clarín entraba, como uno de los aspectos de sus soñados comentarios, este examen psicológico del *Quijote*. Algo de lo que pedimos en estas líneas ha sido esbozado por un hispanista francés, Alfredo Morel-Fatio; pero no se trata tanto de la crítica social de Cervantes en su libro como de lo que el *Quijote* representa con relación a la *sensibilidad española* de la época en que fué imaginado y escrito. ¿Cómo sentía el español en los siglos xvi y xvii? ¿Cuáles eran las cosas que le divertían y cuáles las que le angustiaban? El capítulo de la eutrapelia, del divertimento espiritual, es sumamente importante en la historia del desenvolvimiento humano; haciendo la historia de la ironía y del humor tendríamos hecha la de la sensibilidad humana, y, consiguientemente, la del progreso, la de la civilización. Las cosas

que hacían reír y sonreír hace tres, seis o diez siglos no son las mismas que ahora provocan la carcajada o suscitan la sonrisa. La marcha de un pueblo está marcada en los libros de los humoristas. Paralelamente a la sonrisa evoluciona la angustia y la congoja ante el dolor. Muchas cosas que antes dejaban indiferentes a los hombres nos apenan y angustian ahora; mañana, es decir, dentro de un siglo, de dos siglos, cosas y espectáculos ahora corrientes habrán desaparecido, y su recuerdo llenará de horror a quienes lo evoquen.

Mucho se podría escribir sobre la sensibilidad española en los siglos xvi y xvii; claro es que es cuestión delicadísima, que exige gran tiento, el discernir, al realizar esa obra, cuál es lo que puede ser considerado como privativo de España y cuál lo general, lo universal, lo común a las sociedades humanas —de un tipo medio europeo— en aquellas centurias. Pero la obra puede realizarse, y precisamente en esa labor se puede observar el grado de civilización, de progreso, de un pueblo; se puede ver en ese trabajo investigador, mejor que en las historias, documentos oficiales, descubrimientos e inventos de un país. Las obras literarias son las más apropiadas para tal investigación; en España, Quevedo, Lope, Gracián, Góngora, etc., pudieran suministrarnos abundante materia prima. Pero el *Quijote* es libro que descuella sobre todos; su universalidad es reconocida, notoria, y al *Quijote* habría que acudir en primer término.

Pongamos un ejemplo: en el capítulo LII de la obra de Cervantes ocurre, como sabe el lector, una reyerta entre Don Quijote y un cabrero.

En el curso de la refriega «el cabrero cogió debajo de sí a Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo». Así escribe Cervantes. La escena no podía ser más lastimosa; no se trataba de una lucha baladí, sino de un bárbaro y lamentable pugilato. Ahí tenemos a los dos contendientes rodando por el suelo, aporreados, jadeantes, heridos, manando sangre de sus caras. ¿Qué hacían entretanto los que los contemplaban? Entre los espectadores hay gente plebeya, tosca, y dos personas de distinguida condición social; los primeros, viendo a los dos luchadores, «saltaban de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen a los perros». Dejemos a éstos. Los otros dos espectadores son un cura párroco y un canónigo. Y los dos —escribe Cervantes— «reventaban de risa». Notemos que el canónigo era un hombre culto, erudito, discreto; páginas atrás, hace un momento, ha estado disertando sobre sutiles materias de estética. ¿Nos explicaríamos hoy esta risa retozona, a borbollones, de este cura y de este canónigo? De ningún modo; estamos por decir que ni aun sería posible el «gozo» de los otros groseros y toscos espectadores. Un instante después de esta escena, cuatro o seis páginas más allá, ocurre la aventura de la rogativa. Don Quijote recibe un terrible garrotazo y cae privado de sentido al suelo. «Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto.» El comentarista anota: «*Doloroso* para Sancho y *ri-*

sueño (*risible* o *ridículo*) para los que lo presenciaban.» Volvemos a preguntar: ¿sería hoy risible este llanto del bueno, del simpático, del generoso Sancho?

Hoy no habría persona de mediana sensibilidad —no ya de extremada— que pudiera sonreír ante estas cosas. Al contrario: nos entristecerían. La sensibilidad ha ido evolucionando. En el *Quijote* podemos ver patentemente, con relación al pasado, los progresos de esa sensibilidad. Los podemos estudiar en las obras de otros clásicos, como Quevedo y Lope de Vega. En *El Buscón*, de Quevedo, recordamos la repugnante novatada que hicieron sufrir a Pablillos en la Universidad de Alcalá; en el *Lazarillo de Tormes*, el terrible castigo que al mozuelo inflige el clérigo de Maqueda; en *La Dorotea*, de Lope, el tremendo bofetón que, no un rufián, sino un poeta delicado y sutil —don Fernando— propina a una muchacha tan prendada de él como la heroína del libro...

Complemento de la investigación literaria podría ser el estudio de la legislación. En 1791 don Pedro Antonio Echebarría y Ojeda publicó un sucinto *Manual alfabético de delitos y penas según las leyes y pragmáticas de España*. No es necesario que vayamos a remover los viejos y pesados infolios; aquí, en pocas páginas, podemos ver el cambio operado, aparte de que el autor tiene en cuenta muchas cédulas, provisiones y bandos, que no están coleccionados en los cuerpos legales. Los agoreros tienen pena de muerte; destierro perpetuo los encubridores. A los blasfemos se les debe cortar la lengua, dar cien azotes y destinar por

diez años a galeras. Los «criados de librea» que traigan contrabando en los coches incurren en la pena de 200 azotes y seis años de galeras; en pena de muerte, los falsificadores de «sello o firma que usa el rey, o sus ministros, o algún arzobispo, obispo u otro prelado», en muerte por quema, el fabricante de moneda falsa; en «perdimiento de la casa o lugar donde los encubre», el encubridor de herejes...

Como hoy no toleraríamos muchas risas y sonrisas de antaño, no toleraríamos tampoco ni siquiera la idea de tales penalidades; dentro de uno, dos o tres siglos, no serán toleradas otras risas y sonrisas de ahora, ni otras penalidades que ahora nosotros aplicamos. Un poco más de sensibilidad: eso es el progreso humano. Es decir, un poco más de inteligencia.

LA FERIA DE LOS LIBROS

LA feria de los libros se inaugura en Madrid en la última decena de Septiembre y dura hasta fines de Octubre. En estos días otoñales nada más agradable que ir hasta los tenderetes repletos de volúmenes a devanear un rato inquiriendo, husmeando, hojeando viejos librotos, estampas descoloridas, papeles de toda suerte, diversamente impresos. La feria está instalada allá abajo, frente al Ministerio de Fomento. Desde la Puerta del Sol —si en ella nos hallamos— subamos por la calle de Carretas, luego enfilemos por la de Atocha. Desde la plazuela de Antón Martín comenzamos a descender una empinada cuesta. A un lado, sobre un muro, vemos una lápida de mármol blanco: allí estuvo la imprenta en que se estampó —en 1605— la primera parte del *Quijote*. Añadamos que la inscripción de la lápida está o ha estado equivocada; añadamos también, para disculpa y explicación, que se trata de una cosa *oficial*, del Estado. ¿Habrà algo de lo que el Estado haga —y más con relación al arte, a la cultura— que no salga trastocado, torpe, negligente y

desmañado? ¿Ha visto alguna vez el lector —visión hórrida— los retratos y pinturas que hay en los ministerios? De los que hay en el de la Guerra nos acordamos —lastimosamente— en este momento. Pero sigamos descendiendo por la cuesta de Atocha, en dirección a la feria de libros. A la entrada de la calle, en la esquina de la derecha, nos encontramos a estas horas —cinco de la tarde— un pintoresco remolino de gentes; existen aquí numerosas tabernas; es éste el sitio por donde pasan todos cuantos a pie se encaminan a la estación. Los que van a pie son gente humilde, popular: pardillos, payos, labriegos, artesanos, hombres y mujeres del pueblo, en fin, que regresan a sus hogares provincianos. Ningún sitio más a propósito que este paso obligado de los que van y de los que vienen, para que en él florezca el picarismo. En efecto; veréis aquí, entre las caras lerdas de los melenos, las avispadas faces de los descuideros, tomadores, mecheros y enterradores. La candidez provinciana paga aquí su alcabala: aquí el simple bobo de los llanos de Albacete o de las fragosidades toledanas encuentra inopinadamente un deudo olvidado o un paisano afectuoso, que luego —en prenda de amistad y cariño— se queda con la bolsa del pasmado y turulato manchego o toledano.

Pero sigamos avanzando; pasemos de largo frente a la estación del Mediodía: a la izquierda tenemos el ministerio de Fomento, maravilloso ejemplar de arquitectura amazacotada, tosca, presuntuosa, sin pizca de airocidad y belleza. ¿No hablábamos antes del arte oficial? Pues aquí tene-

mos también otro caso bien típico. Ante el ministerio se extiende una ancha avenida; en ella está instalada la feria tradicional de los libros. Componen la feria doce o catorce tinglados toscos, sordidos, de madera; formando ringla con ellos hay también unos puestos de baratijas y otros de frutas otoñales. Aquí veréis estos membrillos ocales, estas acerolas gualdas o rojas, estas peras de Aragón (tan ponderadas, pero de las cuales Gracián, archiaragonés, decía en *El Criticón* que son muy desabridas), estas manzanas olorosas y redondas, estas granadas, en fin, rotundas, hinchadas, abrideras. Pasamos entre estos puestos —cuidados por clásicos alcarreños o manchegos— y entramos en la jurisdicción de los libros. Los bibliófilos se extienden en largas y flébiles lamentaciones respecto a la decadencia lastimosa de la librería de viejo. Se encontraban antes en estos tenderetes curiosos primores bibliográficos; podía uno llevarse a casa por una peseta o seis reales una edición curiosa de algún clásico. Mas hoy ya todo desapareció; los libreros han aguzado su perspicacia; se han extendido más los conocimientos bibliográficos. Y ya en las librerías de viejo, en los baratillos de la feria, en los puestos desparramados por la ciudad, no se ven sino mamotretos y libracos sin importancia. ¿Es esto cierto? ¿Había tantas preciosidades en estos tenderetes hace veinte años? De todos modos, pocos esparcimientos espirituales semejantes a este deambular sin plan ante los libros y a este husmeo de volúmenes heteróclitos. ¡Oh pretiles del Sena, repletos de libros, en los que puede uno leer sin tasa, sin que el buen

librero galo sienta la menor irritación o contrariedad! Husmear en los libros viejos es, sí, un placer. Tenemos en nuestra biblioteca todos cuantos libros apetecemos; contamos con clásicos y con autores modernos, con escritores indígenas y con escritores exóticos; nos esforzamos en pensar en algún libro, sobre cualquier materia, que pudiéramos codiciar. No; en este momento, media hora antes de ir a la feria de los libros, no apetecemos nada. Sin embargo, cuando comenzamos a husmear entre los volúmenes encontramos uno o dos o cuatro, que nos causan verdadero placer y nos producen sorpresa. Estos libros que acabamos de encontrar no son preciosidades bibliográficas; acaso no valen más que dos o tres reales. Y con todo, estos volúmenes vienen a mostrarnos un aspecto nuevo, para nosotros, de algo, o llevan a nuestro espíritu un instante de verdadera fruición. Lo imprevisto, lo inesperado es el mayor atractivo de estos paseos bibliográficos. En Francia, en casi todas las librerías se puede entrar libremente y el paseante puede hojear los volúmenes, sin causar el desasosiego del librero; el librero sabe muy bien que el aficionado a los libros muchas veces no necesita comprar ninguno, y sin el propósito de comprar entra en la librería; pero que luego surge inopinadamente un volumen que excita el interés del visitante y es comprado por éste. En España las librerías están cerradas herméticamente como tabernáculos sagrados, y es cosa absurda, ilógica, inaudita el que un desconocido entre en ellas manosee los volúmenes, lea en uno de ellos un rato y se vuelva a marchar por donde ha venido.

Como esto ocurre en las librerías, de aquí uno de los encantos de esta feria —verdadera tregua en la hostilidad del librero español contra el visitante—; uno de los encantos, repetimos, que consiste en poder examinar los libros sin la imperiosa, ineludible obligación de comprar alguno. Los modestos aficionados a libros vienen a estas ferias. Hemos dicho los *modestos* y debiéramos añadir: los *verdaderos*. Hay varias clases de bibliófilos; lo verá el lector. Primera clase, no queremos decir la más selecta: la de los bibliófilos del libro por el libro; los que compran las grandes ediciones, las ediciones artísticas, de lujo; así como los incunables, libros peregrinos, raros, ejemplares únicos. No suelen estos suntuosos varones leer los libros que compran: además, si quisieran leerlos tendrían que hacerlo moleestamente; las ediciones de lujo no sirven para leer; sirven, generalmente, para hacer antipáticos a los clásicos; desempeñan una misión análoga a la de los profesores de literatura: hombres encargados de hacer que los muchachos les tomen aversión a los escritores de la antigüedad. Segunda clase de bibliófilos: los que buscan y leen a los clásicos en ediciones corrientes, sencillas; la erudición de estos bibliófilos suele ser discreta, escrupulosa a veces, pero limitada a una fila de escritores, a los más eminentes; lo que un crítico francés ha llamado los *clásicos clandestinos*, no existen para estos señores; ellos aman sólo lo consagrado, lo que ha pasado por el tamiz de las antologías y de los manuales, y no conciben que un autor del que no se habla en las cátedras ni en las academias pueda ser interesante. Tercera categoría de

bibliófilos: la de aquellos que buscan precisamente estos escritores de segundo rango o totalmente ignorados, un Somoza, por ejemplo, o un Mor de Fuentes, en literatura, o un Guillermo Lobé, en relaciones de viajes. Juntamente con estos escritores desconocidos hay también un género de libros anodinos, al parecer, sin ningún valor en bibliografía, pero que contienen un rasgo interesante o nos ofrecen un aspecto curioso de la sociedad en tal o cual época. Claro está que estos libros sólo tienen valor, transcendencia, para el observador que posee ya una cierta base de cultura, de erudición; para los demás, para libreros y para bibliófilos de lujo, estos volúmenes carecen en absoluto de importancia. Se venden éstos a precios insignificantes; se hacinan en grandes montones; se tiran y desparraman por el suelo. Ni siquiera posan en ellos la vista — ¡no faltaba más! — los grandes y fastuosos eruditos. Y, sin embargo, en muchos de estos libros anodinos, vulgares, humildes, suele estar el verdadero espíritu de un pueblo (o por lo menos un aspecto de él), y, desde luego, la erudición que estos libros prestan a un escritor es una erudición especial, inconfundible; no la erudición de los grandes nombres, fácil de adquirir con sólo hacer un gran pedido en una librería y leer luego los volúmenes comprados, sino otra erudición que ha de ser formada lentamente, a lo largo de los años, y que exige un trabajo personal constante, paciente, de husmeo y rebusca, tanto como una viva y ávida curiosidad espiritual.

Pero nuestra deambulaci6n bibliográfica ha ter-

minado. Pasemos ahora de los libros a la vida. Detrás de la ringla de los tenderetes está un largo pretil de escodado granito, desde donde se atalaya la vasta llanura manchega y los cobertizos y talleres de la estación de Atocha. Profundo encanto tienen los ferrocarriles; son las populosas estaciones a manera de espejo de la vida: de la vida con sus tráfigos, su ir y venir de trenes, su bullicio, la alegría o la tristeza de las llegadas y de las partidas hacia lo desconocido. Va cayendo la tarde; el silbato agudo, estridente, de las locomotoras, rasga a intervalos el aire. El cielo, en este crepúsculo de otoño, está ceniciento, lívido; una luz opaca y mortecina cae sobre la tierra; allá, en la lejanía, al pie de un terrero amarillento, surge un tren que lanza penachos de negro humo. Dentro de un instante pasará entre las filas de coches inmóviles y entrará mansamente bajo la alta y vasta bóveda de cristales. Comienzan a brillar las primeras luces eléctricas. Son las seis; en este momento se oye el son ronco y largo de una sirena, y surge un expreso rápido y brillante. Es el expreso de Barcelona. Dos minutos más tarde, después de haberse ocultado entre las edificaciones de los talleres y depósitos, aparece a lo lejos y desaparece inmediatamente tras una loma.

VI

LA POLÍTICA

He hecho en los periódicos muchas campañas de carácter político. Pero siempre en mis artículos políticos he procurado poner un poco de literatura. Durante varios años he reseñado —a mi manera— las sesiones de la Cámara popular. Reunidas están algunas de las crónicas que escribí en mi libro Parlamentarismo español. Una de las obras mías que más quiero es la titulada Un discurso de La Cierva. ¡Con qué entusiasmo la escribí! Todo el mundo sabe en España el cariño que profesó al ilustre político de quien hablo en ese libro. Mis ideas políticas se resumen en sinceridad y esfuerzo. No; no creo entrever en el poder omnímodo de la voluntad, transformaciones súbitas. Pero algo sí, sí que depende de nosotros: de nuestra buena voluntad, de nuestro patriotismo, de nuestra buena fe en el progreso humano.

LA MORAL DEL POLÍTICO

LAS alteraciones y revueltas de la política española en los últimos tiempos han puesto en la conciencia de los ciudadanos, relevantemente, un tema, entre otros, de singular interés. No es esta materia de ahora; no es asunto privativo de España. Mas parece que incidentes, sucesos y giros de la opinión, que no tenemos ahora por qué precisar, traen esta cuestión más a la actualidad ahora que nunca, y entre nosotros, los españoles, mejor que entre otras gentes. Se trata de la psicología y de la moral de los políticos. Al concretar así, tal vez pecamos de inexactos o por lo menos no somos todo lo exactos que quisiéramos ser. Diríase que estas palabras —moral, psicología, singularmente *moral*— llevan ya en sí una acepción, un sentido determinado que hacen que entremos ya en el examen del problema prevenidos en cierta manera. Porque habrá momentos en que el vocablo citado, aun conviniendo *en general* a una modalidad de la voluntad, a un hecho, a una inclinación, a una decisión, necesita, sin embargo, salir de la acepción corriente para revestir cierto matiz

que le preste un sentido que antes no tenía. *Psicología, moral del político...* Un hombre que al entrar en la vida —y aquí tratamos de la pública— se sienta fuerte, animoso, con su inteligencia despierta, capaz de dominar los hechos y no ser dominado por ellos, ¿qué debe hacer? ¿En qué norma debe acoplar su conducta? Ya dentro de la gran corriente de la realidad, tomado ya el ímpetu para la carrera, sintiéndose pletórico de esa *energía ligera* que todo lo avasalla, ¿cuáles deben ser sus escrúpulos y sus distinguos y sus diferenciaciones? Y ¿en qué debe apoyarse íntimamente y qué fundamento debe dar a su acción allá dentro de su espíritu, fundamento necesario para seguir viviendo su vida propia, para continuar el desenvolvimiento creciente de su personalidad? La personalidad, que sentimos más fuerte y deseosa cada día, ha de proseguir en su expansión; a limitarla, a recortarla, a trabarla en su desarrollo, no tenemos derecho. ¿Qué hemos de hacer en estos trances? Tal vez todo esto sobre que debatimos es un instinto. Tal vez todo sea espontáneo e irreprimible, y la naturaleza misma —de la propia manera que un hontanar da su agua— vaya manifestando su energía, a través de un hombre, de un modo incesante, natural, no aprendido, no querido...

Pero hechas estas prevenciones necesarias, debemos ya exponer concretamente los términos del problema. Un hombre fuerte, en la vida política, ¿qué moral debe seguir? Dos términos se encuentran ante él, formando parte de la cuestión: su persona y la nación, la patria. En su marcha as-

cendente, ¿de qué modo conciliará el político estos dos términos? ¿Qué debe dar a su persona y qué debe dar a su patria? Un político descansaría en la mayor de las ingenuidades si creyera que de la noche a la mañana, como quien dice, y por sabias disposiciones rápidas, puede lograrse el bienestar y adelantamiento de una nación. Especie de providencialismo es este que ha florecido con magnífica pompa entre nosotros. Costa, de la manera más clamorosa y elocuente, ha representado en España esta concepción de la historia y de la política. El tiempo necesita tiempo; mucho puede un buen y fuerte arbitrio; pero es tan tupida y densa la urdimbre de las cosas, que sólo pacientemente y a la larga pueden ser mudadas y trastocadas sus mallas. Y otro punto que debemos tener en cuenta es el de que si debemos precavernos contra la ilusión de la repentinidad, debemos también no tener una idea falsa del progreso y de su marcha perpetua e indefinida. Más claramente expresado: no debemos fiar en que los perfeccionamientos humanos han de ser definitivos y eternos. Se padece generalmente una especie de egocentrismo en cuanto al tiempo. Se dice: *Esto ha pasado en siglos anteriores, pero ahora las cosas marchan ya de otra manera y no podrá pasar.* Error profundo; no podemos tener garantía ninguna de que al presente —en el momento histórico en que nosotros vivimos— la corriente de las cosas ha tomado ya otro rumbo. Prescindiendo de lo que se creía por los filósofos de la antigüedad griega y romana, en España escritores ilustres, entre los clásicos, han sostenido esta tesis de la

fatalidad uniforme. «No son las monarquías diferentes de los vivientes o vegetables», escribe Saa-vedra Fajardo, en la LX de sus *Empresas políticas*. «Nacen, viven y mueren como ellos, sin edad firme de consistencia, y así son naturales sus caídas. En no creciendo, descrecen.» Y añade esta frase repleta de substancia: «Nada interviene en la declinación de la mayor fortuna.» Por su parte Gracián, en su *Criticón*, última parte, crisis x, sustenta la propia doctrina: «Lo mismo que fué —escribe— eso es y eso será sin discrepar ni un átomo.» «Hoy está aquí el ingenio y mañana acullá; hoy van delante los que ayer iban detrás.» Y más adelante: «Vuelven las monarquías y revuélvense también. No hay cosa que tenga estado; todo es subida y declinación.» El progreso no es indefinido, y un estado de perfeccionamiento ha de ser seguido, fatalmente, en la sucesión del tiempo, de una irremediable decadencia. *Todo es subida y declinación*. Ni la más cuidada enseñanza, ni el más confortador bienestar físico, ni todos los admirables artificios de la industria y los prodigios del saber pueden detener la fatal declinación. Lo que se ha observado en las naciones se ha podido comprobar en el seno de las familias, de ciertas privilegiadas y excepcionales familias. ¿Cómo disponiendo estas selectas familias de todo lo que la más científica pedagogía preconiza para el progreso humano (cultura, riqueza, bienestar, medio físico excelente, deportes, alimentación perfecta, higiene, etc., etc.); cómo disponiendo estas familias de todo esto a lo largo de las generaciones, de todo esto, que es lo que los pensadores y políti-

cos dicen indispensable para el definitivo enaltecimiento de una sociedad y de una raza; cómo, preguntamos, llegan fatalmente tales familias a período de inevitable decadencia? ¿Será eso el fracaso de la cultura, la higiene, la pedagogía, los deportes?

No; todo es subida y declinación. Nada hay fijo y definitivo en la corriente de las cosas. Debemos con esto precavernos contra ciertas ilusiones que pueden ser peligrosas; pero no ha de impedir esto que pongamos, sí, perseverancia, tesón en nuestras empresas. Suceda lo que suceda en la sucesión de los tiempos, nuestra labor no ha de ser menos esforzada. Fuera un fugitivo momento el esplendor que ambicionamos para los demás, para un pueblo, y ello habría de bastar para poner acicate en la voluntad del político y para enaltecerle, si trabajaba por tal fin, a sus propios ojos. En esfera más alta, desde el punto de vista de lo eterno, un instante no más es la vida de los pueblos y de los mundos...

Para el estudio de la moral y la psicología del político, nos ofrece materiales —como punto de partido— una obra de un dramaturgo español: Jacinto Benavente. Aludimos a la comedia *El Collar de Estrellas*. La obra ha sido discutida largamente por liberales y conservadores; nos referimos más exactamente a las tendencias extremas de estas dos doctrinas políticas. Ultraconservadores han enaltecido la comedia de Benavente, y ultraradicales la han deprimido. Benavente, en *El Collar de Estrellas*, nos presenta el ejemplar de un político que ha marchado derechamente a su en-

cumbramiento. No vamos a hacer una crítica literaria de la comedia; no es ese nuestro propósito. Tratamos de presentar el personaje tal como el autor ha querido ofrecérmolo; en una crítica de la obra tal vez tuviéramos que quitar, o poner, o hacer tales distingos, o exponer éstas o las otras atenuaciones, o añadir una determinada agravante al hablar de unos u otros personajes. Don Félix, el político presentado por Benavente, es un hombre salido de la masa popular, como tantos políticos —revolucionarios o tradicionalistas— que han llegado a encumbrarse por su propio esfuerzo. Y el veredicto que uno de los personajes del drama da sobre tal político se resume en las siguientes palabras: «Don Félix es más que un hombre. Cuando sólo lo vemos pasar y no pretende entrar por nuestra vida, nos reímos de él, porque sería risible muchas veces si no fuera trágico siempre. Porque ese hombre, desertor del pueblo, que abandona a los suyos para encumbrarse sin estorbos, cuando sólo dejó odios y amenazas abajo, se impone a los de arriba en nombre de esos odios y amenazas, que él ha sembrado, para volver a imponerse a los de abajo con el prestigio que le dan sus pactos con el de arriba. Es el hombre de todos los negocios sucios y de todas las corrupciones. Es el hombre que trafica con todos los sentimientos, y en nombre de la humanidad no vacila en arruinar a su patria, y en nombre de la patria no vacila en empujarla a un desastre, si ese desastre salva a una empresa, garantiza un empréstito o asegura el pago de unas acciones.» Así queda hecha la etopeya del personaje. Aparte

de que necesitaríamos examinar todos esos hechos incriminados uno por uno, con sus detalles auténticos, para decidir respecto de ellos, nótese que esos mismos hechos, singularmente los apuntados en último lugar, lo mismo pueden ser de un político revolucionario que de otro que sea conservador o tradicionalista. Pero nuestro objeto no es hacer tal examen; nos proponíamos tan sólo presentar una de las fases del problema de la moral y la psicología del político; fase —la presentada por nuestro dramaturgo— importantísima y que corresponde a una inmensa fuerza (la mayor entre todas) de la historia, de la tradición y de la sociedad. El estudio del problema no sería nunca completo si no tuviéramos en cuenta este aspecto de él, aspecto el más universal y fuerte de todos.

La segunda fase del problema la encontramos en otra comedia, no española, extranjera, francesa, una comedia —*Le député Leveau*— de Jules Lemaître. ¡Ah, el fino, ondulante, amable y hondamente humano Julio Lemaître! El exquisito prosista nos presenta en su obra el tipo de un político radical, revolucionario, salido también del seno del pueblo, y que ha llegado a una eminente posición. Leveau lo tiene todo: prestigio, elocuencia, voluntad, riqueza, parciales innumerables y entusiastas. Todo lo ha ganado él; todo es obra de su perseverancia y de su querer impetuoso. ¿Por qué medios ha llegado a su encumbrada posición? No hablemos de eso; por todos los medios. A Leveau no le falta más que una cosa: la sanción de aquella parte de la sociedad —la aristocrática, la selecta— en que él no ha nacido. Rasgo de profunda

psicología: estos hombres del pueblo, aupados por la fortuna, no se consideran completos en su dicha si no poseen aquello mismo contra lo que ellos han dirigido sus embates. No podrán lograr la distinción nativa, porque estas cosas no se adquieren; pero al menos ansían poseer, aparentemente, los matices y vislumbres que posee esa gente ajena a su carrera. Leveau sólo puede conseguir su objeto mediante el matrimonio con una aristócrata. Una aristócrata, esposa de un parlamentario conservador, es su amante. Leveau, casado también, tiene el plan de conseguir los dos divorcios necesarios para su boda con la distinguida señora. En sus propósitos, llega a concertar una alianza electoral con el personaje conservador; le impele a ella su amante, y él se deja arrastrar fiado en la vaga promesa de que la dama pedirá el divorcio. Llegadas las elecciones, Leveau, tan fino y experto, cae en una zagalarda preparada por sus aliados. La pasión le ha tenido ciego. Para Leveau, revolucionario, hombre popular, el resultado de estas elecciones es el fracaso y el desprestigio. Además, su amante, logrado el plan político de su marido, el personaje conservador, retrocede en los avances hechos a Leveau. He aquí ahora algo de lo que este hombre fuerte e inteligente le dice enardecido, henchido de cólera, al parlamentario conservador, en una de las hermosas escenas de la obra: «Ésté usted tranquilo; esta no será para mí una lección perdida. Yo, señor marqués, soy un hombre plebeyo; soy hijo de la Revolución, demócrata, demagogo, ultrarradical, extrema izquierda, todo lo que usted quiera.

Pero sí, es verdad, se siente uno atraído, a pesar de todo, por la distinción, por la elegancia, por los títulos... Y, sin embargo, entendedlo: lo poco que queda de la aristocracia de ustedes no subsiste sino por la sandez y la cobardía de los demócratas, que la detestan, pero que quisieran ser aristócratas, rozarse con la aristocracia y que, desde el momento en que tienen dinero, le piden prestados, con sus maneras de vivir, la mitad de sus prejuicios. ¡Si todos los demócratas cumplieren con su deber, hace ya mucho tiempo que vuestra maldita nobleza no sería más que un recuerdo! Porque esa nobleza, afortunadamente, está podrida. Y si para seguir viviendo no contara más que con sus méritos y su talento... ¿Dónde están vuestros hombres? ¡Decidme quiénes son! No saben ustedes ni siquiera morir con dignidad. Para prolongar vuestra vida una hora más, simuláis las opiniones más lejanas de vosotros, y buscáis las alianzas que más os repugnan, y tendéis la mano a los nietos de quienes guillotinaron a vuestros abuelos... Yo me he dejado alucinar como un tonto... Lo veo claro y me arrepiento, y vuelvo a mis posiciones de siempre... Ha acabado todo. Pero, por comprometido que esté, no me creáis muerto. No lo estoy. ¡Tened cuidado! Confesaré mi error; me golpearé el pecho ante el pueblo, y el pueblo me creerá y me perdonará. ¡El pueblo me devolverá su confianza! Y él y yo haremos más grandes cosas... ¡Ya lo verá usted!»

En las palabras copiadas está el retrato de un hombre, el revolucionario, frente a otro hombre, el aristócrata. Leveau resurge de su caída; la con-

quista definitiva de la mujer del conservador es su desquite ante el pueblo. Leveau prepara las cosas de modo que, al final de la obra, su adversario le sorprenda a él y a su antigua amante. El divorcio es inevitable; la mujer del personaje aristócrata se entrega por esposa a este hombre fuerte. Él mismo le dice que ha preparado la sorpresa del marido. «No soy un cobarde —dice—; lo esperaba todo; vuestro marido podía haber entrado con un arma y haberme matado.» Y la comedia acaba.

La última fase del problema nos la suministra una tercera obra dramática. De España y de Francia saltamos ahora a Alemania. Goethe es quien va a hablar. Un español ha proporcionado a Goethe el medio de reflejar su íntima personalidad. ¡Singular destino el de José Clavijo y Fajardo, el director de *El Pensador*! Expondremos el asunto en dos palabras. Clavijo ha llegado a Goethe a través de Beaumarchais. El autor de *El barbero de Sevilla* tenía en Madrid una hermana que aquí vino a vivir desde París. Clavijo, mozo desconocido, se enamora de la muchacha; se traba entre los dos un apasionado amor; el novio da a la novia palabra de casamiento. Todo marcha perfectamente; los amigos, los conocidos aplauden tan feliz próxima unión. Mas de pronto, inesperadamente, Clavijo rompe las relaciones. Clavijo, antes desconocido, ha ido creándose una posición; tiene importantes valedores; su nombre suena en Madrid; logra un empleo en Palacio; su periódico —*El Pensador*— es leído con agrado. La ambición de Clavijo ha ido creciendo. ¿A dónde podrá

llegar él? Pero ¿llegará con el obstáculo que a su ambición va a oponer el casamiento con esta muchacha humilde, sin fortuna, sin posición? No; hay que zafarse a toda costa de esta ocasión de servidumbre perdurable. Clavijo, inexorablemente, sacude el yugo. Beaumarchais viene a Madrid llamado por su hermana. Ve a Clavijo; despliega en sus gestiones una perseverancia, una destreza, una energía admirables. Su hermana, abandonada violentamente, ha quedado en situación depresiva entre amigos y conocidos. Beaumarchais logra que Clavijo, arrepentido, vuelva a reanudar las relaciones. Pero pasan unos días, y Clavijo, veleidoso, remiso, torna a huirse. Nuevas gestiones de Beaumarchais; peripecias, incidentes, lances diversos. Al cabo, Beaumarchais, exasperado, iracundo, logra hacerse oír de ministros y embajadores, y a Clavijo, descubierta su felonía, se le despoja de su empleo y se le rechaza de Palacio. Contada sumariamente, esta es la historia del director de *El Pensador*. Pero ¡qué ingenio, qué brillantez y qué maestría pone Beaumarchais en el relato de estos sucesos, relato que forma una parte de sus *Memorias*!

Con la historia del mozo madrileño, léida en Beaumarchais, Goethe hace su tragedia titulada *Clavijo*. El poeta alemán es fiel en trasladar literalmente a su obra fragmentos enteros de las *Memorias* de Beaumarchais; pero Goethe ha modificado el desenlace de la intriga. Y lo que da real trascendencia a la tragedia: en ella surge un personaje —Carlos— amigo de Clavijo, que nos expone toda una completa teoría de impasibilidad.

Clavijo, el real, el de Madrid, confiesa efectivamente en una carta que la ambición ha sido el móvil de su conducta. «La ambición me ha perdido», dice. El Clavijo de Goethe tiene también como fondo la ambición, el deseo de llegar, el ansia de alcanzar el triunfo. Y todo esto con más viveza, con más hondura, con mayor intensidad. Clavijo se ve ya ministro, gran personaje político en su patria. El matrimonio con esta pobre muchacha es para la expansión de su personalidad un estorbo poderoso. Hay que saltar sin piedad por encima de tal obstáculo. Su amigo Carlos, el personaje citado, es quien le incita y le espolea. En lo que dice Carlos, ¿ha puesto su íntimo espíritu el autor? ¿No está aquí en estas palabras toda la personalidad del gran impasible? Escuchemos a Carlos.

Clavijo se siente perplejo en el avance hacia lo inexorable. Carlos le dice: «¿Era menester entrar en una tan bella carrera para detenerse a la mitad? Con un avance como el tuyo, con unos sentimientos que hubieran hecho la felicidad de un pacífico ciudadano, ¿era preciso añadir esos desdichados deseos de grandeza? Y ¿qué es la grandeza, Clavijo? ¿Elevarse sobre los demás por el rango y por las dignidades? ¡No lo creas, querido amigo! Si tu corazón no es más grande que el de los demás hombres; si tú no te sientes con fuerza bastante para colocarte serenamente por encima de esas pequeñas desgracias que atormentarían a un alma débil, tú, con todos tus honores, con todas tus bandas y condecoraciones, aun con la misma corona de un monarca, tú no serías más que un hombre vulgar.» Y más adelante, después

de haberle señalado su porvenir: «Hace falta ser hombre, Clavijo. Ante ti se abre tu camino. Avanza por él sin mirar a derecha ni a izquierda. ¡Que sepa tu alma engrandecerse! Y ten presente (¡e hinc a en tu espíritu esta gran verdad!) que los hombres extraordinarios no son realmente extraordinarios sino porque sus deberes se separan de los deberes del común de los hombres. Ten presente que quien está encargado de vigilar una gran agrupación humana, de gobernarla y de conservarla, no tiene por qué reprocharse jamás el haber descuidado pequeñas relaciones, roto vínculos débiles y sacrificado algunas porciones para el bien de la masa.» Y Carlos añade: «Así es como el Creador obra en la naturaleza y los reyes en sus Estados. ¿Por qué no hacemos como ellos para imitarles?» Clavijo cede y marcha inexorablemente por su camino. El desenvolvimiento de su personalidad es lo primero. Pero un día, cuando ya el sacrificio está consumado, al entrar en una calle columbra a lo lejos un cortejo fúnebre: es el de su antigua amada. El corazón se lo dice. Clavijo avanza y la tragedia sobreviene. Clavijo parece desastradamente junto al féretro de la infortunada muchacha. Pero ¿y Carlos, el teorizante? ¿Y si el azar no hubiera traído a Clavijo por esta calle, o si él se hubiera vuelto al divisar el mortuorio convoy?

Quedan expuestos los elementos de una magna cuestión. ¿Hemos dicho que íbamos a resolver el problema? No creemos haberlo prometido. Delicadísima materia es ésta. Huyamos de las generalizaciones; lo prudente sería siempre examinar cada caso en concreto.

ORGANIZACIÓN, DENSIDAD

UN POCO DE LO ANTIGUO

«**Q**UISE hacer—dice La Cierva—organizaciones vigorosas, poderosas, para que el partido conservador tuviera la fuerza que correspondía.» Organizar, construir, tejer una extensa y tupida urdimbre de partidarios y de asociaciones por toda España, ¿cuándo se ha hecho esto entre nosotros? ¿Nos imaginamos esos grandes, fuertes, incansables políticos norteamericanos que en el lapso de un día, corriendo vertiginosamente en un tren especial, pronuncian ocho, quince arengas ante otras tantas multitudes y dejan un hondo rastro de cordialidad y de confianza en millares y millares de corazones? El término opuesto: un parlamentario español, metido en su despacho, inaccesible al correligionario, al amigo, al admirador, teniendo su tertulia a una hora determinada, dando un paseíto a otra determinada hora, preparando un «gran discurso» durante ocho días, contestando con fórmulas vagas y difusas una carta cordial, expandiéndose en gestos teatrales y en frases enfáticas. Todo entonado, rígido, sin espontaneidad

ni efusión, sin calor, sin entusiasmo, sin vida. Todo muerto en un país muerto. Organizar un gran partido es vivir con la muchedumbre en comunicación efusiva todos los días y en todos los momentos. Se requieren para esta obra múltiples y variados elementos. Se necesitan escritores, periódicos, propagandistas, asociaciones esparcidas por todo el ámbito de la nación. Se necesita viajar continuamente; conocer todos los paisajes morales de todas las regiones; estar a tono con todos los amigos; saber en un momento dado hacer una confidencia, como prueba suprema de amistad (una confidencia que, en el fondo, no lo será); corresponder con una merced a una larga serie de servicios; sembrar alegremente la esperanza; infundir la fe, la confianza entre los partidarios y los admiradores... ¿Cómo se hade realizar toda esta obra, de corazón y de cerebro, según los procedimientos del método español, viviendo el político alejado de la multitud, rígido y enfático? Hemos hablado del *método español*. Tal vez esto sea exacto ahora y no lo sea refiriéndolo a 1830, a 1850. Y tal vez también la idea que tengamos de esas épocas sea también equivocada. Pero, en fin, la ilusión existe, y la ilusión tiene tanta eficiencia como una realidad. 1830, 1850 representan para nosotros el gran parlamentario que vive en la calle, mezclado a sus adeptos, conviviendo con ellos llana y familiarmente. 1830, 1850 son la arenga en el café, el enardecimiento, el levantamiento popular, la barricada, el grito a cielo abierto. 1830, 1850 son la persecución, la huída, la estancia en el extranjero —de donde seha de traer un poco de aire nuevo—,

la confraternización lejos de la patria, bajo el mismo techo, sentados a la misma mesa, con el más humilde de los correligionarios. 1830, 1850 son la redacción de un periódico —con un quinqué humoso y una mesa de pino— desde donde se salta, sin escalafón, sin tertulias, sin antesalas, al despacho de un ministerio. 1830, 1850 son el abrazo efusivo, la palabra tosca y grosera, pero cordial, el rasgo inesperado y generoso... Si todo esto es cierto, si todo esto no es una ilusión, queremos un poco de 1830 y de 1850, un poco de lo antiguo.

BATALLAR POR ALGO

Batallar, ¿por qué? ¿Qué es lo que nos ha de impulsar a la lucha política? Considerad a un escritor, a un parlamentario, a un adepto de los pueblos, a un hombre que va y viene en el tren, que hace viajes a Madrid, que gasta su fortuna, que dedica su energía a propagar el prestigio de un jefe. Batallar, ¿por qué? ¿Con qué objetivo? Todo partido debe tener un programa claro, concreto, definido, terminante. Debemos saber lo que queremos y por qué nos movemos. Pero —¡cuidado, políticos!— no exijáis a la naturaleza humana lo que la naturaleza humana no puede dar. No exijáis que se batalle, se luche y se vaya y se venga sólo por una idea, por un programa político. Todo eso está bien; el programa debe ser realizado a toda costa, por todos los medios, ardientemente, con la mayor lealtad, debemos tender a que nuestros ideales tengan su encarnación en la realidad. Sería otra cosa entrar en la gama que va desde la simple

indelicadeza hasta el crimen de lesa patria. Pero tengamos un poco de bondad; seamos un poco cordiales y comprendamos que todo es decoroso y lícitamente conciliable, y que es justo y es lógico que aspire a la merced y a la gracia —cosas superfluas o cosas necesarias— quien ha derrochado su energía y su inteligencia en la consecución de un ideal. Y, sobre todo, queridos políticos españoles, políticos que queréis engalanaros con un catonismo rígido, no lo exijamos así, no exijamos estas abnegaciones de nuestros amigos, de nuestros adeptos, de nuestros parciales, cuando se ha ocupado las más altas categorías de la política y se ostenta el pecho cuajado de condecoraciones.

AL DESCENDER DEL TREN

Al descender del tren podréis, si no juzgar completamente a un político, a un personaje, por lo menos recoger un dato para juzgarle. Al descender del tren el político. Al descender del tren un breve momento, para subir en él otra vez, o para tomar el coche o el automóvil. La multitud de amigos y de admiradores ha estado esperando largo rato. Momentos de impaciencia... El silbato de la locomotora suena a lo lejos. ¡Ya está aquí! Se acerca el tren raudo y pesado. Se forma a lo largo del andén una larga fila de concurrentes. Va avanzando lentamente el convoy. Todas las miradas se dirigen a las ventanillas de los coches. ¿Dónde vendrá? Instante de indecisión, de perplejidad. ¡*Allí va!* El político ha aparecido en la plataforma de un vagón. Se detiene el tren. Sonriente, el personaje

desciende... Este es el momento interesante; momento de una viva emoción, momento de experimentación psicológica. ¿Cómo descende del tren el ministro o ex ministro, el presidente o ex presidente? ¿Qué hace? ¿Qué gestos, qué ademanes, qué palabras son las suyas? Aquí, esperándole, hay mucha muchedumbre de amigos, de correligionarios, de admiradores; están revueltas gentes de todas las categorías: autoridades y simples ciudadanos. Para nuestro afecto, independientemente del prestigio social, hay también clases en esta concurrencia: hay amigos antiguos, amigos indecisos, amigos momentáneamente agraviados. A toda esta muchedumbre la hemos de distinguir en un breve momento, y en nuestros gestos y palabras — instantáneamente — hemos de poner una gradación de preferencias y una mayor o menor intensidad de afecto. El tren va a volver a partir, el automóvil nos espera. Toda esta muchedumbre está atenta y ansiosa. Pues en estos momentos breves observaremos en el político su intuición rápida, su aplomo, su equidad en el afecto, su sentido de la jerarquía, su talento de atracción y de organización, la dignidad para no ir en un gesto de efusión más allá de donde corresponde ir. (Muchas veces hemos viajado con La Cierva y hemos comprobado en estos rápidos descendimientos sus admirables dotes de gran político.) Un hombre vulgar, un hombre frívolo andará ligero y atolondradamente de un lado para otro, repartiendo apretones de manos y abrazos sin sentido de la gradación (y sin sinceridad); en vez de estar quieto, reposado, para que todos vayan pasando, o en vez de avanzar ligeramente cuando es preci-

so, como, por ejemplo, cuando un amigo modesto y digno se queda en último término y es preciso llegar hasta él para darle esta muestra pública de estimación; en vez de hacer todo esto con sosiego, con nobleza, el político vulgar, ininteligente, lo confundirá y revolverá todo, rápido y nervioso, y la concurrencia de correligionarios, en un instante, será un amasijo de abrazos, saludos, apretones de manos, gritos, sonrisas... Acaso quede de todo esto un reguero de desabrimiento y de disgusto. Desde luego, el observador tendrá un dato para juzgar, entre otras cosas, de las dotes de organización de este político que desciende del tren.

POLÍTICO: FABRICANTE DE DENSIDAD

Nuestra definición del político queda enunciada en el título de este apartado. Definición —téngase en cuenta— del político *en España*. Político: fabricante de densidad. Político: hombre que, en un país pobre, sin densidad, sin ambiente cargado de sensaciones, se esfuerza con toda su energía, con toda su inteligencia, con todo su talento organizador en fabricar densidad. Densidad: ¿qué es la densidad? Cuando cruzamos Francia, Inglaterra, Alemania, tenemos, aunque nuestra carrera sea rápida, una sensación de algo denso y sólido. Lo vemos en todo: en el alojamiento, en el camino, en una tienda, en la librería de una estación, en el gesto de la gente, en la alusión ligera que, sin que se insista, suscita en el cerebro de las gentes un enjambre de ideas. Densidad en población, en comunicaciones, en periódicos, en tiendas, en fáabri-

cas, en esparcimientos. Densidad en mil matices casi imperceptibles de la vida que implican una civilización honda y que para formarse han necesitado una larga y fecunda tradición. Densidad —ahora, en este momento en que escribimos— en este paisaje cuidado como un jardín, en este libro elegantemente impreso que está sobre la mesa y en este pedazo de playa que se ve a lo lejos y por la que discurren, sobre la dorada arena, bellas y elegantes mujeres.

Volvamos la vista a nuestra España. En el verano de 1835 Larra... (Permita el lector que insistamos hablando de Larra. Nos atrae su situación ideológica, situación especialísima. Nos interesa sobremanera este compromiso, este equilibrio entre su profesión de fe política y las consecuencias de su obra literaria, tan distinta de su política, tan opuesta, tan antagónica. Caso que se repite en la historia de las literaturas.) En el verano de 1835 Larra hizo un viaje por Extremadura. Pocas descripciones de campo o ciudad nos ha dejado Larra. Pero en su artículo *Impresiones de un viaje* tenemos una. Larra, casi con la sequedad de un Madoz en su *Diccionario geográfico*, describe la vida en Badajoz. Nada más enumerativo y escueto y nada —cosa extraña— que nos dé tan honda sensación de realidad. Va enumerando el autor las cosas notables de Badajoz y añade: «No se puede llamar paseo a los árboles nacientes del Campo de San Francisco, debidos al celo del general Anleo; ni al Campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad, adornada de algunos árboles y bancos; ni teatro una especie de sala donde al-

gunos aficionados, o tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones». Hagamos una pausa; ahora dispongámonos a contemplar más completo el paisaje de una ciudad española, de *la* ciudad española, pintada con cuatro rasgos característicos: «La alameda de Palmas —escribe Larra— está abandonada por malsana desde el cólera. El billar, el ejercicio de los urbanos en el Campo de San Roque, la retreta y dos o tres cafés son las distracciones de la población. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *Las cuatro naciones. Menos naciones y mejor servicio*, puede uno decir al salir de ella».

Nada más. Aquí está España; aquí está nuestro ambiente sin densidad: aquí, en las horas lentas, pesadas de esta ciudad; en los dos o tres pequeños cafés solitarios, donde las bolas del billar hacen, de tarde en tarde, un ruido sonoro; en la alameda con sus olmos viejos y frondosos (¿cómo no los ha mandado ya talar algún alcalde?); en los caserones de vastas salas destartadas; en el campaneó que rompe el silencio de todas horas; en el escándalo que nos produce un forastero que acaba de llegar y que va vestido «de un modo raro»; en la ausencia de libros nuevos; en la admiración por el joven abogado listo y elocuente; en la dureza con que juzgamos el acto ajeno que nos parece condenable, mientras en nuestro fuero íntimo sentimos no poder hacer lo mismo... ¿Cómo hacer que todo esto cambie, que la rareza de las sensaciones se convierta en profusión y exuberancia de sensaciones, que el aire esté cargado de cosas, que haya ligereza, flexibilidad cerebral, que se llene el idio-

ma de alusiones y de formas elípticas que ahora no tendrían ningún sentido? Políticos: ésta es vuestra obra. Fabricar densidad: tal es la labor de un político, de un hombre de acción, de un talento organizador. Densidad es, en último término, o por lo menos, en uno de sus aspectos, organización.

LA INSENSIBILIDAD ESPAÑOLA

A un determinado grado de densidad corresponde un determinado grado de sensibilidad. ¡Cuántas cosas no dice, por ejemplo, un interior del pintor Chardin! (¿Qué es lo que corresponde, entre nosotros, dos siglos arriba, a estos interiores llenos de paz y de dulzura?) Observando lo que es tolerable, mejor, lo que es indiferente en la vida cotidiana de un pueblo, se puede deducir el grado de sensibilidad de ese pueblo. «¡Cómo! Ustedes, ¿no encuentran tal cosa molesta? Para ustedes, ¿no es tal otra de mal gusto? ¿No juzgan discordante esto? ¿No ven que aquello es una nota de chabacanismo y grosería?» Mentalmente, si no con paladinas palabras, formulamos tales preguntas. ¿Cómo sentimos nosotros los españoles? ¿Cómo hemos sentido? Hemos hablado alguna vez de una observación de Saint-Simon durante su viaje en España; volveremos a mencionarla. En 1721 vino a nuestro país aquel agudo observador y aristócrata francés. Observó minuciosamente nuestras costumbres. Algunas de las páginas de este viaje son de una originalidad extraordinaria. Superior a cuanto en lo antiguo se ha escrito sobre España lo reputamos. Saint-Simon, entre otras cosas, realizó

una excursión a Aranjuez. Le agradó nuestro Real Sitio. «El conjunto —escribe— forma algo de encantador y de sorprendente en Castilla, por el espesor de las sombras y la frescura de las aguas.» Una cosa le extrañó sólo. «—Me chocó —dice— un molino sobre el Tajo, a menos de cien pasos del Palacio, que corta el río y cuyo estrépito resuena en todas partes.» ¿Cómo este molino, desagradable y molesto, puede estar en estos parajes turbando la apacibilidad y la dulzura? De vuelta en Madrid Saint-Simon, los reyes le preguntan qué le ha parecido Aranjuez. Saint-Simon se deshizo en elogios. Lo elogió todo. ¿Todo? No. *Je parlai du moulin...* «Yo hablé del molino y me extrañé de que fuera tolerado tan cerca del Palacio, donde su visita —que interrumpía la del Tajo—, y más aún su ruido, eran tan desagradables que un particular no los sufriría en sus dominios.» Vamos a ver la actitud de los reyes —su sensibilidad— ante la sensibilidad de este aristócrata que viene de Versalles, con sus fuentes, sus jardines de Le Nôtre, sus lejanías y su ambiente espiritual, cargado de La Bruyère, de Descartes y de Molière. «Esta franqueza desagradó al rey —escribe Saint-Simon—, que respondió que el molino había estado siempre allí y que allí no hacía ningún daño.» Gesto de Saint-Simon, gesto de este espíritu fino y culto: *Je me jetai promptement sur d'autres choses agréables d'Aranjuez...* ¿Para qué más?

En 1764 se halló en Madrid otro viajero de viva comprensión: Beaumarchais. El relato de su viaje —interesantísimo— ha sido publicado en un

opúsculo aparte, desglosado de las *Memorias*, y con el título de *Clavijo*. (Edición Jouaust. París, 1880.) Beaumarchais estuvo en La Granja. Se alojó en una mansión llena de incomodidades y molestias. Pero nadie reparaba en tales *pormenores*. *Mais ici* —escribe Beaumarchais— *on n'est pas délicat sur ces sortes de malaises*. (Las páginas de donde tomamos esta cita no son las del viaje; pertenecen a unas cartas inéditas publicadas en la revista *Le Temps Présent*, París, número del 2 de Junio de 1914. El autor de *El casamiento de Fígaro* no dice más. Basta con esto. He aquí dos datos para el estudio de nuestra insensibilidad. Dos datos pequeñitos; pequeñitos, pero significativos.

LAS ACACIAS FRENTE A LA IGLESIA

Son datos pequeñitos, cierto; pero pudiéramos citarlos más grandes. (El problema estriba en el tono del ambiente. A Chardin puede oponerse, en España, un pintor más grande; pero no un pintor que tenga el sentido de la vida que tenía Chardin.) Hay en España una porción de diminutas leyendas que han vivido durante mucho tiempo —en discursos, en artículos de periódico—, pero que ya la crítica va destruyendo. Nuestro cielo era el cielo más puro; nuestras mujeres, las más hermosas; nuestra infantería, la más valiente. Comenzamos a comprender, en el contraste con las cosas de fuera, que no se trata de *más* ni de *menos*, sino de diversidad y de la plenitud en la diversidad. Uno de los tópicos más socorridos ha sido el de la fertilidad asombrosa de nuestra tierra... Enlacemos

lo que hemos comenzado a decir en este apartado con lo que veníamos diciendo antes. Hombres políticos, profesores, publicistas, debemos todos esforzarnos en transformar el medio. Para la obra de densificar a España, nuestro suelo es un obstáculo formidable que debemos vencer. No; no es un emporio de fertilidad y de abundancia España; pero debemos esforzarnos en procurar que lo sea lo más posible.

Hace poco releíamos unas interesantes páginas de Cánovas. A Cánovas, como literato, como escritor, se le ha juzgado un poco ligera, apasionadamente. Una nota profundamente simpática en Cánovas: su avidez intelectual, su curiosidad por todas las novedades del pensamiento, su mariposeo constante por libros y revistas... Leíamos días pasados unas páginas de Cánovas: el estudio titulado *De cómo he venido yo a ser doctrinalmente proteccionista*, estudio que figura en el volumen III de los *Problemas contemporáneos*. (Madrid, 1890.) Nuestro suelo —dice en ese trabajo Cánovas— es «uno de los más naturalmente pobres entre los de Europa». Ya lo había dicho repetidas veces Cánovas: lo «llevaba ya dicho yo muchísimas veces». Y añade: «Y largo tiempo hace, no sin riesgo de parecer paradójicamente pesimista».

Acabemos de destruir la leyenda. Reaccionemos poderosamente contra el medio; transformemos el medio. En la civilización moderna, la vitalidad de España puede tener una nota de profunda originalidad; hay levadura para ello. Cánovas, en las páginas citadas, nos sugiere, brevemente, dos visiones de España que, en la energía de su prosa,

resaltan bruscamente y se nos entran en el espíritu. Cánovas, partidario de la política hidráulica, pondera las excelencias del agua y habla de extremeños y manchegos. «¿Cómo les basta a estos últimos —escribe— que un poco de cieno líquido, a manera de culebra vil, se deslice por el Campo de Montiel, de quijotesca memoria, para criar por junto a Argamasilla de Alba sotos de olmos y otros árboles, capaces de dar envidia al regío Aranjuez?» (Con la imaginación vemos las olmedas y cortinales de Argamasilla: llanura ocre, cielo azul, y dos cintas de verde fronda a los lados del río.) «¿Por qué en todo el Tomelloso —sigue Cánovas—, pueblo tan vecino, no se encuentra, en cambio, si no tal cual acacia tísica frente a la iglesia?»

Frente a la iglesia, en la plaza del pueblo, hay cuatro o seis acacias; están amarillas, y de cuando se celebra la feria acaso tienen hincado algún clavo en su tronco. Días de vendaval y de cielo gris en otoño; las hojas amarillentas han ido cayendo. No se ve en toda la llanura ni una mancha verde. Corren por las calles y por la plaza tolvánicas de polvo. ¿Se van a romper las débiles ramas de estas acacias? Estas acacias «tísicas» de frente a la iglesia, en las plazas de los pueblos, son uno de los símbolos de la vida española.

MELANCÓLICO E IMPLACABLE

SU PLUMA DE ORO

«... **E**N aquel rincón hermoso donde nací —dice La Cierva—, donde yo vengo dirigiendo las grandes fuerzas conservadoras que se formaron al calor de Cánovas del Castillo, y donde éste buscó asilo durante más de veinte años...» (Visión de la tierra murciana, visión en que se mezclan recuerdos y sensaciones de niño: el colegio vasto y desnudo; el panorama verde contemplado desde la sala de estudio, por una ventana, horas y horas; las llanuras de olivos grises; las montañas peladas, como de porcelana, que se perfilan en un cielo purísimo; el viaje a la capital, lleno de emoción; la inmensa vega, cuajada de puntitos blancos, con la enhiesta torre que se yergue en el azul, atalayada desde lo alto de la Fuentisanta); «... habiendo entrado en el partido conservador a los veintiún años de edad —añade el orador—, no he figurado en ninguna disidencia de las que ha padecido ese partido.» Tales palabras de La Cierva evocan en nosotros la figura de Cánovas; estas mismas fuerzas conservadoras que

Cánovas creó son las que ha dirigido y dirige hoy La Cierva; esta misma tierra donde La Cierva ha nacido dió su representación parlamentaria a Cánovas durante veinte años. La última vez que vimos a Cánovas fué la tarde —24 de Mayo de 1897— en que, debatiéndose en el Senado el asunto Tetuán-Comas, pronunció el insigne estadista su último discurso. Desde la tribuna pública lo escuchamos. Luego, en la puerta, esperamos a que saliera; queríamos ver de cerca —curiosidad de muchacho— un hombre grande y fuerte: el hombre más notorio de España. Salió Cánovas; desde el umbral caminó unos pasos hasta el coche que le aguardaba. ¿Era entonces el ocaso? ¿Moría entonces la tarde? ¿Unos rayos postreros y oblicuos del sol no hicieron reflejar sus lentes? Salió un hombre más bajo que alto; llevaba un bigote gris, y debajo del labio inferior moteaba una mosca gris. Su cara, de trazos duros, tenía una profunda expresión de voluntariedad y energía. Una larga melena cenicienta caía de debajo del alto sombrero de copa. Llevaba Cánovas un modesto bastoncito de vuelta en la mano —lo recordamos bien—, y en el rápido movimiento de su cabeza, en el modo de torcerla ligeramente de pronto, se adivinaba también el hábito de quien escucha altivamente, con dominio de sí, para dar en seguida una orden o rebatir con dos palabras lo que le acaba de ser expuesto...

La Cierva ingresó en el partido conservador —según acaba de decirnos— en 1886, a los veintitún años. ¿Cómo había de sospechar La Cierva al ponerse, cuando muchacho, a las órdenes del gran

Cánovas un pequeño hecho que había de ocurrir veintiocho años más tarde? El 24 de Junio de 1914, encontrándose el autor de estas líneas en el despacho de La Cierva, recibió éste una carta con un regalo: era un presente que uno de los herederos de Cánovas le hacía con motivo de ser el día de su santo; era una ligera, sencilla pluma de oro: la pluma de Cánovas.

LA IGLESIA VIEJA

Nos preocupa profundamente el pasado; sentimos la honda preocupación del tiempo. ¿Qué es el tiempo y qué es el pasado? ¿De qué manera vemos el espacio, nuestro *espacio*, el de España, en el tiempo pretérito? Los hombres de nuestra generación, ¿cómo han visto el pasado? ¿Cómo han sentido España? A fines de 1902 se formó un núcleo de escritores jóvenes en torno a *El Globo*, diario, como su homónimo de Francia en 1830, de brillante tradición literaria. Escribían con entusiasmo aquellos jóvenes. Se hicieron en el periódico citando campañas de política agraria en que el sentido de la tierra iba enlazado con reminiscencias de escritores clásicos. (Esos artículos fueron del autor de estas líneas.) Se revisaron valores literarios. Se hizo una obra de crítica teatral —debida a Pío Baroja— que causó indignación y escándalo. Aquellos escritores ansiaban renovación y vida. Una mañana —el 1.º de Diciembre— apareció a la cabecera del periódico un artículo titulado *Vieja España, patria nueva*. «A mí —decía su autor— actualmente España se me representa como algu-

nas de las iglesias de nuestras viejas ciudades; un párroco mandó cerrar una puerta; otro cubrió con yeso unos angelitos porque eran inmorales; el que le siguió cerró una capilla con altar; se tapiaron las ventanas, se abrieron otras, y al ver ahora la iglesia no se puede uno figurar su forma primitiva.» El autor añadía: «Los que esperamos y deseamos la redención de España no la queremos ver como un país próspero sin unión con el pasado; la queremos ver próspera, pero siendo substancialmente la España de siempre. Si nos dicen que a esa vieja iglesia estropeada, en vez de restaurarla, se la va a derribar y que en su sitio se levantará otra iglesia nueva, no nos entusiasmará el pensamiento; primeramente, es muy posible que después del derribo no venga la construcción; además de esto, creemos que hay en el viejo edificio muchas cosas aprovechables». ¿Quién dirá el lector que es el autor de estas líneas? ¿Quien esto escribe? No. Años más tarde, el autor de estas líneas —Pío Baroja— había de publicar una serie de hermosas novelas con el título genérico de *El pasado*. El pasado, el presente, el porvenir de España...

¿Cuál es nuestra tradición? ¿Cómo podríamos definirla? A lo largo del tiempo han ido acumulándose unos estratos espirituales. Los han formado los poetas primitivos y luego Garcilaso, Góngora, Luis de León; los han formado el Greco, Velázquez, Zurbarán, Goya; los ha formado Cervantes; los ha formado Larra. Sobre el paisaje vario de España, en las viejas ciudades, en los nobles caserones, [ese pensamiento de arte y de

literatura ha ido creando un ambiente de violencia y de delicadeza, a la vez, de melancolía inefable y de austera energía... La generación de 1898 ha sentido algo de eso; esa generación ha sentido España. Ha sentido el paisaje de España, los poetas de España. ¡No derribéis la vieja iglesia! ¡Destadla en piel Demoled, sí, cuanto sea necesario para que la secular edificación pueda conservarse a través del tiempo. Conservar es renovar.

«QUE VUESTRO PATRIOTISMO SEA...
MELANCÓLICO... IMPLACABLE.»

Conservar es renovar. Sin paradoja se puede decir que la generación de 1898 —y en especial algunos de sus representantes— ha hecho obra hondamente conservadora y patriótica. Sería preciso dar, en el punto a que hemos llegado, una definición del verdadero patriotismo. Esa fórmula la encontramos en Cánovas. Fórmula de conservadorismo y fórmula de patriotismo. Hablando recientemente de Cánovas, ha dicho José Ortega y Gasset: «Yo respeto sinceramente su enorme talento, tal vez el más grande de su siglo en España para cuestiones ideológicas, si hubiera podido dedicar a ellas su vida». (*Vieja y nueva política*. Madrid, 1914.) Cánovas: preocupación por todos los problemas del intelecto. Cánovas; sinceridad e independencia mentales. Mejor que en ninguna parte, encontramos en *El Solitario y su tiempo* una fórmula del patriotismo. Publicó Cánovas en 1883 ese libro. Ya entonces había sido presidente del Consejo. Hay en Cánovas una mezcla extraña

de cosas grandes y cosas infantiles. Sus juicios literarios desconciertan a veces; por ejemplo, al mediocre Cherbuliez le asegura «si no es ya que la amistad me ciega, que no suele, un grande y merecido lugar entre los buenos autores de novelas de todos los países y de todos los tiempos». Y esto en las mismas páginas en que condena a Balzac y a Stendhal. (Pero puede uno equivocarse en juicios literarios y ser un hombre inteligente. Inteligente era el propio Balzac. Y ¿hay nada más absurdo que algunas de sus opiniones sobre escritores de su tiempo? Véase un artículo de Remy de Gourmont, *Balzac, critique littéraire*, en *Le Temps* del 12 Enero 1913.)

En el volumen segundo de *El Solitario y su tiempo*, capítulo xi, Cánovas expone la doctrina a que hacemos referencia. «No sólo la experiencia de mi tiempo —dice—, sino la adquirida en otros, que con alguna profundidad he procurado conocer, por documentos, que no por libros retóricos, me obligan a saber que no cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional donde hay pobreza e impotencia económica.» Después Cánovas funda los males de España, pasados y presentes, en «nuestra en gran parte nativa pobreza, nuestra falta de espíritu de economía, nuestro desorden administrativo, así en lo público como en lo particular, nuestra prodigalidad viciosa, la desproporción, en fin (y desdeñen por sencilla esta razón cuanto quieran los retóricos), entre nuestras fuerzas y nuestros intentos». En 1844 Estébanez, Calderón y algunos otros españoles pensaron en extender el dominio de España en Africa. Cánovas

protesta contra esas «conquistas o adquisición de más costosos dominios en el Africa, inhospitalaria y bárbara». Esos errores imperialistas él los combate «enérgicamente por verdadero amor, y como verdadero ingenuo, hacia la patria». Y después dice que lo que él haría, si tuviera autoridad para ello, sería infundir en sus conciudadanos las siguientes palabras: «Trabajad, inventad, economizad, ahorrad sin tregua; no contraigáis más deudas; no pretendáis tanto adquirir como conservar; no fiéis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna; no toméis los nombres o las apariencias fáciles por realidades, que éstas son siempre menos accesibles; no pidáis a los que os gobiernan milagros, pero tampoco les consintáis que adulen vuestros defectos y los exageren; ni declinéis en instituciones e individuos, por poderosos que sean, las faltas de la colectividad, sean de todos, sean del mayor número; que vuestro patriotismo sea, en fin, callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable. Así no recobraréis, por cierto, el predominio antiguo, que aquello fué casual y no puede más volver; pero todavía hallaréis qué hacer en este mundo, de sobra, y podréis mostraros dignos de descender de quien descendéis y llevar con justo orgullo el glorioso nombre de españoles».

«Que vuestro patriotismo sea... melancólico... implacable.» Es decir: recojámonos sobre nosotros mismos y meditemos en el dolor de España, y que de nuestra melancólica meditación salga una constante, implacable energía para reprimir el mal y hacer el bien. ¡Frase bella, felicísima! Frase de

pensador y de poeta. Frase de lejanías ideales. Frase en que vemos —¿por qué?— a Miguel de Cervantes con el codo sobre la mesa y apoyada la mano en la mejilla, según él mismo se describe. Melancólico... implacable... melancólico... implacable...

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	II

I EL PAISAJE

<i>Nota.</i>	19
Levante	21
La Mancha	25
Carros.	31
La patria de Don Quijote	37

II LOS PUEBLOS

<i>Nota.</i>	53
Jardines de Castilla	55
Una ciudad castellana	61
Una ciudad y un balcón	65
La Catedral	73

III LOS TIPOS

<i>Nota.</i>	83
El monstruo y la vieja	85
Mi tío Antonio.	87

Mi tío Antonio en el comedor	89
Encubrid vuestros dolores, haced bella y fuerte la vida. . .	91
¡Menchirón!	93
Don Joaquín el mayorazgo	95
Un madrileño	99
Este viejo está llorando	105
El buen juez	109
El apañador	123
El ideal de Montaigne	127
Una flauta en la noche	133
Un trasnochador.	139
En Argamasilla de Alba	145
Un hidalgo	155
La velada.	163

IV

LOS CLÁSICOS

<i>Nota.</i>	171
El romancero	173
Fray Luis de León	179
Al margen de «La vida es sueño»	189
Un sensitivo	195
Al margen del «Quijote».	201
Las nubes	207
Cerrera, cerrera.	213
Garcilaso	221
El Conde Lucanor.	227
Los poetas primitivos.	255
Lo fatal.	263

V

LA CRÍTICA

<i>Nota.</i>	271
Don Esteban Manuel de Villegas.	273
La inteligencia de Feijóo	279
Saavedra Fajardo	285

Baltasar Gracián.	293
Larra.	299
Joaquín Costa	309
Un poeta	313
Garcilaso y Góngora	319
Cadalso	325
Los pintores	331
Una casa de Madrid.	337
La evolución de la sensibilidad	343
La feria de los libros	349

VI

LA POLÍTICA

<i>Nota.</i>	359
La moral del político.	361
Organización, densidad.	375
Melancólico e implacable	389

FIN



SE
ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA
IMPRESA DE FORTANET
EL
4 DE MAYO DE
MCMXVII

P06623. A816 1917



a39001



004061449b

1/91



